

# LORENZO CARCATERRA



# GANGSTER

Lectulandia

El joven Angelo Vestieri, nacido en un momento trágico y violento bajo la sombra de un terrible secreto, decide abandonar tanto a su padre como a su pasado para entregarse a su segunda familia, la de los criminales que controlaban el Nueva York de principios del siglo veinte. Durante su sangrienta transición de soldado a jefe de banda, Angelo tropieza con traiciones —en la amistad, en los negocios y en el amor— que le marcarán para siempre, al mismo tiempo que logra obtener cierta perspectiva de la solitaria vida que ha elegido llevar. Pasan los años y, al igual que se derrotan enemigos o se ganan guerras, el viejo Angelo conoce a un chico abandonado que necesita un padre que le proteja. Al acoger a Gabe y enseñarle todo lo que sabe, Angelo deberá decidir cuáles son sus prioridades en la vida.

**Lectulandia**

Lorenzo Carcaterra

# **Gangster**

ePub r1.0

Titivillus 14.03.15

Título original: *Gangster*  
Lorenzo Carcaterra, 2001  
Traducción: Isabel Murillo Fort

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

## Agradecimientos

Todo libro recibe la guía de muchas manos hasta alcanzar el final de su viaje. Debo mi gratitud a cada par de ellas. Entre ellas, las de:

Peter Gethers, que una vez más ha demostrado ser el mejor editor que cualquier escritor con fortuna soñaría tener como socio. Su aguda perspicacia editorial sirvió para que *Gangster* fuera tomando forma a través de muchos borradores. Llevamos juntos diez años y cuatro libros y trabajar con él sigue siendo un auténtico placer.

Agradezco a Gina Centrello su amabilidad y su amistad. Le debo un caso de Jolly Ranchers. Y dedico una buena propina al resto de la tripulación de Ballantine (Sauna Toh, Kim Hovey, Ann Weinerman y Amy Scheibe), por haber respondido a mis múltiples llamadas y preguntas. A Owen Laster y Joni Evans, por convencerme de que debía cambiar el rumbo y escribir el libro que necesitaba escribir. A Rob Carlson, por estar ahí en los momentos más críticos y a Lou Pitt, por entrar en mi vida y ayudarme a conducir el barco a buen puerto. Como siempre, un abrazo y todo mi agradecimiento a Jake Bloom. Y a Robert Offer, por su compasión y su enorme trabajo. A Susan Lyne, por su soporte constante y a Joe Roth, por creer firmemente en las palabras. Mi historia no podría descansar en mejores manos.

Mi caluroso agradecimiento a mi estrecho círculo de amistades: Dr. George Lombardi, Hank Gallo, Mr. G., Dr. Rock, Captain Joe, Vincent e Ida Cerbone, Anthony Diehl, Laurie P., Peter Giuliano, Bruno y Lynn, Leah R., Timmy V. y Bobby G. A Big Jack Sanders: sigue luchando y no pierdas nunca esa sonrisa. Un *caro abbraccio* para mi familia en Italia (especialmente para las cuatro reinas), mi madre y tías Anna, Nunzia y Francesca. Y mi agradecimiento a tío Robert y a tía Jane Toepfer por permitirme formar parte de su familia. Y a Caroline Shea y Dustin Fleischman... bienvenidos a la banda.

Finalmente, a mi esposa Susan, gracias por estos veintiún años de amor y paciencia. El viaje no habría sido tan divertido sin ti. A mi hijo Nick por la luz y la sonrisa que me ofrece cada día. Y a Kate, un ángel muy especial lleno de amor y ternura que emprendió ya su propio viaje.

Un abrazo a todos.

## Prólogo

«Tres mantienen un secreto, siempre y cuando dos de ellos hayan muerto.»

BENJAMIN FRANKLIN

*Verano, 1996*

Vine a verle morir.

La cabeza hundida en la almohada, la cara de un tono siniestramente amarillo, los párpados cerrados, finos como el papel. Su frágil cuerpo permanecía conectado a distintas vías intravenosas y a un monitor de control cardíaco, las venas de ambos brazos estaban amoratadas. Una fina sábana de color azul le cubría el pecho; y sus largas manos, más huesos que piel, reposaban sobre ella. Respiraba lentamente, un gorgoteo viajaba desde la garganta hasta la nariz; el rancio olor de la muerte, como la niebla a orillas del mar, flotaba en la habitación.

Coloqué una horrorosa silla metálica junto al frío radiador y tomé asiento, dando la espalda al oscuro cielo de la ciudad. Era tarde, las horas de visita habían finalizado hacia un buen rato, pero las enfermeras de la sala me dejaban permanecer allí saltándose las normas para aquel viejo moribundo de la habitación 617B, adoptando el ademán de indiferencia que él había utilizado durante la mayor parte de su vida cuando ignoraba las demandas de la sociedad. Entraban a intervalos regulares, después de abrirse paso entre los dos guardias que custodiaban la puerta, vestidos con uniformes blancos almidonados algo ceñidos a la altura de la cintura. Comprobaban la tensión, monitorizaban las vías intravenosas y administraban dosis adicionales de calmantes mediante finas agujas que ocultaban en los bolsillos delanteros del uniforme.

Llevaba cuatro semanas ingresado en el hospital y habían llamado ya dos veces a un sacerdote para que le administrara los últimos sacramentos.

—En caso de que siguiera adelante y volvieran a necesitar me, sólo tienen que llamarme a la parroquia —dijo el sacerdote, con un tono áspero que reflejaba su anhelo de trabajar por Dios—. Está justo aquí al lado.

—Ya ha venido dos veces —respondí de la forma más amable de la que fui capaz—. Es más que suficiente.

—Debe morir en estado de gracia. —El sacerdote miraba la cama, sus dedos con manchas del color del hígado temblaban al doblar una vestidura morada—. Es lo que él habría querido.

—No —repliqué, con la mirada fija en el moribundo—. No creo que sea lo que

habría querido.

Iba cada noche al hospital. Salía del trabajo a las seis, pasaba por casa para ducharme y cambiarme, y echaba a andar diez manzanas en dirección norte, deteniéndome únicamente para comprar una buena ensalada y dos tazas de café en un restaurante griego situado frente a la sala de urgencias. Me sentaba junto a la cama, el televisor tenía el volumen apagado y su luz parpadeaba en nuestras caras; los ruidos procedentes de las calles de la ciudad se mezclaban con los pitidos y los zumbidos que despedían los monitores conectados a su cuerpo. Había noches en que, contemplando cómo la vida abandonaba aquella figura que en su día fue tan fuerte, sentía, inevitablemente, rodar las lágrimas por mis mejillas. Otras eran noches de rabia, tensos recuerdos de los demonios que él había amontonado sobre aquellos que osaron desafiarle.

Que yo supiera, era el único a quien le importaba que estuviera vivo o muerto. Yacía en esa cama sufriendo uno de los azotes más crueles del destino: sobrevivir tanto a los enemigos como a los amigos. Sus hijos le visitaban de vez en cuando, más preocupados por el dinero que les deparara el futuro que por los últimos días de su padre. Todos ellos me observaban desconfiados, recelosos del vínculo que me unía a él, envidiando el tiempo que habíamos disfrutado juntos, preguntándose por qué me había escogido a mí para compartir sus secretos. Eran dos hijas y un hijo, mayores y todos ellos con su propia familia. Educados sin la carga de las preocupaciones financieras, aunque la mano firme y el amor de su padre hubieran sido sustituidos mucho tiempo atrás por la comodidad de un buen barrio en las afueras de la ciudad, la educación en escuelas privadas, viajes a Europa e importantes pagas. Los recuerdos capaces de unirles en estos momentos eran escasos y poco más podían hacer que sentarse, mirar y marchar tan silenciosamente como habían llegado.

Intercambiábamos gestos y miradas, nunca palabras, nuestro terreno en común dormía en la cama interpuesta entre nosotros. Un espacio que parecía tan ancho y frío como un río, habíamos estado expuestos a variaciones completamente distintas del mismo hombre. Me preguntaba cómo sería estar en su lugar saber lo que sabían y sentir lo que sentían. Temían tocarlo o abrazarlo, incapaces de derramar una lágrima ante la inminencia de su muerte. Parecía una forma muy dura de pasar por la vida y la tensión quedaba reflejada en sus caras mientras permanecían allí sentados, inmóviles como piedras, ante un padre al que nunca tuvieron la oportunidad de querer.

Para ellos, su muerte no llegaba lo suficientemente rápido.

Fue hacia finales de la cuarta semana. Yo caminaba por el pasillo del hospital con una taza de café caliente en la mano, los sonidos de las pisadas habían llegado a resultarme familiares y se fundían en la noche como un ruido blanco. Escuché a mis espaldas el timbre que anunciaba la llegada del ascensor. Me volví, era David, el hijo del anciano, salía corriendo y llevaba el cuello y los hombros empapados por la fuerte lluvia que caía fuera.

—Me imaginé que seguirías aquí —dijo con una voz suave y débil, a años luz del

tono profundo de su padre. Tenía cuarenta y dos años, era socio de una empresa financiera de la ciudad y había hecho todo lo posible para distanciar su nombre del de el hombre que se encontraba en el lado opuesto del vestíbulo. Era varios centímetros más bajo y pesaría unos diez kilos más de lo que pesaba su padre a su edad, y siempre parecía estar resfriado.

Bebí un poco de café e hice un gesto de asentimiento con la cabeza.

—Mis hermanas y yo hemos estado hablándolo esta tarde —dijo, acercándose tanto a mí que no tuve otro remedio que aspirar el aroma de su colonia Geoffrey Beene.

—¿Hablando el qué?

—Si debíamos tomarnos la molestia de venir. —Miró por encima del hombro para asegurarse de que no le escuchaba ninguna enfermera.

Me encogí de hombros.

—Optad por lo que os resulte más cómodo.

—Mira, ¿quién engaña a quién? Nunca nos quiso a su lado. De poder hablar, nos mandaría al infierno y nos diría que nos alejáramos de su vista. No hay razón alguna para cambiar ahora.

—No es necesario que me aclares nada —dije—. Tal y como está en estos momentos, no sabe quién está aquí y quién no.

—Sabe que tú estás aquí —dijo David, subiendo ligeramente el tono de voz.

—Ya mandaré a alguien para que os avise cuando muera —le dije y di media vuelta.

—Eres igual que él —dijo David, en cuanto empecé a caminar en dirección a la habitación de su padre—. Tal vez por eso te quería de esa manera. Los dos sois un par de bastardos sin corazón.

Eran casi las once de una noche de bochorno en Nueva York, acababa de empezar el partido de los Yankees que retransmitían desde Anaheim, cuando se abrió la puerta de la habitación 617B. Aparté los ojos de la tele esperando encontrarme con una enfermera. En su lugar, apareció una anciana bien vestida dirigiéndose lentamente hacia la cama. Estaría a punto de cumplir los setenta años y llevaba su abundante cabellera gris peinada hacia atrás y recogida en un moño pasado de moda. Estaba algo acalorada, las arrugas desafiantes. Tenía los ojos oscuros y una mirada penetrante, llevaba las uñas pintadas de rojo y vestía un traje pantalón azul marino bajo un abrigo también azul. Se sacó el abrigo, lo dobló con cuidado y lo depositó a los pies de la cama.

—¿Hay una silla para mí? —preguntó, sin apartar la vista del hombre postrado en la cama.

Me levanté y le acerqué la mía. Mientras tanto, ella se aproximó al anciano, se inclinó y le besó la frente. Acariciándole las manos, bajó la cabeza y le susurró al oído algo que no pude escuchar. No la había visto jamás y desconocía su nombre. Por la espontaneidad de sus movimientos, me di cuenta enseguida de que le quería.



Se colocó de espaldas al anciano y me miró por vez primera desde que había entrado en la habitación, tenía los ojos llorosos.

—Debes de ser Gabe —dijo—. Siempre hablaba de ti. Desde que eras un chiquillo.

—Pensaba que a él no le gustaba hablar —dije, sintiéndome extrañamente cómodo en su compañía.

—Es cierto. —Una leve sonrisa le iluminó la cara—. Sobre la mayoría de las cosas y con la mayoría de la gente. —La sonrisa se hizo más amplia—. Soy Mary —dijo—. Soy Mary para todo el mundo, excepto para él.

—¿Y cómo la llamaba él? —Le devolví la sonrisa. Resultaba imposible no devolverle esa sonrisa.

Su voz adquirió el tono de una mujer más joven.

—Capitán.

—¿Por qué?

—El día en que le conocí, mi padre nos llevó a pasear en su barco. En cuanto salimos del puerto me puse al timón para que los dos pudieran charlar tranquilamente. Pero él no se enteró de nada de lo que le explicaba mi padre. No podía apartar la vista de esa niña al mando de un barco de cuarenta y tres pies de eslora. Se imaginaba que jamás volveríamos a tierra firme.

—Él nació en un barco —dije, inclinándome sobre la barandilla de la cama—. Aunque hablar de aquel viaje no le hacía ninguna gracia.

Ella asintió con la cabeza y siguió hablando.

—Yo había patroneado el barco infinidad de veces. Me crié prácticamente en el agua. Cuando vi cómo me miraba y lo nervioso que se sentía, decidí divertirme un poco. Así, de vez en cuando le miraba asustada o actuaba como si no supiera lo que debía hacer poniéndolo más nervioso si cabe.

—¿Y no cayó en la cuenta?

—Al cabo de veinte minutos de viaje, se imaginó que o bien yo tenía mucha suerte, o bien era muy buena. Fuera lo que fuese, regresamos a puerto. Cuando volvió a mirarme, me guiñó el ojo. Y así fue todo. Nació Capitán y yo me enamoré.

—¿Estaba enamorada de él? —Inmediatamente me arrepentí del tono de sorpresa que acababa de emplear para realizar la pregunta.

—Desde ese día hasta hoy —respondió, volviendo su mirada hacia el hombre que yacía en la cama—. No ha cambiado nada, sólo el tiempo.

—Lo siento. No pretendía preguntárselo de esta manera.

—No te disculpes —me dijo.

—Creía saberlo todo sobre él. Todos sus lugares, toda su gente.

—Conoces los lugares que él te explicó —dijo Mary, con la espalda perfectamente erguida—. Las partes sobre las que has oído hablar y las partes que has vivido.

—¿Qué es lo que no sé? —Miré a Mary directamente a los ojos, buscando la cara

de la jovencita descarada a la que el hombre postrado en la cama había entregado su corazón. A pesar de la calma externa, el interior era el de una mujer acostumbrada a las reglas del peligro. Había aparecido como la niebla, invisible y desconocida para mí hasta aquel momento, y armada de secretos que muy pronto se perderían para siempre.

—Faltan unas cuantas partes —dijo Mary—. Te ayudarán a comprender todo lo ocurrido. Supongo que te lo habría explicado igualmente. Ahora, queda en mis manos. ¿Estás preparado?

—No puedo imaginarme que existan cosas peores que las que ya me explicó —dije.

Mary estudió mi expresión, tranquila y pacífica. Observó una vez más al anciano acostado en la cama y cruzó los brazos.

—Tal vez quieras más café.

A nuestras espaldas, en la pantalla silenciosa; los Yankees llevaban una ventaja de un *one-run* sobre Los Ángeles, gracias a un *home run* de Tino Martinez.

Junto a mí, un anciano, en su día fuerte, sin temor y temido, avanzaba hacia su destino.

Frente a mí, una mujer que conocía desde hacía quince minutos, estaba a punto de cambiar el curso de mi vida mediante el poder absoluto de sus palabras.

# LIBRO UNO

«La tierra de los libres  
El mayor de los demonios y el peor de los crímenes es la pobreza.»

GEORGE BERNARD SHAW

*Verano, 1906*

Él odiaba desenterrar los recuerdos.

No le dejaban sabor a nostalgia ni a amores perdidos. Veía en ellos un único propósito: endurecer el caparazón que con tanto cuidado había cincelado, el que ocultaba todo aquello que podía ser considerado vulnerable y mantenía sepultado cualquier signo de humanidad. Siempre que comentaba conmigo sus primeros años, lo hacía con la voz de un extraño, como si lo ocurrido hubiera acontecido en la vida de otro, alguien que se mantenía a salvo y alejado del combate. Nunca, mientras hablaba, extraviaba su mirada más allá de mi cara y su voz conservaba en todo momento su habitual tono grave, independientemente de la carga emocional que representara lo que estaba contándome.

La primera vez que oí la historia de su travesía del océano fue a la edad de diez años y en aquel instante, sentado en la habitación del hospital escuchando el relato de Mary, los primeros momentos de la vida de aquel hombre moribundo explotaron de nuevo, tan reales, tan duros y tan frescos como una ola.

Hacía tres días que el barco había partido de Nápoles cuando estalló la tormenta.

Cuatro pisos bajo cubierta, pared con pared con un motor cansado, se amontonaban seiscientos hombres, mujeres y niños en un espacio diseñado para doscientas personas. El hedor a basura se confundía con el del aceite caliente y los chorros de vapor. La bodega, normalmente un refugio seco destinado al equipaje y a las mercancías empaquetadas, se había convertido en algo parecido a una suplicante asamblea de humanidad. Las familias se sentaban en pequeños círculos y se acurrucaban bajo cobertores harapientos contruidos con sábanas y prendas sucias. Los niños lloraban ante la acometida del hambre y los mordiscos de las ratas. Los mayores mascaban tabaco en lugar de comer, quedándoles la barbilla manchada por babas negras. Las mujeres, jóvenes y viejas, cantaban baladas napolitanas para levantar los espíritus mortecinos y rezaban a diario a un severo Dios rogándole que aquel oscuro viaje terminara pronto.

Habían embarcado bajo un manto de oscuridad y después de pagar veinticinco mil liras por cabeza (casi quinientos dólares) a un corredor del lugar, Giorgio Salvecci, un obeso terrateniente que, hiciera el tiempo que hiciera, llevaba siempre en los hombros un abrigo de color tostado. Salvecci se encargaba de que los *skins*, emigrantes italianos, cruzaran el océano Atlántico con destino a los puertos de Nueva York, Boston y Baltimore. Con el cambio de siglo, durante el auge de la emigración italiana a tierras americanas, Salvecci y su tripulación de asesinos enviaron hacia un incierto futuro mil quinientas personas a la semana. El destino de sus clientes les era

completamente indiferente; su parte del trato finalizaba con el pago del dinero bajo mano; A cambio de unos cuantos miles de liras adicionales, Salvecci proporcionaba también documentación falsa para ser sellada en Ellis Island y otros puntos de entrada, permitiendo con ello el deseado acceso a la Tierra Dorada.

Presidarios, ladrones, estafadores y asesinos: todos, a la larga acababan con Salvecci. Él constituía su última esperanza, todo lo que les separaba de una larga estancia tras los rígidos barrotes de una cárcel italiana.

Los barcos que Salvecci ponía en servicio para atravesar el Atlántico eran cruceros trillados y agotados que habían presenciado años mucho mejores y viajes más estupendos. Los que en su día fueron el orgullo de una magnífica flota habían quedado reducidos por descuido a alcahuetes transoceánicos, cargueros de esperanza humana y miseria en dirección a un nuevo y misterioso país. Los barcos tenían nombres majestuosos, entresacados de un pasado más glorioso, que lucían en sus cuerpos deteriorados: *Il Leonardo*, *La Vittoria Colonia*, *La Regina Isabella*, *Il Marco Polo*. En su día se dedicaron a transportar el oro de los mercaderes venecianos por los bravos mares del Adriático. Ahora, abrumados por la edad, navegaban lentamente por el Atlántico.

Un hombre grande y musculoso, cubierto de tatuajes de la cabeza a los pies, era el encargado de alimentar a los pasajeros una vez al día, a última hora de la tarde. Se llamaba Italo y era originario de una región montañosa del norte, más conocida por lo escabroso de su terreno que por sus artes culinarias. Italo realizaba una docena de viajes hasta conseguir llenar los tazones de los hambrientos, se arrastraba dando enormes zancadas de acero y cargado con una gran olla que contenía el guiso caliente. Sumergía los tazones en aquel líquido ardiente y marchaba corriendo, dejándoles que devoraran una comida que él sabía que no era buena ni para los animales. Ocasionalmente, lanzaba pedazos grandes de pan duro en el agujero y contemplaba las manos sucias saltando en busca de ese manjar.

Para mantener el calor y salvaguardar a los niños, los pasajeros construían pequeñas hogueras con madera vieja y ropa y se apiñaban en círculo a su alrededor. Era un viaje de dolor de ocho días de duración y, a pesar de ello, un viaje que todas las personas reunidas en aquella sofocante cubierta necesitaban finalizar desesperadamente. Dejaban atrás una tierra árida y escasas promesas a cambio de un lugar donde, según les habían contado, todos sus sueños se harían realidad. Eso era lo que necesitaban creer lo que les proporcionaba el coraje suficiente para seguir adelante mientras los abuelos morían en silencio y los niños exhalaban sus últimos suspiros.

El sueño de América era más que suficiente para que Paolino Vestieri deseara vivir. Vestieri era un pastor de Salerno de treinta y seis años de edad que había presenciado como un próspero rebaño de trescientas cabezas se reducía a media docena de ellas, víctimas del hambre, los robos y las enfermedades. Tenía un hijo de ocho años, Carlo, y una esposa, Francesca, embarazada de ocho meses de su segundo

hijo. A pesar de las dificultades diarias, Paolino no planeaba abandonar Italia. Pero a finales del invierno de 1906, su padre, Giacamo, cayó en una emboscada llevada a cabo por una banda de camorristas, la mafia napolitana. Ignorando sus súplicas en las que solicitaba más tiempo para pagar una antigua deuda, acabaron desnudándole, colgándole de un olivo y abriéndole las tripas. Transcurrieron tres días hasta que Paolino tuvo noticias de lo acontecido y pudo encontrar el cuerpo de su padre y, a aquellas alturas, los cuervos y los gusanos ya habían saciado su hambre. De vuelta a casa. Cario no estaba y su esposa lloraba como nunca él antes había visto llorar a una mujer.

—¡Se han llevado a Carlo! —chillaba—. ¡Se han llevado a mi hijo!

—¿Quién se lo ha llevado? —preguntó Paolino, zarandeando a su esposa.

—La camorra —consiguió decir Francesca entre tantos lloros—. Se han llevado a mi chico. Se lo han llevado por el dinero que les debe tu padre. El dinero que no podemos pagar.

—Deja de llorar —dijo Paolino, soltando a su esposa y encaminándose al dormitorio en busca de su *lupara*—. Iré a buscar a Carlo.

Francesca cayó de rodillas, sin parar de llorar, con la cabeza hundida entre las manos.

—Quiero a mi hijo —gimoteaba—. Quiero a mi hijo. Si quieren venganza, que se venguen con tu padre. No con mi hijo.

—Ya lo han hecho con mi padre —dijo Paolino, comprobando la munición de la *lupara* y saliendo por la puerta.

Paolino se encontraba en el centro de un pequeño comedor, con la mirada fija en su hijo y en el hombre que tenía enfrente que estaba fumando un fino puro. Cuando el hombre se sacó el puro de la boca, las bocanadas de humo ocultaron su cara redonda y bronceada. Acarició la cabeza de Cario.

—Es un buen chico —dijo el hombre, sonriendo—. Muy tranquilo. No nos ha dado ningún problema. Ya casi forma parte de la familia.

—Te daré tu dinero, Gaspare —dijo Paolino. Llevaba la *lupara* colgada del hombro, parcialmente oculta por la manga de su chaqueta de pastor—. Te doy mi palabra. Y ahora, por favor. Dame a mi hijo.

—Tu padre también me dio su palabra —dijo Gaspare—. Muchas veces. Y sigo sin tener nada. Además, el chico conocerá una vida mejor con nosotros. Podemos darle mucho más que tú. Y con tu padre fuera de escena, dejarás de estar endeudado. Al menos con nosotros.

Paolino miró a su hijo, recordando las mañanas en que se lo cargaba a las espaldas y corría con él por las laderas de olivares en dirección a su rebaño. En su cabeza sólo escuchaba las risas de un niño animando a su padre para que corriera más y diera alcance a las ovejas que seguían paciando. Aquel breve y feliz recuerdo fue sustituido rápidamente por la imagen de un Cario adulto, convertido en un miembro más de la camorra, en aquel mismo olivar y mirándole con el ceño fruncido, sin abrir

boca, mientras hombres armados se apresuraban a llenarse los bolsillos con los salarios de los pobres trabajadores. Paolino Vestieri sabía que jamás permitiría que el hijo que tanto amaba acabara convertido en un hombre como ése.

Se acercó a Gaspare y a su hijo, ignorando los dos hombres que flanqueaban la estancia.

—De una u otra manera —dijo Paolino—, mi hijo vendrá conmigo.

—Hablas como un valiente. —Gaspare volvió a ponerse el puro en la boca y siguió hablando, pero con un tono más duro—. Pero tus actos demostrarán hasta dónde llega tu valentía.

—Dame a mi hijo —dijo Paolino, notando el sudor resbalándole por el cuello y la espalda.

—No tengo nada más que decirte. —Gaspare despidió a Paolino con un ademán—. Vete con tu rebaño, pastor. Deja que sea yo quien me preocupe por el chico.

Paolino cayó de rodillas y cogió la *lupara*. Pero no apuntó al criminal Gaspare. El arma apuntaba directamente al pecho de su hijo. Los dos hombres situados en las esquinas de la estancia desenfundaron sus pistolas y apuntaron con ellas a Paolino. Gaspare se apartó del niño, sosteniendo el puro con la mano derecha. Cario miraba a su padre con los ojos abiertos de par en par y el labio inferior le temblaba.

—¿Matarías a tu propia sangre? —preguntó Gaspare—. ¿A tu único hijo?

—Para él, mejor estar muerto que vivir contigo —dijo Paolino.

—No tienes agallas para hacerlo —dijo Gaspare—. No sé ni si las tendría yo.

—Entonces sálvame y permite que me lo lleve a casa.

Gaspare miró a Paolino fijamente durante varios minutos, desafiándole con la mirada, fumando el puro lentamente.

—No —dijo, sacudiendo la cabeza muy despacio.

Paolino se apartó de Gaspare y miró a su hijo. Era como si ambos se encontraran solos en ese momento. La dura mirada del chico confirmaba a su padre todo lo que presentía que debía saber. En poco tiempo, la camorra robaría el alma de aquel niño, y lo volvería en contra de sus personas queridas. Le seducirían con imágenes románticas de poder y riqueza, embaucarían al chiquillo con retratos reales de una vida mucho más atractiva y seductora que la del hijo de un pastor. Una vida corrupta, sin escrúpulos, ni moral, ni decencia. Todavía no habían dispuesto del tiempo suficiente como para apartar de él al chico por completo, todavía no, pero Paolino veía que el camino estaba ya marcado. El chico se convertiría en un ladrón, un criminal y, un día, en un asesino.

—Te quiero, Carlo —dijo Paolino y apretó el gatillo.

El impacto de la bala envió a su hijo contra la chimenea de piedra. Carlo se desplomó en el suelo, quedando con la cara a escasos centímetros de las chispas que desprendía la leña, con los ojos entreabiertos, muerto en manos de su padre.

—Ahora no pertenece a nadie —dijo Paolino.

Se echó la *lupara* al hombro y se dirigió hacia la chimenea. Se inclinó, cogió a su

hijo en brazos, dio media vuelta y marchó.

Conocía bien esta parte de la historia. Su impacto emocional había sido utilizado por muchos de los seguidores del anciano para explicar la severidad de sus modales. Un hermano que jamás conocería asesinado por un padre al que jamás comprendería en una tierra que decidió no visitar jamás. Era imposible sufrir heridas como éstas y no tener cicatrices. Escuchando a Mary relatando la historia y con la calma de la noche, me preguntaba lo distinto que habría sido todo si Paolino Vestieri hubiera dado media vuelta y no hubiese sucumbido a su necesidad primaria, sino que se hubiere rendido al temor de tener un hijo educado con «modales sacramentales». Me preguntaba aún si el anciano habría encontrado la muerte de su hermano menos irónica dado el camino que tomó su propia vida. De lo que no quedaba ninguna duda era de que el asesinato de Carlo fue la semilla que empujó el destino del anciano.

Paolino Vestieri enterró a su padre y a su hijo en una colina situada sobre la bahía de Nápoles. Descansarían allí, resguardados del ardiente sol del verano y de los gélidos vientos de otoño gradas a los dos gigantescos pinos a los que Paolino solía trepar de pequeño. Mientras los sepultureros lanzaban paladas de tierra sobre los ataúdes, Paolino contemplaba el sereno paisaje, consciente de que era la última vez que lo hacía. Gaspere había informado del asesinato de Cario a la policía local convirtiendo, de ese modo, a Paolino Vestieri en algo que nunca soñó pudiera llegar a ser: un hombre buscado.

Vendió rápidamente sus tierras, la ropa de invierno y lo que quedaba del rebaño a un comerciante del pueblo. El dinero conseguido era la cantidad justa que necesitaba para que su esposa y él pudieran zarpar a bordo de *La Santa Maria*, que tenía prevista su salida de Nápoles la noche del 7 de febrero de 1906. El médico había aconsejado a Paolino retrasar el viaje hasta la primavera, después de que su mujer diera a luz.

—Cada día que pasa es un riesgo —le explicó Paolino—. Debemos partir ahora mismo.

—No es lo mejor para una mujer a punto de dar a luz una nueva vida —dijo el médico.

—Aquí no hay vida —respondió Paolino—. Ni nueva ni vieja.

—Dale una oportunidad a tu esposa y al niño —suplicó el médico.

—Llévamelos de aquí es su oportunidad —dijo Paolino.

Su esposa, Francesca, estaba sentada, apoyada contra una pared manchada de grasa, con la cara medio oculta por sus mechones de cabello castaño. Masajeaba su hinchada barriga, cerrando los ojos con todas sus fuerzas, esperando que aquel dolor constante desapareciera. Era hija de un granjero, una hija única criada como un chico, trabajando de sol a sol una tierra desagradecida. Las privaciones le resultaban tan familiares como los tomates frescos del huerto de su madre. Y a pesar de ello, nada de lo que había soportado era suficiente como para que fuera capaz de acostumbrarse a los días que tenía por delante.

La primera vez que cruzó algunas palabras con Paolino fue en el transcurso de



una fiesta que se celebraba en el pueblo con motivo del final de la cosecha. Tenía dieciséis años, un cuerpo entre niña y mujer, y una cálida sonrisa fácil que arrastraba las miradas de una buena selección de jóvenes interesados en ella. Sus modales relajados convencían incluso al más tímido para que se acercara a ella y le pidiera un baile, o extendiera la oferta a una copa de vino casero. Había visto a Paolino varias veces en la plaza del pueblo, recogiendo leña con su padre, riendo y bromeando con los amigos en el camino de la escuela a casa, rezando en silencio en la parte trasera de la vieja iglesia de madera. Era guapo y fuerte y, con dieciocho años que tenía, actuaba como un verdadero hombre en comparación con los otros chicos del lugar.

Ni la sacó a bailar ni la invitó a un refresco. No creía que fuera la forma más adecuada para romper el hielo. Lo que hizo en su lugar fue entregarle una rosa blanca recogida del jardín de su madre, sonreír y marcharse. Ella le devolvió la sonrisa y la ardiente sensación que notó en el estómago le dijo que muy pronto se convertiría en una mujer casada.

—Los primeros años juntos fueron especiales —le explicó en una ocasión Francesca a su madre, mientras ambas mujeres se dedicaban a preparar una más de aquellas grandes comidas de familia—. Me imagino que siempre es así cuando dos jóvenes están enamorados. Y cuando llegó Carlo, nuestra vida en común fue incluso mejor. Luego todo acabó. Una vida repleta de sol arrojada a la penumbra de un calabozo. Un lugar sin salida.

Paolino trató muchas veces de explicarle a su esposa la terrible acción que había cometido, pero era algo que ella jamás se permitiría comprender. Él creía de verdad que la vida de un camorrista era mucho peor que una muerte temprana. Estaba preparado para seguir viviendo sabiendo que había asesinado a su propio hijo y lo prefería antes que verle convertido en uno de esos que viven a costa de los miedosos que no se atreven a luchar con ellos.

—¿Crees que es mejor ser un pastor muerto de hambre? —le preguntó Francesca.

—Su vida habría estado manchada con la sangre de otros —dijo Paolino.

—Pero ahora eres tú quien está marcado por una mancha mucho más intensa —dijo Francesca, con una fría mirada de odio—. Una mancha que no desaparecerá nunca. Jamás ante los ojos de Dios. Jamás ante los ojos de la camorra. Y jamás ante mis ojos.

Paolino se arrodilló a sus pies y señaló la voluminosa barriga.

—Tenemos otro hijo —susurró—. Debemos hacer todo lo posible para educarlo de la manera correcta y en el lugar correcto. Lejos de aquí. Lejos de esa gente.

—Nosotros somos esa gente. —Francesca se secó las lágrimas que expulsaba a diario desde aquella mañana lluviosa en que puso a su hijo a descansar eternamente—. No puede cambiarse, por muy lejos que vayamos. Nosotros somos este lugar. Y nosotros somos esa gente.

—Yo no —dijo Paolino, incorporándose.

—Pero mi próximo hijo sí —replicó ella, estremeciéndose.

De la sala de máquinas salía un fino hilo de aceite. Rodeó una de las muchas pequeñas hogueras construidas por los pasajeros con madera húmeda y trapos con la intención de crear algún destello de luz en aquel mundo oscuro. El aceite se derramaba junto al fuego, yendo a detenerse justo debajo de una tetera enmohecida en la que hervía un agua de color marrón oscuro. El fuego llegó al aceite, provocando chispas y llamas que crecieron y se diseminaron por el lugar como una serpiente agitada.

El barco se balanceaba a merced de la tormenta y el casco escoraba golpeado por virulentas olas. El calor sofocante se mezclaba desagradablemente con las frías ráfagas de aire que azotaban a través de las grietas que iban apareciendo en las paredes de la galera. Los motores del barco giraban fatigados, intentando controlar la tormenta, las oleadas de calor y humedad explotaban en la abarrotada bodega. En aquel momento había ya media docena de hilillos de aceite saliendo de la maltrecha sala de máquinas que se deslizaban entre los pies y los roedores, acercándose al calor de una docena de pequeñas hogueras.

Oyeron los gritos antes que oler el humo y cundió el pánico.

Muy pronto, el calor y las llamas estaban en pleno ataque, precipitando a la gente en masa hacia la única puerta que abría la bodega. Se amontonaban unos sobre otros, renunciando a las amistades y a la familia a cambio de un soplo de aire fresco. Las prisas de la huida no perdonaban ni a los débiles ni a los viejos, que fueron dejados de lado sin problemas. El fuego se extendió rápidamente y la bodega quedó cubierta por columnas de humo de color gris oscuro que recordaban montones de lana vieja. Una mujer joven, con el dobladillo del vestido devorado por las llamas, permanecía inmóvil, con los brazos abiertos y la cabeza echada hacia atrás, dando la bienvenida al ímpetu del calor y a la llamada de la muerte. Había un niño abandonado junto a una pared mojada, se tapaba los oídos con las manitas y mantenía los ojos cerrados, anhelando otro lugar un lugar más seguro. Y un anciano seguía sentado sobre una caja en el mismo centro de la bodega, con un cigarrillo liado a mano en la boca, una imagen de paz en un lugar que el miedo había vuelto loco.

—Esto no puede ser la voluntad de Dios —se lamentaba una mujer sola, con el cuerpo aplastado por la pila formada por otros cuerpos—. No hemos hecho nada para merecer tanto odio.

—Mira a tu alrededor —gritó un hombre a sus espaldas—. Y dime cómo puedes creer aún que Dios existe.

—Creeré en Él hasta el día en que me muera —insistía la mujer, con el cuerpo debilitado y el desafío en la mirada.

—Pues este día ya ha empezado —dijo el hombre y pasó por su lado con la esperanza de salir del infierno.

Paolino Vestieri se incorporó y vislumbró las llamas abriéndose camino en dirección a la sala de máquinas. Sabía que aquello era cuestión de minutos. Miró a Francesca, ahogada por el humo, con la saliva blanca goteando entre sus labios y el

sudor empapándole la frente. Se inclinó para acariciarle la cara, recorriendo con los dedos sucios sus ardientes mejillas y besándola en la boca.

—*Ti amo, cara* —dijo a la mujer que amaba.

Filomena, la partera, una vieja espantosa con un vestido negro desgastado y un chal hecho jirones, presionaba con todo su peso la barriga de Francesca. Francesca separó más las piernas, apoyando los pies contra la espalda de un anciano. Levantó la cabeza, cerrando los ojos, esperando que acabara el dolor que sentía. Los chillidos y los gritos que la rodeaban parecían provenir de un lugar muy lejano, el humo que abrasaba sus pulmones llegaba de un territorio indemne a la locura y a la ruina. A lo largo de la última hora, las punzadas de dolor venían repitiéndose a intervalos regulares, punzadas de cuchillos que la obligaban a clavar las uñas en los astillados tablones del suelo, cubriéndole los dedos de sangre.

Abrió los ojos y miró a la partera.

—¿Habrá tiempo suficiente? —preguntó.

—Sólo los ángeles lo saben —respondió Filomena.

Con sus manos ásperas, frotaba y masajeaba las pantorrillas y los muslos de Francesca, acercando el niño a la vez, compaginando los dolorosos movimientos.

—¿Qué tengo que hacer? —preguntó Paolino, sacando la cabeza por encima de los hombros de la partera.

Filomena volvió la cabeza y miró a Paolino arqueando la ceja, sin apartar la vista durante un buen rato.

—¿Quieres a esta mujer? —preguntó.

—Mucho —dijo Paolino, evitando que las miradas se cruzaran.

—Entonces, quédate detrás de mí y no apartes la mirada de los ojos de tu esposa. —Filomena volvió con Francesca, se le acercó y le gritó, entre el estruendo que les rodeaba—. Ha llegado el momento, pequeña —dijo, el humo del fuego las envolvía, no se podía apenas respirar—. Respira hondo si puedes y aprieta con todas tus fuerzas. El resto déjalo en mis manos.

Francesca Conti Vestieri asintió con la cabeza y miró a su alrededor por última vez mientras rezaba en silencio deseando que, a pesar de los escombros, la miseria, el fuego y el peligro, su hijo naciera sano. Miró a su esposo por encima de la cabeza de la partera.

—Prométeme una cosa —le dijo.

—¿Qué? —Pasando por encima de Filomena, tomó las manos de su esposa entre las suyas, las sujetó con fuerza, la sangre de los cortes que ella sufría se mezclaba con el hollín y la roña de su piel. La miró a los ojos. Ni el dolor, ni el calor, ni la rabia, ni el miedo que les rodeaba aplacaban la fiereza de su odio.

—En este nuevo país, construirás una vida buena para este niño —dijo Francesca—. Prométemelo.

—Te lo prometo —dijo Paolino.

—¡Prométemelo! —gritó Francesca.

Paolino se acercó más a su esposa. Rozaba su mejilla con los labios.

—Te lo prometo —susurró—. Como esposo y como hombre.

Francesca hizo un ademán asintiendo, la cabeza y el cuerpo estaban empapados de sudor y sangre, el torso agarrotado.

Paolino se separó de ella, sus ojos llorosos ardían, el humo penetraba en su nariz y le inundaba los pulmones. Miró a su alrededor vio montones de gente encaramándose unos encima de los otros, intentando alcanzar un cielo que no podían ver. La bodega era una caldera de llamas, cuerpos esparcidos, agua irrumpiendo a través de los boquetes de la galera, gritos pidiendo ayuda y gritos desesperados fundidos en un único grito. El casco del barco se inclinaba hacia la derecha, su viejo cuerpo estaba cansado de luchar, dispuesto a rendirse a un océano que no conocía la piedad.

Las promesas de juventud de lo que antaño fueron los sueños de Paolino Vestieri en cuanto a una vida sencilla, quedaban reducidos a cascotes chamuscados y cenizas calientes.

Filomena estaba hecha un nudo, con los codos resbalando sobre el suelo, las manos enterradas entre las piernas de Francesca, sintiendo las señales de una nueva vida. Justo detrás de ella el incendio era espectacular, sin embargo, la anciana ignoraba todo lo que ocurría a su alrededor excepto las tareas intrínsecas de su profesión.

—Veo la cabeza —anunció Filomena, elevando la voz por encima del ruido que generaba la multitud, levantando por un instante su propia cabeza. Con una enorme dosis de fuerza, rasgó la parte inferior de su vestido y no se detuvo hasta envolver por completo las manos con la tela. Con lo que quedaba del vestido, Filomena retiró la sangre de los costados de las piernas de Francesca, sin dejar de sonreír a la agotada mujer.

Francesca se mordió el labio inferior hasta provocarse un corte.

—¿Cuánto tiempo más, *signora*? —preguntó, entre los dientes prietos y ensangrentados.

—Eso depende de ti —dijo Filomena. Estaban rodeadas de cuerpos desplomados, víctimas del tumulto y del humo. La inclinación del barco las obligaba a sujetarse con todas sus fuerzas a los resbaladizos tablones del suelo.

—Aprieta, mi niña —musitó Filomena—. Con todas las fuerzas que te queden.

Francesca echó la cabeza hacia atrás y gritó tan fuerte que las sudorosas paredes de la bodega le devolvieron el eco. Respiraba con mucho esfuerzo y tenía los ojos hinchados debido al intenso dolor. La partera oteó entre las piernas de Francesca y tiró con extremo cuidado de la cabeza del bebé, mientras observaba un gran charco de sangre formándose a sus pies. Era más sangre de la que podía haber visto en cualquiera de los nacimientos que había asistido y la anciana sabía que únicamente la gentileza de un Dios poco generoso conseguiría sacarla de aquello con las dos vidas intactas. La sensación del tiempo había desaparecido de la angosta bodega, cada

momento luchaba por su propia eternidad, cada segundo llevaba consigo una vida entera de recuerdos oscuros. El fuego paseaba tranquilamente entre una gente acostumbrada a que la vida y la muerte entrase en su vida sin invitación previa. Todos sabían, todas y cada una de las personas que ocupaban aquella estancia, lo que significaba la caricia de las frías manos del inoportuno.

La ola chocó fuerte, inclinando la pared lateral hacia Filomena y Francesca. Se arrastraron junto con Paolino siguiendo la pendiente del suelo. Las llamas rozaban sus espaldas, sus manos desechaban la muerte. Filomena acabó boca abajo y un pedazo de hierro oxidado le hizo un corte en la cabeza. La sangre le resbalaba por ambos lados del cuello.

—Deje que la ayude —dijo Paolino, arrastrando a la anciana por los hombros.

—Olvídate de mí —dijo casi sin conocimiento—. Dedícate al niño. Quien te necesita ahora es el pequeño. Es al único a quien puedes ayudar. —Se incorporó y, tirando de la camisa de Paolino, le obligó a pegar su cara a la suya—. El único —dijo.

Paolino se volvió para mirar a su esposa, descansando sobre una pila de objetos apoyados contra el frío metal de la pared llena de aceite.

—Se equivoca —dijo Paolino, con un tono de voz más de miedo que de convicción—. Ella vivirá. Los dos vivirán.

—No tienes tiempo —dijo Filomena, el humo ocultaba su cara—. Ve y salva lo que puedas salvar.

Paolino descansó la cabeza de la partera en el suelo y la cubrió con un retal de ropa del vestido. Se arrastró hacia donde estaba su mujer, el humo le engullía, las llamas se extendían en todas direcciones. Tiró de su mujer por la espalda hasta darle la vuelta, salpicando su cara y su pecho con abundante sangre de color muy oscuro. Paolino observó las piernas de su esposa y se limpió las manos con la camisa, buscando la cara de su hijo entre la ruina de aquel cuerpo. Extrajo un trapo del bolsillo trasero, limpió como pudo la sangre y el sudor de su esposa y se agachó para sostener la cabeza del niño. La agarró con la mano derecha y, por el espacio de varios segundos interminables, temió estar haciendo algo más que simplemente sostenerla. Levantó la vista y vio la bella cara de su esposa, manchada con grasa y suciedad, las mejillas rojas, los labios matizados por una peligrosa sombra de azul. Vio la angustia reflejada en su mirada y quiso incorporarse para abrazarla y explicarle lo mucho que la quería. Para decirle lo mucho que sentía todo el dolor que le había causado.

Pero no dijo nada. Paolino bajó de nuevo la cabeza y siguió tirando de su hijo, intentando liberar al bebé de la seguridad de la matriz de una madre. La cabeza colgaba en silencio y Paolino tiró de los hombros hasta que el resto del cuerpo se deslizó rápidamente hacia el exterior. Ignoraba los gritos y chillidos que se producían a su alrededor. Cerraba los ojos a las explosiones que en aquel momento azotaban la bodega y a las olas rabiosas que golpeaban contra el exterior del barco. Ignoraba el infierno que le rodeaba y el frío océano esperando engullir cualquier loco que

pretendiera escapar.

Sostuvo el cordón umbilical con la mano derecha, la última conexión entre madre e hijo, y buscó con la mirada un objeto con que cortarlo. Tiró de un trozo de madera astillada que sobresalía de los paneles del suelo y empezó a cortar el cordón frenéticamente, desesperado por liberar al bebé. Lo cortó por completo con un delirante tirón final y separó al niño del cuerpo de Francesca. Paolino, sosteniendo al bebé a la altura de sus ojos, le dio un par de palmadas en la espalda. Y durante un espacio de tiempo que le pareció una vida entera, aguardó a que diera alguna señal de vida.

Sonrió al escuchar el llanto del bebé elevándose por encima de los gritos y los chillidos, rugiendo por encima de los gemidos de una muerte próxima. Acunó a su hijo y lo acercó a la cara de Francesca.

—Mira, *amore* —susurró Paolino—. Mira a tu hijo.

Francesca miró a su hijo con unos ojos destrozados por el humo y consiguió esbozar una débil sonrisa.

—*E un bello bambino* —musitó, acariciando con dulzura la frente del pequeño. Entonces cerró los ojos por última vez y su mano, apoyada en la pierna de su esposo, resbaló hasta chocar contra el suelo.

Paolino Vestieri permaneció inmóvil, meciendo entre sus brazos a un hijo cuya vida acababa de empezar hacía escasos minutos, con los pies rozando el cuerpo de su esposa, contemplando la bodega. Los cuerpos descansaban sobre el suelo en hileras, muchos rodeados por los de mayor edad, tranquilamente sentados, resignados a su destino. Las madres arrodilladas abrazaban a sus muertos, mientras que los padres empujaban ciegamente a sus hijos hacia la aparente seguridad del abarrotado hueco de la escalera. El fuego había alcanzado la sala de máquinas y las llamas envolvían las viejas tuberías, los incansables pistones y los cigüeñales enmohecidos. El océano proseguía su asalto, intentando volcar el viejo barco para que descansara eternamente.

*La Santa Maria* llevaba 627 pasajeros a bordo, aunque en el registro oficial constaran únicamente 176 nombres. Ochenta y uno de ellos sobrevivieron la tormenta helada y el incendio que les sorprendió en medio del océano Atlántico aquella frígida noche de febrero.

Paolino Vestieri fue uno de ellos.

Su hijo, Angelo Vestieri, fue otro.

Aparté la mirada de Mary para contemplar al anciano postrado en la cama. Siempre me había explicado que el destino no era más que una mentira en la que creían los tontos.

—Tú eliges tu camino —decía—. Tú decides los tumbos que dará tu vida. —Sin embargo, me resultaba imposible no preguntarme si se habría equivocado. Que tal vez una vida como la suya, que empezó manchada por la oscuridad de la muerte, estaba ya situada en un camino predeterminado. Un inicio como aquél era una herida en el corazón que ni el tiempo podía reparar. Algo que dividía el alma apartándola de

la decencia básica y endureciendo los puntos de vista y las opiniones. Podía fácilmente convertir a cualquiera en el hombre en el que Angelo Vestieri se convirtió.

Mi mirada topó con la de Mary y ella hizo un movimiento de asentimiento con la cabeza, nuestros pensamientos se habían cruzado.

—Parece como si estuviera predestinado desde el principio —le dije.

—Es una forma de verlo, me imagino —dijo, sirviéndose un poco de agua del jarrón de plástico.

—¿Cuál sería la otra? —pregunté.

—Que su vida se convirtió en lo que él quería exactamente que se convirtiera —respondió—. Como si la hubiera planeado desde un buen principio.

Creció entre hileras de pisos apiñados los unos contra los otros como polvorientas fichas de dominó, todos ellos con un mínimo de tres familias viviendo en su interior. En invierno, los delgados cristales crujían por el hielo acumulado en los alféizares, mientras que los niños dormían acurrucados entre los brazos de sus madres, cobijados bajo unas sábanas raídas a modo de única protección contra la brutalidad de las heladas mañanas de la ciudad. Los veranos traían consigo un calor tan muscular que las paredes se combaban y la pintura blanca del interior de los pisos se descascarillaba. El Manhattan Sur de principios de siglo era un lugar donde no debería haber crecido ningún niño, especialmente un niño tan escasamente preparado para luchar contra los elementos como era Angelo Vestieri.

De bebé, Angelo dependía de la leche sobrante de los pechos de las madres-jóvenes del vecindario, haciendo caso omiso al riesgo de sufrir una grave infección a cambio de recibir alimento. Vivía sin el calor del abrazo de una madre, en compañía de un padre temeroso de cualquier demostración de emoción. Fue una infancia que le ayudó a adoptar la cómoda postura del individualista, sin necesitar ni tan siquiera buscar el afecto de nadie. Este tipo de principios es una característica común a todos los gánsteres, adeptos a convertir las privaciones externas en fuerza interior. Durante los años pasados junto al anciano, he conocido a muchos hombres del mundo del gánster y a ninguno de ellos sería capaz de describirlo como una persona afectuosa. Muchos me conocían y les gustaba y, a pesar de ello, sabía que nunca me ganaría su confianza. Confiar en alguien es arriesgarse. Los gánsteres sobreviven minimizando el riesgo.

El joven Angelo sufrió una amplia variedad de enfermedades, pero la pobreza obligaba a prescindir del consuelo de la atención médica adecuada. Siempre tosía, resultado, según el médico del barrio, de la cantidad excesiva de humo que respiró en el momento de nacer. Sus pulmones debilitados le hacían vulnerable, su sistema inmunitario estaba a merced de los ataques directos de un sinfín de enfermedades contagiosas que azotaban los atestados pisos de Twenty-eighth Street en Broadway. Angelo pasó una buena parte de sus primeros años postrado en una pequeña cama de la parte trasera de un piso de tres habitaciones situado junto a la vía del tren, su padre pagaba dos dólares a la semana de alquiler. Allí, bajo una variedad de colchas y chaquetas, tosía, temblaba y respiraba trabajosamente durante largos días y solitarias noches. Nunca se quejaba, era muy introvertido, le costaba mucho aprender el inglés y era plenamente consciente de lo mal que sonaba su acento cuando se expresaba en la lengua de su nuevo país. Una vez más, la severidad de una existencia tan cerrada le resultaría de gran ayuda a Angelo en sus últimos años, cuando la habilidad de aislarse y permanecer en silencio durante largos períodos de tiempo era percibida como un signo de fuerza.

Angelo andaba siempre perdido entre oleadas de pensamientos y se encontraba a



gusto cuando le dejaban solo en un mundo diseñado por él mismo. Únicamente en contadas ocasiones, se aventuraba a salir y a compartir con otros chicos de su edad los juegos típicos de las calles del barrio, en los que siempre ganaban los demás: hockey utilizando palos de escoba pelados; batallas a caballito; tocar y parar; *stoopball*<sup>[1]</sup>; cara o cruz.

—Entré con mal pie desde el primer día —me comentó en una ocasión—. Pero a mí me era igual que no me aceptaran. Para mí no significaba nada lo que esos niños opinaran o lo que creyeran de mi vida. Para ellos era un extraño y yo así lo quería. Era lo único que tenía a mi favor en aquellos tiempos.

Angelo entraba y salía de las salas para pobres de los hospitales del área, obligado a luchar constantemente contra los efectos de la travesía del océano y del fuego que abrasó sus pulmones. A lo largo de esos primeros años, estuvo en tres ocasiones al borde de la muerte y sobrevivió a todas ellas.

—Sin otra razón que demostrarles que se habían equivocado —dijo Mary con una débil sonrisa.

Paolino pasaba por la sala cada mañana antes de ir a trabajar y cada noche antes de entrar en su segundo trabajo. Por las noches llegaba con la comida favorita de su hijo, crema de lentejas caliente sobre gruesas rebanadas de pan italiano, y allí, iluminados por la tenue luz de las lamparitas que quedaban encendidas toda la noche, padre e hijo disfrutaban de la buena comida y de la mutua compañía.

—¿De dónde vienen los barcos en los que trabajas, Papa? —preguntó Angelo, con la boca llena de pan.

—De cualquier lugar del mundo que puedas imaginar —respondió Paolino, acercando la cuchara a la boca de su hijo—. Llegan a diario de Italia, Alemania, Francia, incluso de países de los que nunca había oído hablar. Vienen repletos de comida y mercancías del país de origen. Los barcos van tan cargados, que a veces casi ni pueden entrar en el puerto.

—¿Y dónde va a parar toda esa comida? —preguntó Angelo, imaginándose largas colas de enormes cargueros entrando lentamente en el puerto.

—A todo el país —dijo Paolino—. Tiendas, restaurantes, almacenes. Angelo, ahora formamos parte de un país muy grande. Hay mucha comida y trabajo para todo el que lo quiera.

—¿Y también para nosotros, Papa? —dijo Angelo, apurando hasta la última lenteja del tazón que le sostenía su padre.

—Este país está lleno de gente como nosotros —dijo Paolino, limpiando la barbilla de su hijo con el borde doblado de una servilleta de tela—. Es un lugar especial para un chico como tú. Te consigue todos los deseos y te lleva a lugares mejores de lo que hayas nunca soñado.

—¿Podré trabajar en los barcos grandes cuando sea mayor? —preguntó Angelo—. ¿Igual que tú, Papa?

—Incluso mejor, pequeño Angelo —respondió Paolino con una amplia sonrisa—.

Un día, incluso puedes ser el dueño de uno de esos barcos. Ser un hombre rico. Descansar y dejar que los demás trabajen por ti.

Angelo reposó entonces la cabeza sobre la almohada, mirando a su padre, sonriente.

—Eso estaría muy bien, Papa —decía Angelo—. Muy bien para los dos.

Paolino dejó el tazón sobre la silla y se inclinó para abrazar con fuerza al niño enfermo, acunándole suavemente hasta que se le cerraron los ojos debido al peso de la enfermedad y de una comida sana.

Después de cuatro meses de estancia en el hospital, Paolino decidió trasladar a Angelo a un piso del centro de la ciudad para que le ayudara a cuidarle la tía abuela viuda de Paolino, Josephina. Josephina era una fornida mujer, de brazos gruesos y flácidos y cuyas piernas estaban recorridas, desde la punta del pie hasta la parte superior del muslo, por venas varicosas que formaban algo parecido a un mapa de carreteras. Sus ojos eran de color verde aceituna oscuro y quedaban escondidos bajo una cascada de rizos de cabello negro salpicado de gris, tenía una sonrisa fácil y muy agradable. Era una mujer de aspecto formidable, con un temperamento a flor de piel y una cicatriz recorriendo ambos lados de su barbilla, recuerdo del antiguo mordisco de un perro. Pero quería y cuidaba a Angelo y se esforzaba por ofrecerle la atención de madre de la que tan claramente carecía el chico, a pesar de que nunca pareciera reclamarla. Aceptó al chico, acogiéndolo bajo la sombra de sus enormes alas, no como a un hijo, sino más bien como a un estudiante.

—No creía en los demonios de la camorra o de la mafia y por ello acabó riñendo con el padre de Angelo —dijo Mary—. ¿Y cómo podía creer en ellos? Era la orgullosa esposa de un jefe criminal desaparecido. Respetaba y se aferraba a las tradiciones de sus costumbres. Y transmitió esas costumbres a Angelo.

Josephina le sentaba en la cama, le hacía apoyar la espalda a su costado, le acariciaba el pelo y le explicaba historias sobre la tierra donde descansaban sus antecesores.

—Todo empezó por culpa de los franceses —le explicó una mañana, mientras los dos compartían una taza de caldo de pollo caliente—. Eso es lo que significa la palabra mafia: *Morte Alla Francese in Italia*. Muerte a los franceses en Italia.

—¿*Perche*? —preguntaría Angelo, con su lenguaje tan particular, medio italiano, medio inglés—. ¿Por qué muerte?

—Llegaron siglos atrás y tomaron posesión de tierras que no les pertenecían —dijo Josephina—. Nos pertenecían a nosotros, a los italianos. La policía no hizo nada, tenían miedo. Los políticos no hicieron nada porque les pagaban para eso. Así que el asunto quedó en manos de los ciudadanos que decidieron crear un grupo de gente en la que sólo ellos podían confiar.

—¿Ganaron? —preguntó Angelo—. ¿Recuperaron sus tierras?

—Se derramó mucha sangre, pero sí, ganaron su batalla —respondió Josephina—. Y nadie volvió a tocarles la tierra nunca más.

—¿Y tu marido estaba en ese grupo? —preguntó Angelo, reaccionando a la historia igual que la mayoría de los niños reaccionaría ante su cuento favorito.

—Sí —dijo Josephina—. Era el capo de la ciudad donde vivíamos y donde murió.

—Papa dice que vinimos a América para que Mama y yo nos alejáramos de hombres como el tío Tomasso —dijo Angelo.

—Tu padre es débil —siseó Josephina, sin querer tomarse en serio la observación—. Nunca será más de lo que es, un mueble que mueven a su antojo los demás.

—Yo también soy débil —dijo Angelo, mirando con ojos de miope a Josephina.

—Eso cambiará —dijo Josephina, acariciándole la cara al chico con su manaza.

Todos los gánsteres que he conocido son supersticiosos, algo que proviene de los días de la infancia pasados en compañía de mujeres como Josephina, que los alimentaban con cuentos de segunda mano que no tenían cabida en un mundo moderno, aunque hubieran sobrevivido el paso de los siglos. Sus miedos diarios van mucho más allá de los gatos negros y el pasar bajo una escalera que suele manifestar la gente corriente y tienen su origen en sueños, números y sospechas.

—¿Sabes cuál era su mayor temor, cortesía de tía Josephina? —preguntó Mary, sacudiendo la cabeza con incredulidad.

—Tal vez sí —respondí—. Si alguien entraba en la habitación donde estaba con la chaqueta abrochada significaba que planeaba matarlo.

—Muy buena —dijo Mary—. Pero la que más me chocó fue que jamás compartía la mesa o la compañía de una mujer pelirroja.

—¿Por qué no?

—Era el color del demonio —dijo Mary—. Y Josephina creía que esas mujeres poseían un poder innato que trastornaba el corazón de incluso el hombre más fiel.

—¿Piensas que de verdad creía en todo eso? —pregunté.

—Espero por Dios que sí —dijo Mary, y la sonrisa se desvaneció—. Ordenó más de un asesinato por su causa.

Durante las tardes de verano, Angelo se sentaba en el descansillo de la entrada del piso y observaba las caras de la gente que pasaba con prisas. La calle se hallaba congestionada por el tráfico humano y el paso de los carruajes, y en ambas aceras se amontonaban grandes pilas de estiércol y basura. En el otro lado de la calle, y frente al edificio donde vivía Angelo, había una desvencijada taberna con la puerta de entrada desquiciada, las paredes desconchadas y cuyo nombre mejor correspondería a la zona residencial de la ciudad.

Se llamaba café Maryland.

Las bandas de la ciudad se reunían en aquel local oscuro, salpicado de sangre y cerveza, para planear sus asesinatos y robos, preparar los mapas para llevar a cabo los golpes y contabilizar los intereses de los préstamos. En verano de 1910, mataron a tres hombres con arma de fuego después de una larga y alterada discusión sobre una mujer cuya compañía ya habían disfrutado muchos de los clientes del bar. Los empleados del depósito de cadáveres colocaron el carruaje negro frente a la puerta de

entrada casi en el mismo momento en que finalizaron los disparos, recogieron los cuerpos y desaparecieron en la oscuridad, encogiéndose de hombros y riendo después de otra noche de pelea entre «los *dagos*<sup>[2]</sup> y los *micks*<sup>[3]</sup>».

Su padre había alertado a Angelo para que nunca se acercara, al Maryland.

—La gente de ese bar es exactamente la misma que la gente de la que huimos —dijo Paolino—. No existe diferencia alguna. —A Paolino le hubiera gustado disfrutar de más tiempo libre para pasar con su hijo, pero la necesidad de trabajar en dos sitios distintos sin con ello apenas conseguir dinero para subsistir, puso fin a sus deseos paternales. Trabajaba tres turnos completos de día y noche en los muelles de la ciudad descargando los barcos que continuamente entraban y salían del colapsado puerto. Paolino obtenía siete dólares semanales por este trabajo, pero estaba obligado a entregar la mitad de esa cantidad a los chicos de Chick Tricker, que garantizaban el trabajo a cambio del dinero. Durante las primeras décadas del siglo xx, Chick Tricker dominaba el Lower West Side de Manhattan. Tricker era un tabernero que descubrió que alquilar los servicios de gorilas como cobradores era un camino mucho más sencillo hacia un estilo de vida más lucrativo. Así pues, mientras un ejército de obreros volvía a casa cada noche con los músculos doloridos y preguntándose en voz alta si merecía la pena vivir una vida honesta, Tricker se aposentaba detrás de la barra de su bar, con una botella de su más exquisita bebida a mano derecha y contaba su botín, en paz con el lugar que le correspondía en el Sueño Americano.

Paolino pasaba las noches restantes en un pequeño matadero situado en West Twelfth Street, matando, despellejando y cortando cerdos y corderos que se repartían en los mercados de la zona a la mañana siguiente. Irónico, ya que mientras en Italia atendía las necesidades de un rebaño, ahora aquí, en América, se dedicaba a cortarles el cuello. En este caso, podía contar con todo el dinero ganado trabajando en turnos de doce horas seguidas, en la penumbra y en unas condiciones sanitarias que rozaban el crimen. Además del sueldo de siete dólares, Paolino recibía dos cabezas de cordero a la semana que Josephina marinaba en vinagre de vino tinto y ajo picado y luego asaba sobre un pequeño barril de vino. Las comidas del domingo por la tarde eran lo más similar al cielo que Paolino encontraría en esta tierra.

Las largas horas de trabajo y las pequeñas sumas de dinero que obtenía dejaban a Paolino roto y sin blanca. Y aquello afectaba al joven Angelo.

—Le veía llegar a casa por la noche y simulaba que estaba dormido —me explicó, mientras atendíamos con cariño y paciencia las largas hileras de olivos que ocupaban tres acres de su finca de Long Island—. Se veía tan derrotado, tan impotente. Se sentaba al borde de la cama y echaba la cabeza hacia atrás, estaba tan cansado que ni siquiera se molestaba en desnudarse. Al principio lo sentía mucho por él. Pero con el tiempo ese sentimiento se convirtió en lástima. Yo sabía que nunca podría cambiar su vida. Que incluso la muerte sería una opción mejor.

Paolino hacía escasa vida social. Tenía unos pocos amigos con los que se reunía muy de vez en cuando para jugar a cartas, a la *briscola* o al *sette bello*. En verano,

solía pasear solo hasta el final de los espigones del West Side y pensar en su segundo hijo mientras el violento resplandor del sol convertía el Hudson en una gran extensión de cristal azul. ¿Era aquel frío país el lugar adecuado para que un chico frágil encontrara y creara su propio camino? ¿Tendría el coraje suficiente como para enfrentarse a los retos que su padre imaginaba que debería afrontar? ¿Y llegaría a más de lo que Paolino veía en sí mismo... un hombre de sueños sencillos viviendo una vida de deseos inútiles?

Muy pocas veces, Paolino se imaginaba de nuevo casado, con una mujer en casa que proporcionara calor, comodidad y una cara sonriente a un hombre cansado. Paolino, a pesar de sus problemas financieros, era aún considerado como un buen partido entre las viudas de mediana edad y las viejas sirvientas del vecindario. Pero eran ideas efímeras, que únicamente le acercaban el cálido recuerdo de Francesca. Paseaba con tristeza, preguntándose si había tenido sentido abandonar Italia. Al fin y al cabo, poca diferencia había entre pagar un impuesto monetario a la camorra de su tierra o a los gorilas irlandeses de Nueva York.

De vuelta a casa, Paolino pensaba casi siempre en Carlo, el hijo que había asesinado. Los años transcurridos desde aquel disparo no habían hecho más que aumentar su sentimiento de culpa, arrastrando con él la carga de la duda. Ya no estaba convencido de haber actuado correctamente, el tiempo que llevaba en América le había extirpado el fondo moral que tan fácilmente había defendido durante muchos años. Cerraría los ojos e intentaría borrar la imagen del chico sangrando y tendido en el suelo, muerto, en aquella estancia calurosa y sin ventilación. Pero no era capaz. La imagen estaba anclada en su memoria para siempre. El vacío que sentía en el estómago le decía que necesitaba vivir el resto de su vida acompañado por una equivocación irreparable. Y para un hombre como Paolino Vestieri, batallando para llegar a fin de mes en una nueva tierra, la combinación letal de duda y culpabilidad resultaba imposible de superar.

Angelo tenía siete años cuando fue arrastrado a su primera pelea callejera. Fue contra un chico de diez años llamado Pudge Nichols, el machote del patio de la escuela que vio una presa fácil en aquel niño de aspecto nervioso y que tartamudeaba. El factor añadido de que fuera un italiano con un muy limitado vocabulario inglés, sirvió para que el burlón de Pudge disfrutara aún más de la situación. En cuestión de segundos, Nichols se abalanzó sobre Angelo, levantando la mano derecha y preparado para dar un puñetazo con la izquierda.

—Veamos, italianucho —dijo Nichols.

—¿Veamos qué? —logró tartamudear Angelo.

—Tu dinero —dijo Nichols.

—No tengo dinero —dijo Angelo.

—Si vives aquí, deberás aprender las reglas —dijo Nichols, con tono desdeñoso—. La regla número uno consiste en que cuando me veas me traigas dinero. No creo que sea una regla muy difícil de recordar. Incluso para un imbécil.

—No tengo dinero —repitió Angelo.

Pudge Nichols abrió la mano izquierda y le arreó un bofetón a Angelo en plena cara. La fuerza del golpe hizo que Angelo empezara a llorar y su cuerpo entero se pusiera a temblar.

—No tengo dinero —dijo Angelo, dando la vuelta a los bolsillos vacíos de su pantalón corto de color gris—. ¿Lo ves? No hay dinero.

Pudge sonrió y con su mano musculosa cogió a Angelo por el hombro.

—De acuerdo —dijo Pudge—. No tienes dinero. Entonces dame otra cosa.

—¿Qué? —preguntó Angelo.

Pudge contempló a Angelo, la cara enrojecida por el puñetazo, las lágrimas resbalando mejillas abajo y el miedo en la mirada. Soltó entonces una risotada.

—Tu ropa —dijo Pudge.

Angelo se quedó mirando a Pudge sin comprender de entrada, lo que le pedía y, cuando lo comprendió, hizo un gesto de negación con la cabeza.

—No —dijo, con una voz que trataba de ocultar su miedo.

—No puedes decir no —dijo Pudge—. Eres tan estúpido que ni tan siquiera sabes lo que significa no.

—Mi ropa no —dijo Angelo.

—O me llevo tu ropa a casa o tú te llevas a casa una paliza.

—No te llevarás nada mío —dijo Angelo.

Inmediatamente, Pudge se inclinó y lanzó tres golpes. Los dos primeros pasaron rozando el brazo derecho de Angelo. El tercero fue a parar al cuello y lo mandó al suelo. Aterrizó apoyándose con las manos y las rodillas y Pudge aprovechó para atizarle dos patadas en la espalda, consiguiendo con ello que sus pulmones enfermos expulsaran todo el aire que contenían.

—¿Piensas defender hasta la muerte esta ropa de mierda? —preguntó Pudge, casi sin poder respirar.

—No te llevarás mi ropa —balbuceó a duras penas Angelo. Se arrastró hasta una señal indicadora de la calle, alargó el brazo para agarrarse a ella y tratar de ponerse en pie. Cuando estaba incorporándose, Pudge le tiró del pelo por atrás. Empezó a golpearle metódicamente, con directos de derecha dirigidos a la cabeza de Angelo y sin soltarle el pelo sujeto con la mano izquierda. La sangre que salía por la boca y la nariz de Angelo salpicó la camiseta blanca de Pudge y su cara pecosa. A esas alturas, se había formado un círculo de gente que observaba la pelea, algunos murmuraban enfurruñados porque aquello era un combate con un único luchador. Pero nadie dio un paso para detener la pelea.

Pudge soltó el pelo de Angelo y contempló al chico rodando por el suelo, la cabeza rozó el borde de la acera. Pudge se inclinó para tirar entonces de uno de los zapatos de Angelo.

—Tu ropa está tan ensangrentada que ya no me sirve para nada —dijo Pudge, disgustado—. Pero los zapatos no están mal. Así no marchó con las manos vacías.

—Si le robas los zapatos al chico, te costará la vida.

La voz venía de detrás de Pudge. Era la voz ronca y sensual de una mujer. Pudge observó al grupo de gente que tenía enfrente y vio como la expresión de las caras cambiaba de la desaprobación al miedo. Se incorporó, dio media vuelta y vio a Ida el Cisne.

Ida Bernardine Edwards era la mujer más hermosa del West Side. También la más dura e iba siempre armada con dos pistolas cargadas. Ida, la reina del café Maryland, había sido amante de muchos de los jefes de las bandas de la zona. Tenía su propia pandilla de ladrones y si la patrulla anticorrupción del Departamento de Policía de la ciudad de Nueva York decidiera investigar asesinatos en bares y casas, el nombre de Ida el Cisne aparecería en un mínimo de seis casos.

—Ni se te ocurra salir corriendo —le dijo Ida a Pudge, que estaba a punto de marchar precipitadamente calle abajo—. Puedo dispararte por la espalda tan fácilmente como lo haría por delante.

—No marcharé —dijo Pudge, sacudiendo sumiso la cabeza.

—Ayuda a ese chico a levantarse —ordenó Ida—. Y luego tráemelo al café. Cerca de la cocina hay una habitación con una mesa grande. Llévalo allí. Y espera con él hasta que yo vuelva.

—¿Adónde va? —preguntó Pudge, abriendo los ojos de par en par y viendo que Ida el Cisne se le acercaba.

—El chico necesita un médico. —Ida le observó con su par de ojos color mar—. Y es posible que al final del día también tú lo necesites. Creo que es buena idea que vaya a buscarlo. ¿Alguna pregunta más?

—No —dijo Pudge.

—Entonces apártate de mi camino —dijo Ida—. Y haz lo que te he dicho.

Ida el Cisne levantó ligeramente la parte delantera de su falda larga de color marrón y pasó junto a Pudge, ignorando la gente que la observaba, en dirección a Broadway, donde vivía un médico alcohólico que le debía dinero y un favor.

Gánsteres, si alguien les da forma son las mujeres de los inicios de su vida. Los modelos de infancia de Angelo fueron Josephina e Ida el Cisne, dos mujeres cuya guía y educación se unieron para dar paso a una única alternativa.

—No tenía más familia que su padre —dijo Mary—. Y creó una familia con las personas que conocía. Josephina se convirtió en su abuela, Pudge en su hermano e Ida sustituyó a la madre que perdió al nacer. Les escuchaba, confiaba en ellos y, lo que es más importante aprendió de ellos.

Era un estudiante entusiasta que esperaba sobrevivir en las calles indiferentes de una ciudad cruel. También era un niño que, a pesar de no pedirlo, deseaba cariño, algo que encontró en compañía del trío más inverosímil. En otro lugar, conviviendo con gente honesta y trabajadora, Angelo Vestieri habría crecido para vivir una vida sencilla y con escasas consecuencias. Pero su camino estaba pavimentado con material más peligroso.

Podemos ignorar nuestro destino, luchar incluso contra él, aunque siempre acabaremos cediendo. Una verdad para Angelo. Una verdad para mí.

Ida el Cisne recogió al chico herido y se ocupó de él. Ordenó al médico que siguiera sus instrucciones para curarle las heridas y le dijo a Josephina que tratara de evitar que su padre le viera antes de que los golpes más visibles hubieran desaparecido.

—¿Por qué haces esto por él? —le preguntó Josephina a Ida, mientras tomaban un par de copas de oscuro whisky escocés.

—Siento debilidad por los extraviados —dijo Ida, apurando su copa—. Hace un par de años encontré una gatita en el callejón que hay detrás del café. Estaba destrozada, a punto de morir, diría. Y ahora es tan fuerte y resistente que podría matar tres ratas de golpe.

—¿Y crees que si acoges a Angelo harás de él un tipo fuerte y resistente? —dijo Josephina—. ¿Como esa gata?

—No —respondió Ida—. Sólo intentaré enseñarle lo suficiente como para que no le maten.

—Tiene aspecto débil y se comporta como tal —dijo Josephina—. Pero posee mucha fuerza interior.

—Más vale así —dijo Ida el Cisne.

Josephina permaneció unos instantes mirando a Ida. Luego hizo un ademán con la cabeza, sonrió y volvió a llenar las copas de whisky.

Casi amanecía y la luz se colaba a través de las ventanas del café Maryland. Angelo se dirigió hacia el centro de la habitación, el olor a humo rancio y a bebidas con solera impregnaba el ambiente. Sobre el pijama llevaba un albornoz dos tallas más grande de lo que le correspondería y zapatos de obrero en lugar de zapatillas. Seguía con la cara magullada y dolorida, tenía un ojo medio cerrado y le dolían la espalda y el pecho sólo tocarlos. Angelo retiró una silla y abrió la puerta que comunicaba con la habitación de Ida. Era la primera vez que entraba y se quedó maravillado viendo lo limpio y bien conservado que estaba todo, los muebles relucientes, las fotos enmarcadas que colgaban en las paredes Usas y sin una mota de polvo. Entró del todo en la habitación y se plantó ante la cama de Ida para contemplarla dormida, de espaldas a él, con la cara reposando sobre una almohada. Angelo se sentó en el suelo, con el albornoz tapando su cuerpo a modo de edredón, e inclinó la cabeza hacia el lateral de la cama. Levantó la mano para acariciar la abundante cabellera rizada de Ida. Tenía los ojos muy abiertos e inundados de lágrimas, prestando atención a la rítmica respiración de Ida. Se inclinó más hasta llegar a reposar la cabeza sobre su espalda, cerró los ojos, el dormitorio estaba en paz y en silencio.

—*Grazie tanto, signora* —susurró Angelo, segundos antes de quedarse medio dormido—. Muchas gradass.

Ida tenía los ojos abiertos y miraba la pared oscura situada a escasos centímetros



de su cara. Esperó a que el chico se durmiera totalmente, dio la vuelta lentamente, lo subió a la cama y lo tapó con la manta. Contempló su cara magullada y acarició las heridas. Ida besó a Angelo en la frente y volvió a la posición inicial. Cerró los ojos y se rindió al sueño, abrazando delicadamente al frágil niño que había rescatado.

Dos semanas más tarde, una lluviosa mañana de domingo, Ida el Cisne mandó llamar a Pudge Nichols ordenándole que se presentara en el café Maryland.

—No he pegado a nadie desde lo del italiano —dijo Pudge desde el umbral de la puerta del café y apretujando su gorra entre las manos—. Lo juro.

—Es un principio —dijo Ida, mirándole por encima del borde de un gran tazón para el café de color blanco.

Ida estaba detrás de la barra con un pie, cubierto por una bota negra que brillaba como si la hubiesen limpiado a base de escupitajos, apoyado sobre el tubo metálico que la recorría a lo largo, cerca del suelo. Sus ojos brillaban incluso en la penumbra de aquella gran estancia. La oscura melena recogida en un moño y algunos rizos cayendo sobre la cara resplandeciente. De la boca de Ida colgaba un cigarrillo liado a mano, cogió una cerilla de madera y rascó con ella la barra hasta prenderla y encender así el cigarrillo. Hizo señas a Pudge para que se aproximara, despidiendo el humo por los agujeros de la nariz. El chico se acercó, dubitativo, rastreando el café con la mirada.

—Soy tu única compañía —dijo Ida—. Anoche hubo una gran juerga. Todo el mundo duerme en estos momentos.

—¿Qué quiere? —preguntó Pudge en cuanto llegó a la barra y mirando nervioso a Ida.

—Creo que te conviene relajarte —dijo Ida—. No me dedico a hacer daño a los niños. No, a menos que tenga una buena razón para hacerlo.

Ida sacó una nueva taza de café de debajo de la barra y la hizo resbalar sobre el mostrador. Pudge tomó asiento en un taburete y agarró la taza entre ambas manos. Bebió un buen trago y echó un vistazo al café.

—¿Es verdad lo que dicen sobre este lugar? —preguntó—. ¿Han matado de verdad a tanta gente?

—Ya no veo a tu viejo por aquí —comentó Ida, ignorando las preguntas y atacando con otra—. ¿Qué está haciendo, está en chirona o se ha largado?

—Marchó justo antes de Navidad —dijo Pudge, encogiéndose de hombros—. No me importa. Ya no me gritan tanto y mi madre está tan borracha que es incapaz de zurrarme por las noches.

—Mientras seas feliz —dijo Ida, enviando una bocanada de humo en dirección al techo.

Pudge se inclinó hacia la barra, sin soltar la taza.

—¿Y por qué estoy aquí? —preguntó.

—Tiene que ver con el chico del otro día —dijo Ida.

—¿El italiano? —dijo Pudge.

Ida asintió y obsequió a Pudge con lo que quedaba de su cigarrillo. El chico soltó la taza, lo cogió, se lo llevó a la boca y dio una larga calada.

—¿Qué sucede con él? —preguntó Pudge, intentando no reaccionar ante el calor que el tabaco le producía en los pulmones.

—Quiero que cuides de él —dijo Ida—. Que te ocupes de que nadie más vuelva a hacerle lo que tú le hiciste.

—No lo pillo. ¿De qué va esto? —preguntó Pudge, abandonando el cigarrillo.

—Va de lo que yo quiero —respondió Ida—. Y va sobre lo que tú vas a hacer, es decir, velar por su seguridad.

—¿Y qué sucede si no lo hago? —preguntó Pudge.

—Podría olvidarme de ello —dijo Ida—. O podría buscar a alguien que no tuviera nada que hacer excepto darte una buena paliza.

—¡Esto es de locos! —dijo Pudge, elevando la voz y dando un golpe a la fría barra de madera—. Este chico es un perdedor. Mire como camina, es para zurrarle a patadas.

—Y ahí es donde entras tú —dijo Ida—. Corre la voz. Si se lían con él, es como si se liasen contigo. Tienes una reputación lo suficientemente fuerte como para que los demás chicos de la calle se larguen.

—¿Cuánto tiempo pretende que dure esto?

—Hasta que yo diga lo contrario —dijo Ida—. Le diste una buena paliza. No quiero que vuelva a suceder. A partir de ahora, si este niño se corta alguien más sangrará. Aunque tengas que ser tú.

—¿Y qué consigue con esto? —Pudge descendió del taburete, con el ceño fruncido y resignado a su destino.

—Nada —dijo Ida, sonriendo y caminando hasta el extremo opuesto de la barra—. Tal vez sea lo único que hacemos juntos.

Pudge sacudió la cabeza viéndola marchar.

—Guardaespaldas de un italiano —balbuceó—. Mejor muerto que eso.

—Puedo hacer que así sea —dijo Ida el Cisne, mirando por encima del hombro—. Si esto es lo quieres.

Pudge Nichols no respondió. Dio media vuelta y salió corriendo del café Maryland.

Los gánsteres tienen pocos amigos. Es la naturaleza de la vida. Hay una historia que a Angelo siempre le gustaba contarme cuando yo era más joven, una que jamás se cansaba de repetir y que, según él, resumía la ética del gánster.

—Un padre pone a su hijo en el alféizar de una ventana, a casi cinco metros del suelo —decía Angelo—. El niño tiene seis años. El padre le dice al niño que salte. El niño duda, tiene miedo. El padre le dice que no se preocupe, que papá está ahí y que papá le cogerá. El niño traga saliva, cierra las manos en un puño y salta. El padre se aparta y deja que el niño caiga al suelo y acabe con cortes, heridas, rasguños. El padre se inclina sobre él y le señala con el dedo. El niño sigue llorando. Y entonces le dice:

«Recuerda una cosa. Nunca confíes en nadie en esta vida».

En la vida de gánster es muy extraño encontrar a alguien en quien confiar. Más extraño si cabe es encontrar un amigo. La mayoría de las alianzas se fraguan por conveniencia territorial y se adhieren estrictamente a las políticas de negocios. Esas amistades duran mientras existe un beneficio que obtener.

—Tú me lavas la espalda y yo te lavo la tuya —diría Angelo—. Hasta que llegue el momento de dispararte por la espalda.

La amistad con Pudge Nichols se inició de la forma más natural del mundo. Nació del odio y evolucionó hasta convertirse en una unión basada en la fidelidad y el respeto mutuo. Pudge y Angelo se aprovechaban de los puntos fuertes de cada uno de ellos, protegían sus debilidades y no permitían que nadie se infiltrara en el muro de confianza que tan perfectamente habían levantado. Ambos vivían como un solo ser en el interior de los confines de su mundo brutal.

—No tenían nada que ver, ni en aspecto ni en personalidad —dijo Mary—. Pero llegaron a quererse de verdad. De hecho, no creo que hubiera nadie más en el mundo a quien Angelo quisiera tanto como a Pudge. E incluso en ese amor, por muy puro que fuera, había riesgo.

Angelo y Pudge caminaban con la cabeza agachada y luchando contra un gélido y desagradable viento. Soplaban desde el East River, acompañado por una serie de aullidos rabiosos, y azotaba sin piedad sus raídas prendas de invierno.

—Refugiémonos en el Maryland —dijo Pudge, sumergiendo las manos en los bolsillos traseros de sus andrajosos pantalones—. Sólo hasta que vuelva a sentir los pies.

—Llegaremos tarde a la escuela —dijo Angelo, con su horrible inglés—. El maestro se enfadará.

—Dos buenas razones para hacer lo que yo digo —dijo Pudge.

—Llevamos toda la semana sin ir —dijo Angelo—. El maestro llamará pronto a mi padre.

—Ida nos necesita para subir la cerveza del sótano —dijo Pudge—. Eso merece la pena. No la escuela.

Pudge seguía religiosamente las instrucciones de Ida y permanecía en todo momento junto a Angelo, garantizando que ningún gamberro del barrio le metiera la mano encima. Creía que la mejor forma de asegurar la seguridad de Angelo era permaneciendo a su lado constantemente, a la vista de todas las miradas hambrientas que buscaban sus blancos y sus víctimas en las calles de la ciudad. El hecho de que Angelo fuera italiano convertía la tarea de Pudge en algo más desalentador si cabe. Por aquel entonces, los italianos, invadiendo a millares lo que en su día fueron baluartes irlandeses y robándoles todos los trabajos mal pagados, eran considerados casi como ladrones. Había peleas callejeras diarias entre ambos grupos y las treguas que se fraguaban en contadas ocasiones, eran efímeras.

El amargo sabor de la Primera Guerra Mundial deprimía el alma del país y en

invierno de 1913, las calles de Nueva York se habían convertido en escenario de batallas étnicas. Era la época de los Gangs, un período de crimen controlado durante el cual más de ciento cincuenta pelotones desbocados dominaban a los ciudadanos con la simple ayuda de la fuerza bruta de sus puños. En el Departamento de la Policía Municipal eran cuatro gatos, mal entrenados y escandalosamente corruptos. En la ciudad se sucedían asesinatos a diario y el superpoblado distrito de Manhattan Sur iba en cabeza en cuanto a número de casos. Los asaltos y los atracos a plena luz de día eran algo tan normal que apenas si eran merecedores de la mirada de los transeúntes o de algún tipo de mención en la prensa del día siguiente. Grupos perfectamente equipados y organizados de invasores de casas limpiaban las exiguas posesiones de los inquilinos, transformando instantáneamente el botín obtenido en dinero contante y sonante gradas a una intrincada red de peristas bien posicionados.

La prostitución iba en aumento y servía para alimentar los deseos frustrados de los emigrantes, que buscaban en ella una forma de aliviar su difícil situación y encontraban consuelo en brazos desconocidos. Un chulo o una *madame* al cargo de una cuadrilla estable de mujeres atractivas podían obtener un beneficio semanal de cuatrocientos dólares... el equivalente al sueldo anual del comisario de policía. La mayor parte de las prostitutas eran fugitivas que huían de la intensa pobreza de otros climas, aunque también había un puñado de viudas sin ingresos o esposas de hombres incapaces de encontrar trabajo.

Las tabernas y los bares conformaban el paisaje de la ciudad y la mayoría de esos establecimientos alcanzaban el máximo de su capacidad seis noches a la semana. Servían cerveza aguada, ginebra de barril y whisky envejecido durante una única semana, a caras agotadas y manos ansiosas. Casi todas las mañanas, las calles amanecían con hileras de hombres dormitando junto a las puertas de las casas o acurrucados bajo los puestos de venta ambulantes, con los problemas familiares y económicos reducidos a borrosos recuerdos.

Pero, a gran distancia de todo eso, el mayor vicio al que se enfrentaban los inmigrantes y el que más adictos sumaba diariamente, era el juego. Una de las pocas cosas que tenían en común los inmigrantes italianos e irlandeses que vivían en el Nueva York de principios de siglo era su pasión por apostar a un número fijo cada día. Y un ejército de estafadores callejeros se aprovechaba sin remilgos de esa pasión. Los que jugaban al veloz y mortal juego de los números se contaban a centenares. Muchos acababan convertidos en ricos. Y bastantes morían en el intento.

Y nadie era mejor en eso que un hombre delgado y apuesto, de voz cálida y sonrisa fácil.

Se llamaba Angus McQueen.

En la calle llegó a conocerse como Angus el Asesino y alcanzó relevancia criminal después de pasar sus años de formación como un miembro importante de los *Gophers*, una de las bandas de gánsteres más destacadas de Manhattan. Gobernaban gracias a su perfil multitudinario, llegando a alcanzar los quinientos miembros en sus

mejores tiempos. El corazón del territorio *Gopher* se extendía desde Seventh Avenue hasta el no Hudson, incluyendo el área comprendida entre Twenty-third y Forty-Second Street.

Su nombre provenía de su naturaleza bárbara. La banda recibía el nombre de *Gophers*<sup>[4]</sup> porque sus escondrijos y sus refugios se encontraban en los sótanos de las casas. Solían entrar en guerra con las bandas rivales, sobre todo con los siniestros Five Points y los terribles Eastmans. Cada semana aparecían noticias frescas relacionadas con la muerte o el apaleamiento de al menos uno de los miembros de las bandas.

Además de su demostrada habilidad para romper cabezas y lisiar cuerpos, algunos de los líderes de las bandas más destacadas demostraban un olfato excepcional para los negocios. Curran un Pulmón, un jefe *Gopher* de los muelles, atesoró una pequeña fortuna transformando abrigos robados a la policía en trajes de mujer e imponiendo una moda que se prolongó durante dos temporadas en Garment District. Curran sufría una tuberculosis crónica que le obligaba a dirigir el negocio desde una cama del Bellevue Hospital y a convertir una sala del tercer piso en una oficina de ventas.

Buck O'Brien, un jefe *Gopher* de la Cocina del Infierno, invirtió sus beneficios ilegales en bolsa. Su cartera de acciones engrosó gracias a los consejos confidenciales que recibía por parte de los peces gordos de Wall Street a los que proporcionaba, a cambio, mujeres y bebida gratis.

Pero nadie poseía la visión de Angus McQueen, que vislumbraba un futuro en el cual las interminables hileras de baruchos de alquiler bajo serían sustituidas por clubes nocturnos de primera categoría, en los que actuarían artistas de bandera y que proporcionarían ganancias exorbitantes. Con el tiempo, McQueen tendría porcentajes en tres docenas de esos locales, incluyendo el famoso Cotton Club de Harlem.

Éstos eran los ladrones potentados de Manhattan Sur. Violentos visionarios respaldados por bandas y pistolas que patrullaban la ciudad a costa de la pobreza. Era la Fiebre del Oro del comercio ilegal y aprovecharon totalmente la oportunidad. Donde muchos veían solamente calles plagadas de enfermedades e indigentes, Curran, McQueen y todos los que seguían su estela, veían bolsillos rebosantes de dinero; las manos ansiosas del pobre perdían el poco dinero que tenían en juego, mujeres y bebida. Y lo mejor de todo era que no había nadie capaz de detener aquello.

—Solía decir que era algo similar a vivir en el salvaje Oeste —dijo Mary—. Los del sombrero negro dictaban las reglas y los del sombrero blanco las seguían. El débil estaba condenado al fracaso.

—Podrían haberse trasladado —dije—. Tratar de abrir negocio en otro lugar otra ciudad.

—¿Y dónde iban a ir? —me preguntó Mary, con la mirada triste pero serena—. ¿Y dónde podrían ir que fuera realmente distinto?

Angus McQueen era el amo de la calle donde vivían Angelo Vestieri y Pudge

Nichols. Era un tipo escuálido que no necesitaba ser visto para que se sintiera su presencia. Angus jamás levantaba la voz y siempre mantenía su palabra. Cuando tenía once años de edad, sus padres abandonaron un piso destrozado de East London para trasladarse a América. Por aquel entonces, McQueen había alcanzado ya su límite de resistencia en cuanto a la pobreza y había decidido pasar la vida sumergido en los placeres de la riqueza. Angus aprendió que el método más rápido para lograr que su sueño infantil se hiciera realidad consistía en utilizar una pistola cargada.

Cometió su primer asesinato a los diecisiete años y se convirtió en jefe *Gopher* un año después. A los veintitrés años, el número de asesinatos cometidos por McQueen ascendía a siete. Llevaba siempre un pequeño fragmento de tubería de plomo envuelto en papel de periódico en el bolsillo trasero del pantalón, un conjunto de llaves inglesas de latón en el maletín, una cachiporra engarzada en una cinta de cuero colgando del cuello y una pistola enfundada cerca del corazón. Nunca tuvo un trabajo reconocido y disfrutaba viendo su nombre y sus hazañas criminales publicadas en los periódicos. Angus McQueen fue el primer gánster de Manhattan que alcanzó la categoría de mito entre sus colegas. Una posición que disfrutaba y por la que haría cualquier cosa con tal de mantenerla. Matar era para él su menor preocupación.

La riqueza de Angus crecía y también la depresión de Paolo Vestieri. Le parecía que cuanto más trabajaba, menos ganaba. Sus condiciones de vida no mejoraban y empezó a beber más de la cuenta. Percibía que Angelo iba a la deriva, atraído por las calles y tremendamente influenciado por el trío compuesto por Ida el Cisne, Pudge Nichols y su propia tía, Josephina. No culpaba al chico de nada. Al menos, compartiendo aquella compañía vislumbraba alguna promesa de esperanza, alguna posibilidad de huida. En cambio, sentado junto a su padre, incluso un niño joven e inocente como Angelo, era capaz de oler el miedo.

Paolino cortó un pedazo de queso fresco y se lo dio a su hijo. El chico lo cogió, lo partió por la mitad y se metió un trozo en la boca. Cogió entonces el vaso de agua mezclada con unas gotas de vino tinto y se lo bebió entero.

—¿Cuánto tiempo te dan para comer, Papa? —preguntó Angelo.

—Veinte minutos —respondió Paolino—. Un poco más cuando los barcos están ya casi cargados.

Estaban sentados sobre dos cajas, con la espalda apoyada contra una pared de ladrillo rojo y contemplando el paisaje del abarrotado muelle. Habían dispuesto la comida en el suelo encima de unos pañuelos blancos, el ardiente sol del mediodía les calentaba la cara.

—¿Qué hay en los barcos? —preguntó Angelo.

—Distintos tipos de fruta, algunos días arroz —dijo Paolino, acabando el último trozo de queso—. Cuando hace frío hay también carne en salazón. Siempre llegan llenos y siempre marchan vacíos.

—¿Puedes quedarte con algo del barco, Papa? —preguntó Angelo.

—Ya tiene bastante con quedarse con el trabajo que tiene.

La voz provenía de detrás de donde estaba sentado Angelo, quien vio una sombra gigantesca abalanzándose sobre él, oscureciendo la luz del sol. Angelo y Paolino se volvieron al mismo tiempo y vieron al hombre. Angelo miró rápidamente de reojo a su padre para ver el miedo reflejado en sus facciones.

—Odio interrumpir una comida familiar —dijo el hombre—. Pero hay trabajo que hacer.

El hombre era alto y musculoso, con la cabeza poblada con abundante pelo oscuro y cejas espesas como setos. Bizqueaba al hablar más una costumbre que una forma de evitar la luz del sol. Llevaba un cigarrillo por encender en la mano y un garfio colgado del hombro.

—Tengo diez minutos más —dijo Paolino.

—Tienes lo que yo digo que tienes —dijo el hombre—. Levanta el culo y muévete.

Paolino miró a Angelo, no sabía qué hacer, sonrió de manera forzada y se levantó.

—Quédate y acaba la fruta —le dijo al chico—. Te veré esta noche cuando acabe.

Se inclinó para besar a Angelo y lo abrazó por el espacio de unos segundos.

—Vamos, vamos —dijo el hombre—. Parece que te marches a la guerra. Venga, vamos ya.

Paolino recogió su pañuelo del suelo, acarició la cabeza de Angelo y empezó a caminar lentamente hacia las puertas abiertas del muelle. El hombre se metió el cigarro en la boca y corrió en dirección a Paolino. Se detuvo, levantó la pierna y le dio un puntapié a Paolino con la totalidad de la bota en el mismo centro de la espalda.

—Cuando digo que te muevas, quiero decir que te muevas —gritó el hombre—. Y si no te parece bien, ya puedes ir metiendo tu culo en otro muelle.

Angelo se levantó con los puños cerrados, los ojos encendidos de rabia, pero no dijo nada. Observó como su padre miraba al hombre y luego le miraba a él. Paolino estaba blanco y su cara no expresaba nada, era un hombre resignado a su destino. Angelo estaba rojo de ira y temblando, rabioso por no poder hacer nada, excepto ver como se burlaban de su padre.

Ambos contemplaron a Paolino desapareciendo por la boca del muelle. El hombre empujó a Angelo dándole un manotazo.

—Limpia todo eso —dijo—. Y márchate de una puñetera vez de aquí.

Angelo levantó la vista para observarle.

—¿Cómo se llama? —dijo.

—Olvídate de cómo me llamo —dijo el hombre—. Nunca seremos amigos. Y ahora limpia todo eso y márchate de una puñetera vez de aquí.

—¿Cómo se llama? —preguntó de nuevo Angelo, dando un par de pasos para aproximarse al hombre.

—Acabarás haciéndote daño, niño —dijo el hombre, rabioso—. Y ahora haz lo que te he dicho antes de que sea demasiado tarde.

—Quiero saber su nombre —dijo Angelo.

El hombre levantó la mano y le dio un bofetón a Angelo en plena cara que le dejó todos los dedos marcados. Agarró al chico por el cuello de la camisa y le levantó en volandas, quedando sus caras a escasos centímetros de distancia.

—Me llamo Carl —vociferó el hombre—. Carl Banyon. Y por si acaso empiezas a olvidarlo, esto te ayudará a recordarlo.

Banyon extrajo una navaja del bolsillo del pantalón y la abrió. Sonrió contemplando los ojos de Angelo abiertos de par en par al ver aquello.

—Llora si quieres —dijo Banyon—. No me importa.

Angelo vio el brillo de la navaja y sintió su pinchazo. Instantáneamente, notó el calor de su propia sangre descendiendo por la cara, saliendo a borbotones de la cuchillada de diez centímetros que Banyon le había abierto justo encima del ojo derecho.

Angelo se volvió, recogió el pañuelo del suelo y se cubrió la cara con él. Escuchó los pesados pasos de Banyon alejándose. Estaba mareado y sentía náuseas debido a la pérdida de sangre. Los hombres pasaban por su lado hablando un inglés cerrado que era incapaz de comprender, nadie se detendría para ayudarlo. O bien le tenían demasiado miedo a Banyon, o bien les importaba un rábano lo que le pasara. Se quedó allí, mirando al cielo, sin poder llorar sin querer moverse. A lo lejos, escuchaba las bocinas y los silbatos de un gran barco que salía del puerto, camino de un país muy lejano a aquel que su padre había elegido para construir una vida mejor.

Josephina peinaba hacia atrás los rizos negros de Angelo con la ayuda de un peine húmedo. Iba con cuidado para no rozar el vendaje manchado de sangre que cubría la cuchillada situada justo encima del ojo derecho. Tuvieron que aplicarle una docena de puntos para cerrar la herida en zigzag y tardaron un día entero en convencer a Paolino de que él no era la persona adecuada para vengarse de Carl Banyon.

—Debería morir por lo que ha hecho a mi chico —decía Paolino.

—¿Y entonces qué sucedería? —dijo Josephina—. Acabarías en la cárcel y Angelo perdería a su padre.

—Al menos entonces tendría un padre a quien respetar —dijo Paolino.

—No tienes que hacer nada —dijo Josephina—. La venganza tendrá lugar cuando corresponda. Lo único es que no serás tú el encargado de cumplirla.

—¿Y si no soy yo, quién? —preguntó Paolino.

Josephina dio media vuelta y marchó sin contestarle.

—¿Quién es este hombre que Ida quiere que conozca? —preguntó Angelo. El almidón de aquella camisa blanca tan ceñida se le clavaba en el cuello.

—Es un jefe —respondió Josephina—. Tiene el poder necesario para ayudarte.

—¿Ayudarme a hacer qué?

—A no ser como tu padre —dijo Josephina—. Paolino es un hombre débil. Y éste es un país que gana fuerza librándose de los débiles. Un hombre como McQueen te enseñará todo lo que necesitas saber.

—Papa ya me enseña lo que necesito saber —dijo Angelo—. Las cosas que me



explica me ayudarán a convertirme en un buen hombre.

—Serás un buen hombre, Angelo —dijo Josephina—. Pero un hombre de los que vive su propia vida y a su manera. No alguien obligado a trabajar hasta que el cuerpo no aguante más.

—¿Va a quererme este hombre igual que Papa? —preguntó Angelo.

—No esperes amor de un hombre como McQueen —dijo Josephina—. Pero te enseñará todo lo que debes saber sobre la lealtad, y el valor de ese tipo de lecciones es mucho más importante. El amor viene y se va cuando le da la gana. La lealtad está siempre. Y eso para ti significa hasta el día en que McQueen muera o deje de ser tu jefe.

—¿Y entonces?

—Y entonces veremos lo bien que has aprendido las lecciones —dijo Josephina.

Todos los gánsteres están sedientos de poder y harían cualquier cosa para conseguirlo y mantenerlo. Ése es su verdadero código, el único con el que realmente comulgan. La lealtad, la fe, la amistad, son las herramientas que utilizan para mantener el control del poder. La necesidad de agarrarse al poder se establece en ellos desde su más tierna infancia cuando, rodeados de pobreza, buscan a la persona que sobresale por encima de los demás. En los barrios pobres, y especialmente en el amanecer del siglo xx, la persona que más sobresalía y que mayor poder acumulaba era casi siempre un criminal.

—La idea de convertirse en gánster no tenía nada de romántico —dijo Mary—. Angelo sería el primero en decírtelo. Era el resultado de rechazar la idea de vivir toda la vida a merced de hombres como Carl Banyon. A Angelo le hirió mucho más ver a su padre recibiendo una patada y tratado de aquella manera despiadada, que el corte de navaja que recibió. Fue la herida más profunda. El corte era un simple recuerdo de todo lo que presencié. Y de todo lo que nunca debería olvidar.

Pudge lanzó la bola de cuero contra la pared de ladrillo oscuro y la recogió con una mano. Angelo se quedó sentado a un lado, con la espalda encajonada en el umbral de la puerta trasera del bloque de pisos y enlazando las piernas dobladas con los brazos. Pudge botó la bola sobre el hormigón agrietado, la sombra de la colada colgando en los tendederos le ocultaba bajo frías sombras de vez en cuando.

—Nunca pensé en ser tu amigo —le dijo Pudge a Angelo—. Sólo lo hice para que Ida no me hiciera lo que yo te hice a ti.

—Lo sé, Pudge —dijo Angelo—. Tal vez te deje marchar pronto.

Pudge se encogió de hombros y se dirigió hacia donde estaba sentado Angelo sin dejar de botar la bola.

—No lo creo —dijo—. Probablemente tendré que estar pegado a ti una temporada.

—Pues lo siento —dijo Angelo, observándolo.

—Yo también lo sentía al principio —dijo Pudge—. Pero, si quieres que te diga la verdad, no has sido tan paliza como me imaginaba que serías.

Angelo sonrió.

—Está bien tener un amigo —dijo.

—Cuando vayamos a ver a ese tío, McQueen, tendremos que ser algo más que eso —dijo Pudge—. Si se queda con nosotros, se quedará con los dos como si fuéramos un equipo. Y así es como debe ser, tú y yo, juntos. Es la única manera de que funcione.

—No puedes estar siempre vigilándome —dijo Angelo—. Ni yo puedo protegerte de la forma que me proteges.

—Hasta el momento ha funcionado —afirmó Pudge—. Démosle un poco más de tiempo. Veamos cómo funciona. —Se sentó encogido frente a Angelo, en el extremo opuesto de la entrada—. Tal vez acabe resultando que tú eres mucho más duro que todos nosotros juntos.

—Tengo demasiado miedo para ser duro —dijo Angelo—. Pero te prometo que siempre seré tu amigo. Y que nunca te traicionaré.

Pudge miró a Angelo y asintió.

—Lo mismo digo. Y creo que es lo único que necesitamos en el tipo de trabajo en que vamos a metemos.

Angelo y Pudge observaban silenciosos y atentos como Angus McQueen terminaba un solitario. Tenía las manos pequeñas, las uñas limpias y bien cortadas e iba depositando las cartas delicadamente sobre una mesa de madera reluciente. Un cigarro se consumía en el cenicero que tenía a la derecha, mientras que a mano izquierda había una taza de café vacía. Habló sin levantar la vista de las cartas.

—Ida me dice que debería ponerlos a trabajar —dijo Angus, estudiando la jota de picas que tenía en la mano—. ¿Estáis de acuerdo con ella?

Pudge miró a Angelo, hizo un movimiento afirmativo con la cabeza y se volvió de nuevo hacia McQueen.

—Sí —dijo Pudge—. Estamos listos para trabajar.

—¿En qué? —preguntó McQueen.

—Estamos listos para hacer cualquier cosa —dijo Pudge.

McQueen cogió el cigarrillo y dio una buena calada a aquel tabaco húmedo. Levantó la vista para mirar a los chicos, el humo le obligaba a entornar los ojos.

—¿Cualquier cosa? —dijo—. Esto cubre mucho territorio.

—No tengo miedo —dijo Pudge—. Si es eso en lo que está pensando.

—Bien, ya sé que no me tienes miedo —dijo McQueen, con una media sonrisa. Depositó las cartas boca abajo sobre la mesa y apagó la colilla—. Dadme un poco de tiempo para pensarlo —dijo, empujando la silla hacia atrás—. Veamos que encuentro. Al principio será trabajo de recadero. Nada importante y nada de ganar mucho dinero.

—No tenemos manías —dijo Pudge.

—No podéis tenerlas —replicó McQueen.

Rodeó la mesa para situarse junto a Angelo, le puso entonces una mano en el hombro.

—Me han comentado tu asunto con Banyon —dijo—. Supongo que debe dolerte. Angelo miró a McQueen y asintió.

—Sí —dijo—. Duele.

—Bien —dijo McQueen—. Eso significa que te has creado un enemigo. Y si vas a trabajar conmigo tendrás muchos enemigos.

—Y tampoco cuentes con tener muchos amigos —dijo Ida el Cisne.

—Con uno es suficiente —dijo Angus McQueen, extrayendo un nuevo cigarro del bolsillo del traje—. Un centenar de enemigos y un amigo te convertirán en un hombre de éxito en los negocios. En cualquier negocio.

Pudge se encogió de hombros y señaló a Angelo.

—En este sentido no tengo problemas —dijo Pudge—. Mientras siga con él tendré más gente que me odie de la que pudiera imaginarme.

Angus McQueen echó la cabeza hacia atrás y rió.

—Entonces eres un chico con suerte —dijo—. Aún no has empezado y ya vas un paso por delante de los demás.

—Incluso podría morir rico —dijo Ida el Cisne sonriendo—. Lo haces bien.

Angelo miró a Pudge de reojo.

—No te dejaré morir —dijo sin apenas mover los labios.

—Gracias —dijo Pudge—. Ahora podré dormir mejor.

Ida el Cisne y Angus McQueen intercambiaron una mirada y una sonrisa.

Paolino estaba metido hasta las rodillas en las limpias aguas de City Island Bay, llevaba los pantalones enrollados hasta la altura de los muslos y cribaba con las manos la arena del fondo. Levantó la vista para mirar a Angelo, sentado en la tablazón central de un bote de remos, y le sonrió. El chico le devolvió la sonrisa, sostenía entre las piernas un cesto lleno hasta la mitad de almejas. Les abrasaba el sol caliente de la mañana.

—¿Cuántas tenemos? —preguntó Paolino, gritando a pesar de la escasa distancia que los separaba.

—Unas cincuenta —gritó Angelo como respuesta—. Quizá más.

Paolino entornó los ojos mirando al sol, cuyos cálidos rayos estaban convirtiendo el color blanco de su piel en una sombra rojiza.

—Tres horas más —dijo—. Con eso llenaremos la cesta.

—¿Son para nosotros todas las almejas? —preguntó Angelo. Se había quitado la camiseta blanca y la llevaba colgando del cuello.

—Todas las que podamos comer —respondió Paolino—. Lo que sobre se lo daremos a la gente del edificio.

—¿Quieres beber algo, Papa? —preguntó Angelo, alargando la mano para coger la botella de vino tinto que guardaban envuelta en un trozo de tela.

Paolino se aclaró las manos con agua limpia y se dirigió hacia donde estaba Angelo. Habían marchado de Manhattan Sur en plena noche para aprovechar el viaje de un amigo que conducía un carro cargado de leche que debía entregar en el Bronx.

Durmieron casi la totalidad de las cinco horas de viaje y, cuando no dormían, miraban el paisaje. Entre padre e hijo estaba abriéndose un abismo cuya expansión Paolino era incapaz de evitar. Las horas que pasaba en compañía de su hijo de ocho años eran escasas, minutos robados entre el trabajo y el sueño. Una falta más que depositar en el umbral de la puerta de aquella tierra que era su nuevo hogar.

Paolino siempre había despotricado de Italia por la facilidad con que la gente se sometía a las oscuras manos del crimen organizado. Pero ahora, en Nueva York, los peligros eran aún mayores. Las calles de Manhattan Sur engullían a chicos como su Angelo y los sumergían en un reino siniestro donde sus raídos bolsillos se llenaban con fajos de dinero fácil. Angelo, a pesar de su corta edad, había vislumbrado ya una vía de escape de los estrechos confines de la vida sin vida de los bloques.

Paolino dejó la camisa al revés sobre el bote. El sol y el brillo del agua le recordaban viejos tiempos, cuando sus días venían marcados por largos paseos con su rebaño por verdes colinas, prados frescos y carreteras flanqueadas por árboles, y el futuro se le presentaba tan claro como el cielo que tenía sobre su cabeza. Ese período parecía estar a años luz de donde estaba en aquel momento. Se sentía como si estuviera recordando la vida de otro, navegando y afilando los recuerdos de un desconocido.

—No recuerdo la última vez que estuve tanto rato al sol —dijo Paolino—. Sienta bien.

—¿Cuánto rato más vamos a quedarnos? —preguntó Angelo. Su inglés mejoraba día a día y el único impedimento era su tartamudeo ocasional y el hecho de vivir entre italianos de Nueva York, a quienes les resultaba mucho más fácil utilizar su lengua que buscarse un problema más intentando aprender una nueva.

—El carro de la leche nos recogerá a las cuatro —dijo Paolino, cogiendo la botella de vino. Tragó aquel caldo casero sin apartar la vista de su hijo, sus facciones eran cada vez más una calca de la cara de su desaparecida esposa—. ¿Por qué? ¿Tienes que ir a algún lado? —preguntó, limpiándose la barbilla y devolviéndole la botella a Angelo.

—Pudge me necesita —dijo Angelo.

—¿Para qué te necesita? —preguntó Paolino.

—No lo sé —respondió Angelo.

—Escúchame, Angelo —dijo Paolino, apoyando la mano húmeda sobre la rodilla del chico—. Soy consciente de lo difícil que te resulta todo. No vivimos bien. Pero nuestra vida mejorará. Mejorará gracias al trabajo duro. Es lo único que sé hacer y lo único que quiero enseñarte.

—Angus McQueen no trabaja duro —dijo Angelo—. Y vive mejor.

—Angus McQueen es un criminal —dijo Paolino entre dientes, el odio que sentía hacia aquel hombre y sus métodos le hicieron subir los colores—. No es lo suficientemente bueno para trabajar. Vive de mi trabajo. De mi sudor. La vida que él te enseñe es una vida equivocada. Una vida envenenada.

—Me ha enseñado a jugar a las cartas —dijo Angelo.

—Aún eres joven —dijo Paolino—. Cuando crezcas te enseñaré algo más que simplemente jugar a las cartas.

—¿Le tienes miedo? —preguntó Angelo.

—Tengo miedo por ti —dijo Paolino—. Sé el mal que arrastra esa gente. Lo vi en Italia con mis propios ojos. Y no quiero que se repita aquí. Nunca más.

—¿Es por eso que viniste a este país? —preguntó Angelo, con la mirada fija en el cesto de almejas.

Vine por ti —respondió Paolino—. Quería para ti una vida mejor de la que teníamos en Italia. Pero si prefieres a esa gente antes que a mí, no podré ofrecértela.

—Son mis amigos —dijo Angelo, levantando la vista.

—Y son mis enemigos —dijo Paolino—. Nunca serás parte de mí si te quedas con ellos y si formas parte de ellos.

Angelo retiró la mirada para otear la bahía, sentía calor en la cara.

—Te quiero, Papa —susurró—. Pero no quiero ser como tú.

Paolino contemplaba el perfil de su hijo y luchaba contra la inminente necesidad de llorar. Siempre había considerado a Angelo como una persona demasiado débil y enferma como para satisfacer las demandas de aquel país tan cruel. Estaba equivocado. Detrás del frágil cuerpo de su hijo se ocultaba un corazón duro, un corazón capaz de absorber cualquier cosa para sobrevivir.

—No serás como yo. Angelo —dijo Paolino, acariciándole la cabeza con la mano húmeda—. Eres demasiado fuerte. Tendrás que afrontar muchos miedos a lo largo de tu vida, pero ése no será uno de ellos.

Angelo se volvió para mirar a su padre, el sol caía de lleno sobre su cabeza.

—Descansa, Papa —dijo—. Ya acabaré yo con las almejas.

Angelo saltó al agua, se acercó un poco a la orilla y pasó el resto de la tarde a la caza y captura de almejas enterradas.

Josephina y Angelo caminaban por una calle muy concurrida, la anciana iba del brazo del chico. Era la última hora de la tarde de un caluroso día de verano y las calles estaban llenas de hombres volviendo a casa después del trabajo y de mujeres corriendo hacia sus bochornosos pisos para preparar la cena. Angelo apretaba contra el pecho una pequeña bolsa de papel con tomates en rama y cebollas rojas. Él y Pudge trabajaban como recaderos a tiempo parcial para Angus McQueen y dos veces a la semana se dedicaban a recoger mercancía y dinero en las trastiendas de bares y restaurantes baratos. Angelo recibía una paga de dos dólares semanales y se sentía feliz con el peso de aquel dinero en el bolsillo. Era su primer bocado de dinero ilegal y le encantaba.

—El dinero es la única razón por la que la gente se convierte en gánster —decía a menudo Pudge, normalmente después de una buena comilona—. Todo lo demás sigue solo. El dinero es el cebo que te mete dentro. Y si no me crees, dame el nombre de un gánster que pueda pagar su peso en oro que no haya empezado en esa vida como un

asqueroso pobre. Los coches, las fulanas, el gusto por el lujo, todo eso llega luego, pero lo que te hace picar es la tajada de dinero. Y entonces, cuando ya te han dado tantos tortazos y quieres cambiar de vida, no puedes ir a ningún lado. Sólo sabes ser gánster y es lo único que puedes ser. Y así morirás. Y todo a causa de aquel primer dólar que hiciste siendo un niño.

—Me gustaría comprarte algo —dijo Angelo, levantando la cabeza hacia Josephina—. Un regalo.

—¿Y qué necesito yo? —dijo la anciana, con cara de perplejidad—. Tenemos cena para hoy y leche fresca para mañana por la mañana. Ahorra el dinero. No permitas que marche volando tan pronto aterrice en tus manos.

Angelo observaba los tenderetes de la calle, las cajas de madera llenas de fruta fresca y verduras de primera calidad, el pescado y la carne sobre enormes pedazos de hielo. Al doblar la esquina, vio a un pequeño hombre con jersey de lana que asaba castañas sobre la tapa de un barril abierto.

—Espera aquí —le dijo a Josephina, dándole la bolsa con los tomates y las cebollas para que se la aguantara. Ella permaneció quieta, sonriendo, contemplando como el vendedor le entregaba a Angelo una bolsa de papel llena de castañas asadas. Pagó, volvió y le ofreció la bolsa—. Sé que te gustan —dijo.

Josephina cogió la bolsa y asintió con la cabeza, conmovida ante el gesto de aquel chico que había llegado a querer de verdad.

—Solía asar castañas para mi marido —dijo, con la mirada fija hacia delante—. Las comíamos de noche acompañadas de uno o dos vasos de vino. Era nuestro momento. Siempre me ha gustado el olor que dejan en la casa. Ahora, cuando paso junto a uno de esos puestos, el olor a asado me recuerda a mi esposo y aquellas noches.

—No las he comprado para que te pongas triste —dijo Angelo.

—No estoy triste, pequeño —dijo Josephina—. Son recuerdos felices que me ayudan a olvidar que vivo donde vivo.

—Papa siempre dice que nuestra vida aquí mejorará pronto —dijo Angelo—. Para él y para todos nosotros.

—Mejorará para algunos —dijo Josephina—. Pero tu papá no será uno de ellos. Es un soñador que no sabe cómo convertir sus sueños en realidad.

—Está enfadado conmigo porque he empezado a trabajar para Angus —dijo Angelo—. Dice que el dinero que gano es dinero ensangrentado.

Josephina se detuvo y se volvió hacia Angelo.

—Todo el dinero es dinero ensangrentado —dijo—. Recuerda esto igual que recuerdas tu nombre.

—Yo quiero darle el dinero para ayudarlo a pagar las facturas —dijo Angelo—. Pero no va a quererlo.

—Nunca lo querrá —dijo Josephina—. Él tiene su propio código y, con el tiempo, tú tendrás el tuyo.

—Pero yo quiero ayudar —dijo Angelo.

—La mejor manera de hacerlo es ayudándote a ti mismo —dijo Josephina—. Aprende todo lo que puedas sobre este mundo y busca tu lugar en él.

—¿Por qué? —Angelo se encogió de hombros—. En este mundo nos odian.

—El tiempo lo cambiará —dijo Josephina—. Llegará un día, muy pronto, en que se abrirá la puerta sólo para los pocos que estén preparados. Prepárate, entonces, para ser uno de ellos.

—Y te llevaré conmigo —dijo Angelo, descansando la cabeza sobre el brazo de la anciana.

—Esto me haría muy feliz, pequeño —dijo Josephina con una sonrisa irónica y deteniéndose en el portal de la casa—. Pero el futuro llega sin invitación y nunca sabemos las cargas o placeres que trae consigo.

—Pudge viene a cenar —dijo Angelo, ayudando a Josephina a subir por la escalera—. ¿Te parece bien?

—Sólo si viene con el estómago vacío —respondió Josephina—. Ensalada de tomate y cebolla, pan fresco, mucho vino y, gracias a ti, castañas asadas. Tiene que venir dispuesto a comerse un festín.

—A Pudge le encanta comer —dijo Angelo—. Ida dice que el único momento en que no tiene la boca llena de comida es cuando duerme.

—Entonces, esta noche tu amigo Pudge será un joven muy feliz —dijo Josephina.

A finales de otoño de 1914, la precaria calidad de vida y la avanzada edad pudieron con Josephina. Sufrió un rosario de enfermedades... una batalla de un mes contra la gripe que destrozó sus pulmones, una infección renal que la dejó debilitada y vulnerable y el dolor punzante que sentía en la parte baja de la espalda y que ya no podía achacarse al exceso de peso. Por primera vez en su vida, Josephina se veía obligada a permanecer en cama y a depender de los demás.

Los medicamentos la adormilaban y también la hacían delirar de vez en cuando. Angelo contemplaba el desfile de médicos entrando y saliendo de la casa y cuidaba en todo momento de la enferma. Intentaba animar a la anciana repitiéndole los chistes verdes del sur de Italia que ella solía contarle. Le daba la mano cuando el dolor aumentaba y observaba en silencio su lucha por mantener el ritmo de la respiración. Para que el día transcurriera con mayor rapidez. Angelo le preguntaba sobre su vida en Italia y sólo entonces, cuando los recuerdos fluían lentamente, volvía a aparecerle el color en la cara.

—¿Lo añoras? —preguntó Angelo.

—Es mi hogar —respondió Josephina—. América no lo será nunca para mí. Es simplemente un lugar donde vivir. Nada más.

—¿Por qué marchaste? —preguntó, entregándole una taza con agua caliente y cáscara de limón.

—Asesinaron a mi marido —dijo, mirando al chico fijamente—. Era un hombre respetado, pero eso no significaba nada para alguien más joven y que buscaba causar

sensación. Le dispararon por la espalda hasta matarlo.

—¿Y qué pasó con el hombre que le disparó?

—No lo pregunté, tenía otras cosas que hacer —dijo—. Debía enterrar a un marido.

—¿Cómo era tu marido? —preguntó Angelo, recuperando la taza para depositarla sobre la esquina de una mesa algo inestable.

—Para mí era agradable y gentil —dijo Josephina—. Para otros, era lo que su trabajo le obligaba a ser.

—¿Era un jefe, como Angus?

—Sí —dijo Josephina. Su cara evidenciaba los achaques de dolor que le recorrían el cuerpo por entero.

—Papa dice que era un asesino —dijo Angelo, buscando un paño húmedo para colocarlo en la frente de Josephina.

—Sólo mató hombres —dijo Josephina, agarrando el brazo de Angelo con la mano derecha para intentar sentarse—. Jamás habría hecho daño a un niño. A ningún niño. Y muy especialmente al suyo. Eso es mejor dejarlo para los que tienen el estómago para hacerlo.

Angelo se soltó de Josephina para ponerse en pie y quedarse junto a la cama. Las persianas estaban bajadas y, a pesar de ello, aún se sentía el calor del tórrido sol del atardecer.

—¿Qué quieres decir? —preguntó sin alterarse, aunque lo único que traicionara sus nervios fueran los inevitables silbidos del asma.

Josephina respiró hondo, el aire crujía en los pulmones como si arrastrara cadenas. Cogió de nuevo la taza y apuró lo que quedaba de agua de limón. Miró a Angelo, una mujer dura con lágrimas en los ojos.

—No puedo poner a un hijo en contra de su padre —dijo—. No importa el pecado que se haya cometido.

—Es mi padre —dijo Angelo—. No me apartaré de él.

—Otras manos más duras que las tuyas están enseñándote de otro modo —dijo ella—. Y con estas nuevas compañías, no hay lugar para tu padre.

—Yo le haré un lugar —dijo Angelo, observando con detalle la ajada cara de Josephina.

La anciana sonrió, sacudió la cabeza y se secó la boca con un pañuelo arrugado.

—¿Y qué sucede con Angus, Ida y Pudge? —preguntó—. ¿Siempre buscarás un lugar para ellos?

Angelo dudó un momento y luego asintió.

—Sí —respondió.

—Pequeño, no se pueden tener las dos cosas —dijo Josephina—. Llegará pronto el día en que deberás elegir entre ellos. Y dicha elección abrirá el camino de la vida que llevarás cuando llegues a hombre.

—No puedo separarme de mi padre —dijo Angelo—. Ha dado todo lo que tiene



por mí.

—¿Y llegarías tú a darlo todo por él? —preguntó la anciana—. ¿Harías eso por tu padre?

—Sí —respondió Angelo.

—Entonces debes saberlo —dijo ella—. Y por mi boca, soy la única que conoce toda la verdad. Cuando muera, la verdad se enterrará conmigo.

—Dímelo, entonces —dijo Angelo—. Por favor.

—Tenías un hermano mayor —dijo—. En Italia. Se llamaba Carlo y murió a la edad de ocho años. Tendría la edad que tienes tú ahora.

—¿Cómo murió? —preguntó Angelo, retirando el paño húmedo de la frente de Josephina.

—Le dispararon —respondió ella. Las palabras salían de su boca como envueltas en una burbuja—. Asesinado por un hombre en el que confiaba y quería.

—¿Qué hombre? —preguntó Angelo, rígido, ansiando la respuesta.

—Tu padre —dijo Josephina—. Paolino asesinó a su propia sangre para apartarlo de la vida con los hombres de la camorra.

—¿Hombres como tu marido? —preguntó Angelo.

—Sí —dijo Josephina.

Angelo bajó la cabeza y se alejó de la cama. Josephina alargó el brazo, le dio la mano y lo acercó de nuevo.

—No se lo digas —dijo Josephina—. No muestres tu verdadera cara hasta que sea el momento adecuado.

—¿Y eso cuándo será? —preguntó Angelo.

—Cuando hayas elegido —respondió Josephina—. Hasta entonces, no digas ni hagas nada.

—Lo notaré en mi mirada —dijo Angelo.

—Es un hombre roto —dijo Josephina, reposando de nuevo la cabeza sobre la almohada—. Y los hombres rotos están ciegos y no ven lo que deberían ver.

—¿Por qué me lo has explicado?

—Porque jamás debes convertirte en un hombre como él —dijo Josephina, con un tono menos autoritario—. Debes ser fuerte donde él es débil. Debes enfrentarte a tus enemigos y no huir de ellos. No te escondas nunca, Angelo. Lucha siempre.

—¿Y es por eso que Papa me dice que me aparte de Ida? —preguntó Angelo, los rayos de sol reflejándose en su mirada.

—La teme —dijo Josephina—. Y también al inglés, McQueen. Deja que sean ellos quienes te muestren el camino de salida. No te preocupes, pequeño. Vivirás para encontrarte con tu destino.

—¿Qué le ocurrirá a Papa? —preguntó Angelo.

—También encontrará su destino —dijo Josephina.

Angelo se apartó de nuevo de la cama. Abrió las cortinas y contempló las hileras de tejados del exterior con los brazos cruzados sobre su dolorido pecho, con la cabeza

inundada de imágenes borrosas de una madre que nunca conocería y un hermano que nunca encontraría.

Y de un padre con quien algún día debería enfrentarse. Y todo ello animado por un sentimiento completamente nuevo... el odio.

La venganza es lo que ayuda a comprender los verdaderos motivos de un gánster. Es el motor que le sostiene y le conduce hacia delante, que aumenta su insaciable ansia de poder. La sed de venganza hierve bajo la dura superficie, sube en espiral y espera en silencio el momento de explotar. Es la tarjeta de visita de todos los grandes gánsteres... la búsqueda del ajuste de cuentas.

—La venganza la queremos todos —decía Pudge—. Y para disfrutarla con su mejor sabor, hay que ser un gánster. ¿Quién sabe? Angelo, viendo que no le quedaban muchas alternativas más, habría acabado cayendo en ella de cualquier modo. Pero el día en que descubrió lo de su hermano, el día en que supo la verdad sobre su padre, fue exactamente en ese día cuando Angelo Vestieri se convirtió en un gánster. La anciana hizo el trabajo que debía hacer. Voló el puente que conectaba a Angelo con su padre y le concedió la libertad para ser uno más de nosotros.

Dos semanas después de conocer su pasado. Angelo se encontraba arrodillado junto a Josephina y dándole la mano, con la cabeza agachada y esperando escuchar su último suspiro. El chico luchaba con gran determinación contra las lágrimas, no queriendo mostrar su debilidad ante una mujer que le había enseñado que existía algo que debía temerse más que la enfermedad.

—Me alegra que estés conmigo —dijo Josephina en un susurro.

—No quiero que mueras —dijo Angelo, con la cabeza todavía recostada sobre el pecho hundido de la mujer.

—Ha llegado mi hora —dijo Josephina.

—Nunca te olvidaré —musitó Angelo.

—Nunca olvides mis palabras —dijo Josephina.

Angelo levantó la cabeza para mirar a Josephina y asentir.

La habitación estaba oscura y tranquila, las persianas se movían a merced de la fresca brisa levantada a última hora de la noche. Angelo permaneció allí, pegado a la anciana, con los ojos cerrados y acariciándole la cara con delicadeza. Su cuerpo le daba calor por última vez.

*Verano, 1918*

Angelo y Pudge alcanzaron el último peldaño de la escalera de incendios situada en la parte trasera de la fábrica y miraron hacia el callejón, cuatro pisos más abajo. Llovía a raudales, los pantalones y las camisas estaban empapados y la barandilla oxidada había teñido sus manos de color marrón.

—Como si llegar hasta aquí no fuera lo bastante jodido —dijo Pudge atisbando en la oscuridad. Había cumplido ya los quince y estaba a medio camino entre hombre y niño—. Bajar será el doble de complicado. Debemos encontrar la manera de salir por la parte delantera.

—Spider está en el callejón —dijo Angelo, que tenía doce años por aquel entonces—. Y no va a esperarnos mucho rato.

—Iremos de delante hacia atrás —dijo Pudge—. No le veo el problema.

—No forma parte del plan —dijo Angelo, observando el interior de la fábrica a través de los cristales de una ventana cerrada.

—La lluvia tampoco formaba parte del plan —dijo Pudge—. Pero aquí está y debemos salir de ésta.

—Entremos y hagamos lo que hemos venido a hacer —dijo Angelo, tirando de una pequeña tubería de plomo que llevaba en el pantalón—. Cuando acabemos ya pensaremos qué es lo mejor que podemos hacer.

Pudge miró hacia abajo, la sábana de lluvia desaparecía en el vacío.

—Me gusta más cuando no hablas tanto —dijo, observando como Angelo rompía el cristal con la tubería.

Angelo pasó la mano entre los fragmentos de cristal y abrió la ventana.

—Y a mí también —dijo.

—Aquí hay cerca de un centenar de cajas —dijo Pudge, portando una vela encendida en la mano derecha y paseando entre las cajas de madera que se apilaban desde el suelo hasta el techo—. ¿Cómo se supone que debemos adivinar las que contienen relojes de bolsillo en su interior?

—Mira las que llevan un sello azul en el lateral —dijo Angelo. Estaba en el otro extremo del almacén, su voz resonó en toda la sala y su sombra formaba una cadena de formas misteriosas moviéndose al resplandor de la vela—. Y todas tienen cosas escritas en francés.

—No sé leer francés —gritó Pudge.

—Entonces coge las cajas que no estén escritas en inglés —dijo Angelo—. Aunque no tengan relojes, algo tendrán dentro que valga algún dinero.

—Ahora resulta que hay que hablar idiomas para cometer un robo —murmuró

Pudge, encaramándose al montón de cajas para intentar leer las etiquetas en la oscuridad.

Repasaron el almacén entero en silencio, realizando su tarea como dos profesionales debidamente entrenados, que era en lo que se habían convertido después de los cinco años que llevaban bajo las alas de Angus McQueen e Ida el Cisne. McQueen los introdujo en sus filas a paso lento. Pasó meses trabajando con ellos el arte de la estafa y, a altas horas de la noche, les daba lecciones verbales sobre las múltiples formas de convertir el dinero de un hombre honrado en el propio beneficio ilegal. McQueen eligió miembros selectos de su equipo de rateros, carteristas que rondaban el barrio de los negocios, para que enseñaran a los chicos la mejor manera de extraer una abultada cartera de unos pantalones con buen corte. Aprendida la lección, les dejó trabajar en asaltos en serie a media noche, ocultándolos en las sombras hasta que recibían la señal de que podían ayudar a trasladar la mercancía robada de un furgón a otro.

Tanto Angelo como Pudge abandonaron la escuela después del tercer curso y sustituyeron oficialmente la educación convencional por las demandas más reglamentadas de las lecciones diarias de gánster. Angelo mejoró su lectura porque seguía todos los crímenes publicados en los periódicos sensacionalistas de Nueva York. Pudge pasaba sus ratos libres trabajando en el Maryland, ayudando a Ida a mantener el local limpio de clientes indeseables.

—Fueron sus años de inocencia —me dijo Mary, mientras caminábamos por el pasillo del hospital—. Sé que suena extraño, dado lo que hacían y lo que les enseñaban, pero fue una buena época para ambos. Tal vez su época más feliz.

Con motivo del doce cumpleaños de Angelo Vestieri, McQueen e Ida le entregaron una gran caja envuelta en papel marrón y coronada por un lazo de color azul. Angelo cogió el paquete y lo apretó contra su pecho, observando las sonrisas, tanto de Ida como de Angus. Pudge, a su lado, irradiaba felicidad.

—Feliz cumpleaños, chaval —dijo Angus.

—Te lo has ganado —dijo Ida el Cisne, besando a Angelo en la mejilla.

—Hagas lo que hagas, no lo utilices contra mí —dijo Pudge, dándole a Angelo un amigable puñetazo en las costillas.

Angelo deshizo el lazo y depositó el paquete encima de la barra. Luego sacó el papel de regalo y lo dejó caer en el suelo. Recorrió con los dedos la cálida superficie de una caja de terciopelo rojo y sonrió al abrir la tapa. En el interior había un revolver de pequeño calibre expuesto en medio de un círculo formado por doce balas.

—Muchas gracias —dijo Angelo, con una voz que indicaba que estaba a años luz de ser un hombre—. Nunca olvidaré que habéis hecho esto por mí.

Angus McQueen le pasó un brazo por encima del hombro.

—Utilízalo de la mejor manera —dijo.

Pudge lanzó la caja contra el suelo para abrirla. Aparecieron a sus pies media docena de relojes de bolsillo.

—Aquí —gritó, analizando las cajas que tenía por encima de la altura de la cabeza—. En esta esquina hay como ocho cajas apiladas.

—Nos llevará tiempo —dijo Angelo, que ya estaba junto a Pudge y observaba como éste volvía a guardar los relojes en la caja abierta.

—Por la pinta que tiene, diría que la noche entera —dijo Pudge—. Y eso contando con que Spider dejara el coche y subiera a ayudarnos.

—Déjalo donde está —dijo Angelo—. Seguiremos el plan de Angus. No hay cambios.

—Angus no se ha imaginado que encontraríamos ocho cajas llenas —dijo Pudge—. Si no habría enviado a mucha más gente. Con el tiempo que tardaremos en cogerlo todo es arriesgado. En algún lado de este edificio debe haber un vigilante que nos oirá y nos buscará.

Angelo se inclinó y cogió la caja por un extremo.

—Pues cuando llegue ya nos apañaremos —dijo, mirando a Pudge.

Angelo y Pudge habían trasladado ya tres de las ocho cajas al vehículo de Spider MacKenzie. Seguía lloviendo a cántaros y el ambiente estaba fresco, un ligero de alivio en una noche sofocante de verano. Regresaron al almacén, pasando sin problemas por la puerta delantera que habían forzado y confiados al cien por cien.

—Esto va a acabar convirtiéndose en un verdadero botín —dijo Pudge, subiendo las escaleras de dos en dos—. Igual hasta nos promocionan por un trabajo así.

—Si no recuerdo mal, tú sólo querías llevarte tres cajas —dijo Angelo.

—Era sólo un examen, como los que solían ponemos aquellas monjas —dijo Pudge—. Quería ver tu reacción.

—Creo que he superado el examen —dijo Angelo.

—Te lo diré cuando acabemos —dijo Pudge.

Estaban en el rellano del cuarto piso cuando vieron la sombra de una linterna reflejada en la pared. Se echaron al suelo, sujetándose a los extremos de los peldaños de hierro.

—No digas nada ni te muevas —susurró Pudge—. Debe de estar haciendo la ronda.

Angelo miró hacia el rellano, la luz de la linterna se movía de un lado a otro, como un columpio.

—Viene hacia aquí —dijo Angelo.

Pudge descendió tres peldaños hasta situarse junto a Angelo, lo suficientemente cerca como para oler los aromas del pan de cebolla que habían compartido antes.

—Podemos librarnos de él fácilmente —dijo Pudge—. Es probable que sea un viejo y que su trabajo le importe una mierda. Nos iremos con lo que ya tenemos.

—Pero aún nos quedan cinco cajas —musitó Angelo—. Y si el trabajo no le importa, tampoco le importarán cinco cajas más.

Pudge buscó en la parte trasera de su cinturón y extrajo un revolver de color tostado. Lo colocó junto a su mejilla. Esperaron, tranquilos y en silencio, mientras el

vigilante subía por las escaleras, iluminaba las esquinas con la linterna sin ver otra cosa que sombras y ratas. Angelo se apretó el pecho con la mano, el dolor punzante en los pulmones le atacaba en los momentos de mayor tensión. Todavía no se sentía cómodo con los enfrentamientos y aún no dominaba la serenidad y la calma que sabía necesitaba no sólo para sobrevivir, sino también para triunfar. Disfrutaba con los planes y con todo el trabajo, minucioso y detallado, que implicaba llevar a cabo un robo, pero cuando miraba a Pudge, preparado y listo para la acción, era cuando adquiría conciencia de que le faltaban años para ser capaz de coger un arma y acabar con una vida. Sin embargo, Angelo compensaba la falta de violencia requerida en los gánsteres con una mente ágil y rápida como una bala. En este sentido, él y Pudge formaban el equipo perfecto, uno propenso a la violencia y el otro, veloz para enfrentarse con la cabeza.

El vigilante era una oficial de policía retirado quince años atrás y con una pensión exigua. Balanceaba la porra de madera con la mano derecha y sujetaba la linterna con la izquierda. Se llamaba Seamus Connor, padre por dos veces y abuelo por tres. No iba armado y había apurado su buen cuarto de litro de whisky antes de iniciar la ronda nocturna. Se volvió hacia la escalerilla, respiraba con dificultad y sus soplidos recordaban una balada infantil.

Seamus se quedó de piedra al ver a los dos chicos sentados, con la espalda apoyada en la escalera, las piernas abiertas y apuntándole al pecho con dos pistolas.

—¿Le gustan los relojes a tu esposa? —preguntó el más joven de los dos.

—¿De qué tipo de relojes me hablas? —preguntó Seamus. Dejó la porra en el escalón donde tenía el pie y se secó la frente con la mano que acababa de quedarle libre.

Angelo y Pudge bajaron las armas y las guardaron de nuevo en el cinturón. Pudge descendió por la escalera en dirección a Seamus y le puso una mano en el hombro.

—Del tipo que nos ayudarás a sacar de aquí —dijo Pudge.

—Ésos son los que le encantan a mi mujer —dijo Seamus.

Pasó junto a Angelo y Pudge y, alumbrando con la linterna, les guió hacia el área del almacén para ayudarles a terminar una noche de pillaje.

—¿Crees que queda alguien limpio? —preguntó Pudge a Angelo en voz baja.

—No lo sé —respondió Angelo—. Pero creo que la respuesta es no.

—¿Y qué te dice esto? —preguntó Pudge.

—Que moriremos ricos —dijo Angelo.

Paolino Vestieri miraba fijamente el arma que tenía entre las manos. Estaba en la habitación de Angelo, una zona en la que cabían una pequeña cama y una mesa de despacho rota arrimadas contra la pared trasera del piso que compartían junto a la vía del tren. Acababa de encontrar la pistola oculta bajo el delgado colchón de plumas. Estaba sentado en un extremo de la cama, temblando de rabia. Paolino ya había superado la fase de derramar lágrimas por su hijo. Apenas se hablaban y cuando lo hacían, la conversación desembocaba siempre en pelea. Paolino se sentía abrumado y

vencido. La corrupción era una forma de vida en Nueva York, había penetrado en su hogar y manchado a su hijo, sin que él pudiera hacer nada para evitarlo. Atacar a Angelo con violencia física o verbal servía únicamente para que el chico se reafirmara más en su postura. Los intentos de razonar con él eran descargas de palabras inútiles. Tenía la batalla perdida y aquello estaba envejeciéndole más que las interminables y duras horas de trabajo y las noches sin dormir. Paolino Vestieri era un hombre derrotado buscando un final indoloro para una batalla vana.

—Devuelve la pistola a su sitio, Papa.

Paolino no había oído entrar a Angelo. El chico caminaba como un fantasma, algo imprescindible en su profesión. Angelo se encontraba en el umbral de la puerta, con los brazos colgando a ambos lados de su cuerpo.

—¿De dónde has sacado esto? —preguntó tranquilamente Paolino.

—Es un regalo —respondió Angelo—. De un amigo.

—Un amigo nunca regalaría una pistola.

Angelo entró en la habitación y tomó asiento junto a su padre.

—Éste sí —dijo.

—¿Y qué harás con este regalo?

—Me servirá para recordar —dijo Angelo, casi un murmullo.

—¿Qué? —Los ojos de Paolino escudriñaban la cara del chico.

—Lo que soy sin ti, Papa.

Paolino empujó el arma hacia el centro de la cama. Apretó las manos en un puño.

—Esto es lo que cualquier hombre necesita para ir por la vida —dijo—. Las manos alimentan a los que dependen de él y protegen a los seres queridos. Una pistola jamás podrá hacer esto.

—Una pistola sirve para que te respeten los demás —dijo Angelo, con la mirada fija en las manos llenas de cicatrices de su padre.

—No, Angelo —le explicó—. Lo único que te aportará es una muerte temprana.

Angelo levantó la cabeza para mirar a su padre, su cara era una máscara de frialdad.

—Como la que le diste a mi hermano —dijo.

Las palabras hirieron a Paolino como una bofetada y le cortaron la respiración. Cerró los ojos e intentó deshacerse de la imagen de la bala atravesando el cuerpo de Carlo, una imagen tan vivida y real que era como si pudiera alargar la mano y tocar la piel caliente y ensangrentada de su primer hijo. Había luchado con todas sus fuerzas para enterrar esas imágenes, para olvidarlas, igual que había olvidado tantos otros recuerdos menos dolorosos. Pero ahora, animada por las sorprendentes palabras de Angelo, la imagen regresaba de su pasado fantasmagórico y se arrojaba sobre él más vigorosa que nunca. Olía el humo de la *lupara* caliente, sentía el calor de la pequeña habitación, veía la vida alejándose de la cara angelical de su hijo. Y todo acercándose con una fuerza brutal, capaz de sacudirle y enviarle rodando hacia un oscuro vacío sin fondo.

—Disparaste a tu propio hijo —dijo Angelo, en pie ahora y cerniéndose sobre su padre—. Con tu propia arma. Y no fue un acto de amor. Fue un acto de cobardía.

—Ese momento me acompañará hasta la tumba —dijo Paolino, luchando con las palabras—. Me atormenta cada día. No existe el perdón.

Angelo cogió la pistola que seguía sobre la cama. La situó junto a su pierna y empezó a jugar con el gatillo.

—Vivo con un padre que ha matado a su propio hijo —dijo Angelo—. ¿Necesitas aún saber por qué quiero este regalo?

—Nunca te haría daño, Angelo —dijo Paolino—. Mi acto de locura contra tu hermano tuvo su razón de ser. Y es un dolor que no deseo repetir jamás.

—No querías perderle en manos de la camorra —dijo Angelo—. Así que lo perdiste gracias a una bala.

—Y ahora te he perdido en manos de los americanos —dijo Paolino—. El precio de mi pecado es cada vez más elevado.

—Lo siento, Papa —dijo Angelo con tristeza—. Pero no me has perdido. Estaré contigo para lo que me necesites.

—Lo que necesito es un hijo a mi lado —dijo Paolino, con lágrimas en los ojos—. No un gánster.

—Un hijo puede ser ambas cosas.

—No para mí —dijo Paolino.

Angelo sacudió la cabeza, guardó la pistola en la parte trasera del pantalón y salió de la casa. El ruido provocado por el portazo se transformó en un eco resonando por las habitaciones vacías.

Los gánsteres raramente se entienden con sus padres. Y la razón es que, de niños, buscan fuera del hogar los modelos a seguir, hombres del barrio de quienes obtienen consejo y atención. Pero esos hombres son más reclutadores que padres y su objetivo final es sumar un miembro más a sus filas. Es frecuente que los gánsteres crezcan en hogares sin padre, una ausencia provocada por la muerte, la cárcel o el abandono. En los casos en que existe la figura del padre, el gánster en ciernes le compara con su mentor callejero en un concurso que nunca ganará.

—Paolino nació asustado —me dijo Pudge en una ocasión—. En Italia le daba miedo levantar la voz y, cuando llegó aquí le daba el doble de miedo. El único instante de valentía en toda su vida fue el día en que mató a su hijo. Por extraño que resulte, era la acción de un gánster. La única que realizó. Y le costó Angelo, su esposa y todo aquello que significaba algo para él.

Angus McQueen vislumbró una brecha emocional en Angelo Vestieri y se aprovechó de ella desde el mismo día en que se conocieron. Alimentaba la necesidad del pequeño de pertenecer a alguien y le criaba de una forma a la que ningún chico podía resistirse. McQueen era un buen gánster y un experto en aprovecharse de cualquier debilidad perceptible. Sabía que el carácter silencioso de Angelo representaba un llanto por la figura de un padre, alguien a quien admirar y emular.



Algo que el chico jamás conseguiría en su casa. Pero que sí podía conseguir fácilmente de Angus McQueen.

A cambio, McQueen ganó la lealtad de un joven hecho y definido por él mismo. Los actos de amabilidad no existen en los bajos fondos. Los favores tienen precio y se devuelven con venganza. La educación de Angelo Vestieri como gánster fue como un préstamo a largo plazo de Angus McQueen. Un préstamo que Angelo debería devolver algún día.

Los tres tomaron asiento en la primera fila de una arena abarrotada de gente y de humo, Angus en el medio, cómodamente sentado entre Pudge y Angelo. Estaban a mitad de un espectáculo semiprofesional de boxeo que constaba de diez combates y el trío ya era setenta y cinco dólares más rico gracias a las apuestas infalibles de Angus.

—¿Cómo puedes saber siempre quien va a ganar? —preguntó Pudge.

—Hago caso a mis instintos —respondió Angus, sonriendo—. Lo cual resulta más fácil cuando sabes el ganador.

—¿Así que todos los combates están amañados? —preguntó Pudge.

—Exceptuando el último combate —dijo Angus—, que es completamente legal. Sólo un tonto apostaría su dinero allí.

—¿Y todo el mundo sabe que los combates están amañados? —preguntó Angelo. No apartaba los ojos del ring, donde dos pesos medios seguían la rutina anterior al combate.

—Únicamente quien debe saberlo —dijo Angus—. Como nosotros.

—Si todo está amañado, ¿a qué vienen las apuestas? —preguntó Pudge.

—La apuesta está en las artimañas —dijo Angus—. Como en todo lo que hacemos, antes de ir sabemos donde nos metemos. Nunca apuestes si no puedes ganar y nunca te arriesgues a menos que sepas lo que conseguirás.

—¿Y si no puedes enterarte? —dijo Angelo, ignorando el dolor que las nubes de humo de los cigarrillos y los puros le provocaba en los pulmones.

—Entonces asegúrate de que los periódicos escriben tu nombre correctamente —dijo Angus—. Porque serás hombre muerto antes de que consigas ser rico.

Sonó la campana del primer asalto. Los dos púgiles giraban lentamente, con los puños en alto, los pies firmemente pegados al suelo, respirando y resoplando entre los protectores de la boca de caucho.

—Me gusta el bajito con calzón negro —comentó Pudge—. Ya le vi luchar otra vez. El tío que peleaba contra él pegaba como una mula, pero él no se rendía nunca.

—Que te guste todo lo que quieras —dijo Angus—. Pero nuestro dinero está invertido en el señor alto con un tatuaje en el brazo. Ése ganará.

Angelo observaba la arena, las caras excitadas de los obreros apostando dinero que no podían permitirse perder en peleas cuyo resultado estaba determinado con anterioridad. Buscaban placeres sencillos y unas pocas horas durante las cuales olvidarse de su triste vida y, por ello, eran las víctimas ideales de ladrones

experimentados. Incluso su escaso tiempo libre estaba controlado por otros, por hombres que nunca soltarían las riendas del poder. Angelo se sorprendió contemplando la multitud, esos hombres que eran como la imagen de su padre Paolino reflejada en el espejo, almas obstinadas que creían que su voluntad por trabajar duro les ofrecería a cambio el derecho a vivir bien.

A lo largo de los años que pasamos juntos, escuché muchas veces a Angelo repetir las palabras «dinero mamón». Para un gánster, se refiere a cualquier cosa que vaya desde una paga semanal ganada con el sudor de la frente hasta una apuesta del tipo que sea realizada con dudosos resultados. Dinero que pasa fácilmente de un jefe de gánsteres a un trabajador para volver de nuevo al gánster. Es la sangre que sustenta los bajos fondos.

—Sólo hay dos formas de ir por la vida —me explicó Angelo en una ocasión—. La de los mamones y la nuestra. Siempre eres libre de elegir la que prefieras. Y no permitas que nadie te diga lo contrario. No caigas en ello, y no caerá sobre tus espaldas. Yo he elegido ser lo que soy. No quería vivir en la oscuridad y dejar que otros decidieran a qué hora debía levantarme, el dinero que tenía que ganar o el tipo de casa en el que debía vivir. Elegí mi camino y nunca volví la vista atrás. Nada de arrepentimientos.

La pelea terminó en mitad del tercer asalto, cuando el boxeador delgado de los tatuajes lanzó media docena de golpes blandos en el torso de su oponente. El boxeador más bajo se desplomó sobre la lona, agitando los guantes, cerrando los ojos y escuchando como el árbitro contaba hasta diez.

—Mi madre me pegaba mucho más fuerte que eso y nunca estuve ni a punto de caerme —dijo Pudge.

—Nunca te dijeron que debías caerte —dijo Angus—. Vamos a buscar a Hawk y a recoger nuestras ganancias. Luego iremos a dar un paseo.

—Está lloviendo —comentó Pudge.

Angus se detuvo para mirar al chico.

—¿Te asusta el agua? —preguntó con cierta frialdad.

—No me asusta nada —respondió Pudge.

—Entonces pasearemos —dijo Angus, abriéndose paso por el pasillo y abandonando la arena.

Se detuvieron debajo de la marquesina de un restaurante cerrado, la lluvia golpeaba las calles con auténtica furia. Estaban empapados y sus prendas goteaban sobre la alfombra roja que seguía tapizando la entrada. Angus metió la mano en el bolsillo de la camisa y extrajo de él una hoja de papel, un poco de tabaco y lió un cigarrillo. Encendió la punta mojada y dio una calada profunda, tragando la mayor parte del humo.

—Éste es el mejor lugar que encontraremos esta noche —dijo.

—¿Para hacer qué? —preguntó Pudge, observando con preocupación a Angelo, que temblaba en el interior de su fina chaqueta y su pantalón corto.

—Algo de negocio —dijo Angus, intentando proteger el cigarrillo del viento y la lluvia—. Ambos os estáis saliendo muy bien de las tareas que os he estado encomendando. Todos los trabajos acaban sin problemas y con buenos resultados.

—Eso está bien ¿no? —dijo Pudge, acercándose al umbral de la puerta.

—Sí, está muy bien —dijo Angus—. Pero ahora ha llegado el momento de hacerlo aún mejor.

Angelo lo miró fijamente mientras terminaba el cigarrillo y arrojaba la colilla a un charco. Le gustaba Angus McQueen y le respetaba como jefe. Pero también sabía, por sus muchas conversaciones con Josephina e Ida el Cisne, que no debía concederle toda su confianza. Pudge y él serían respetados mientras mantuvieran su valor y siguieran aportando beneficios. Pero en el instante en que dieran un resbalón, Angus los dejaría de lado con la misma tranquilidad con que acababa de tirar la colilla de aquel cigarro.

—Voy a hacerme cargo de uno de los muelles de la ciudad —dijo Angus—. Curran y Eastman me entregan su parte a cambio de una pequeña tajada. Yo me llevo mi parte de la paga de los trabajadores y el botín que podamos sacar de los barcos.

—¿Qué muelle? —preguntó Angelo, acercándose a Angus.

—Uno de los que conoces muy bien —dijo—. El muelle sesenta y dos. Donde trabaja tu viejo.

—Carl Banyon es el encargado de ese muelle —dijo Angelo, recordando el nombre con tanta facilidad como recordaba el corte que le hizo sobre el ojo—. ¿Seguirás con él?

—Depende de vosotros —dijo Angus—. Vuestro trabajo consistirá en vigilar ese muelle. En asegurarse de que el dinero fluye en la dirección correcta, es decir, hacia mí. Recogeréis el dinero de los trabajadores el día de pago y me lo traeréis al Maryland.

—¿También el de mi padre?

—¿Y por qué tendría que hacerle un favor? No significa nada para mí. Si tú quieres hacérselo, es tu problema. Ninguna queja, mientras el dinero que llegue a mis manos sea el dinero que espero recibir.

—¿Cuándo empezamos? —preguntó Pudge.

Angus consultó la hora en el reloj de bolsillo que llevaba en el traje.

—El muelle abre de aquí a tres horas. Debéis estar allí entonces. No queda nada bien que el jefe llegue tarde el primer día. —Volvió a guardar el reloj en su lugar y levantó el cuello del abrigo de lana—. Si surgen problemas, espero que los solucionéis —dijo—. Es posible que para esos tipos sigáis siendo unos niños. Pero vosotros sois mis niños, y eso os da todo el margen que necesitáis.

Angus dio media vuelta para perderse en la tormenta, dejando a Angelo y Pudge al abrigo de la marquesina y viéndole desaparecer.

—Parece que nos han dado un muelle para jugar con él —dijo Pudge.

Angelo miraba al frente y sacudió la cabeza, tenía la mano derecha dentro del

bolsillo de la chaqueta y acariciaba con los dedos el frío cañón de un revolver.

Carl Banyon estaba de pie en el centro de un círculo formado por cuarenta hombres, con una toma de tabaco de mascar aprisionada en la comisura de la boca. A sus espaldas, las puertas del muelle cerradas con candado. El *Tunisia*, un carguero de gran tonelaje, permanecía atracado junto al espigón esperando recibir su carga de madera recién cortada y partir hacia su destino.

—Angus McQueen se ha hecho cargo de este muelle —anunció Banyon a los hombres—. Para mí no significa nada en absoluto y estoy seguro de que también significa una mierda para vosotros. Seguiréis trabajando, seguiréis recibiendo la paga. Y la persona que os pague seré siempre yo.

Banyon se dio cuenta de que todas las miradas se apartaban de él y se dirigían a sus espaldas. Dio media vuelta y vio a Angelo y Pudge, vestidos con ropa seca y limpia, acercándose al grupo y esquivando los charcos del suelo. La lluvia se había convertido en un rodo matutino y el calor generaba un vapor que se elevaba del suelo en forma de delgadas fumarolas.

Angelo miró a Banyon y sonrió al darse cuenta de que le reconocía. Echó un vistazo a los hombres que formaban el círculo y se detuvo en cuanto vio entre ellos a su padre, Paolino. Pudge fue el primero que se aproximó al grupo, con las manos hundidas en el bolsillo de los pantalones y una ligera sonrisa iluminando su rostro.

—Si buscáis la escuela, está arriba, en la otra calle —dijo Banyon, adelantándose al grupo, observando a Pudge de arriba abajo y escupiendo tabaco mascado a escasos centímetros de sus pies.

—Nos envía McQueen —dijo Pudge, en voz alta y para que todo el mundo le oyera.

—¿Cómo está ese inglés? —gritó Banyon, soltando una risotada—. ¿Sacando a su gente de la cuna? —Se inclinó y escupió un pedazo más de tabaco, apuntando mucho más cerca de Pudge.

—Una mala costumbre —dijo Pudge, abriendo la chaqueta para mostrar la pistola que llevaba en el cinto.

Banyon fijó la vista primero en el arma y luego en los ojos del chico. Llevaba suficiente tiempo en el puesto como para saber cuando las cosas iban en serio. Cualquier temor que sintiera Pudge Nichols, si es que lo sentía, vivía enterrado en lo más hondo de su persona y él mostraba un exterior duro e impenetrable a cualquier mirada. Banyon tragó saliva y dio un paso hacia atrás.

—No cambia nada —dijo Angelo—. En lugar de pagaros a vosotros cada semana, nos pagan a nosotros.

—¿Es así como lo quiere McQueen? —dijo Banyon, dirigiéndose hacia Angelo, sin prisas, apretando las manos, frustrado.

—Así es como lo queremos nosotros —dijo Angelo, acariciando la cicatriz que lucía encima del ojo.

—Hace casi diez años que dirijo este muelle —dijo Banyon, con cierta

resignación—. Y lo he dirigido bien. Mis hombres siempre han tenido los barcos a punto en el momento requerido.

—Lo has dirigido con tu boca —dijo Angelo con desdén, captando la mirada de su padre más allá de la cabeza de Banyon—. Te has limitado a repantigarte y a contemplar como tus hombres sudaban trabajando. Pero incluso esto no era suficiente para ti.

—Puedo dirigirlo para vosotros del mismo modo —dijo Banyon, mirando ahora a Angelo, ahora a Pudge. Las gotas de sudor descendían por su cara—. O de la forma que más os guste.

—No lo creo —dijo Pudge, acariciando con la mano derecha el cañón del revolver que asomaba del bolsillo del pantalón.

—Trabajarás como todos —dijo Angelo, acercándose a Banyon—. Con el resto de los hombres.

—No puedes ponerme con los italianos —dijo Banyon, bajando la voz. Sus ojos iban de la cara de Angelo a la mano con la cual Pudge acariciaba la pistola—. Me odian. Me dejarán morir a la primera oportunidad que se les presente.

—Y nosotros también —dijo Angelo, con una voz ronca y distante que le situaba mucho más allá de su tierna edad.

—¿Dónde guardas las llaves de las puertas? —le preguntó Pudge a Banyon.

—En mi bolsillo —respondió Banyon, tocándose la camisa. Respiraba arrogancia por los cuatro costados.

—Entonces, mejor que las abras y dejes que los hombres vayan a trabajar —dijo Angelo—. Y tú, o los sigues o nos vemos ahora mismo fuera de aquí.

—Hagas lo que hagas, hazlo ya —dijo Pudge—. Ese barco tiene que cargarse y me imagino que no lo hará solo.

Angelo y Pudge se quedaron plantados en su terreno contemplando a un derrotado Banyon. El achicado jefe del muelle respiró hondo, se secó el sudor de la frente, asintió con la cabeza y dio media vuelta, encabezando el grupo de trabajadores que atravesaba las puertas y se disponía a cumplir un día completo de trabajo. Le seguían en un grupo compacto, deseosos de vengarse de una década entera de tormento.

Todos, exceptuando a Paolino que seguía sin moverse y miraba fijamente a su hijo.

—¿Algo va mal, Papa? —preguntó Angelo.

—¿También te llevarás mi dinero? —preguntó Paolino—. ¿Como el de todos los demás?

—Puedes quedarte con tu sueldo. Papa —dijo Angelo. La voz había vuelto a la normalidad—. Tu parte está cubierta.

—¿Cubierta por quién? —preguntó Paolino—. ¿Por ti?

—Sí —dijo Angelo—. Por mí.

Paolino hundió la mano en el bolsillo del pantalón y extrajo dos billetes de un

dólar arrugados. Los arrojó a un charco, a los pies de Angelo.

—¡Ahora mismo pago mi sucio dinero! —dijo Paolino con rabia y odio—. ¡Y te lo pago a ti! ¡Mi hijo!

Paolino dio media vuelta y se alejó de Pudge y Angelo, cabizbajo y con lágrimas en los ojos.

—Aún pienso que deberíamos haber echado a Banyon al agua —dijo Pudge, dándole la espalda a Paolino y al muelle—. Dejar que las ratas hicieran su trabajo.

—Pertenece a los trabajadores —dijo Angelo—. Lo harán mejor que las ratas. Créeme. Banyon no vivirá lo suficiente como para ganar el sueldo de esta semana.

—¿Y tu padre? —preguntó Pudge.

Angelo miró a Pudge y se encogió de hombros.

—Cuando trabaja está feliz —dijo—. Es lo que quiere y es lo que tendrá.

Angelo se apretó el estómago, dio media vuelta y se alejó del muelle rápidamente. Pudge, sorprendido ante una marcha tan precipitada, corrió tras él.

—¿Dónde vas? —preguntó.

—Necesito encontrar un lugar donde no me vea nadie —dijo Angelo.

—¿Que no te vea hacer qué?

—Vomitara —dijo Angelo.

## *Verano, 1923*

Era una época muy movida.

El vendedor de seguros Juan Terry Trippe, de veinticuatro años de edad, abandonaba su trabajo para unirse a su amigo John Hambleton e iniciar un servicio de taxi por avión que llamaron Pan American World Airways. Se abría en San Francisco el primer supermercado del país y Frank C. Mars, un fabricante de caramelos de Minnesota, ganaba 72 800 dólares en menos de un año gracias a una nueva chocolatina que denominó Milky Way. Se publicaba el primer ejemplar de *Tune* y había más de trece millones de automóviles colapsando las carreteras. Adolf Hitler y Benito Mussolini iniciaban maniobras para apoderarse de Europa. En los Estados Unidos, trabajadores y ejecutivos aflojaban al gobierno enormes sumas de dinero en forma del impuesto por ingresos federales creado por John D. Rockefeller Jr., quien pagó 7,4 millones de dólares con las tarifas vigentes.

Y en la ciudad de Nueva York, los gánsteres eran cada vez más ricos.

Era un período de expansión y agitación y todo ello iba en favor de los intereses del gánster. No hubo ley en la historia que les aportara mayores ganancias personales que la, en principio denominada, ley prohibicionista, conocida posteriormente como la ley Volstead, que convertía en crimen la venta de bebidas alcohólicas en cualquier punto de los Estados Unidos. La ley, publicada el 20 de octubre de 1920, fue algo así como la comadrona que colaboró en el nacimiento del crimen organizado del siglo xx. Abrió la válvula y ofreció al gánster con iniciativa la posibilidad de convertirse en rey de docenas de mercados sin explotar, incluyendo el transporte por carretera, la distribución y las salas de fiesta... todo lo que ayudaba a conseguir la jarra de cerveza por cinco centavos que deseaba el público.

El gánster organizaba sus recursos adecuadamente siempre que aparecía la oportunidad de ganar dinero.

Angus McQueen y todos los de su calaña estaban perfectamente preparados para ganar dinero cuando en 1919 explotaron los disturbios raciales en veintiséis ciudades, dejando los bolsillos de los negros urbanos más pobres de lo que ya eran. Triplicaron el número de locales de apuestas en los barrios más pobres, colocando la apuesta al número del día al irrisorio precio de un penique. Las bandas empezaron rápidamente a disfrutar de beneficios que rondaban los diez mil dólares semanales en lo que en las calles recibió el nombre de «los números de los negros».

El juicio circense de Nicola Sacco y Bartolomeo Vanzetti, arrestados por robo y asesinato en Massachusetts, convenció a una minoría silenciosa de italoamericanos de que la justicia no existiría nunca en su patria adoptiva, haciéndolos más que

receptivos a las propuestas de reclutamiento de gánsteres italianos. Además de esos sacrificados trabajadores, había tres millones y medio más de americanos sin trabajo, veinte mil negocios cerrando anualmente y unas perspectivas cada vez más negras. Los gánsteres, una vez más, fueron los primeros que capitalizaron rápidamente esa disponibilidad de mano de obra barata, ofreciendo buenos sueldos libres de impuestos a cambio de un disparo de pistola o un atraco nocturno.

En 1922, salió a la calle el *New York Daily Mirror* que, junto con el también recién nacido *New York Daily News* y otras publicaciones, dedicaban reportajes completos y detallados a los matones más famosos, convirtiéndolos así en nombres y caras reconocibles por todos y colaborando con ello a que la imagen pública del gánster fuera la de una celebridad.

—No se me ocurre otro momento mejor para empezar nuestra carrera —me comentó Pudge en una ocasión—. Era casi como si la gente quisiera que pasáramos, compráramos y nos hiciéramos los dueños del lugar. Donde quiera que miraras, las cosas se ponían a nuestra disposición. Prohibiciones, la Depresión, los problemas en Europa, lo que quieras. Y siempre encontrábamos la manera de transformar la miseria en dinero. Nos acostábamos pobres y nos despertábamos ricos. En aquellos tiempos, los matones eran los únicos capaces de conseguir que eso sucediera lo más rápidamente posible.

Angelo Vestieri y Pudge Nichols paseaban el uno junto al otro por West Side Street dando buena cuenta de un bocadillo de carne asada.

—¿Quieres un café antes? —preguntó Pudge—. Tenemos tiempo.

Angelo dijo que no con la cabeza.

—Acabemos de una vez con esto —dijo.

Angelo tenía ya diecisiete años. Durante el tiempo que llevaba con Angus McQueen había crecido y sus facciones se habían tomado más angulosas.

Los ojos oscuros y vivos y unos pómulos de marfil resaltaban en su bronceado rostro; iba peinado siempre hacia atrás y nunca podía evitar que un par de rizos le cayeran sobre la frente. Apenas sonreía y ocultaba su personalidad, alerta en todo momento, detrás de un manto de indiferencia perfectamente estudiado. Siempre elegía camisas y jerséis varias tallas más grandes de lo que le correspondía pretendiendo, con ello, ocultar su delgadez. Parecía algo más robusto, aunque aquella costumbre perpetuó en él su aspecto desangelado.

Pudge, con veinte años, seguía teniendo cara de niño. Era de sonrisa fácil aunque también fácilmente irritable y las pecas que en su día poblaron su cara habían sido sustituidas por una incipiente barba masculina. Su torso era duro como una piedra y sus brazos, con bíceps parecidos a los de Popeye, le habían proporcionado unas cuantas victorias en combates de lucha libre. Le gustaban los jerséis gruesos y las camisetas, dependiendo del tiempo, y su pelo rubio y rizado estaba siempre alborotado. Caminaba con el paso confiado de un gamberro callejero... pecho hinchado, brazos cruzados, cada paso que daba tenía su razón de ser.



—¿Qué sabes de este tipo? —preguntó Angelo, empujando el último pedazo de bocadillo hacia el interior de su boca.

—Sólo lo que Angus me contó —dijo Pudge—. Más alguna cosilla que me han contado en la calle. Se llama Gavin Rainey, pero responde por Gapper, al menos allá abajo en los muelles. Dicen que es tan feo como asqueroso.

—Me suena este nombre —dijo Angelo—. Tiene una cuadrilla trabajando cerca de los túneles.

—El mismo —dijo Pudge—. Se dedican a asuntos de poca monta. Chantajes a tenderos, transportes baratos, el dos por ciento de los atracos callejeros, ese tipo de cosas.

—Asaltar uno de nuestros clubes no entra dentro de esa categoría —dijo Angelo.

—Entrar en un antro significa tomarse muchas molestias, a no ser que esperes obtener un gran botín —dijo Pudge, que al ver el tráfico que se acercaba cruzó la calle arrastrando a Angelo con él.

—¿Qué se llevaron?

—Quinientos en billetes y algunos abrigos y chaquetas —dijo Pudge, despachando el asunto—. Además de eso, montaron un número en la barra. Creo que eso cabreó más a Angus que el asalto.

—El club sólo lleva tres semanas abierto —dijo Angelo—. Y ha costado arrancarlo.

—Probablemente ésta es la razón por la cual ese imbécil lo eligió. Fue allí esperando un pequeño botín, imaginándose que no nos importaría.

Angelo se detuvo y se volvió hacia Pudge.

—Pues imaginó mal —dijo Angelo.

Una hora más tarde, el Ford sedán se detenía de repente. Spider MacKenzie iba al volante. Miró a Angelo y Pudge, cogió su sombrero y salió del coche.

—¿Qué haces? ¿Parar en Jersey a comprar un bistec? —preguntó Pudge, irritado por tener que esperar.

—Tráfico —dijo MacKenzie.

Timothy «Spider» MacKenzie rozaba la treintena, acicalado, buenos modales y ciegamente leal a Angus McQueen. Nunca hablaba a menos que fuera absolutamente necesario, tratando la pronunciación de cada palabra como si fueran trabajos forzados. Estaba con McQueen desde los inicios, desde la época de los *Gophers*, y había pasado de recadero a guardaespaldas y chofer en menos de una década. Era también el que hacía cumplir la ley del jefe de la banda y utilizaba indistintamente porras, llaves inglesas de latón o armas para silenciar a cualquier víctima.

—¿Te imaginas que estará solo? —preguntó Pudge.

—Es un gran bebedor —explicó Spider—. Espero que esté durmiendo la mona.

Angelo observó el bloque de pisos situado en el lado opuesto de la avenida.

—No importa que esté solo o acompañado por una multitud, debemos entrar igualmente.

Pudge contempló como Angelo echaba a andar. Con los años, desde que Ida el Cisne forjó su alianza, se habían convertido en inseparables. En aquel tiempo, Angelo se dedicó a escuchar y aprender las lecciones que le prepararían para la vida de gánster. De hecho, poseía de entrada muchos de los atributos necesarios para alcanzar el éxito: no conocía el miedo, nunca se negaba a cumplir una orden y estaba preparado para que incluso el mejor plan se torciera. Tenía ansia de luchar, aunque era reacio a utilizar la fuerza. Angelo poseía una habilidad innata para convertir un enemigo en amigo con la ayuda de una frase adecuada en el momento adecuado o de una buena tajada en un nuevo negocio. Era ese rasgo, más que ningún otro, el que le permitiría sobrevivir mucho más tiempo que los otros gánsteres. Pudge estaba siempre dispuesto a apretar el gatillo. Pero Angelo sabía que, a la larga, aquél era el camino equivocado. La supervivencia de un gánster no dependía de la destrucción de sus enemigos, sino de la fuerza de sus aliados. La habilidad para conservar socios prósperos en el campo de los negocios era, a fin de cuentas, lo que mantenía con vida a un gánster de éxito. Y en ese aspecto. Angelo Vestieri no necesitaba recibir lecciones de nadie.

Gavin Rainey estaba sentado en una silla de madera de respaldo rígido esperando morir.

Era un hombre alto y los mechones de pelo le caían inevitablemente sobre una cara marcada por los granos. Las gotas de sudor resbalaban y le entraban en los ojos. Parecía mucho más joven de lo que Angelo y Pudge se habían imaginado y la mala reputación que tenía en la calle no se le veía por ningún sitio. El porte de tipo duro le abandonó en el mismo instante en que vio a los tres hombres entrar en el vestíbulo del edificio sin ascensor donde vivía. Spider MacKenzie agarró a Rainey con las dos manos sin decir palabra, le subió a rastras dos tramos de escalera y le obligó a entrar en su coqueto apartamento de dos habitaciones.

—Podéis sacarme lo que queráis —suplicó Rainey—. Lo único que debéis hacer es pagar mi deuda a McQueen.

—No es tanto lo que robaste como lo que hiciste —dijo Pudge—. Parece ser que es la forma con que te largaste con ello.

Spider MacKenzie sacó un revólver del interior de su chaqueta, dio unos pasos y acercó la culata a la frente de Rainey. Preparó el gatillo y miró a Angelo y Pudge esperando una señal.

—Le daré a McQueen la mitad de mi botín semanal —dijo Rainey. Chorreaba sudor—. Para compensarlo, para que no quede mal.

—¿A cuánto asciende tu botín? —preguntó Angelo.

—Saco unos setecientos a la semana. Limpio, después de pagar a mi gente.

—Es posible que si le entregas a McQueen los setecientos semanales, acabes el día sin una bala en la cabeza —dijo Angelo.

—¿Todo? —preguntó Rainey, sin apartar la mirada de Angelo—. No estoy dispuesto a entregarle todo lo que saco.

—El tío tiene una pistola apuntándole en la cabeza y aún intenta discutir un trato. —Pudge sacudió la cabeza—. Admiro tus cojones.

—Angus dijo que nos lo cargáramos —dijo Spider, presionando la pistola contra la frente de Gapper—. No que le hiciéramos socio.

—De un muerto no se saca nada —respondió Angelo. Permanecía en el fondo de la habitación, con las manos hundidas en los bolsillos del pantalón, junto a una ventana abierta y mirando a Gapper fijamente—. ¿Verdad?

Gapper tragó saliva, pestañeaba para expulsar las gotas de sudor que le entraban en los ojos.

—Esto me deja a cero —dijo Rainey, levantó la vista para mirar a MacKenzie y vio en su mirada el deseo de apretar el gatillo.

—Y también te deja vivo —le dijo Angelo.

—Y no se te ocurra volver a meter las narices en nuestros locales —añadió Pudge—. Búscate el dinero en los antros de los demás.

—Esto no le gustará a McQueen —dijo Spider, mirando tanto a Angelo como a Pudge.

—Le gustará en cuanto empiece a contar el dinero cada semana —dijo Angelo.

—Bien ¿en qué quedamos? —le preguntó Pudge a Rainey—. ¿Hacemos negocios o encargo una corona de flores para que la entreguen en la funeraria?

Rainey cerró los ojos y respiró hondo. La camisa estaba empapada de sudor y el pelo pegado a la frente. Abrió los ojos y asintió.

—Tíos, no sois más que un puñado de ladrones —dijo—. Sólo quiero que lo sepáis.

—Gracias —dijo Angelo.

Ida el Cisne estaba detrás de la barra del café Maryland, llenando hasta el borde un vaso de whisky y encendiendo un cigarrillo. Miró a Angelo, sentado frente a ella comiendo un buen pedazo de tarta de cerezas.

—¿Quieres café para acompañar? —preguntó ella.

—Tal vez un poco de leche —dijo Angelo, con la boca aún llena de restos de pastel.

Ida se agachó bajo el mostrador y apareció de nuevo sosteniendo en una mano una botella de leche medio llena que había sacado de la nevera y un vaso vacío en la otra. Vertió el contenido de la botella en el vaso y se lo pasó a Angelo.

—Todos los gánsteres que conozco empiezan bebiendo leche porque les gusta —comentó ella, sonriendo y señalando el vaso—. Luego, cuando se hacen mayores, la beben porque no les queda otro remedio.

—¿Por qué? —preguntó Angelo.

—Problemas de estómago —respondió Ida—. Resultado de muchos años de guardarlo todo dentro, sin poder demostrar lo que sentimos de verdad, actuando como si nada nos diera miedo. Cuando lo que nos gustaría en realidad es echar a correr y escondemos en un lugar seguro hasta que acabara el tiroteo.

—Angus dice que resulta sencillo adivinar qué gánster ha pasado una temporada en la cárcel —dijo Angelo—. Acompaña sus comidas y bebidas con un vaso de leche. Esconde la úlcera que pilló estando en chirona.

—No es el tipo de trabajo más saludable, de eso estoy completamente segura —dijo Ida—. Y ésta es la razón por la cual estoy pensando que ha llegado el momento de largarme.

—¿Y hacer qué? —dijo Angelo, sorprendido—. Lo que conoces es este lugar y la gente que vive en él. Lo que te importa. Yo incluido.

—En este negocio es importante tener un sexto sentido —dijo Ida—. Tienes que intuir el momento bueno para entrar y el mejor para cerrar el chiringuito. Y a mí me ha llegado el momento.

—¿Qué harás? —preguntó Angelo.

—Trabajando aquí he ganado mucho dinero. —Eché un vistazo al café con el orgullo del propietario—. Y también he conseguido ahorrar una gran parte de él. Ahora es el mejor momento para hacer trabajar este dinero.

—Sabes, no tengo ni una fotografía de mi madre —dijo Angelo—. Es como si nunca hubiera estado viva. Josephina me ayudó un poco en este sentido, pero murió siendo yo aún muy pequeño. Para mí eres como una madre.

Ida el Cisne tenía la mirada fija en el vaso de whisky y sonrió.

—Y puedo seguir siéndolo —dijo en un susurro—. Sólo que no estaré aquí. Estaré en algún lugar en el campo, un lugar donde respirar aire puro y no tragar humo.

—¿Has elegido ya algún lugar? —preguntó Angelo.

Ida levantó la cabeza y asintió.

—Roscoe, Nueva York —dijo—. A unos doscientos cincuenta kilómetros de aquí. Mi abuelo murió hace un par de años y me dejó una casita con cinco acres de bosque. Lo único que debo hacer es comprar un coche, algo de mobiliario y depositar el dinero que me quede en el banco del pueblo.

—¿Y el café? —dijo Angelo—. ¿Lo venderás o lo cerrarás?

—Ninguna de las dos cosas —dijo Ida—. Os lo doy a Pudge y a ti para que lo dirijáis. Mientras el negocio aguante, da unos doscientos limpios a la semana. Me enviáis cincuenta y os quedáis el resto para vosotros.

—No tenemos ni idea de dirigir un local —dijo Angelo.

—Aprenderéis —dijo Ida—. O contratáis a alguien que conozca el negocio y que no os robe más que la parte de la caja que le corresponde.

—¿Cuándo te marchas? —preguntó él, viendo que cogía su vaso vacío y el plato para ponerlos en el fregadero.

—De aquí un mes, más o menos —dijo—. Tal vez un poco antes. No tengo mucho que llevarme y acabo ya de despedirme de una de las únicas tres personas que me importan.

—No sabía que lo que acabas de decirme era una despedida —dijo Angelo.

Ida el Cisne acarició la cara de Angelo y le miró directamente a los ojos.

—Hice todo lo que pude por ti —dijo—. Te he explicado casi todo lo que sé acerca del negocio que dirigirás a partir de ahora y lo que me haya olvidado tampoco te serviría de mucho, de cualquier modo. A partir de ahora todo depende de Pudge y de ti y no tenéis margen para cometer errores.

Angelo mantuvo la mano de Ida pegada a su cara. Le besó en la palma de la mano y se levantó para marcharse.

—Gracias —dijo en un murmullo.

—¿Por qué? —dijo Ida, encogiéndose de hombros y con una triste sonrisa dibujada en su rostro—. ¿Por haberte ayudado a convertirte en gánster? Si eres tan listo como crees, llegará el día en que acabarás odiándome.

—Nunca llegará ese día —dijo Angelo, saliendo del café. Ida el Cisne se sirvió un whisky más y contempló su marcha.

Angelo estaba sentado en un extremo de la pequeña mesa de la cocina, mojando una gruesa rebanada de pan italiano en un plato de lentejas con salchichas. Rozó con el codo una jarra llena del vino tinto que preparaba un cura del barrio. Levantó la vista cuando su padre entró en la estancia, cargando una vieja maleta de color marrón en la mano derecha y una chaqueta fina de color azul en la izquierda. Paolino soltó la maleta sobre el suelo de madera.

—Me marcho —le dijo a su hijo—. Para bien. No tenemos ninguna necesidad de seguir viviendo como vivimos.

—Debe ser algo en la atmósfera —dijo Angelo—. Todo el mundo quiere marcharse de la ciudad.

Angelo bebió un buen trago de vino y sacudió la cabeza.

—¿Qué quieres? ¿Que te lo impida o que venga contigo? —preguntó.

—Ni lo uno ni lo otro —dijo Paolino—. Ya no formas parte de mí. Les perteneces a ellos. A esos que te han enseñado tan bien lo que es el odio.

—Me han enseñado lo que necesitaba aprender —dijo Angelo.

—No necesitabas aprender a robar —dijo Paolino—, ni a coger el dinero que otros obtienen trabajando, ni a obligarlos a pagar el dinero que no tienen. Ahora vives en compañía de criminales y es ahí donde perteneces.

—¿Y a qué lugar te gustaría que perteneciese, Papa? —preguntó Angelo, apartando la silla del extremo de la mesa—. ¿Al tuyo?

—Hubo un tiempo en que esto era mi mayor deseo —dijo Paolino—. Pero también se ha desvanecido, junto con todos mis otros sueños.

—¿Y qué queda de ello, Papa?

—Sólo lo que tienes ante ti —dijo Paolino—. Y no es un lugar donde deba estar mi hijo. Sea gánster o no.

Paolino contemplaba a su hijo con la mirada de un hombre derrotado. Cogió de nuevo la maleta, dio media vuelta y abrió la puerta del piso. Angelo se levantó de la mesa, llevando la jarra de vino en la mano, para ver como su padre salía de su vida.

Angelo miró entonces por la ventana abierta de la cocina. Examinó los callejones de los patios interiores, los tejados alquitranados y los tendederos que caían hacia abajo debido al peso de las sábanas recién limpias. Se puso la mano en la cara, las lágrimas le mojaron los dedos, su cuerpo arrojando todo el dolor que tan bien había aprendido a ocultar.

—*Adio Papa* —susurró Angelo—. *Adio*.

*Primavera, 1924*

Angelo Vestieri cambió la marcha de su nuevo Chrysler y sonrió al notar que el motor de alta compresión se movía de un cilindro a otro con la eficiencia esperada. Pudge Nichols iba sentado a su lado, en el asiento del acompañante, estudiando las noticias de portada del periódico de la mañana.

—¿Has visto lo que pretende este tío? —preguntó Pudge, disgustado, doblando el periódico para después tirarlo en el asiento de atrás.

—¿De quién hablas? —Angelo viró bruscamente hacia la derecha, desde la Twenty-third Street hacia Broadway, hundiendo el pie izquierdo en el pedal del sistema hidráulico de cuatro ruedas de último diseño.

—De ese Marcus Garvey —dijo Pudge—. Quiere que toda la gente de color abandone América.

—¿Para ir dónde? —preguntó Angelo, volviendo la cabeza para mirar a Pudge.

—Libia... Liberia —Pudge se encogió de hombros—. ¿Quién demonios lo sabe?

—Eso es en África —dijo Angelo volviendo su atención al tráfico—. Quiere que su gente regrese a África.

—¿A hacer qué? ¿Creen que van a tener más trabajo allá que aquí? Si piensa eso, es que le falta un tornillo.

—No es que me parezca una idea descabellada —dijo Angelo—. La verdad es que la gente de color no ha empezado con buen pie aquí y tal vez les convendría más volver a partir de cero.

—A Angus le encantará escuchar la noticia —rió Pudge—. Está haciéndose rico gradas a esos números negros. Si se agota la fuente, se cagará en todo.

—Ya ideará la manera de sacar dinero de otra gente —dijo Angelo—. Es lo que hace siempre.

—¿Cómo es que has quedado con Jack Wells? —preguntó Pudge—. Sabe que trabajamos para McQueen y no hemos rumoreado nada de que quisiéramos marcharnos.

—Es un hombre de negocios muy sagaz, y también muy paciente —le explicó Angelo—. Sabe que tarde o temprano trataremos de ascender. Y tal vez esté pensando que ya ha llegado ese momento.

—No creo que ganáramos más dinero haciendo contrabando para Wells que con la tajada que nos llevamos con Angus. Además, sabemos que podemos confiar en Angus.

—A ver qué nos cuenta —dijo Angelo—. Seguro que está planeando alguna maniobra contra Angus y no se ve capaz de conseguirlo sin nosotros dos a su lado.

—¿Quién más vendrá con él a la reunión?

Angelo metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y extrajo un pequeño bloc de notas. Se lo entregó a Pudge y lo abrió. Leyó lo escrito mientras se detenían consecutivamente en tres semáforos rojos y, luego, levantó la vista.

—¿Te parece muy mal? —preguntó Angelo.

—Nada que pueda ponemos en apuros —dijo Pudge—. Larry Carney está un poco chiflado, pero es bueno disparando. Ese otro tipo, McCain, su trabajo consiste en proteger a Wells en todo momento, dejar que le metan una bala si es necesario, lo que sea mientras el jefe siga vivo.

—¿Y Popke? —preguntó Angelo—. ¿Es bueno?

—A Popke le gusta que le llamen Big John, el Polaco —dijo Pudge—. Con eso sólo ya puedes imaginarte el tipo de tío que es. Pero ninguno de los tres abrirá la boca, a no ser que las cosas se pongan feas. No les pagan para hablar.

—Y nosotros sólo hablamos con Wells —dijo Angelo—. Hagámoslo tal y como Angus nos ha enseñado. Por lo que a nosotros se refiere, únicamente existe una cara con quien hablar.

»Ida siempre dice que todo está en los ojos de la gente —dijo Angelo al detener el coche—. ¿Y si tiene pensado matamos? ¿Qué hacemos entonces?

Pudge señaló por encima del hombro de Angelo en dirección a un restaurante y sonrió.

—Ahora es un poco tarde para preguntarme eso, Ang —dijo—, viendo que ya estamos aquí.

Los gánsteres viven para la acción. Cuanto más cerca están de la muerte, más cerca del momento más álgido y peligroso, más vivos se sienten. La mayoría preferirían sucumbir a un bombardeo de balas procedente de una habitación llena de enemigos jurados antes que sufrir los males de la vejez y morir en manos de la muerte de los débiles. Un gánster llega a convertirse en una persona tan adicta a las emociones de la lucha y a la elevada probabilidad de morir en ella, como a los atractivos alicientes que encuentra a lo largo de su carrera. En este mundo, la probabilidad de morir es diaria. Los mejores gánsteres no sólo no se asustan ante una posibilidad tan terrible, sino que además se encuentran a gusto al sentirla próxima.

—Naces esperando la bala —me decía Pudge—. De este modo, cuando llega ese instante, nunca te pilla por sorpresa. Si la posibilidad de que te maten te pone nervioso, entonces resulta imposible sobrevivir o ser bueno en esta jugera. Necesitas estar siempre al límite. Las pistolas del lado opuesto buscan el miedo. Y si no lo encuentran, dudan, y tal vez eso te ofrece el par de segundos necesarios para salir de ahí con vida. Te digo una cosa, niño, si estás dispuesto a matar en este negocio, nunca tengas miedo a morir.

Angelo y Pudge se acercaban al restaurante, caminando con la cabeza bien alta y con paso tranquilo y relajado. Eran un equipo formado por dos hombres que trabajaba como si de uno sólo se tratara. Habían aprendido a reforzar sus fuerzas y a ocultar sus



debilidades ante los ojos de los demás. Angelo era todo fuerza donde Pudge era todo fuego. Pudge era belicoso, atacaba en cualquier tipo de situación y no esperaba otra cosa que no fuera una confrontación resuelta a base de tiros. Angelo equilibraba el carácter atacante de su amigo con un cuidadoso sentido de la diplomada y siempre intentaba conseguir un creyente más en su bando. El estilo único de ese equipo había atraído la atención de las bandas rivales y el respeto de un buen número de jefes de los bajos fondos. Como ocurre en cualquier estructura corporativa, incluso en ésta tan primitiva que era el crimen organizado de los años veinte, siempre existe una gran demanda de jóvenes talentos.

Así pues, ni Angelo ni Pudge se vieron sorprendidos cuando recibieron la llamada de Danny Fanelli, un guardaespaldas de Jack Wells, solicitando una reunión informal de ambos con su jefe. Wells era un criminal malhumorado y enfermizo que había ido ascendiendo velozmente a través de los distintos rangos criminales. En sus manos estaba el cuchillo de carnicero que manejaba todas las acciones que tenían lugar en el Bronx y buscaba, con mirada hambrienta, expandirse en los cuatro barrios restantes, particularmente Manhattan. Deseaba ardientemente tener una oportunidad en las salas de fiesta y en el dinero clandestino que Manhattan generaba. Pero adentrarse en el barrio más sofisticado de la ciudad significaba competir con Angus McQueen y Wells era lo suficientemente listo como para adivinar que aquello significaría una guerra sangrienta, inevitable y arriesgada. McQueen llevaba dos décadas asentado en su territorio y acabando sin problemas con cualquier ataque o reto que se presentara. La estrategia que Wells había planeado para derrotar a McQueen o como mínimo, herirle gravemente, consistía en sembrar la duda entre sus tropas haciéndoles creer que el irrompible blindaje de su jefe tenía una mella. El primer paso para alcanzar su objetivo era asegurarse que Angelo Vestieri y Pudge Nichols estaban de su lado.

—Hola, señor Wells. —Angelo le tendió la mano al llegar al reservado oscuro situado en la parte trasera del restaurante vacío—. Gracias por pedir que viniésemos.

—Llámame Jack. —Wells apretó con fuerza la mano de Angelo.

—Parece ser que los negocios no van muy bien —comentó Pudge, echando una mirada a las mesas vacías. Observó dos hombres armados montando guardia junto a la puerta delantera y otros dos a sus espaldas, sentados en la esquina tomando un café—. Espero que no tenga usted parte del pastel.

—¿Por qué no os relajáis, chicos? —dijo Wells—. ¿Os apetece comer algo?

—¿Qué nos recomienda? —Pudge entró en el reservado y se situó junto a Angelo, enfrente de Wells.

—El pastel de manzana es lo mejor —dijo Wells—. Y la leche fresca. La traen de la granja que tengo en el nordeste del Bronx.

—Lo probaré —dijo Pudge—. Y un vaso de leche con un vaso de whisky aparte.

Wells hizo un movimiento de afirmación con la cabeza sin dejar de mirar a Pudge, para luego trasladar su atención a Angelo.

—¿Y tú, niño? —preguntó—. ¿Quieres probar el pastel?

—No estoy aquí para comer, señor Wells. —Angelo observó como uno de los hombres situados a sus espaldas levantaba la tapa de cristal que protegía la bandeja con el pastel de manzana, cortaba un pedazo, lo depositaba en un plato, entraba en el reservado con el plato en la mano y lo depositaba frente a Pudge—. Y tampoco soy muy hablador. Así que mejor que nos explique lo que quiere que escuchemos.

Wells se volvió hacia uno de los dos mentecatos situados detrás y le señaló su taza vacía. Esperó a que uno de ellos se acercara para llenarla de nuevo con café caliente. Wells levantó la taza, dio dos largos sorbos y volvió su atención hacia Angelo y Pudge.

—Estoy preparando algo contra McQueen —dijo Wells—. Y cuando haya terminado con ello, tendré en mis manos todas sus posesiones.

—¿Por qué nos lo explica? —preguntó Angelo, sin transparentar emoción alguna.

—Quiero que los dos dejéis a McQueen y trabajéis para mí —dijo Wells—. Os pagaré más y os daré una parte más importante de las ganancias obtenidas en las salas de fiestas. Cuando vuestro jefe se acabe, necesitaréis trabajar con alguien. ¿Y por qué no puedo ser yo ese alguien?

—Angus no nos ha dado ningún motivo para abandonarle —dijo Pudge—. Al menos, yo no he visto ninguno.

Wells sonrió y asintió.

—Eres fiel —dijo—. Lo respeto. Es algo muy importante para mí.

—Pero aun así quiere que le abandonemos para unirnos a usted —dijo Angelo—. Fieles o no.

—Ser fiel no significa ser estúpido. Debéis ser lo suficientemente listos como para saber cuando es el momento adecuado para hacer un cambio. Y yo estoy aquí para deciros que ese momento es ahora.

—Gracias por su oferta, señor Wells —dijo Angelo.

—Olvídate de las gracias. ¿Qué me respondes?

—No. —La cara de Angelo era una máscara infranqueable.

—Cometes un gran error, niño —dijo Wells—. Las cosas acabaran mal si sales de esta reunión sin estar de mi lado.

—Que acaben mal, entonces. —Angelo seguía de brazos cruzados.

—¿Y tú qué? —le preguntó Wells a Pudge, dándole un golpecito en el brazo.

—Vinimos juntos —dijo Pudge, poniéndose en pie—. Y nos vamos juntos.

—De acuerdo, entonces —dijo Wells, viendo que Angelo estaba poniéndose bien la chaqueta, dispuesto a salir del reservado—. La reunión ha terminado. No hay nada más que hablar.

—Hay dos cosas que debería saber —dijo Pudge, situándose frente a Wells.

—¿Cuáles? —preguntó Wells, a punto de explotar de rabia.

—Nunca me tomaría esa bebida —dijo Pudge—. Y su pastel de manzana apesta.

Angelo y Pudge salieron juntos del tranquilo restaurante, dando la espalda a Wells y a sus cuatro hombres armados.

Tras ellos, un rabioso Jack Wells tenía la mirada fija en la taza de café vacía y arreaba violentos puñetazos a las paredes de piel roja que tapizaban las paredes del reservado.

La primera vez que vio a Isabella Conforti, Angelo caminaba por Third Avenue, haciendo caso omiso al abundante tráfico de la ciudad y a la fina lluvia que caía. Ella se encontraba en el umbral de una puerta situada junto a una parada de fruta, tapándose la cabeza con un periódico italiano. Llevaba un vestido a cuadros de color rojo, un jersey azul de lana hecho a mano y zuecos de madera. Su larga melena castaña dejaba entrever una diminuta nariz, unos ojos negros como el carbón y una sonrisa mágica. Recorría la calle con la mirada y daba golpecitos de impaciencia sobre la acera con el pie derecho.

Angelo se detuvo delante de la parada de fruta, eligió un par de melocotones y se los entregó al vendedor. Observó como el pequeño y musculoso joven vestido con camisa blanca de manga larga envolvía los melocotones con una hoja de papel de periódico.

—El cambio es tuyo —dijo Angelo—, si me dices el nombre de la chica que está esperando en esa puerta.

Sin soltar el billete de cinco dólares, el vendedor se volvió hacia el edificio. Sonrió a Angelo.

—Isabella —dijo, deslizando el billete en el bolsillo delantero del pantalón.

—¿Conoces a su familia? —preguntó Angelo.

—Sólo me has preguntado el nombre —dijo el vendedor.

Angelo se aproximó un poco más al vendedor.

—Y ahora estoy preguntándote por su familia.

—Su padre es *macellaio* —dijo el vendedor, bajando tanto la voz como la cabeza—. ¿Sabes cómo se dice eso en inglés?

—Carnicero —dijo Angelo.

—Eso es, carnicero —dijo el vendedor, chocando los dedos y sin dejar de sonreír—. Trabaja en la ciudad en el lugar ese donde matan los animales.

—¿Y su madre? —preguntó Angelo.

—Murió, hará unos cuatro años —dijo el vendedor—. Estuvo enferma mucho tiempo.

—¿Tiene a alguien más? —Angelo cogió los melocotones.

—Un hermano —dijo el vendedor—. Tres, tal vez cuatro años menor que ella. Un buen chico y muy trabajador. A veces me ayuda a limpiar la tienda. Bien, ahora que ya sabes todo lo que yo sé, toma los melocotones.

—Y tú, ¿cómo te llamas? —preguntó Angelo, tendiéndole la mano.

—Franco —respondió el vendedor, estrechando la mano de Angelo—. Franco Rasti.

—Gracias, Franco —dijo Angelo. Echó un vistazo a las estanterías, estaban húmedas y brillantes, llenas de fruta y verdura—. Veo que tienes un buen negocio.

Volveré para comprarte otra vez.

—Dos melocotones por cinco dólares —dijo Franco con una sonrisa de oreja a oreja—. A esos precios, hasta te traigo la fruta a casa.

—¿Quieres un melocotón, Isabella? —Angelo se plantó frente a ella, llovía con mayor intensidad y tenía la espalda y los hombros empapados.

—¿Cómo sabes mi nombre? —le preguntó ella, su voz suave como una nube.

De cerca, la belleza de Isabella era aún más impresionante y su mirada misteriosa sumaba mayor atractivo a su rostro.

—Le he pagado a Franco cinco dólares por estos melocotones —dijo Angelo, ignorando la pregunta—. ¿Has comido alguna vez una fruta tan cara?

—No. —Observó como Angelo abría la hoja de papel de periódico y le entregaba un melocotón—. Porque jamás he conocido a un hombre tan estúpido como para pagar esa cantidad.

Angelo sonrió e Isabella cogió el melocotón.

—El estúpido es el que está haciéndote esperar aquí tanto rato bajo la lluvia.

—A mi padre no le gustaría nada que un desconocido le llamase estúpido —dijo Isabella—. Y especialmente, un joven desconocido que paga tanto dinero por la fruta.

—Y tendría toda la razón —dijo Angelo—. Pido disculpas. A ti y a tu padre.

Isabella sonrió y ladeó la cabeza.

—Me resultaría más fácil aceptar una disculpa si supiese de quien viene.

—El tonto mojado que tienes ante ti es Angelo Vestieri —dijo él.

Estaba diluviando y, como resultado de ello, la parte trasera de la chaqueta y el pantalón de Angelo estaba empapada. Bajó la cabeza sin poder evitarlo, aunque sin apartar sus ojos de los de Isabella. Ella estaba partiendo el melocotón en dos y sacándole el hueso. Y cuando ella dio el primer mordisco y el jugo de la fruta resbaló por sus labios, sonrieron los dos.

—¿Y qué harás cuando pare la lluvia y te hayas comido la fruta? —El rostro de Isabella brillaba con las gotas de agua que le salpicaban el cuello y las mejillas y Angelo pensó que su preciosa sonrisa sería capaz de derretir incluso el corazón del mismo diablo.

—Seguiré teniendo hambre. Así que buscaré algún lugar donde comer.

—¿Por qué no comes en casa con tu familia? —Isabella dio un nuevo mordisco al melocotón.

—Me gusta comer solo —respondió Angelo—. En algún restaurante tranquilo.

—Mi padre y yo vamos a cenar a casa de mi tía Nunzia —dijo Isabella—. Si quieres puedes venir con nosotros.

»Buena idea. —Isabella terminó el melocotón y se echó a reír como una colegiala—. De este modo, tendrás algo que decir cuando mi estúpido padre te vea y pregunte qué hace un joven hablando con su hija bajo la lluvia.

—¿Y ahora dónde está? —preguntó Angelo. La fría humedad había traspasado la chaqueta y la camisa y atacaba su piel.

—Detrás de ti —dijo Isabella, señalando con el dedo por encima del hombro de Angelo.

Angelo se volvió para ver a un hombre de mediana edad, de altura similar a la suya, pero con cuarenta kilos más de peso y músculos. Llevaba una camisa negra abierta, oscurecida también por el agua de la lluvia, y un delantal blanco de carnicero con manchas de sangre. Angelo le ofreció el melocotón que quedaba.

—No va a creerse lo que he pagado por él —dijo Angelo.

—¿Te ha merecido la pena? —preguntó Giovanni Conforti, cogiendo la fruta.

—Todos y cada uno de los peniques —respondió Angelo.

*Otoño, 1925*

El tipo obeso con la camisa blanca manchada estaba sentado apoyando la espalda contra los gruesos cojines de un sofá color tabaco. Era una habitación pequeña y escasamente amueblada, con restos de comida a medio terminar y latas vacías de whisky clandestino. Angelo, con las manos hundidas en los bolsillos del pantalón, observaba por la ventana abierta una pareja joven que entraba en el restaurante que Charley Sutton tenía en el East Side. Pudge estaba en el extremo opuesto de la estancia, con las manos apoyadas en las caderas y mirando fijamente al gordo.

—Iba a traeros el dinero —dijo Ralph Barcelli. Hablaba con voz áspera—. Ya sabéis, para ahorraros el viaje.

Barcelli era un jugador y traficante de drogas de poca categoría que rondaba los cuarenta años de edad. Ganaba lo justo para saciar su hambre de whisky, caballos y chicas menores de edad. Y lo que no ganaba, lo conseguía de prestado con unos intereses elevadísimos que le habían abocado a una situación de eterna crisis financiera.

—Pero no lo hiciste —dijo Pudge—. Nos has hecho venir a buscarlo.

—Tuve que salir a hacer un trabajo para Tony Faso —dijo Ralph. El ligero temblor del labio le traicionaba y no permitía que escondiera el miedo que sentía—. Si no hubiese sido por ese pequeño asunto, lo habría hecho tal y como dije. No podía estar en dos lugares a la vez. ¿Me entendéis, verdad?

—No me importa dónde estuvieras antes de que llegáramos aquí ni dónde irás cuando nos marchemos —dijo Pudge—. Lo que sí me importa es ver el dinero que nos debes mientras estoy aquí.

—No tienes por qué preocuparte —dijo Ralph, rascándose la incipiente barba canosa—. Lo tengo todo preparado, ya sabes, envuelto como un regalo de cumpleaños. Está en la habitación de atrás.

Angelo apartó la vista de la ventana.

—Iré a buscarlo —dijo, andando cabizbajo por el estrecho pasillo.

—Pídeme cualquier cosa si necesitas algo —dijo Ralph. Sus adormilados ojos castaños, siguiendo el recorrido de Angelo, pestañeaban de lo nervioso que estaba, las gotas de sudor formaban dibujos circulares en su calva cabeza.

—Si quieres seguir donde estás, siéntate aquí y cierra el pico —dijo Pudge.

Angelo abrió la puerta de la pequeña habitación trasera y dio un paso atrás, sacudido por el olor a orina seca y la visión de una jovencita acurrucada bajo una sábana blanca manchada. A su lado, en una esquina de la cama por hacer, se encontraba una caja de zapatos precintada mediante un hilo de nailon. Por el cristal

de la ventana cerrada, cuya mugrienta persiana estaba enrollada en la parte superior, se filtraban los rayos de sol formando largas líneas de polvo.

Angelo entró en la habitación, se detuvo frente la cama y tiró de la sábana dejándola caer en el suelo. La chica ni se inmutó. Estaba desnuda, exceptuando la blusa de color crema que cubría la parte superior de su cuerpo de palillo. Le miraba fijamente, con unos ojos tan claros como distantes.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Angelo.

—Lisa —dijo la chica, con una voz más profunda de la que él podía esperarse.

Angelo le puso entre catorce y diecisiete años, aunque la piel transparente y la brillante calidez que correspondería a su edad quedara estropeada por el tiempo que llevaba bajo el amargo amparo de Ralph Barcelli. De estructura frágil, la larga melena pajiza se prolongaba más allá de la altura de los hombros. Las mejillas hundidas tenían un color blanco ceniza.

—¿Cuántos años tienes, Lisa? —preguntó Angelo, distraído por un instante por los dos vasos de whisky vados que había sobre la mesita de noche.

—Mi edad depende de quien seas tú —dijo Lisa, incorporándose ligeramente para apoyar el peso de su cuerpo sobre un codo; su pecho era casi plano.

Angelo extrajo una navaja negra del bolsillo del traje, la abrió y la mantuvo así junto a su muslo. Se sentó en un extremo de la cama y le cogió la cara con la mano.

—¿Y él que es de ti? —preguntó Angelo, señalando con la cabeza en dirección a la puerta que había quedado abierta a sus espaldas.

—¿A quién te refieres? —preguntó Lisa. Sus ojos iban de la cara de Angelo a la navaja de quince centímetros que sostenía en la mano— ¿Ralph? Es sólo un amigo. Siempre me ofrece un lugar donde dormir cuando lo necesito.

—¿Este lugar? —preguntó Angelo.

—Me imagino que no será de tu agrado —dijo Lisa—. Pero es mucho más agradable que el lugar de donde vengo y muchísimo mejor que estar en la calle.

—¿Tienes Emilia? —preguntó Angelo, retirando la mano de la cara de la chica.

—Yo no lo llamaría familia, precisamente —dijo Lisa, encogiéndose de hombros—. Tal vez vivir con Ralph no sea el cielo, pero tampoco es el infierno.

—¿Y dónde estaría el cielo, a tu entender? —preguntó Angelo.

Lisa sonrió por primera vez y los finos rayos de sol iluminaron su dentadura manchada por el tabaco.

—En un lugar lleno de hermosas montañas —respondió. Su mirada se perdía más allá de la ventana—. Cuando era pequeña siempre soñaba con un sitio así. Me imaginaba caballos corriendo en libertad y las cascadas heladas entre las rocas. No sé ni si existe en el mundo algún sitio así. Sólo lo he visto en sueños.

Angelo abrió la navaja y se inclinó sobre la cama para coger la caja. Cortó el hilo con un movimiento rápido, cerró la navaja y la guardó en la funda. Levantó la tapa, metió la mano en el interior y sacó un puñado de billetes. Devolvió la navaja al bolsillo de donde había salido y empezó a contar el dinero.

—¡Dios mío! —exclamó Lisa. Se sentó de golpe y miró con los ojos abiertos de par en par el dinero que Angelo tenía entre las manos—. Jamás pensé que Ralph tuviera tanto dinero —dijo.

—No lo tiene —dijo Angelo, sin interrumpir su silenciosa contabilidad.

Angelo amontonó todos los billetes, separó trescientos dólares en billetes de diez y volvió a meterlos en la caja de zapatos.

—Vístete —dijo. Se levantó, miró a Lisa y le entregó el resto del dinero—. Recoge toda tu ropa. Coge el dinero. Cómprate un billete de tren y vete a buscar esas montañas.

—¿Y Ralph? —Lisa casi no podía hablar. Tenía la boca completamente seca.

—Yo hablaré con él —dijo Angelo.

Lisa saltó de la cama y se abalanzó sobre Angelo para abrazarlo, haciéndole casi perder el equilibrio.

—No sé cómo darte las gracias —le susurró al oído, sin separarse de él.

Angelo levantó la cabeza y la miró a los ojos.

—Dame las gracias olvidando que estuviste aquí alguna vez —dijo—. No quiero ni que sea un recuerdo.

—¿Por qué has tardado tanto? —preguntó Pudge. Estaba de pie, detrás de Ralph y con una mano sobre su hombro—. ¿Qué había hecho? ¿Enterrarlo?

Angelo se dirigió hacia Pudge y le entregó la caja de zapatos.

—Faltan trescientos —dijo.

—¿Qué estás diciendo? —gritó Ralph. Su mirada rebotaba de Angelo a Pudge y su estado de ánimo, de la ira al miedo—. No sé qué mierda intenta colocarte tu amigo, Pudge. Yo mismo metí el dinero en la caja. Todo.

Pudge le pegó a Ralph un tortazo en la nuca con la caja de zapatos y luego la arrojó al suelo. Sostenía los billetes con la mano derecha.

—No es precisamente todo lo que tengo en la mano —dijo—. Entregarme la mitad es como no darme nada.

—No me lo birléis ahora, colegas —suplicó Ralph. El sudor resbalaba frente abajo—. Si queréis llevaros mi dinero, hacedlo en otra ocasión. No ahora, que debo tanto dinero.

—Y sigues debiéndolo —dijo Angelo—. Trescientos dólares.

Ralph se puso en pie y señaló a Angelo con un dedo amenazador.

—¡Hijo de puta! —exclamó—. Sabes perfectamente que el dinero estaba ahí. O me lo has quitado tú o ha sido esa lagarta que hay en mi cama.

—Cuando he entrado en la habitación la caja estaba cerrada —dijo Angelo—. La chica ni tan siquiera se acercó a ella.

—¿Qué piensas hacer, Pudge? —preguntó Ralph, dándole la espalda a Angelo.

Pudge se quedó observando fijamente a Angelo durante varios minutos y luego sacudió la cabeza en un gesto de asentimiento. Dobló los billetes y los metió en el bolsillo lateral de la chaqueta.



—Voy a hacerte un favor —dijo Pudge.

—¿Qué tipo de favor? —preguntó Ralph, con sus ojos saltando de Pudge a Angelo.

—Tienes una semana más —dijo Pudge—. Con esto deberías tener tiempo de sobra como para conseguir los trescientos que aún nos debes. Vendremos a buscarlos.

—Deja a Lisa exactamente tal y como está en estos momentos —añadió Angelo—. Me enteraré si no es así. Y en ese caso, volvería mucho antes de lo acordado. —Miró a Ralph, que temblaba sin parar—. Sé listo —dijo Angelo—. Y vota por vivir.

Pudge se dirigió a su amigo y socio tan pronto como salieron de la hedionda casa del traficante de drogas.

—No tengo ni idea de lo que ha ocurrido ahí dentro —dijo—. Pero ten por seguro que la chica no gastará el dinero en lo que te haya dicho.

—Lo único que he hecho ha sido darle una oportunidad —dijo Angelo—. Lo que haga es su problema.

—A veces me pregunto si eres lo suficiente duro como para estar en este negocio —dijo Pudge—. Y luego, a veces, me pregunto si lo que sucede es que eres tan duro que ni te importa lo que yo pueda preguntarme.

Respiré hondo y sonreí a Mary. Mientras me explicaba las historias de la primera época de Angelo, le miraba y acariciaba el cubrecama de vez en cuando. Era casi como si él estuviera hablándome a través de ella. Había sido nombrada su mensajera y ella había aceptado complacida el papel.

—¿Quiere salir a comer algo? —pregunté—. ¿O tal vez sólo a dar un paseo? Nos convendría salir un rato de la habitación.

—No sé si es muy buena idea —dijo Mary. Un brillo especial iluminaba su mirada—. Angelo siempre me explicaba que te encanta la comida rara.

—Para él la comida rara es cualquier cosa que no lleve salsa roja encima —dije.

—Comentaba que si algún día llegaba a morir porque le habían envenenado la comida, lo haría al menos comiendo algo que le gustara —dijo Mary. Se levantó, cogió el abrigo que había dejado a los pies de la cama y se lo echó por encima de los hombros.

—De acuerdo, elegiré algo sencillo —dije, con la mano en el corazón—. Lo prometo. Nada más extraño que una hamburguesa y un café. De todos modos, me imagino que es lo único que encontraremos abierto a estas horas.

—Me parece bien. —Eché un vistazo a Angelo antes de abandonar la habitación, seguía con los ojos y la mente cerrados al mundo exterior.

Caminamos juntos, primero por los pasillos del hospital y luego por las calles de Manhattan, comentando con Mary los resueltos hábitos alimenticios de Angelo y su banda. Ante todo, los gánsteres eran fieles a la comida de su país de origen. Italia, en el caso de Angelo. Y a partir de ahí, todo se dividía en distintas categorías que no aparecían en ningún libro de cocina. La comida china era un ritual aceptado cuyo origen se remontaba a la década de los treinta, cuando la peña italiana inició los

negocios con los Triads. Las noches de los viernes de mi infancia transcurrieron en compañía de Angelo, en la trastienda del bar que tenía en el centro de la ciudad y comiendo comida china en cajitas blancas sobre una mesa negra.

—Pedir comida china los viernes por la noche es una tradición americana —me explicó Pudge—. Es lo único que hacemos igual que la demás gente.

El resto de cocinas presentaba un dilema étnico mayor. La comida francesa quedaba casi siempre descartada de entrada.

—No se lavan con regularidad y en temas de comida no se puede confiar en gente así —afirmaba Pudge. La comida de cualquier tipo procedente del este de Europa ni se consideraba tan siquiera—. Seamos serios —decía Pudge—. Si no pueden ni alimentarse en el país de donde vienen, ¿cómo van a alimentarme a mí? —Se aceptaba la comida judía, especialmente desde que gran parte de los negocios de Angelo y Pudge tenían lugar con gánsteres de ese origen—. Nunca puedes equivocarte con el pan de ácimo y un poco de queso —decía Pudge—. Pasa muy bien si lo acompañas con café. —Y la comida de los negros se consideraba con cuidado, como cualquier trato con gánsteres afroamericanos—. Para decirte la verdad, por muy buena que sea esa comida, sólo puede comerse de joven —decía Pudge—. A medida que te haces mayor, sienta como una patada en el estómago. Éste es el principal motivo por el cual hay tantos gánsteres negros que no llegan a viejos. No es por las balas que puedan tener en el cuerpo, sino por las costillas picantes.

La manta estaba extendida bajo la sombra de un enorme y frondoso roble. Era un día ventoso y el cálido sol mantenía a distancia la inevitable llegada del tiempo frío. Isabella levantó la tapa de la gran cesta de mimbre y empezó a extraer su contenido. Angelo estaba cómodamente sentado enfrente suyo y su cara mostraba un aspecto sereno. Cuando ella se dio cuenta de que estaba mirándola, le sonrió.

—He preparado pimientos asados y bocadillos de queso —dijo—. Y mi tía te ha preparado ensalada de aceitunas. Dice que por mucha que te preparara, nunca tendrías suficiente.

—Me quiere gordo —dijo él, observando como Isabella disponía cuidadosamente la comida, los platos y los cubiertos—. Dice que los gordos son mejores maridos.

Isabella colocó dos enormes bocadillos en el plato de Angelo y ladeó la cabeza para evitar el resplandor del sol.

—Tú serás un buen marido. —Su sonrisa se hizo más amplia si cabe—. Peses lo que peses.

Cuando él habló de nuevo lo hizo con voz grave y tranquila. Se inclinó y puso la mano sobre el brazo de Isabella.

—¿Te importa lo que haga? —preguntó.

Isabella estuvo mirándole fijamente un buen rato hasta que la sonrisa se desvaneció.

—Yo sólo sé lo que veo. Angelo —dijo—. Y lo que veo es un hombre bueno que a veces está más triste de lo que debería.

—Cuando estoy contigo nunca estoy triste —replicó Angelo—. Estos últimos meses han sido muy felices. Lo que sucede es que no me resulte fácil demostrarte o decirte cómo me siento.

—¿Por qué? —Isabella estaba sentada a escasos centímetros de él sobre su falda larga de color blanco. El viento jugueteaba con su cabello.

—Veo cómo te comportas con tu padre y con tu familia —dijo Angelo, con la mirada perdida en la línea del horizonte dibujada sobre Central Park—. Reís, os abrazáis, os besáis, lloráis, incluso. Me gustaría poder ser así. Pero sé que nunca podré. Y me da miedo que eso no sea suficiente para ti.

—Para mí siempre serás aquel chico guapo que apareció en medio de la lluvia y me compró un melocotón. Ése es el Angelo que me llegó al corazón. No necesito que seas nada más.

—¿Y pensarás lo mismo incluso cuando sepas más de mí? —preguntó Angelo, tan cerca de Isabella que podía oler la dulzura de su piel.

Ella le miró a los ojos y le regaló una de sus preciosas sonrisas de niña.

—Nada cambiará lo que pienso de ti —dijo—. Aunque te pongas gordísimo de tanto comer la ensalada de aceitunas de mi tía.

Angelo sonrió y soltó una excepcional carcajada.

—Entonces, a comer —dijo. El sol otoñal caía cálido sobre los dos.

Ida el Cisne estaba de espaldas a Angelo y Pudge. Apoyaba el pie sobre el tronco recién cortado de un árbol y sostenía en la mano un hacha con mango de madera. El sol estaba desapareciendo detrás de las montañas, acariciando el valle boscoso y la cabaña de Ida con los últimos destellos de sus rayos. Angelo y Pudge portaban cada uno un barril de cerveza fresca en una mano y una botella de whisky en la otra. Habían aparcado el sedán en la parte inferior de la colina donde estaba situada la cabaña de Ida y subían en aquel momento por el empinado sendero que daba acceso a ella. Era el atardecer de un sábado y habían necesitado casi un día entero de viaje para llegar a Roscoe. A Angelo le gustaba la belleza y la serenidad del paisaje, así como la libertad que sentía sentado al volante del coche y corriendo por la carretera. Pudge, que había pasado buena parte del viaje durmiendo, se sentía más en casa andando sobre el asfalto que pisando un camino embarrado. Era la tercera vez que visitaban a Ida desde que ella se había trasladado al campo seis meses antes, y en cada ocasión la encontraban más relajada y feliz que nunca.

—No lo entiendo —decía Pudge a Angelo, sin dejar de contemplar los árboles que escoltaban la carretera—. Pensábamos que Ida se volvería loca viviendo en los bosques. Aquí se tiene que esperar a que llueva para tener algo nuevo que comentar.

—A mí me gusta —dijo Angelo—. Es tranquilo.

—También lo son los cementerios —dijo Pudge—. Y no me gustaría que nadie me encontrara tan pronto en uno de ellos.

Angelo y Pudge se acercaban; Ida El Cisne encendió un cigarrillo. Echó la cabeza hacia atrás y soltó el humo en dirección a un cielo sin nubes.

—Chicos, no vais para cazadores —dijo ella, bajando la cabeza para verlos subir—. Seríais vistos y oídos en veinte kilómetros a la redonda.

—También podíamos haber subido más rápido —dijo Pudge—. Pero no queríamos derramar la cerveza.

Apagó la colilla del cigarro con la punta de la bota y se dirigió hacia la cabaña.

—Tengo estofado de ternera en el fuego —dijo—. Y pan de harina de maíz que me ha regalado un vecino. Creo que con esto y la cerveza tenemos para un banquete.

—No importa lo que tengas —dijo Pudge, desplomándose detrás de Ida—. Estoy a punto de desmayarme y me comería cualquier cosa.

Angelo permanecía indeciso, algo más retrasado, disfrutando del aire puro y de aquel paisaje digno de postal. Echaba muchísimo de menos la compañía y los consejos de Ida aunque comprendía, sin embargo, que hubiera deseado buscar la paz. Se sentía feliz viendo que la había hallado en aquel lugar, alejado de los riesgos y la confusión de la vida del gánster. Se preguntaba si él llegaría a sobrevivir el tiempo suficiente en el negocio como para buscar y encontrar su propio rincón de soledad.

Atacaron la comida con hambre canina y cada uno de ellos dio buena cuenta de dos grandes platos de estofado y media docena de pedazos de pan de harina de maíz untados con mantequilla. Comieron en silencio, estaban a gusto, felices por permitir que la comida triunfara sobre la conversación. Iba Pudge por la segunda jarra de cerveza e Ida por un nuevo cigarrillo, cuando Angelo habló por vez primera desde que se habían sentado en la pequeña mesa de comedor.

—Estoy pensando en casarme —anunció.

Pudge e Ida se miraron el uno al otro antes de volver la vista hacia Angelo.

—¿Tienes alguien en mente o se trata sólo de que crees que ya toca? —preguntó Ida.

—Se llama Isabella —dijo Angelo.

—¿La hija del carnicero que recoges cada día en su trabajo para acompañarla a su casa? —preguntó Pudge, con cara de incredulidad.

—Sí —dijo Angelo.

—¿Estás enamorado de ella o sólo crees estarlo? —preguntó Ida.

—Es de verdad —les dijo Angelo—. No habría dicho nada de no haberlo sido.

—Muy mal —dijo Pudge—. ¿Y ella siente lo mismo por ti?

—Sin tantas palabras —admitió Angelo—. Pero se lo noto en la cara.

—Peor aún. —Pudge se sirvió más cerveza.

—¿Y ella en qué cree que trabajas? —preguntó Ida.

—Le he explicado que trabajo para un hombre de negocios de la ciudad, pero es demasiado lista para seguírsele creyendo durante mucho más tiempo. Y si se convierte en mi esposa, tendrá que saber la verdad.

—No es necesario que sepa nada —dijo Ida—. Al menos, no de tu boca. Si es tan lista como dices, se lo imaginará ella solita. Si es que no se lo ha imaginado ya.

—¿Estás seguro de que quieres casarte tan pronto? —preguntó Pudge.

—No soy como tú, Pudge —dijo Angelo, manteniendo la calma y sin tocar la cerveza—. Soy incapaz de ir de chica en chica y olvidarme de ellas al instante. Ya me gustaría. Mi vida sería mucho más sencilla. Pero no soy así.

—En una ocasión estuve a punto de casarme —dijo Ida, con una sonrisa henchida de recuerdos—. Era muy joven, mucho antes de entrar en el mundo del hampa. Intercambiamos anillos e incluso estuvimos buscando piso.

—¿Le querías? —preguntó Angelo.

—Era lo suficiente joven como para así creerlo y lo suficiente mayor como para saber que debería estar más segura —dijo Ida.

—Así que lo dejaste plantado —dijo Pudge, cambiando su jarra de cerveza vacía por la llena de Angelo.

—No, fue él —dijo Ida, sacudiendo la cabeza—. Me echó, aunque no de la forma que yo había pensado. Se casó con otra. Salió de mi vida tan rápido como entró.

—¿Volviste a verle alguna vez? —preguntó Pudge.

—Una vez, años más tarde, vino al café —explicó—. Por aquel entonces su matrimonio ya estaba roto. Tenía un aspecto muy distinto, igual que yo, pero nos reconocimos. No dijimos nada. Pidió una copa, la bebió y se marchó. Supongo que acabó tal y como tenía que acabar.

—¿Te anima eso? —preguntó Pudge a Angelo.

—No sé qué decirle —dijo Angelo, desplazando lentamente su mirada de Pudge hacia Ida—. Nunca le he dicho a nadie que le quiero. La poca gente que quiero lo sabe sin que sea necesario que yo se lo diga.

—Eso sólo funciona con gente como nosotros —dijo Ida—. Una jovencita necesita oírlo, si es que realmente cree en ese hombre.

—No te resultará tan difícil si lo sientes de verdad —dijo Pudge—. Incluso para alguien como tú, que odia tanto hablar.

—Una chica afortunada —dijo Ida, levantando un vaso de whisky hacia Angelo y con una sombra de tristeza en la voz.

Angelo volvió a sentarse y sacudió la cabeza.

—Espero que sea siempre así.

Los tres permanecieron juntos hasta agotar la cerveza y vaciar las botellas de whisky. Después de despedirse bajo la nítida luz de la luna, Angelo y Pudge dejaron a Ida en el porche y descendieron por el sendero en dirección al coche. Abandonaron la tranquilidad del bosque para regresar a los peligros de las noches de Nueva York.

Mary se acomodó en el taburete circular y observó como el señor mayor del lado opuesto de la barra tomaba nota del pedido.

—Es agradable —dijo ella sonriendo. Coloqué de nuevo las cartas del restaurante en su lugar, entre la botella de ketchup y el cajetín de las servilletas.

—No se haga muchas ilusiones —dije—. Llevo viniendo aquí desde que era niño y por aquel entonces la comida ya era bastante mala.

—No, me refiero al hecho de estar contigo —dijo ella—. Siempre quise que

pasáramos más tiempo juntos, pero nunca lo conseguí.

Lo que siento es que sea justo ahora, bajo estas circunstancias tan tristes.

—¿Y por qué quería pasar tiempo conmigo? —El camarero nos servía dos vasos grandes de Coca-Cola con hielo picado.

—Angelo hablaba mucho de ti —respondió, retirando el papel blanco de la pajita—. Quería ver con mis propios ojos el tipo de hombre que eras.

—¿Y aún no le he decepcionado?

—No —respondió con una amplia sonrisa—. Pero aún queda mucho tiempo.

—¿Y qué cosas le explicaba? —pregunté.

—Información en general. Lo de ser específico no es precisamente uno de los puntos fuertes de Angelo. Pero sé que estás casado y que tienes dos hijos. Sé que eres dueño de tu propio negocio. Y también sé que eres un actor terrible. —Se echó a reír.

—No puedo creerme que le explicara todo eso —dije, sacudiendo la cabeza—. No puedo creer ni que se acordara de ello. Hace ya muchos años.

—Angelo pondría en ridículo hasta la memoria de un elefante. —Mary retiró las manos de la barra cuando el camarero nos sirvió las dos hamburguesas con queso.

—Era un niño, tendría dieciséis años —dije, alargando el brazo para coger el ketchup—. Había ahorrado algo de dinero gracias a un trabajo que había realizado durante el verano y me inscribí a clases de actuación en HB Studios, en el Village. Sólo para ver si podía llegar a ser bueno en eso.

—¿Y lo eras?

—Así lo creí —dije—. Y más aún cuando me ofrecieron un papel en una obra de los barrios cercanos a Broadway. Tan excitado estaba, que pedí a Angelo y Pudge que vinieran a verme.

Mary devolvió la hamburguesa al plato y se tapó la boca con la servilleta doblada, intentando ocultar la risa.

—¿Y? —preguntó—. ¿Cuál fue su reacción como críticos?

—Pudge dijo que lo mejor para todos sería que él encontrara al autor y al director y se los cargara a los dos —respondí—. Y que lo mejor para mí sería que intentara buscar otro tipo de trabajo.

—¿Y Angelo? —preguntó Mary, olvidando ya disimular la risa—. ¿Qué dijo?

—Dijo que Lee J. Cobb y George C. Scott eran grandes actores. —El recuerdo me obligó a sonreír—. Y que poseían dos cosas que yo no tenía: talento y una inicial intermedia. Luego se puso el sombrero y salió del teatro. Jamás volvimos a tocar el tema.

—¿Dejaste las clases después de aquello? —preguntó, poniendo su mano sobre la mía.

—Lo pensé y llegué a la conclusión de que, como mínimo, Angelo llevaba la razón a medias —dije—. Siempre podía añadir una inicial intermedia. Pero nunca tendría talento.

—¿Te sientes feliz con tu vida? —preguntó Mary.

—Tengo dos hijos preciosos y un negocio que me paga las facturas —dije—. Tengo una esposa que me escucha cuando hablo y un perro que siempre parece encantado de verme.

—¿Y era eso todo lo que querías? —Sus ojos claros brillaban como faros. Tenía la sensación de que sabía todo lo que yo sentía y que era capaz de leer cualquier pensamiento que me pasara por la cabeza.

—Lo que uno quiere y lo que acaba siendo tu vida nunca es lo mismo —dije—. Angelo sería el primero en decírselo. Se trata sólo de lo que acabas siendo o lo que decides aceptar. Y cuando llega, ya es demasiado tarde para cambiarlo.

—¿Y qué habrías cambiado? —preguntó.

—Los últimos veinte años —dije.

Verano, 1926

Jack Wells estaba sentado en la trastienda del Baker's Bar, situado en el Bronx, en la esquina nordeste de Tremont Avenue, dando cuenta de una jarra de cerveza helada sin alcohol. Observaba como el hombre nervioso sentado enfrente suyo encendía un cigarrillo, aspiraba profundamente y soltaba el humo en dirección al tejado de hojalata.

—Si me pillan en esto se ha acabado todo —dijo el hombre, con un murmullo de voz temblorosa—. Un exaltado como Pudge Nichols no querrá atender a razones. Vendrá a buscarme pistola en mano.

—Entonces asegúrate de que no te encuentra —dijo Wells. Se limpió la saliva de la boca con la mano.

—No estaría haciendo algo así si tuviera una mejor cuadrilla de chicas trabajando para mí —dijo el hombre. Se había fumado el cigarrillo hasta el extremo—. Las que tengo no saldrían de la cárcel aunque dispusieran de un puñado de indultos.

—Oye, Francis —dijo Wells, taladrando al hombre con la mirada, otorgando a sus palabras más fuerza de la habitual—. Tal vez yo no te parezca un hombre ocupado, pero lo soy. Y ahora que lo sabes, te diré que lo último que deseo oír es lo dura que es la vida de un jodido *chuloputas*. Si no te gusta tu vida, cuéntaselo a tu puta madre. Y ahora dime, ¿puedes hacerlo o no?

—Creo que sí —dijo Francis en un susurro.

—Quiero oír un sí o un no —dijo Wells—. Haré oídos sordos a cualquier otra cosa.

—Sí, señor Wells —dijo Francis—. Lo haré.

—Perfecto —dijo Wells—. Queda con Fish para los detalles. Lo que más me importa es que consigas meterlo en esa habitación. Mi gente se ocupará del resto.

—¿Cuándo volveré a verle? —preguntó Francis. Se mordió el labio inferior—. Ya sabe, para cobrar.

—¡*Nunca* volverás a verme! —Wells clavó el dedo índice en medio de la sudorosa frente de Francis—. Salgas vivo o muerto de ésta, me da igual. No pienso regalar más mi precioso tiempo a un chulo.

Carmella Dalito se tapó la boca con una mano nudosa y llena de venas y miró a Pudge Nichols, sentado frente a ella, con sus ojos oscuros brillando al resplandor de la luz de la vela. Angelo permanecía en pie junto a Pudge, de brazos cruzados, observando el pequeño bol de madera situado en el centro de la mesa. La anciana, cuya cara llena de cicatrices estaba enmarcada por mechones rizados de cabello cano, era una *Strega*, una bruja italiana, pagada para liberar a Pudge de un persistente dolor



de cabeza.

—Aún creo que habría sido mejor visitar a ese médico de Little West Twelfth —dijo Pudge. No apartaba los ojos de la vieja, intentando calibrar cada uno de sus movimientos—. Borracho o sobrio, algo habría encontrado para ayudarme.

—Esto es mejor que ir al médico —dijo Angelo.

—Empiezo a sentir escalofríos —dijo Pudge. Deslizó un dedo por debajo del borde del cuello almidonado de la camisa—. Tal vez debería aprender a vivir con mis dolores de cabeza.

Angelo le puso una mano en el hombro.

—Tranquilo —le aconsejó.

—Si algún día te pones enfermo, lo primero que haré será buscar un tipo con bata blanca —dijo Pudge—. Ten por seguro que no te arrastraré a visitar ninguna bruja.

—Ya verás como consigues algo más que simplemente quitarte de encima esos dolores de cabeza —dijo Angelo, adentrándose de nuevo en la penumbra de la pequeña estancia.

—Déjame adivinarlo —dijo Pudge—. Volveré a colocarme el dedo que me falta en el pie.

—Mejor aún —dijo Angelo—. Cuando Carmella haya acabado, sabrás quien está dándote tantos dolores de cabeza.

Pudge volvió la cabeza para mirar a Angelo.

—¿Lo dices en serio? —preguntó.

Angelo le devolvió la mirada a su amigo.

—Sí —respondió.

Pudge sonrió a Carmella y le dio una palmadita en la mano.

—De acuerdo —dijo, con una amplia sonrisa—. Probémoslo.

Carmella cogió un vaso de agua y lo vació en el bol de madera. Se hizo luego con un pequeño recipiente con aceite de oliva que estaba situado en un lado de la mesa y derramó en el bol aquel espeso líquido amarillo, observando la mancha que iba formándose en la superficie del agua. A continuación, tiró de un pañuelo de lino arrugado que asomaba del bolsillo de su vestido y lo extendió encima de la mesa. En el mismo centro del pañuelo, empapado en sangre, apareció un ojo.

—Es un ojo de cabra —le susurró Angelo a Pudge—. Lo meterá en el agua con aceite.

—¿Y entonces qué? —preguntó Pudge.

—Entonces sabré quien te desea tanto mal —dijo Carmella, abriendo la boca por vez primera. Su voz resultaba más cálida que su grave aspecto—. Y tú también lo sabrás.

Cogió el ojo y lo introdujo en el agua con aceite. Se quedó mirándolo, observando como flotaba en la calma del agua. Recorrió con la punta de los dedos el borde del recipiente y miró a Pudge.

—Introduce los dedos en el agua —le dijo—. Y luego coloca las manos planas

sobre la mesa.

Pudge hizo lo que le ordenaban. La anciana echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos, susurrando una parranda de frases en italiano. Temblaba y balbuceaba, se le arqueó la espalda, tenía los dedos en el interior del bol. Levantó la cabeza hacia el techo encalado.

Pudge permanecía sentado, hipnotizado por los giros físicos de la vieja.

—Si lo que pretende es asustarme —dijo en voz baja—, está a medio camino de conseguirlo.

Carmella se inclinó sobre el canto de la mesa, a escasos centímetros de la cara de Pudge, y le agarró por las muñecas con sus manos nudosas. Se quedó mirándole a los ojos; su cara recordaba una pared recorrida por grietas de venas moradas, cicatrices blanquecinas y arrugas. Pudge estaba inmóvil, ansiando conocer el resultado final del ritual de vudú que estaba celebrando aquella mujer.

—Una mujer derramará tu sangre —dijo la *Strega*—. Hará que desees alcanzar la tranquilidad de la muerte.

—¿Cómo se llama? —preguntó Pudge, girando la cabeza y mirando a Angelo.

—Te dará el amor de su carne —dijo Carmella, ignorando la pregunta, anclada a su mirada de *Strega*—. Y tú lo aceptarás. Tu deseo te causará gran dolor.

—¿No va a decirme cómo se llama? —preguntó Pudge a Angelo.

—No sabe nombres —dijo Angelo—. Sólo hechos. El resto debemos imaginarlo nosotros.

—Me huele a chamusquina —dijo Pudge—. Nos está enredando como bobos.

—No es ningún engaño —insistió Angelo—. He venido otras veces y nunca se ha equivocado.

—¿Y cómo demonios sabes que nunca se ha equivocado? —preguntó Pudge, volviendo la cabeza completamente hacia Angelo—. A menos que los dolores de cabeza estén volviéndome también sordo, no he oído que nos dijera nada.

—Le resulta difícil concretarlo en una mujer en particular —dijo Angelo—. Tienes muchas novias.

—¿Y qué pasaría si le echáramos algo más de dinero? —dijo Pudge—. Tal vez eso le ayudaría a ver alguna cara en el cacharro con agua.

—No —dijo Angelo, mirando a la bruja—. Nos ha dicho todo lo que sabe.

Pudge se soltó de la mujer y se puso en pie.

—¿Y ahora qué? —le dijo a Angelo—. ¿Tengo que pasar el resto de mis noches contigo?

—Tienes que aprender a escuchar lo que no dijo la bruja, más que lo que dijo —comentó Angelo, dándole las gracias a Carmella—. Nos ha dicho todo lo que necesitamos saber. Tenderán una trampa. Una tapadera para llevarte a un lugar donde te sientas seguro. Y el arma que utilicen vendrá de manos de otro.

—¿De quién?

—De Jack Wells —dijo Angelo—. Nos quiere muertos a los dos.

—¿Y por qué a mí primero? —preguntó Pudge, siguiendo a Angelo fuera de la habitación de la *Strega*.

—Te tiene más miedo —dijo Angelo. Estaban en la escalera, hablaba directo y tranquilo—. Tú eres el peligroso. Y cree que cuando estés muerto ya no tendrá nada que temer por mi parte.

—Necesito un poco de aire fresco —dijo Pudge, adelantando a Angelo y bajando corriendo por las escaleras.

—¿Cómo va el dolor de cabeza? —preguntó Angelo, siguiéndole.

—Ha desaparecido —le dijo Pudge—. Pero lo que empieza a preocuparme ahora es mi estómago.

—¿Quieres que volvamos a la *Strega* para consultárselo? —preguntó Pudge.

Pudge se detuvo y miró a Angelo.

—Me daré un respiro —dijo—. Ya he recibido suficientes buenas noticias para un día.

Todos los gánsteres son supersticiosos. Sus fobias viajan más allá de los límites de lo aceptable para aventurarse en escenarios raramente visitados por los que no forman parte de los bajos fondos. Jimmy «Dos pistolas» Marchetti, jamás pasó por delante de una iglesia sin arrodillarse delante de ella y santiguarse y siempre empezaba el día con un café y cuatro dientes de ajo. Creía que ambas costumbres le mantendrían a salvo de cualquier peligro y así fue, hasta dos días antes de su veintisiete cumpleaños, cuando le mataron a tiros en un bar del East Side.

La mayoría de los gánsteres creen en los poderes curativos de las *Stregas*, prefieren los gatos a los perros por sus supuestas fuerzas espirituales y el día en que ha de tener lugar un asesinato planeado, siguen siempre el mismo ritual. Cuando van en grupo, siempre se andan con cautela para que nadie detecte el modelo uniforme de sus idas y venidas. A pesar de ello, comen de forma rutinaria la misma comida en los mismos restaurantes, se aventuran por las mismas calles y tratan su agenda diaria como si estuviera esculpida en granito. Llevan los bolsillos de los trajes y los abrigos llenos de amuletos de la suerte... una moneda procedente del sueldo obtenido por su primer robo, un fragmento de bala extraído de la pierna, una figura religiosa destinada a mantener el diablo alejado, un anillo regalado por el primer jefe de la banda. Todos ellos considerados como válvulas de seguridad.

Angelo llevaba una medalla de san José colgada en el cuello, regalo de Josephina. No era un hombre religioso, pero creía que el poder de la medalla le ayudaba a alejarse de la zona peligrosa.

—Siempre que salgo para hacer un trabajo, cojo antes la medalla entre dos dedos —me explicó—. No puedo asegurarte que me haya ayudado, pero era algo bueno a mi favor.

Angelo comprendía que para ser bueno y sobrevivir en su trabajo, era imprescindible desconocer el miedo en un negocio regido precisamente por el miedo. Y es por eso que los gánsteres buscan en las pequeñas cosas (pulseras, carteras, la

misma corbata el mismo día, un paseo en un cementerio), sean las que sean, ese riesgo adicional que necesitan.

—Ser supersticioso está casado con ser cuidadoso —me explicó—. Y ser cuidadoso va perfectamente unido al hecho de que un tipo como yo siga vivo.

Isabella se acercó sigilosamente a Angelo por detrás y le puso la mano en el hombro. Estaba sentado de cara a la ventana, dando la espalda a la puerta, en un rincón de la habitación situada encima del bar.

—Estaba preocupada —dijo en voz baja—. Llevas varios días sin aparecer.

—Necesito tiempo para estar solo —dijo Angelo.

—¿Puedo ayudarte? —Le rodeó, sin separar la mano del hombro, hasta quedarse frente a una cara grave y unos ojos cálidos. La estancia estaba a oscuras, la única luz era la que se filtraba a través de la persiana de una ventana abierta.

—No conoces a mi padre —dijo Angelo, mirándola, encontrando consuelo en su belleza y calor—. Es un buen hombre, pero sin suerte. Existen miles de hombres como él que llegaron a este país, trabajaron muy duro y se hicieron un lugar para ellos y sus familias. Él fue incapaz de conseguirlo, por mucho que trabajara, nunca dio el siguiente paso.

—Hay muchos hombres que trabajan duro y siguen pobres —dijo Isabella—. No es ningún crimen, ninguna vergüenza. Es tan cierto en Italia como aquí.

—Nunca he querido que le conocieras —dijo Angelo—. Me gustaría no sentirme así con él, desearía no sentir tanta rabia, tanta vergüenza.

—No hay porque avergonzarse de ser pobre. Angelo —dijo Isabella.

—No es por ser pobre —dijo Angelo—. Es por un asesinato.

Isabella se sentó frente a Angelo y le miró; su cara quedaba oculta entre las sombras.

—¿Cuál?

—Mi padre no vino a América en busca de fortuna o para disfrutar de una nueva vida —dijo Angelo—. Vino huyendo de un crimen. Vino porque había asesinado a su propio hijo.

Isabella se sofocó al oír aquello y se tapó la cara con las manos.

—¿Por qué? ¿Por qué un padre haría algo así?

—El hombre puede apretar el gatillo por muchos motivos. —La voz de Angelo salía entrecortada—. Casi todos ellos equivocados.

—Tu padre se ha ido. Angelo —dijo Isabella, recuperando la calma—. Él es quien debe vivir con lo que ha hecho, no tú.

Angelo se inclinó, le cogió las manos y miró sus ojos oscuros.

—Todo lo que he aprendido, todo aquello para lo que me ha preparado la vida, me dice que la muerte de mi hermano debe ser vengada. Y sólo yo puedo vengarla. Pero no sé si seré lo bastante valiente. Es mi padre y le quiero mucho.

—Tu padre afronta el crimen cada día de su vida. ¿No es suficiente para satisfacer tus ansias de venganza?

—En algunos mundos, sí —dijo Angelo—. Pero no en el mío. Mi padre vive y mi hermano está muerto. Es un precio que debe pagarse.

—De hacerlo, te convertirías en alguien igual a lo que él es ahora —dijo Isabella—. ¿Podrías vivir con ello?

—Me da miedo saberlo —dijo Angelo. Se levantó y abrazó a Isabella con todas sus fuerzas.

Cuando una mujer como Isabella debía convertirse en la esposa de un gánster, lo hacía por su propia cuenta y riesgo y sabiendo que estaba obligada a seguir los modelos tradicionales establecidos en Italia varios siglos antes. Casi todas esas mujeres eran de voluntad muy firme y perfectamente conscientes de cómo sus esposos se ganaban la vida. Estaban educadas para amar y respetar a sus maridos y pedir el mismo trato a cambio. No se toleraban las amantes y nunca se ponía en tela de juicio su papel en la casa y respecto a los hijos.

—Tener mujer en aquellos tiempos era muy similar a tener un sordo —decía Pudge—. Sabían perfectamente todo lo que sucedía y podía contarse con ellas porque eran fieles y tenían mucho empuje. Eran matrimonios que duraban hasta la muerte, normalmente la de él. Y los jefes les garantizaban atenciones hasta el fin de sus días siempre que llevaran con dignidad el negro de las viudas y mantuvieran sin tacha el nombre de su esposo y su reputación. Ahora ya no es así. En lo que al matrimonio se refiere, somos tan desastrosos como el resto del país. Pero por aquel entonces, cuando una mujer decía que te quería, podías grabarlo en piedra.

El cuarteto de jazz interpretaba una versión lenta de *Alexander's Ragtime Band*. La enorme pista de baile estaba abarrotada de jóvenes y chicas con tacones altos. Angelo tenía la mano de Isabella entre las suyas; contemplaban las parejas de bailarines balanceándose y deslizándose al ritmo de la música. Observaba el brillo de sus ojos, engullidos por el resplandor y el romanticismo de un mundo que giraba rápidamente a su alrededor.

—¿En qué piensas? —preguntó Angelo, levantando la voz para que ella pudiera oírle a pesar de la música.

Isabella respondió a su pregunta con otra.

—¿Pasas mucho tiempo aquí?

—Casi siempre por negocios —respondió—. El hombre para quien trabajo es el propietario del club.

Isabella dio un sorbo a su vaso de agua fría y le sonrió por encima del borde.

—¿Y esta noche estás aquí por negocios?

—No —dijo Angelo, sacudiendo la cabeza.

—Entonces es que tienes algo importante que pedirme. ¿Por qué me habrías traído aquí si no?

Angelo contemplaba la abarrotada pista de baile del Cotton Club. Estudiaba las caras de aquellos hombres de piel suave vestidos con trajes impecables y de las jóvenes cuyos ojos brillaban en su presencia. Dinero viejo mezclándose fácilmente

con la recién descubierta fortuna de lo ilícito. Todos con demasiado tiempo libre y una cantidad excesiva de dinero. Era la gente de la que Angelo se alimentaría a medida que continuara su ascenso por los diversos rangos de la banda. Los que comprarían su whisky, frecuentarían sus clubes e invertirían en sus ocupaciones ilegales. Isabella, a su lado, era una visión de frescura y amor, un foco de luz alumbrando aquella estancia decadente. Se volvió para mirarla; su cara dejaba en evidencia que confiaba únicamente en él, ignorando todo el movimiento que había a su alrededor.

—Hace seis meses que quiero pedírtelo —dijo Angelo—. Pero he sido incapaz de encontrar las palabras adecuadas. No es mi fuerte.

—Y yo llevo seis meses esperando a que me lo pidas. Con las palabras adecuadas o sin ellas, mi respuesta seguirá siendo la misma.

—¿Un sí? —preguntó Angelo, contemplando a Isabella por encima del resplandor de la vela situada en el centro de la mesa.

—¿Tan difícil te resulta hacer la pregunta? —Acariciaba con los dedos la mano de Angelo.

—Sé mi esposa, Isabella —dijo Angelo—. He estado enamorado de ti desde el mismo instante en que te di aquel melocotón.

—Un melocotón muy caro —rió ella.

—Deseo hacerte feliz, Isabella. Es lo único que me importa.

—¿Has hablado ya con mi padre? —preguntó Isabella.

—Las pasadas navidades. Lleva el mismo tiempo que tú esperando a que te lo pida.

—Probablemente ya ha planeado todo lo de la boda. —Bebió un poco más de agua y miró hacia la pista de baile donde docenas de parejas bailaban al son de un popurrí de blues tocado al clarinete—. ¿Te gusta bailar?

—No he bailado nunca —respondió avergonzado.

—Tampoco yo —dijo Isabella—. Mi padre siempre me ha dicho que mi primer baile tenía que ser con el hombre que amara y con el que esperara pasar el resto de mi vida.

Angelo se puso en pie, se acercó a Isabella y le tendió la mano.

—¿Quieres bailar conmigo? —le preguntó.

—Sí —respondió ella, sonriente. Cogió la mano de Angelo y le siguió hasta la pista de baile.

Bailaron abrazados, disfrutando el uno del otro, las cabezas en los hombros, los pies resbalando por el suelo de madera encerada. La música se deslizaba sobre ellos como olas brillando a la luz del sol, bailaban con los ojos cerrados, con la mente llena de los sueños de juventud de una pareja deleitando el primer sabor del amor.

James Garrett era un detective de primera clase de la ciudad de Nueva York. Era alto, delgado como un palo y con una buena mata de cabello color zanahoria. Llevaba doce años en la policía y estaba casado con una obesa maestra de escuela católica,

excesivamente religiosa para su gusto. Tenían un hijo de ocho años que había perdido la vista del ojo derecho en un accidente escolar. Garrett estaba considerado un buen profesional en todas las comisarías en las que había trabajado. Hacía su trabajo, tenía la mesa del despacho limpia de casos pendientes de solucionar y siempre encontraba tiempo para echar una mano a un novato nervioso o a un veterano colapsado por el trabajo. A Garrett le gustaba ser detective por el simple hecho del poder que le otorgaba la insignia que ostentaba.

Y fue ese poder el que permitió a James Garrett, de cuarenta y un años de edad, hijo de un marino mercante, el libre acceso a la buena vida que nunca podría haber disfrutado con el sueldo de un detective. Tenía al alcance de la mano las mejores mesas de exquisitos restaurantes, asientos de primera fila en combates de boxeo y partidos de béisbol, entrada libre a los espectáculos nocturnos de Broadway y los mejores médicos para su hijo y, naturalmente, Garrett se agarró a la circunstancia con todas sus fuerzas. Era mucho más que un buen policía con una lista de arrestos impresionante. Era también un sucio policía con unos ingresos bajo mano mensuales que triplicaban su sueldo de detective.

Era políticamente inteligente y navegaba por el santuario silencioso del ala corrupta del Departamento de policía de Nueva York con la discreción de un político. Su trabajo era ser conocido y estar enterado de todo y jugaba su juego al cobijo de sombras tenebrosas. Capitanes, representantes policiales, celadores y jefes de distrito, garantizaban su seguridad a cambio de recibir sus sobres semanales.

Para el ciudadano medio. James Garrett, con su aspecto de niño del coro, su sonrisa de Boy Scout y sus costumbres laborales diligentes, era el auténtico retrato del policía en quien confiar. Las personas podían contar con él para proteger sus vidas y defenderles del crimen galopante que estaba tomando posesión de las calles.

Los bajos fondos tenían un retrato distinto de James Garrett. Para ellos era un comprado, pagado para proteger y servir los mejores intereses de Jack Wells.

Además de sus beneficios regulares, James Garrett era el responsable de las nominas que Wells pagaba por toda la ciudad. Esto le daba libre acceso a los libros negros que contenían todos los nombres y las cantidades recibidas por la élite de la corrupción. Casi todos los demás gánsteres se habrían sentido recelosos y no habrían dado a ningún policía algo de tamaño importancia. Temerían quedar expuestos a posibles extorsiones y traiciones. Pero a Jack Wells no le preocupaba en absoluto. Estaba orgulloso del papel que había elegido representar, el del gánster rebelde, y creía que con miedo e intimidación podía gobernar a cualquiera, especialmente a un policía con la placa manchada.

Garrett se cobijaba en la oscuridad de la entrada, contemplando los semáforos y el tráfico constante que desfilaba por el exterior del Cotton Club. Pisó fuerte el frío y duro peldaño de cemento. Encendió un cigarrillo, el resplandor de la cerilla iluminó las pecas dispersas por las mejillas y el cuello. Tiró la cerilla, dio una profunda bocanada al Camel sin filtro y emergió de la oscuridad. Se encaminó confiado y

tranquilo hacia la entrada del Cotton Club. Sonrió al ver que Angelo salía del club, entregaba una propina al portero, intercambiaba con él unas pocas palabras y marchaba. Iba en dirección al centro de la ciudad rodeando los hombros de Isabella con su brazo.

Garrett dio media vuelta y empezó a caminar tras ellos. Les observaba, satisfecho de momento sólo con seguirlos, escuchando el eco de los murmullos de sus voces en la calle vacía.

—¿Dónde van los amantes italianos? —preguntó Garrett. Estaba lo suficientemente cerca de Angelo e Isabella como para que sus propias sombras le ocultaran pardalmente.

Angelo abrazó a Isabella con fuerza y se detuvo. Miró hacia delante, esperando ver la cara oculta tras la voz. Garrett caminaba dando vueltas a su alrededor con una mano en el bolsillo de la chaqueta y el cigarrillo colgando de la comisura de su boca.

—¿Cómo puedes ir a un sitio como ése? —dijo, inclinando la cabeza hacia el Cotton Club—. Deberías mostrar un poco más de respeto hacia tu dama y no llevarla a un salón de baile.

Angelo miraba fijamente a Garrett, evaluó rápidamente su vestimenta y su conducta. No intentaba asignar un nombre a la cara, sino determinar el motivo de todo aquello. Sabía que el hombre que le cerraba el paso no era un gánster y que no iba a haber tiroteo. El tipo dispuesto a disparar no pierde el tiempo hablando ni se arriesga a ser visto por cualquier testigo potencial. Eso significaba que el hombre que en aquel momento aplastaba la colilla contra el suelo no era más que un mensajero, pagado para actuar, pero nunca una verdadera amenaza. Parecía demasiado viejo para ser nuevo en chantajes verbales y demasiado joven para ser sacrificado, el cebo para el tirador oculto en la oscuridad de la calle. Angelo miró a Isabella y se percató de su aspecto tranquilo y del desafío de su mirada enfrentándose al peligro.

—Me han dicho que no te gusta mucho hablar —dijo Garrett, mirando maliciosamente a Isabella—. No me importa. Lo que quiero es que me escuches.

Garrett metió la mano en el bolsillo lateral de su abrigo y extrajo un chicle. Lo desenvolvió y se lo introdujo lentamente en la boca. Dio un par de pasos más en dirección a Isabella.

—La verdad es que admiro a los italianuchos —dijo Garrett, sonriendo a Isabella—. Sabéis cómo elegir la mujer junto a la que no le importaría despertarse a ningún hombre. —Se volvió hacia Angelo—. ¿Sabes a lo que me refiero, verdad?

Angelo no respondió. Mantenía inmóvil la palanca que ponía en funcionamiento su mal genio, la rabia oculta en lo más profundo, muy por debajo del nivel de visibilidad. Vio como Garrett agarraba a Isabella por el brazo y como ella se echaba hacia atrás. Siguió distante e impassible mientras los dedos de Garrett repasaban la cara y el cuello de Isabella.

—Hazte un favor, italiano —le dijo Garrett a Angelo, sin apartar su mirada hambrienta de la cara de Isabella—. Cierra el trato con Wells. Deja que te haga rico.



Una belleza como tú necesita a su lado un hombre con los bolsillos bien llenos. Y si no lo consigues, buscará a otro antes de que te des cuenta. Tal vez alguien como yo.

Garrett aguantaba la mirada de Isabella y retiró la mano. Se levantó el cuello de la chaqueta y se cuadró frente a Angelo.

—Tú y tu socio tenéis hasta la semana próxima para tomar una decisión inteligente. Pasado este tiempo, Wells lo dejará en mis manos. Lo que significa que, la próxima vez que nos veamos, ya no será como amigos. —Saludó a Isabella dando un golpecito al ala de su sombrero de fieltro y guiñó el ojo a Angelo—. Disfrutad lo que os queda de noche —dijo, pasando por su lado y buscando un nuevo cigarrillo.

Angelo cogió la cara de Isabella entre las manos y retiró los mechones de cabello que caían sobre sus ojos.

—¿Estás bien? —le preguntó cariñosamente.

—Sí —respondió ella, asintiendo con la cabeza—. Pero no me ha gustado que me tocara.

—Es la última vez que ese policía te toca —dijo Angelo—. Te lo prometo.

—¿Cómo sabes que era un policía? —preguntó ella con curiosidad.

—Tenía su aspecto y su olor. —La voz de Angelo sonaba desdeñosa—. El hecho de que un hombre reciba una placa y jure acatar la ley no significa que sea honesto.

—¿Qué vas a hacer? —Caminaban despacio, ella colgada del brazo de él—. Respecto a lo que te ha dicho.

—Nada, por ahora. —Angelo tenía la mirada fija hacia delante, hacia la oscuridad de la calle—. Me ha dado una semana para decidir.

—¿Y entonces? —preguntó ella, buscando en su cara algún síntoma de preocupación—. ¿Cuándo acabe la semana?

—Entonces descubriré si las acciones del policía son tan fuertes como sus palabras —dijo Angelo.

—¿Y si lo son? —Ella se detuvo y se colocó frente a Angelo, abrazándole—. ¿Y si el policía es todo lo que dice ser?

—Entonces uno de los dos acabará muerto —dijo Angelo.

*Verano, 1926*

Francis el Chulo miraba a la joven y nerviosa prostituta que tenía sentada enfrente de él, al otro lado de la mesa. Metió la mano en el bolsillo trasero de su pantalón marrón y extrajo un grueso paquete de billetes de diez sujetos mediante una goma elástica. Retiró la goma, contó seis billetes y los depositó sobre la mesa. Luego se inclinó hacia delante y los hizo deslizar hasta donde estaba la chica. Ella sostenía un cigarrillo en la mano izquierda mientras que con la derecha jugueteaba con su melena castaña, tenía las uñas mordidas y convertidas por ello en una extraña protuberancia.

—¿Comprendes lo que debes hacer? —preguntó Francis.

—Créeme, no cuesta mucho llevarse a la cama a Pudge Nichols —dijo la chica. Hablaba con voz de nariz y un acento que denotaba el habla uniforme de su lugar de origen, Columbus, Ohio—. Al menos a mí.

—Cuando lo tengas en la cama, asegúrate de que se queda ahí —dijo Francis.

—¿Por cuánto tiempo? —preguntó la chica.

—Haz lo que sea para mantenerlo allí el tiempo necesario —dijo Francis.

—Puedo hacer muchas cosas. Pero si Pudge Nichols decide irse, se va. No hay forma de detenerle.

—¡Escúchame, Shirley! —exclamó Francis. Dio un puñetazo sobre la mesa e hizo tambalear un vaso de whisky vacío—. Me importa un comino lo que él tenga que hacer o lo que tú hagas para evitar que se marche. Lo único que sé es que si pretendes salir con vida de ésta, deberás meter a Pudge Nichols en tu maldita cama y mantenerlo quieto allí.

—Esto no me gusta nada —dijo Shirley, con voz añorada—. ¿En qué te has metido? Sea lo que sea, si esto tiene que ver con una bomba de relojería como Pudge, acabará mal.

Francis volvió a sentarse, el extremo de una cerilla de madera asomándole por la comisura de la boca.

—Vienen a por Pudge Nichols —dijo—. Ni por mí, ni por ti.

—¿Y si digo que no? —preguntó Shirley, mirando los sesenta dólares—. No es que estés solucionándome la vida, exactamente.

Francis el Chulo abrió los ojos de par en par, mientras en su cara sin afeitarse dibujaba una sonrisa.

—Hay más dinero —dijo—. Quizá mucho más. Cuánto, depende de ti.

Shirley cogió los billetes de encima de la mesa y los guardó bajo el forro del vestido.

—¿Cuánto más? —preguntó—. ¿Lo bastante como para no tener que volver a

liarme con esos tipos?

Francis el Chulo entregó a Shirley un cigarrillo liado a mano y aguardó a que ella se lo pusiera entre los labios. Prendió una cerilla, la protegió con la mano y se inclinó sobre la mesa para encendérselo. Observó como ella le lanzaba a la cara una fina columna de humo.

—Después de este trabajo, podrás hacerlo gratis con quien te apetezca —dijo Francis—. Sólo se necesita un poco de valentía.

—¿Qué tengo que hacer —preguntó Shirley— para conseguir ese dinero adicional?

—¿Te importaría que Pudge acabara muerto?

—Me gusta el chico —dijo—, pero no estoy enamorada de él ni nada parecido.

Francis el Chulo puso medio cuerpo prácticamente encima de la mesa y bajó el volumen de su voz hasta convertirla en un susurro. La diminuta estancia del primer piso estaba llena de nubes de humo, la única ventana permanecía cerrada y con la persiana bajada. En una esquina, una enorme cucaracha se arrastraba junto al rodapié en busca de la migaja más cercana.

—Entonces lo único que debes hacer es matarle —dijo Francis.

El niño se quedó helado y con cara de susto viendo que el batido de helado de vainilla caía y resbalaba por un lado de la mesa. Observó como el hombre que tenía sentado enfrente retiraba la silla y miraba sin dar crédito a sus ojos las manchas repartidas por su pantalón con la raya primorosamente planchada.

—¡Estúpido bastardo! —vociferó—. Mira qué demonios has hecho.

—Lo siento —dijo el chico con voz temblorosa—. Fue un accidente.

—Contigo todo son accidentes —dijo el hombre. Sus palabras llamaron la atención de la clientela reunida en el restaurante—. No importa dónde demonios estemos o dónde diablos vayamos.

—Lo hice sin querer, señor Tyler —dijo el chico, reprimiendo la necesidad de llorar—. No volverá a pasar, se lo juro.

Un anciano camarero se acercó a la mesa portando una toalla de baño mojada y una débil sonrisa.

—Es sólo una manchita —dijo—. Aquí es algo tan normal como pagar el alquiler.

—Déjeme el trapo —dijo Tyler—. El chico ha armado el lío y el chico lo limpiará.

—No es su trabajo —replicó el camarero, sin dejar de sonreír—. Es el mío. Y además, no creo que su mamá esté muy contenta con ninguno de los dos si sale de aquí con la ropa de esta guisa.

Andrew Tyler se puso en pie junto a la mesa mojada, estaba rojo y la rabia que sentía le nublabla la vista. Era un hombre alto, de treinta y tantos años, de cabello oscuro y carácter encendido. Había sido boxeador en el ejército y no había conocido la derrota en los cuatro años que estuvo allí enrolado. Era el propietario de una serrería situada en las afueras de la ciudad y llevaba seis semanas saliendo con la

madre del niño. Le gustaba todo de ella, excepto el hecho de que tuviera un hijo.

—He dicho que ya lo limpiaré el chico —dijo Tyler, con un tono más grave—. Dele el trapo y váyase de una vez a preparar batidos de leche.

El camarero comprendió la mirada de Tyler, movió la cabeza en dirección al chico y dejó la toalla sobre la mesa.

—Déjelo ahí cuando termine —dijo, dando media vuelta—. Ya lo recogeré luego.

Tyler le dio un codazo en la espalda y sonrió satisfecho viendo la mueca de dolor del chico.

—Bien, Edward —dijo—, empieza a limpiar. Y procura no volver a tirarlo.

Edward, que hacía una semana que había cumplido seis años, cogió el trapo, se agachó y empezó a frotar la mancha blanca de leche. Con la cabeza gacha, extendió el trapo en toda su longitud en un intento de cubrir toda la parte manchada. El charco que tenía a sus pies era tan grande como el que había en la mesa a la altura de su codo. Quería llorar.

—Estás haciéndolo mal —dijo Tyler, levantando la voz—. Si siempre vas a montar este lío, más te vale que aprendas a limpiar bien.

—No lo había hecho nunca, señor Tyler —balbuceó el niño—. Estoy haciéndolo lo mejor que puedo.

Sin previo aviso, Tyler se agachó y echó a Edward de su silla de una patada, le hizo volar y caer al suelo. El pequeño aterrizó con un ruido sordo en medio del charco y acabó con los pantalones azules y los zapatos negros empapados de leche y la cara salpicada de helado de vainilla.

—Empieza ahí y ve subiendo —dijo Tyler, desahogando toda la rabia—. Y no marcharemos de aquí hasta que no quede ni una maldita mancha.

Edward levantó la vista y vio todas las caras que le observaban, horrorizadas algunas, otras con simple curiosidad, y sintió el calor de las lágrimas rodando por las mejillas. Bajó la cabeza y lloriqueó.

—Por favor, no lo haga señor Tyler —susurró el chico.

—Si te pones a llorar, sí que tendré una jodida buena razón —dijo Tyler. Se inclinó y le pegó dos buenos bofetones en la nuca. El sonido se extendió por la totalidad del restaurante. Levantó la mano una tercera ocasión, esta vez convertida en un puño, y la dirigió hacia la cara del niño. Pero una voz agarró el puño a medio camino, deteniéndolo.

—Te daré más pelea que el chico —dijo Pudge Nichols, muy tranquilo—. E intentaré no mancharte de helado cuando lo haga.

Tyler se quedó mirando a Pudge, más que dispuesto a volcar su rabia en el intruso.

—No tienes ni idea de con quién estás hablando —dijo entre dientes.

—Sammy. —Pudge llamaba al camarero que estaba justo detrás de él—. Cualquiera destrozo, envía la factura al café. Me encargaré de todo.

—Invito yo —dijo el anciano camarero—. Sólo asegúrate de que cuando le des lo

dejes de tal manera que no pueda volver a entrar en mi establecimiento.

—Pelea gratis —dijo Pudge, sonriendo a Tyler, mucho más alto que él—. Debes gustarle de verdad a Sammy.

Tyler soltó el primer puñetazo, un oblicuo que fue a parar en la cabeza de Pudge. Pudge dio un traspié hacia atrás, chocando contra dos sillas. Notaba el sabor de su propia sangre brotando del labio inferior.

—Eh, chico —le gritó Pudge al niño—. ¿Es algo tuyo este tipo?

El niño le respondió que no con la cabeza, sin dejar de temblar.

—Buenas noticias —dijo Pudge.

Pudge saltó inmediatamente sobre Tyler golpeándole a la altura del pecho y enviándolo al suelo. Los pies de Tyler resbalaron en el helado fundido y cuando cayó se dio un golpe en la nuca. Pudge arrastró al aturdido valentón hasta un rincón, lo hizo caer allí y le golpeó con las rodillas. Su ataque fue implacable, un asalto directo de puños, mordiscos, bofetones y codazos. Pudge sintió como la lluvia de golpes debilitaba a Tyler, escuchó su respiración ahogada por la bilis y los huesos destrozados, pero no abandonaba. Bastantes clientes habían abandonado el restaurante antes de que se iniciara la pelea. Los pocos que quedaban estaban aguantando la respiración, hipnotizados por la fuerza y la virulencia de lo que estaba pasando delante de sus narices. Era el Pudge Nichols del que tanto habían oído hablar, del que algunos habían leído algo, pero que ninguno había visto en persona.

Pudge, respirando con dificultad y empapado en sudor, se separó del magullado Tyler. Cogió una lamparitas de una mesa. Bajó la vista para contemplar el resultado de su acción, sacudió la cabeza y estampó la lámpara contra aquel cuerpo; el cristal se hizo añicos sobre el pecho. Pudge levantó la cabeza y vio su imagen reflejada en un espejo. Estaba mojado con la sangre de aquel hombre, sudado, con el pelo rubio enmarañado y su chaqueta nueva tenía la manga rota. Pudge Nichols, victorioso una vez más, sonrió.

Se dirigió al chico, que había permanecido inmóvil bajo una mesa, le tendió su ensangrentada mano y le ayudó a ponerse en pie. Pudge le limpió las lágrimas con una de las servilletas que había sobre la mesa.

—No llegaste a terminar el helado —dijo Pudge—. ¿Te apetece otro?

El niño hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

—¿Estás listo para preparar dos más? —le preguntó Pudge a Sammy.

—Estarán listos en un periquete —respondió Sammy.

Pudge rodeó al chico con el brazo y ambos tomaron asiento en una mesa limpia.

—No te preocupes si se te cae —dijo, mirando a Tyler de reojo—. No creo que a nadie le importe.

Pudge sentía pasión por la violencia. Pocos en su oficio demostraban el gusto por la lucha y la sed de pelea de la que él hacía gala. Los puños y las pistolas habían sido los motores que le habían propulsado hacia el éxito del que disfrutaba en el único tipo de vida que comprendía realmente. Le conocían bien muy pocos; muchos le temían y

estarían dispuestos a pagar cualquier precio por alejarlo de sus vidas.

Pero yo le conocía y le quería.

Donde los demás veían un ser antisocial ansioso de acabar a tiros con cualquier víctima indecisa, yo veía a un hombre de sonrisa fácil y capaz de acoger a un niño en su mesa. Sabía que era un hombre lo bastante frío como para matar, pero también sabía que era cariñoso y sensible con sus seres queridos. No toleraba la traición ni la crueldad y carecía del detallismo y la minuciosidad de Angelo. Era un hombre que vivía al momento, que sólo sabía responder a una acción con otra acción. Era un gánster puro.

—Pudge le preocupaba gustar a la gente —me explicó Angelo hace muchos años—. Nunca le entró en la cabeza el hecho de que lo que hacíamos no gustara a mucha gente. De todos modos, siempre es mejor mantener la distancia con los gánsteres. Igual que sucede con un cachorro de tigre encerrado en una jaula. Detrás de la reja parece suave, precioso y cálido. Todo el mundo está feliz, sonrío, saluda, toma fotografías. Pero todo eso desaparece en cuanto se abren las rejas. Entonces sólo queda el miedo. Todos los gánsteres son así.

El sedán negro de cuatro puertas permanecía aparcado en un sucio terraplén, a un kilómetro de los Cloisters, con los faros delanteros iluminando las oscuras corrientes del río Hudson. Angus McQueen salió del coche por la puerta trasera izquierda. Llevaba un sombrero hongo en una mano y un cigarrillo por encender en la otra. Avanzó unos cuantos pasos y se volvió hacia el hombre alto sentado al volante.

—¿Has traído algo de lectura? —le preguntó.

—No —respondió Spider MacKenzie—. Sólo tabaco y una cerveza.

—No necesitamos luces para eso —dijo Angus—. ¿Verdad?

Spider sonrió y apagó los faros. Contempló como McQueen se dirigía hacia los rocosos márgenes del acantilado y desaparecía tras los árboles. Spider colocó una hilera de tabaco negro en una fina hoja de papel, lo enrolló cuidadosamente con dos dedos de la mano derecha y se lo puso en la boca. Con un golpe rápido extrajo una cerilla y lo encendió. Descansó la cabeza en el respaldo del asiento del conductor y cerró los ojos. Spider tenía el cigarrillo en la boca y la cerveza entre las piernas.

La voz se aproximaba sigilosamente a McQueen. Provenía de más allá de los árboles y se mezclaba con una suave brisa. Sabía que sería allí, estaba esperándolo desde el momento en que Spider apartó el sedán de la carretera para ir a parar a aquel lugar. Es la voz que todo gánster espera escuchar en algún momento de su vida. Una voz que, a menudo, trae consigo una advertencia calamitosa o una bala fatal.

—Me alegra que tuvieras tiempo de acercarte hasta aquí, Angus —dijo la voz.

—Por lo que me han dicho, parece que bien poco tengo que decir en el asunto. —McQueen tenía las manos en los bolsillos, el sombrero había vuelto a la cabeza y el cigarro estaba colocado en la boca, sin encender aún. Se inclinó sobre las rocas, contemplando el río que corría muchos metros más abajo.

—Podría tratarse sólo de un farol —dijo la voz. El hombre detrás de la voz estaba

algo más cerca, justo en el límite de la arboleda.

—Los faroles resultan muy útiles en el póquer —dijo McQueen—. Pueden acabar matándote.

—No te preocupes, Angus —dijo la voz—. Todo es cierto. Se dice que quieren matarte. Y lo dice Jack Wells en persona.

—Si sabes tanto, sabrás también a quién ha encargado el trabajo —dijo McQueen—. ¿Tengo razón?

—Sí —dijo la voz.

—Pagaré mucho menos si me toca adivinar la respuesta —dijo McQueen. Se volvió hacia el lugar de donde procedía la voz y vio una figura a la izquierda, envuelta por las ramas colgantes de un viejo árbol.

—Es mi trabajo, Angus —dijo la voz, acercándose a McQueen—. Se supone que eres mi objetivo.

—Tengo que creerte —dijo McQueen, haciendo un movimiento afirmativo con la cabeza—. Has elegido el lugar perfecto. Cuando Spider oiga el disparo, hará un buen rato que habrás marchado.

—Ya tendría que haber oído los disparos —dijo la voz—. No estoy aquí para matarte. He venido para que me hagas una oferta.

—Sólo por curiosidad —dijo McQueen—. ¿Cuánto vale mi vida según Jack Wells?

—Diez mil —dijo la voz—. Ya tengo cinco en el bolsillo. Y los otros cinco los tendré en cuanto él lea en los periódicos que estás muerto.

—Me parece correcto —dijo McQueen, encogiéndose de hombros—. No tiene sentido pagar más que el precio de calle.

—Disparar a Wells costaría como mínimo el doble —dijo la voz.

—No a mí —replicó McQueen.

—Él siempre ha dicho que eras un hijo de puta barato —dijo la voz.

—¿Tienes nombre? —preguntó McQueen—. ¿O esperas que te contrate por pura corazonada?

La voz se acercó aún más a McQueen y encendió un cigarrillo. Se trataba de un hombre joven, de cara pálida y llena de hoyuelos y un bigote negro que parecía pintado. Tenía los labios delgados y los dientes sucios.

—Jerry Ballister —dijo la voz.

—Ese que llaman el Niño Explosivo ¿verdad?

—Nunca me lo dirán a la cara —dijo Ballister. Sus oscuros ojos adoptaron un brillo asesino.

—El mundo está lleno de primeras veces —dijo McQueen, con una sonrisa irónica dibujada en su maduro semblante.

McQueen había asistido a la reunión esperando encontrarse con un tiroteo, no con una demanda de trabajo. Tenía el cuerpo relajado y tranquilo. Miró rápidamente a su alrededor, sorprendido únicamente por el hecho de que aquel viaje que se había

iniciado en los suburbios de Inglaterra pudiera haber finalizado como un farol oscuro y silencioso. Era consciente de que en la corriente del río flotaban los cadáveres de muchos hombres cuya muerte había ordenado él mismo.

—¿Por qué quieres cambiarte a mi bando? —preguntó McQueen.

—Me imagino que estarás fuera de circulación en pocos años. Imagino asimismo que ya has acumulado lo suficiente como para disfrutar de un buen retiro. A Wells le queda mucho tiempo. Cagamos que no tengo paciencia para esperar tanto.

Angus observó al joven asesino y vio a un hombre de los que disfrutan infligiendo el daño a los demás.

—¿Te parece bien si me lo pienso? —preguntó Angus—. ¿Que te dé una respuesta de aquí a una o dos semanas?

—Tómame todo el tiempo que necesites —dijo Ballister—. Wells no me ha impuesto ningún límite de tiempo, aunque espera que todo suceda más temprano que tarde.

—Hola, Niño —dijo Pudge Nichols, a la sombra de Ballister y armado con una pistola en cada mano.

—¿Qué demonios haces aquí? —preguntó McQueen, tan sorprendido como encantado.

—Angelo nunca ha visto los Cloisters —dijo Pudge, con la mirada fija en Ballister—. Espero que no estemos interrumpiendo algo importante.

—El Niño y yo estábamos charlando —dijo McQueen—. Intentando conocernos mejor.

—Déjame pensar —dijo Angelo, saliendo de la sombra de un roble—. Quiere venir a trabajar con nosotros.

—No te culpo por ello —dijo Pudge—. Conozco a tu jefe.

Ballister dio la espalda a McQueen y se quedó mirando a Angelo.

—¿Cómo sabíais que estaba aquí?

—Te llaman Niño Explosivo, no Niño Listo —dijo Pudge—. No ha sido tan complicado imaginarlo.

—¿Y ahora qué? —preguntó Ballister, encogiéndose de hombros.

—Esperas —dijo McQueen, acercándosele—. Hasta que yo decida si mereces la pena. Como Angelo y Pudge. O como cualquier otro que busca salir en los titulares.

—No te decepcionaré, Angus —dijo Ballister—. Créeme.

—Nunca me decepciono —dijo McQueen.

Pudge sacudió a Ballister.

—Aún no eres de los nuestros, por lo tanto ha llegado la hora de que te marches.

Ballister observó las tres caras que le rodeaban y les saludó despidiéndose.

—Espero que volvamos a vernos —dijo.

—Nos veremos —dijo McQueen—. De una forma u otra. —Ballister desapareció en el bosque y McQueen se volvió hacia Angelo y Pudge—. ¿Creéis que la idea de abandonar a Wells es suya? —preguntó—. ¿O es idea de otro?



—No parece un tipo de los que tienen muchas ideas —dijo Angelo—. Dejemos sólo las buenas.

—Spider me llevará —dijo McQueen—. Chicos, tomaos el resto de la noche libre.

—Cerveza fría y mujeres calientes, a eso voy —dijo Pudge—. ¿Os apuntáis? McQueen se detuvo, tenía los zapatos llenos de polvo.

—Estoy casado —dijo—. Y beber va en contra de la ley. ¿O es que ni tan siquiera os molestáis en leer los periódicos?

Los tres se echaron a reír y siguieron caminando cerca del frío refugio de los Cloisters.

A los gánsteres les gustan las enemistades. Esas enemistades son casi siempre genuinas, mortales y se prolongan durante décadas, transmitiéndose de generación en generación. Los odios y rencores de los bajos fondos empiezan con la mínima ofensa posible y acaban con las formas más horribles de la muerte.

—Se trata de mantenerse apartado de cualquier función que implique visitar la iglesia —decía Pudge—. Es el terreno abonado de las enemistades. Puede ser una boda, un bautizo, una confirmación, un funeral... no importa, siempre acaba mal. Te sientas en el banco equivocado. Prestas excesiva atención a la novia o, tal vez, no la suficiente. El regalo no es lo bastante grande o de tan grande que es, ofende al anfitrión. Te pillan en un atasco y llegas tarde al funeral y eso se convierte en una señal de falta de respeto. Créeme, no hay forma humana de que un gánster salga impune de la iglesia.

Creo que a Angelo le gustaban las enemistades. Tenía la ingeniería mental perfecta para tratarlas, especialmente en lo que se refiere a las enemistades que se prolongaban a lo largo de los años. No exhibía ningún tipo de emoción y mantenía la rabia y el respeto ocultos en lo más profundo de su persona. Nadie sabía por quién podía sentir rencor Angelo, exceptuando su cerrado círculo de amistades íntimas. Únicamente Pudge estaba al corriente de cuándo pensaba enfrentarse a un enemigo y del tipo de castigo que iba a merecer. En este sentido, Angelo era el gánster perfecto, un exterminador silencioso y mortífero capaz de esperar su venganza durante toda la vida o de decidir lanzar un ataque en cuestión de días. Sólo él sabía cuando el momento había madurado lo suficiente y el tiempo del que disponía.

Paolino Vestieri dormía en un camastro, de cara a la pared de una pequeña habitación trasera. Estaba en el número dieciséis, en el tercer piso de una casa de huéspedes de Baltimore, difícil de localizar que servía las necesidades de una lista de clientes que avanzaban a duras penas hacia el mínimo vital. Las puertas eran delgadas y de madera contrachapada y en el edificio de cinco pisos de altura se escuchaban sonidos de todo tipo. En su día, Paolino había sido un hombre fuerte y con unas ganas inagotables de trabajar. Pero ahora, apenas superada la barrera de los cincuenta, había rendido su voluntad a los hechos de su vida. Las ambiciones a gran escala habían desaparecido por completo y se conformaba con la cómoda rutina de una existencia

que le llevaba del trabajo a casa y de casa al trabajo. Llevaba seis semanas viviendo en Burlington Arms y pagaba un alquiler de tres dólares semanales que restaba del salario obtenido trabajando de limpiabotas en un establecimiento especializado, situado en el piso inferior de la terminal de trenes de Baltimore. Vivía solo, tenía pocos amigos y caía fácilmente dormido sosteniendo en la mano una botella vacía de vino tinto. No veía a Angelo desde el día en que abandonó el apartamento de Nueva York y nunca mencionaba a nadie que tuviera un hijo. Paolino Vestieri vivía la vida que se merecía. No estaba ni amargado ni enojado, simplemente aceptaba el desarrollo de los acontecimientos. En la maleta guardaba dos únicos recuerdos de su vida pasada: una fotografía de su boda y un viejo retrato de él con su hijo Carlo sobre los hombros, ambos con una amplia sonrisa, y con las brillantes aguas del Mediterráneo a sus espaldas.

Angelo entró en la habitación y miró a su padre. Dormía profundamente, el cansancio del trabajador mezclado con la botella de vino. Angelo se había desplazado en tren desde Nueva York, solo, sin necesitar a Pudge, sin necesitar a nadie para ver a Paolino. Se había acomodado junto a la ventana del coche-salón y dedicado a contemplar el escenario que iba pasando mientras en su cabeza se conjuraban los pocos recuerdos cariñosos que conservaba de su padre. A través de la red del hampa, había estado siguiendo los desplazamientos de Paolino de ciudad en ciudad, sabiendo que nunca se alejaría demasiado del mar ni podría pagar más que una pensión barata. Sabía que su padre andaba escaso de dinero y esperanzas. Pero le importaba poco. Debía enfrentarse a Paolino Vestieri.

Y había llegado el momento. Angelo estaba a punto de iniciar una nueva vida con Isabella, faltaban dos semanas escasas para la boda. No quería que las sombras empañaran su vida. Ella, junto con Pudge, Ida y Angus, sabían lo de su padre y Angelo sabía que se llevarían con ellos a la tumba cualquier cosa que sucediera.

—Despierta, Papa —dijo Angelo, con voz grave y tranquila.

Paolino se despertó pero no abrió los ojos. El aliento le olía a alcohol y tenía el cuerpo cansado después del largo día que había pasado agachado a los pies de los demás.

—Papa, despierta —dijo Angelo, sacudiéndolo—. Necesito hablar contigo.

—Carlo —murmuró Paolino, medio dormido—. Carlo.

—Carlo no está aquí —dijo Angelo.

Esas palabras consiguieron que Paolino abriera los ojos y se volviera hasta contemplar los pies del hombre que había entrado en su habitación. Eran unos zapatos caros, negros, de talón ancho. Los pantalones con vuelta eran también negros y de sastrería. Levantó la vista y vio los oscuros ojos de su hijo clavados en él.

—¿Qué haces aquí? —dijo, sentándose poco a poco—. ¿Quién te ha pedido que vengas?

—Nadie, Papa.

—¿Y entonces por qué estás aquí? ¿Para mirarme? ¿Para probarte que tu forma

de vida es mejor que la mía? ¿Por eso? Bien, mira a tu alrededor, gánster. Ríe lo que quieras y márchate.

—He venido por Carlo, Papa —dijo Angelo. Estaba tranquilo y confiado, de pie, a escasa distancia de su padre. Paolino estaba despeinado de dormir, tenía el cabello aplastado a un lado de la cabeza y muy canoso. Los pantalones azules de trabajo estaban manchados de betún y grasa y la camiseta blanca, decorada con restos de comida.

—No tienes nada que hacer con Carlo. —Paolino escupió sus palabras—. No te has ganado ni el derecho a decir su nombre.

—Has cometido dos errores —dijo Angelo—. Asesinar a tu propio hijo y luego tener otro que lo descubriera todo.

—¿Qué piensas hacer? —Paolino, cansado, se puso en pie—. ¿Matarme también? ¿Tan estúpido eres? ¿No ves, gánster, que ya paseo junto a la muerte?

—Estoy aquí para conseguir que tu dolor desaparezca, Papa. Ya has sufrido bastante. —Angelo deslizó la mano en el interior de la chaqueta, extrajo lentamente un revólver y apuntó al pecho de Paolino. Volteó el arma y abrió la recámara. Deslizó una bala en uno de los espacios vacíos y volvió a cerrarla. Dio un paso adelante para colocar el arma sobre una desvencijada mesita de noche próxima a la cama.

—Hay una bala —dijo Angelo—. Ha llegado el momento de que hagas las paces contigo mismo y la utilices.

—¿Por qué no lo haces tú? —preguntó Paolino—. ¿Te falta valentía para acabar con mis miserias?

—Sí. —Angelo miró a su padre—. Por una vez en tu vida, te ruego que la valentía la tengas tú. Lo dejo en tus manos, Papa. Acaba con todo. Por los dos.

—Yo quería a mi Carlo —dijo Paolino, con los ojos empañados por las lágrimas.

—Lo sé —le dijo Angelo—. Y sé que también me querías a mí.

Echó un vistazo a su alrededor y le dio la espalda a su padre. Se acercó a la mesita de noche y señaló el arma.

—Cometiste un error y con ello arruinaste tu vida —dijo Angelo—. Estoy dándote la oportunidad de corregirlo.

Paolino Vestieri cogió el arma, la agarró con dos manos y volvió a sentarse en la cama.

—Adiós, Papa —oyó que decía su hijo.

Angelo abandonó la estancia y cerró la puerta a sus espaldas. Estaba camino del descansillo del primer piso cuando oyó el eco del disparo resonando en las delgadas paredes. Se sentó en la escalera, con la cabeza contra el pecho. Tenía los ojos cerrados y se mordía el labio.

Permaneció allí sentado hasta muy tarde, llorando la muerte de su padre, Paolino Vestieri.

Angelo saltó del tren y vio a Isabella de pie en el andén, esperándole. Caminó hacia ella y la tocó en cuanto estuvo lo suficientemente cerca como para hacerlo.

—Lo siento —susurró ella entre sollozos—. Lo siento mucho.

—Espero que finalmente haya alcanzado la paz que siempre quiso —dijo Angelo—. La tenía más que ganada.

Isabella levantó la cara para mirarle, tenía el rostro lleno de lágrimas.

—Los dos lo teníais ganado —dijo ella.

—No le di a mi padre nada de lo que pudiera sentirse orgulloso —dijo Angelo—. Me convertí en lo que más odiaba. Mi mano no estaba en la pistola que le mató, Isabella. Pero fui quien le ayudó a apretar el gatillo.

Isabella miró a Angelo a los ojos y le acarició las mejillas. A su lado, los viajeros que transbordaban coman hacia sus destinos finales, arrastrando una estela de maletas y niños caminando a regañadientes. Pasaban por su lado y ellos seguían fundidos en un abrazo, derramando lágrimas por la muerte de un buen hombre. Solos en medio de una multitud.

—Podía haber dejado a su padre solo —dije, entregándole a Mary un vaso de agua fresca—. Dejarle vivir lo que le quedaba de vida. Considerarlo ya como un hombre muerto. De hecho, no representaba ninguna amenaza, ni para él ni para nadie.

—Habría ido en contra de la forma en que fue educado —dijo Mary, con una sutil autoridad—. Contra la forma de vida que había elegido. Angelo estuvo siempre obsesionado por la muerte de su padre, probablemente desde ese mismo día. Pero debía responder al asesinato de Carlo. No había otra salida, para ninguno de los dos.

—En este caso ¿por qué no encargar el trabajo a otro? —pregunté, con la mirada fija en el moribundo—. Pudo haber ordenado que lo hiciera otro. El resultado habría sido el mismo.

—Era algo personal —dijo Mary—. Y le habían enseñado a separar los negocios de las cuestiones personales. Jamás habría permitido que otro matara a Paolino. Eso habría sido un crimen aún mayor para él.

—Siempre pensé que la muerte de Paolino había representado para Angelo una forma más de enterrar el pasado —dije—. Una forma más de ayudarle a borrar todo lo ocurrido antes de que conociera a Ida el Cisne. Siempre consideró aquel como el día más importante de su vida. Todo lo ocurrido anteriormente carecía de importancia.

—Algo hay de cierto en eso —dijo Mary, asintiendo con un movimiento de cabeza—. La presencia de su padre le recordaba la vida que habría tenido sin Ida o Angus. Y eran imágenes que quería borrar para siempre.

—He reflexionado bastante sobre su padre —dije—. La verdad es que no sé por qué le he dado tantas vueltas todos estos años. Me imagino que es porque nunca pude comprender si lo que hizo Angelo fue un acto de valentía o de crueldad.

Mary depositó el vaso en la bandeja que tenía a sus espaldas y se volvió para mirarme.

—Creo que fueron las dos cosas —dijo.

Pudge Nichols dormía dando la espalda a la ventana abierta, cuyas cortinas se

replegaban ante el empuje de la brisa matutina. Estaba completamente desnudo, exceptuando unos calzoncillos de color beige. Su musculoso cuerpo descansaba sobre el mullido colchón de plumas, abrazando una almohada manchada. Shirley estaba acostada a su lado, con un brazo sobre la espalda de Pudge y el otro bajo su flaco esqueleto. Mechones de oscuro cabello le ocultaban parte de la cara y el cuello. Estaba despierta, mirando a hurtadillas por encima del hombro de Pudge a los dos hombres armados que aparecieron por la salida de incendios. Con la mano izquierda les indicó que entraran en el dormitorio.

Separaron las cortinas y se deslizaron sigilosamente a través de la ventana, con la mirada fija en el blanco durmiente. Permanecieron ahí, serenos y confiados, dando la espalda al cuarto de baño cuya puerta permanecía entreabierta. Los hombres levantaron las pistolas hasta la altura de la cintura y uno de ellos realizó un movimiento con la cabeza, dándole a entender a Shirley que saliera de la cama. Shirley hizo resbalar el brazo que tenía sobre la espalda de Pudge, acariciándole la piel con los dedos. Se inclinó para besarle en la mejilla, ocultándole la cara con una cascada de cabello. Y retrocedió con la respiración entrecortada en cuanto vio que él la miraba sonriente.

—Tengo que aprender mucho de las mujeres —dijo Pudge, llamando la atención de los hombres con su voz.

Pudge cayó rodando de la cama justo en el momento en que la primera descarga de balas atravesaba el colchón, llenando la habitación de plumas y enviando a Shirley al suelo. Él quedó acurrucado, pero la mano que escondía antes bajo la almohada sostenía ahora una pistola que disparaba sin cesar hacia los dos hombres.

La puerta del baño se abrió de golpe y apareció Angelo. Firme y erguido, entre el lavabo y la bañera, descargando ráfagas hacia los dos tipos con una pistola en cada mano. En cuestión de segundos, ambos hombres cayeron al suelo, uno sobre el otro, con los trajes manchados de oscuro. Pudge saltó por encima de ellos, pisando la sangre con los pies desnudos, y les miró. Luego miró a Angelo y le obsequió con un guiño relajado. Angelo observaba a Shirley por encima de Pudge; estaba a los pies de la cama, con un arma en la mano. Cuando Pudge se dio cuenta de la mirada de Angelo, era demasiado tarde.

Las dos balas alcanzaron a Pudge en el mismo centro de la espalda. Cayó de rodillas, sin soltar su pistola vacía.

Angelo salió del baño y se dirigió corriendo hacia donde estaba Pudge, cuidando de no resbalar con la sangre del suelo. Miró a Shirley, que sostenía aún la pistola ardiendo entre ambas manos. Estaba pálida, asombrada al ver que había sido capaz de disparar a Pudge Nichols.

Angelo la observó durante largos segundos antes de levantar el arma y disparar una bala directa al pecho de Shirley. La fuerza del impacto mandó a Shirley directa a la cama donde quedó, mirando hacia arriba y con los ojos cerrados.

Angelo guardó las pistolas en las cartucheras que llevaba en la cintura y caminó

hacia Pudge. Atrajo la cabeza de su amigo contra su pecho, balanceándole de un lado a otro.

—No te mueras, Pudge —le susurró con voz temblorosa—. No te atrevas a morirte aquí. Tienes que vivir. ¿Me oyes? Tienes que luchar. Y tienes que vivir.

Angelo miró a su alrededor, estaba arrodillado en una estancia impregnada de muerte. Echó la cabeza hacia atrás y empezó a gritar angustiado y con todas sus fuerzas, pidiendo la ayuda de un médico; sus palabras fueron un eco contra las frías y desnudas paredes del edificio silencioso.

*Invierno, 1927*

Angelo retrasó la boda hasta que Pudge estuvo recuperado de las heridas. Una de las balas hizo que perdiera medio pulmón, mientras que los fragmentos de la otra quedaron justo por encima de las costillas, tan cerca de la arteria principal, que los médicos no se atrevieron a extraerlos. Perdió mucha sangre y estuvo varios días al borde de la muerte. Pudge se vio confinado cinco semanas en la cama del hospital. Angelo permaneció a su lado todo el tiempo, pasando las noches en un pequeño camastro situado junto a las ampollas de solución intravenosa. Y mientras observaba el sueño de dolor de su amigo, hacía los planes necesarios para la gran guerra de gánsteres que estaba al caer. Angus McQueen gobernaba las lucrativas calles del bajo Manhattan desde principios de siglo y había superado más de una situación complicada. Pero nadie había resultado tan amenazador hasta aquel momento como lo estaba siendo Jack Wells. Wells, haciendo gala de mucha cautela y astucia, se había posicionado para asumir el mando de la parte alta de la ciudad. Apoyado por James Garrett, Wells controlaba por completo el ala corrupta del Departamento de policía de la ciudad de Nueva York, utilizando a sus empleados a modo de ejecutores y chantajistas cuando era necesario. Con Jerry Ballister todavía en sus filas, ya que sus proposiciones a McQueen habían resultado rechazadas, Wells tenía en su poder un tirador intrépido y rabioso capaz de ir contra cualquiera en cualquier momento. Ballister era un hombre aterrador, estaba dispuesto a morir no por dinero o por una causa, sino porque no sabía otra manera de hacerlo.

Mientras, McQueen había hecho ricos a todos los miembros de su banda, que a cambio habían alcanzado algo que nunca ningún gánster debería tener nunca... la sensación de segundad. Más de uno de sus lugartenientes estaba dispuesto a largarse, con los bolsillos llenos, los hijos crecidos y el cuerpo intacto. En esos momentos McQueen se encontraba rodeado por un círculo muy estrecho, leal pero falto de experiencia. Pudge no estaba totalmente recuperado y, con ello, McQueen perdía su arma más temida y peligrosa. Spider MacKenzie era un buen soldado, aunque virgen en batallas. Ida el Cisne se había retirado y era demasiado mayor para meterse de nuevo en el mundo.

Lo que dejaba el resultado de la segura guerra en las jóvenes manos de Angelo Vestieri.

—Tendrá que hacerlo de cualquier modo —le dijo Angus a Ida en el transcurso de una de las visitas que mensualmente realizaba a la granja. Sostenía un bastón blanco en una mano, mientras que en la otra portaba su acostumbrado cigarrillo aún por encender—. No sé si es lo suficientemente frío como para apretar el gatillo y

seguir a partir de ahí.

—Sobreviviré —dijo Ida el Cisne, mientras caminaban cuesta arriba por un sendero cubierto por la hierba—. Y probablemente utilizando métodos que jamás se nos habrían ocurrido a ninguno de nosotros.

—¿Y cómo estás tan segura de ello? Es muy buen estratega, pero en lo que concierne a las pistolas, normalmente es Pudge quien se encarga de todo.

—Confía en mí —insistió Ida—. La única alternativa que tienes para ganar la guerra es dejar que Angelo actúe por ti.

Angus McQueen se detuvo para cogerle la mano a Ida.

—He confiado toda mi vida en ti —dijo—. No voy a empezar a dudar ahora.

—Desearía poder estar a tu lado en todo esto —dijo Ida.

—Aquí vives bien —replicó Angus—. Si yo fuera tan inteligente como cuentan los periódicos, debería estar contigo aquí arriba. Tengo más que suficiente dinero ahorrado. Podría vivir hasta los cien y aún me quedaría algo. He vivido todas las guerras de bandas de mi época. He salido tocado, pero sigo vivo y en la cumbre.

—No puedes abandonar, Angus.

—No vas a llenarme ahora la cabeza con eso de vivir por las armas y morir por las armas ¿verdad? —Cuando Ida negó con la cabeza, Angus dijo—: Bien. Nunca estuve ni estaré de acuerdo con eso. Me metí en los bajos fondos porque quería morir viejo y rico, no joven y lleno de agujeros de bala. Y desde entonces, no he visto ni he oído nada que pudiera hacerme cambiar de idea.

—Entonces necesitas a Angelo y Pudge mucho más de lo que piensas.

—¿Por qué?

—Porque les importa más ganar que vivir. Y este tipo de ideas son las que vencen en las guerras entre bandas. Si tantas ganas tienes de morir gordo y con los bolsillos llenos, deja esos chicos a su aire y mantente alejado de su camino.

Angelo e Isabella paseaban junto al agua que rodeaba los muelles de South Street. Era una noche fría y ventosa, el aire furibundo salía gritando de las olas del Hudson en dirección a los edificios situados junto a la vía del tren. Se resguardaban en sendos abrigos de lana abotonados hasta el cuello y caminaban con las manos protegidas con guantes y enlazadas entre sí. El oscuro cielo de la noche lucía un impresionante despliegue de estrellas.

—¿Te molesta pasear cuando hace frío? —preguntó él.

—No —respondió ella, sacudiendo la cabeza—. Me gusta sentir el viento en la cara. Los inviernos aquí son muy distintos de los que recuerdo en Italia de pequeña.

—Yo nunca he estado en Italia. —Angelo miró de reojo a Isabella. La sencillez de su belleza no dejaría nunca de sorprenderle. Sus amorosos ojos brillaban como antorchas sobre el chapoteo del agua que corría a sus pies, el viento daba color a sus mejillas y la larga melena que asomaba por el exterior del abrigo recordaba la abundancia y el lustre de las crines de un caballo. Pero lo que por encima de todo le detenía el corazón y liberaba sus pulmones del punzante dolor crónico, era su sonrisa.



—Iremos después de la boda —dijo Isabella—. Es el mejor lugar del mundo para una luna de miel.

Angelo se detuvo y cogió cariñosamente las dos manos de Isabella; luego la abrazó, mirándola a los ojos.

—No puedo ir contigo de luna de miel —dijo—. Subiremos los dos al barco, pero yo bajaré justo antes de que abandone el puerto. Volveré a tierra con un remolcador y partirás sin mí.

—¿Pero de qué hablas, Angelo? —dijo Isabella, soltando las manos—. En mi vida he oído una cosa igual. Nadie va solo de luna de miel.

—Los hombres que intentaron matar a Pudge volverán a intentarlo —dijo Angelo. Seguía mirándola, pero hablaba con un tono más firme y directo—. También intentarán matarme a mí. No puedo permitir que esto ocurra.

—¿Y qué piensas hacer para impedirselo? —preguntó ella, aunque por la expresión de su cara, Angelo sabía que Isabella conocía la respuesta.

Él dio media vuelta y echó a andar, abrazándola, luchando cabizbajos contra la fuerza del viento. Caminaron varias manzanas, perdidos ambos en el profundo silencio de sus muy distintos pensamientos.

—Ya sabes lo que hago —empezó finalmente Angelo—. Nunca he pretendido esconderlo, ni a ti ni a tu padre. Es lo que soy ahora y lo que seguiré siendo cuando me haya convertido en tu esposo.

—Supe lo que eras desde el primer día en que te conocí —dijo Isabella—. Y eso no cambia en absoluto mis sentimientos.

Angelo se volvió y le sonrió.

—Entonces sabes que te deberé una luna de miel cuando termine todo esto.

—Y también le deberás una explicación a mi padre —dijo Isabella—. Espera a que se entere.

—Ya lo sabe —dijo Angelo, abrazando a Isabella—. Y no cabía en sí de felicidad.

—¿Cuándo lo has visto?

—Esta mañana a primera hora. Irá contigo. Le he entregado mi pasaje para que no tengas que pasar dos semanas sola.

—Una luna de miel con mi padre —suspiró Isabella—. ¿Qué más puede pedir una novia?

—Me resulta difícil imaginármelo enamorado de alguien —le dije a Mary cuando volvíamos a la habitación de Angelo—. Sobre todo, tan enamorado como para pensar en casarse.

—Nadie busca enamorarse —dijo Mary—. Normalmente es algo que sucede por accidente. De todos modos, cualquiera puede enseñarse a sí mismo a no amar. Creo que es lo que Angelo hizo con todas las mujeres que conoció después de Isabella.

—¿Y usted dónde encaja en todo esto?

—Yo estaba enamorada de él —respondió, con la vista perdida en la calle oscura y solitaria, mientras los neones de los escaparates iluminaban su tez clara y sus bellas

facciones—. Para él, yo era alguien con cuya compañía se sentía a gusto. Nunca esperé más que eso.

—¿Y era así como usted quería que fuese? —pregunté.

—Nunca fue una cuestión de lo que yo quisiese —dijo Mary—. Las cosas se aceptan como son. Especialmente con un hombre como Angelo. Manteníamos una fuerte amistad. Y eso era suficiente.

—¿Se habría casado con él si se lo hubiera pedido? —Le abrí la puerta de entrada al hospital.

—¿Conoces a alguien que alguna vez le haya dicho no a Angelo? —me preguntó Mary, entrando en el ascensor.

—No a nadie que siga vivo —respondí.

\* \* \*

## Primavera, 1928

—¿Crees que estás lo bastante recuperado como para hacer esto? —preguntó Angelo, siguiendo a Pudge hacia el pequeño porche del edificio.

—Deja ya de hacerme de niñera, Ang —dijo Pudge, botando la bola de cuero contra el suelo de cemento—. Incluso ese médico tuerto, el doctor Angus, me ha dicho que ya era hora de empezar a salir.

—Me parece que no es un médico de verdad —dijo Angelo—. No tiene ningún título colgado en las paredes del despacho.

—No tiene ni despacho —dijo Pudge—. Es igual, no importa. Se acabaron los médicos. Juguemos un poco.

Pudge botó cuatro veces la bola, manteniéndola baja y pegada a su muslo derecho. Levantó el brazo derecho formando ángulo recto e introdujo la bola en el porche. La bola dio de lleno en el escalón y salió disparada en línea recta, acercándose a saltitos a una de las puertas del edificio.

—Un buen doble —dijo Pudge aplaudiendo—. Habría conseguido un triple de estar al cien por cien de mis fuerzas.

—No jugamos contra nadie —dijo Angelo.

—Necesito entrenar —dijo Pudge—. Para cuando hagamos un partido.

El *stoopball* era el juego sagrado del barrio. Las reglas eran iguales a las del béisbol exceptuando el hecho de que no existían bates, ni guantes, ni bases, ni lanzadores, ni campo de juego. La duración del partido dependía más de las condiciones del tráfico que de la destreza de los jugadores o del clima. La localización de los coches y camiones aparcados, los tenderetes de los vendedores, los cubos de basura y los cochecitos de bebé determinaban si la bola era un *single* corto o un *home run* corto. Para señalar *out* era necesario coger la bola, sin importar los botes que diera. Cualquier bola que botara hasta la altura de la pared del primer

piso de una casa, era considerada automáticamente *home run*.

Pudge era un apasionado del *stoopball* y jugaba siempre que se le presentaba una oportunidad. Estaba en todo momento acorralado por los chicos del vecindario, los dividía en equipos y jugaba con ellos hasta bien entrada la noche y por el precio de un penique la carrera. Para él, ese juego era el equivalente callejero del ajedrez y lo consideraba como una oportunidad tanto para pensar, como para relajarse.

—Ésa va a la salida de incendios —dijo Pudge, extrayendo una bola del bolsillo trasero del pantalón y señalando en dirección a un edificio situado enfrente de donde estaba.

—Intenta no darle a ninguna viejecita —dijo Angelo. El nivel de indiferencia que sentía hacia aquel juego era equivalente a la pasión que hacia él sentía Pudge—. Y luego dime que no te preocupan esas maniobras que hemos estado comentando.

Pudge dejó de botar la bola, la guardó en el interior de su mano y miró a Angelo.

—No me ha preocupado nada desde que Ida nos juntó a ti y a mi —dijo—. Pero quiero que sepas que cuando esta guerra termine todo será distinto para nosotros. Hemos planeado una maniobra a gran escala y si salimos de ésta con vida, nos encontraremos en una posición que nunca hubiéramos imaginado.

—¿Estás seguro de que no intentarán nada en la boda?

—No es su estilo —dijo Pudge, sacudiendo la cabeza—. Quieren sacarte del medio y lo único que saben es que estarás dos semanas en Italia, eso es todo. Ya tendrán tiempo para matarte cuando regreses. Durante tu luna de miel intentarán matarme a mí y a Angus, tal vez también a Spider.

—Les he invitado —dijo Angelo—. Sólo para estar seguro.

—¿A quién has invitado? —preguntó Pudge.

—A Jack Wells y su pandilla —respondió Angelo—. Y también he enviado invitaciones a Ballister y Garrett.

—¿A la boda? —Pudge no se lo creía—. ¿Hablas en serio o en broma?

—Las dos cosas —dijo Angelo—. Tal vez tengas razón y no intenten nada esa noche. Pero para estar seguro, prefiero saber que están en un lugar donde pueda verles. Y sí se comportan como toca, se lo pasarán bien en la boda e Isabella tendrá tres regalos más para abrir.

—A veces me asustan tus ideas —dijo Pudge, volviendo a botar la bola y sonriendo ante la sencilla lógica oculta tras la maniobra—. Me hubiera gustado verles la cara al recibir la invitación, sobre todo a ese policía con orejas de perro.

—Es una noche de comida y bebida gratis —dijo Angelo—. Para un hombre como él, sería muy duro pasarlo por alto. Y Wells y Ballister tienen una única elección. De despreciar la invitación, las otras bandas lo considerarían como un gesto de miedo por su parte.

Pudge asintió y siguió botando la bola, acercándose al porche y dispuesto a realizar su segundo disparo.

—¿Dónde se sentarán? —preguntó, levantando el brazo y lanzando la bola. Dio

en el arco y aterrizó junto a una ventana cerrada del primer piso.

—Los he colocado en tu mesa —dijo Angelo, entregándole a Pudge su chaqueta.

Pudge le miró fijamente, con la boca entreabierta, con los puños apoyados en las caderas.

—¿Tienes algún buen motivo para hacer una cosa así?

—El médico no quiere que bebas mucho. Dice que todavía es pronto, que tu interior necesita un poco más de tiempo para recuperarse del todo. Me imaginé que con ellos sentados en la mesa tendrías buenas razones para mantenerte sobrio.

—Eres un amigo. Angelo —dijo Pudge, poniéndose la chaqueta y dirigiéndose hacia el coche.

—Lo sé —replicó Angelo, siguiendo sus pasos.

Angelo fue el primero en hacerlo. Ahora, invitar a los enemigos a las bodas se ha convertido en una tradición del crimen organizado. Un gesto que cubre distintos propósitos, a veces evidentes, otros muy sutiles. El más claro de ellos es la demostración de falta de miedo por parte del gánster que emite la invitación.

—Todo es un juego —me explicaba Angelo—. Se trata de tener la carta más alta, o de actuar como si la tuvieras. Invitar a un enemigo implacable a una boda, lograr que se sienta bienvenido y tratarle como un amigo íntimo... todo son ventajas. No cuesta nada y te mantiene en tu lado de la mesa. El invitado no puede evitar preguntarse por qué lo has hecho, en qué estás pensando y qué te llevas entre manos. Todas las preocupaciones caen de su lado. Lo único que queda bajo tu responsabilidad es el éxito de la boda.

Ningún gánster rechaza la invitación de boda de un enemigo. No entraña peligro, ya que ese tipo de recepciones se considera fuera de los límites de la violencia. Ofrece a los dos rivales la oportunidad de evaluar al contrario en un entorno seguro y de calcular dónde y cuándo tendrá lugar el siguiente movimiento.

—Llega un momento en el que las bodas son casi necesarias para discernir quién está al lado de quién —le gustaba decir a Pudge—. Y eso se nota observando dónde se sienta un tipo en particular, con quién habla y, a veces, con quién no habla, e incluso del camino de quién se aparta para evitar un encuentro. Eso te dice que tal vez han firmado un pacto y no quieren que nadie lo sepa. Es una locura. Hay bodas en que hay más gente dispuesta a matarte que a tenderte la mano. La mayor parte del tiempo la pasas pensando hacia qué lado va a virar ese tipo. A quien menos atención prestas es al novio y a la novia. Pero esto es el negocio. Lo que son cosas sencillas para los ciudadanos de a pie son siempre cuestión de vida o muerte para nosotros.

La noche del 15 de mayo de 1928 estuvo llena de música. Isabella, con velo blanco y vestido hecho a mano, se mezclaba alegremente entre los ciento veinte invitados con la sonrisa feliz, típica de las novias, omnipresente en sus labios. Saludaba a caras conocidas y desconocidas con el mismo afecto, proporcionando con ello al gran salón la sensación de intimidad de un pequeño comedor. Los hombres más duros de la recepción se mostraban encantados ante su belleza mientras que sus

esposas, más recelosas, sucumbían en manos de su naturaleza inocente. Sus amigos y familiares se sentían engullidos por las emociones de la noche, conmovidos por tener la felicidad de otra novia que celebrar. Consideraban a Angelo un esposo adecuado, aunque peligroso. Merecía todos sus respetos, pero era una cuestión más de temor que de afecto.

Angus McQueen había hecho venir un sexteto del Cotton Club y el ritmo sentimental del blues llenaba el salón y la pista de baile. Ida el Cisne, que excepcionalmente había abandonado su granja aquel fin de semana, iba de un brazo a otro, alegre y libre en compañía de hombres armados. Pudge permaneció sentado frente a Jerry Ballister las cinco horas que se prolongó la comida, un banquete coronado por el pastel de bodas de siete pisos. Los dos gánsteres apenas cruzaron palabra y cuando lo hicieron, fue de forma forzada y encubierta.

—Los italianos tienen buena fama en esto de las bodas —comentó Ballister en una ocasión—. Saben realmente como montarlas.

—También son buenos montando funerales —añadió Pudge.

—Eso no lo sé —dijo Ballister, sonriendo a Pudge por encima del centro floral.

—Tal vez algún día lo sepas —dijo Pudge, devolviéndole la sonrisa.

Ida el Cisne, sentada junto a Angelo, encendió un cigarrillo y se sirvió una jarra de espumosa cerveza. Le miró de arriba a abajo, evaluando el traje negro y pelo repeinado, y se echó a reír.

—¿Tan mal estoy? —preguntó Angelo.

—La primera vez que te vi no sabía donde acababa la sangre y donde empezabas tú. Y ahora aquí estás, como salido directamente de la pantalla de cine.

Angelo bebió un poco de agua y se acercó a Ida.

—Te he visto hablando con Jack Wells —le apuntó—. Parecía hacer muy buenas migas.

—Salí con su hermano hace muchos años —le explicó Ida—. Él era un niño y se nos pegaba siempre como una lapa.

—¿Sigue vivo su hermano?

—Rompimos unos seis meses antes de que me hiciera cargo del café. Le pillaron en un robo a mano armada. Le tocó un juez blando y le cayeron tres años. Podía haber sido una condena fácil de superar, pero no lo fue. Al menos para él. Se lanzó al agua desde lo más alto de los muros de la cárcel.

—¿Lo empujaron o saltó? —preguntó Angelo.

—¿Existe alguna diferencia? —dijo Ida—. La muerte es la muerte.

Angelo dio media Vuelta para presenciar la hilera de invitados que estaba formándose cerca de la mesa presidencial.

—Va a empezar la entrega de regalos —dijo, retirando la silla—. Debería estar allí con Isabella.

—Aquí está mi regalo —dijo Ida, dándole a Angelo un apretón de manos—. En mi época salí con muchos hombres, buenos y malos, y todos necesitaban un momento

y un lugar donde poder bajar la guardia, tratar de olvidar sus problemas, aclarar sus ideas, lo que fuera. En casi todos los trabajos, nadie se lo pensaría dos veces por tener algo así. Pero en el nuestro, un lugar de esos puede ponerte un pie en la tumba. Jack Wells es igual a todos los hombres que he conocido.

—¿Y dónde va a olvidar sus problemas? —preguntó Angelo.

Ida el Cisne se puso en pie y tiró el resto del cigarrillo en la cerveza. Abrazó a Angelo y le besó en la cabeza.

—Pelear de perros —dijo—. Y nunca se va antes de que muera el último perro.

La multitud se dividió en dos para abrir paso a los recién casados y Angelo e Isabella ocuparon el centro de la pista de baile. Cogidos, danzaron al son de un solo de clarinete, la cabeza de Isabella descansando sobre el hombro de su esposo.

Angelo era consciente de que, siguiera su vida el camino que siguiera, nunca sería tan feliz como lo era en aquel momento. Era un día aislado e inviolable en una vida que estaría gobernada por la muerte y la violencia. Ahí, en aquel abarrotado salón, lleno de amigos, familiares y enemigos, Angelo Vestieri encontró la paz por un día entero.

—Siempre te amaré —le dijo.

—Me gustaría que pudieses venir a Italia —musitó ella.

—Ya llegará el día —le susurró entonces Angelo—. Te lo prometo.

Mientras hablaba observaba la mesa de Pudge, con Jack Wells, James Garren y Jerry Ballister mirándolo. Sus duras miradas y su aspecto confiado le hicieron pensar que, si les dejara vía libre, la promesa que acababa de hacerle a Isabella sería muy difícil de cumplir.

Angelo permaneció de pie en la cubierta cerrada del remolcador, viendo como el trasatlántico viraba a la izquierda y salía del puerto de Nueva York. Tomó una taza de café mientras Pudge maniobraba para apartarse de las enormes olas levantadas por la estela del buque.

—Al menos parece como si supieras lo que estás haciendo —dijo Angelo, todavía con la mirada fija en el casco oscuro del barco que se llevaba a Isabella a Italia.

—Es lo único que he heredado de mi viejo —dijo Pudge—. Antes de marchar quién demonios sabe dónde, y cuando no estaba borracho o pegándome, cobraba por manejar estos remolcadores. A veces me llevaba con él y yo prestaba mucha atención a todo.

—¿Crees que no le pasará nada? —preguntó Angelo.

—No es precisamente el blanco de toda una tripulación —dijo Pudge—. Ésos seríamos tú y yo. Se pondrá morena y comerá todo lo que le apetezca. Tal vez haya engordado un poco cuando regrese, pero creo que seguirás queriéndola a pesar de eso.

—¿Crees que alguien me ha visto abandonar el barco?

—Es imposible ver lo que no se busca —decidió Pudge.

—Spider está aparcado en el interior del muelle.

—Bien, empecemos la luna de miel —dijo Pudge.

James Garrett estaba en la tercera fila de la iglesia de St. Matthew, arrodillado, con las manos entrelazadas y los ojos cerrados. Era última hora de la tarde de un sábado y la larga cola de gente esperando a ser confesada se había reducido a un puñado de personas. Garrett se santiguó y se sentó, dispuesto a esperar la marcha del último pecador. Miró el altar con una sonrisa de oreja a oreja y diez mil dólares en billetes metidos en un sobre guardado en el bolsillo de la chaqueta. Volvió la cabeza hacia la derecha para ver como una mujer de cabello oscuro y tacones altos separaba la cortina del confesionario y, muy recogida y rezando, avanzaba hacia el pasillo central. Garrett se preguntó qué pecados podía haber cometido aquella mujer y cuántos avemarías y padrenuestros le habría impuesto el anciano cura, después de escuchar las confesiones de las cinco de la tarde, para que consiguiera el perdón divino. Miró a su izquierda y vio la última persona de la cola abandonando el confesionario, una anciana con un chal negro cubriéndole los hombros y un pañuelo negro prendido en la cabeza con una horquilla. Garrett se levantó del banco, se puso en pie, hizo la genuflexión ante el altar y se dirigió tranquilamente hacia las cortinas moradas, dispuesto a limpiar su alma de pecados.

Se arrodilló junto al oscuro cubículo y esperó a que se abriera la ventanita. Cuando lo hizo, miró a través de la pantalla de red y vio la sombra del cura sentado con la espalda apoyada a la pared y la mano en la cara. Se santiguó e inició la letanía.

—Perdóname Padre porque he pecado —dijo Garrett—. Hace dos semanas que me confesé por última vez.

El cura tosió en un pañuelo y asintió con la cabeza.

—No es mucho tiempo —dijo—. ¿Qué pecados has cometido desde entonces?

Garrett respiró hondo y se encogió de hombros.

—He mentado algunas veces y he blasfemado más de lo que debería. Es difícil no hacerlo siendo policía y tratando con el tipo de gente que trato a diario.

—Comprendo —dijo el cura—. ¿Algo más?

—Es todo prácticamente. Padre —dijo Garrett—. Un par de pensamientos indebidos, nada más que eso.

—¿Rezas cada día?

—Sí —dijo Garrett—. Quizá no cada día, pero casi todos los días.

—¿Has rezado hoy? ¿Has hecho las paces con Dios antes de venir aquí?

—Hace tan sólo unos minutos. —Garrett sentía curiosidad por el giro que estaba tomando la conversación. El confesionario estaba oscuro y no podía ver la cara de la persona sentada en su interior. No era el cura que normalmente estaba los sábados por la tarde—. Le he dado las gracias por mi buena suerte.

—Entonces tienes el alma limpia —dijo la voz—. Y lo único que queda pendiente ahora es imponer la penitencia.

—De acuerdo. Padre —dijo Garrett, presionando con el codo el abultado sobre que llevaba en la chaqueta.

—Reza tres avemarías —le ordenó la voz—. Y el padrenuestro. Y luego, muere.

James Garrett vio la boca del revólver y la explosión de la bala antes de sentir en el pecho el agudo quemazón. Las gruesas cortinas de terciopelo que ocultaban a Garrett se separaron y dejaron pasar rayos de una luz parpadeante. El policía criminal, con la cabeza apoyada contra la madera del confesionario, levantó la vista y vio a Angelo Vestieri a su lado. Pudge Nichols, el hombre sentado en el interior del confesionario, abrió la puertecilla para situarse detrás de Angelo.

—Eres tan estúpido que ni conoces las reglas, italiano de mierda —dijo Garrett—. Las iglesias quedan fuera de los límites.

Angelo acercó la pistola a la sien de Garrett.

—El señor actúa de formas muy misteriosas —dijo, y apretó el gatillo. Garrett saltó del asiento y cayó muerto en el suelo. Angelo enfundó el arma, metió la mano en el bolsillo de la chaqueta del policía y extrajo el sobre que contenía los diez mil dólares.

Angelo y Pudge se dirigieron hacia el altar de la iglesia vacía y se arrodillaron frente a él, bendiciéndose a sí mismos. Angelo cogió el sobre con el dinero y lo introdujo en la caja de manera destinada al dinero para los pobres situado a su derecha.

—Eso debería servir para comprar un par de plegarias por su alma —dijo Angelo.

—O un año de borracheras gratis para la rectoría —dijo Pudge—. Una buena causa, lo mires por donde lo mires.

Dieron media vuelta y pasaron de la oscuridad de la iglesia vacía al débil resplandor del sol del atardecer.

La manera con la que un gánster lleva a cabo un golpe es tan importante como el asesinato en sí. Cómo y dónde se realiza sirve para transmitir diversas señales al rival. El tiroteo que acontece en un lugar que no se ha declarado oficialmente como fuera de los límites, sitúa al oponente en la incómoda posición de verse incapaz de anticipar el siguiente movimiento de su rival y de percatarse de que la persona contra quien lucha está dispuesta a hacer cualquier cosa en cualquier momento para conseguir la victoria. Hasta la muerte de James Garrett, nunca se había atribuido al hampa un tiroteo ocurrido en el interior de una iglesia. Aquello provocó una verdadera convulsión en el mundillo y envió un mensaje instantáneo a Jack Wells y su banda anunciando que aquella guerra sería distinta.

—Los jefes del crimen empezaron a prestar atención a Angelo justo después del asunto de Garrett —me explicó Pudge—. Antes de entonces, yo estaba considerado el cabecilla y él, mi mano derecha en la sombra. Con aquella única maniobra, cambió definitivamente las reglas y se colocó el primero. Lo hizo de la forma en que lo hizo todo a lo largo de su vida... tranquilamente y cuando nadie lo esperaba. Una de las razones por las que los tiroteos son algo tan público es porque quien recibe mayor atención es el que dispara, no el blanco. A Angelo todo eso le importaba un comino. No quería salir en titulares, pero sí quería que sus enemigos se enteraran de lo que



había hecho. La clave de cualquier victoria es conseguir lo inesperado. Y cuando eres capaz de hacerlo, la gente se asusta más con ello que con un tiroteo.

Francis el Chulo dormía en la cama, boca arriba y con los brazos pegados a ambos lados de su cuerpo. Llevaba unos pantalones de color marrón, con el cinturón desabrochado, y camisa blanca, estaba descalzo. El sol había salido hacia solamente veinte minutos y la habitación seguía cubierta por la penumbra del amanecer. La cerveza caída en el suelo lo había dejado húmedo y pegajoso. A escasos centímetros de sus piernas se encontraba una bandeja de madera con dos platos sucios, con restos de comida incrustada en los bordes.

El hombre paseaba por el dormitorio sin que Francis se percatara del ruido de sus pisadas. Situó con cuidado una silla detrás de la cama, dando la espalda a la ventana cerrada. Se encaramó a ella esperando el crujir de la madera. Tenía entre las manos una gruesa cuerda y lanzó uno de sus extremos hacia las tuberías de la calefacción que separaban los muros del techo. Cogió el otro extremo e hizo un nudo y, a continuación, tiró una cantidad suficiente de cuerda como para formar un lazo. La dejó colgando justo por encima de su cabeza y descendió sigilosamente de la silla.

El hombre observó el pecho del chulo subiendo y bajando, señal de que estaba profundamente dormido. Extrajo del bolsillo de la chaqueta un rollo de cinta adhesiva, cortó dos tiras finas, se inclinó y selló con ellas la boca de Francis. Al contacto, el chulo se despertó de un salto, pero el hombre le mantuvo inmóvil en su sitio.

—Quieto —le ordenó el hombre—. Serán sólo unos minutos.

Francis sacudió la cabeza, los ojos le salían de las órbitas. Se debatía con los brazos intentando retirar las manos de aquel hombre de su pecho, pero el miedo podía más que sus músculos y el esfuerzo resultó inútil. El hombre agarró a Francis por los pantalones obligándolo a ponerse en pie. Le hizo dar media vuelta y le dirigió hacia la silla, el lazo se balanceaba, colgando del techo. A Francis le entró el pánico en cuanto vio la cuerda. Pataleó, arañó y empujó al hombre... sin resultado. Una mano enguantada se acercó a la cara y le atizó dos bofetones, suficiente para aminorar la tensión.

—Sube a la silla —dijo el hombre.

Francis sacudió la cabeza. Tenía la cara y el cuello de la camisa empapados de sudor. Respiraba con dificultad y los regueros de sudor que descendían por sus mejillas hacían que la cinta adhesiva empezara a despegarse. El hombre a sus espaldas le atizó de nuevo.

—Sube a la silla —repitió el hombre—. Será rápido si lo haces bien. Pero si me obligas a dispararte, te juro que me tomaré todo el tiempo necesario.

El hombre arrastró a Francis hasta la silla. Las piernas del chulo apenas se movían, a cada paso se estremecía de dolor. Le ayudó a encaramarse a la silla y se quedó a sus espaldas. Tenía una pistola en la mano apuntando en dirección a la cuerda que colgaba sobre la cabeza de Francis.

—Pásatela por el cuello —dijo el hombre—. Bien apretada. No tienes que hacer nada más. Del resto me encargo yo.

Francis, viendo la pistola, levantó las manos por encima de la altura de la cabeza en busca de la cuerda. Pasó el cuello por el lazo, tensó la cuerda y empezó a llorar.

—Lo siento —se escuchó entre las lágrimas y la cinta adhesiva de la boca—. No pretendía hacer daño a nadie.

—Pero lo hiciste —dijo el hombre.

—Fue Jack Wells —dijo Francis con voz más clara, presionando los extremos de la cinta de la boca—. Él nos obligó a Shirley y a mí a hacer lo que hicimos.

—No vales nada como chulo, Francis —dijo el hombre—. Ni tampoco como hombre.

—No, no, por favor —suplicó Francis—. Trabajaré para ti. Haré lo que quieras. Pero no me dejes morir así. Por favor, no me dejes morir.

El hombre levantó la cabeza hacia Francis y enfundó la pistola. Sacó un cigarrillo del bolsillo, lo encendió, dio una calada y dejó que el humo se escapara por la nariz.

—Cuídate, Francis —dijo el hombre.

Echó una pierna hacia atrás y atizó una patada a la silla sobre la que estaba situado Francis el Chulo. El hombre se acercó entonces a la cama, se recostó sobre ella y, fumando el cigarrillo, observó como Francis se sacudía y retorció hasta que los ojos le salieron de las órbitas y el cuello dio un chasquido. Apagó la colilla en el plato sucio y salió del apartamento con la misma discreción con la que había entrado.

Pudge Nichols acababa de completar su misión de la mañana.

Angelo aclaró la toalla y la colocó sobre la frente de Ida el Cisne. Estaba en la cama, tapada hasta el cuello con una gruesa manta, luchando contra los escalofríos provocados por la elevada fiebre. Miró a Angelo, le sonrió y aspiró el aroma del café que Pudge estaba preparando en la pequeña cocina situada junto al dormitorio.

—No puedo creer que hayas conseguido que nos prepare el desayuno —dijo Ida—. Quién sabe lo que acabará metido en el plato con él detrás de los fogones.

—El médico ha dicho que necesitas comer —dijo Angelo—. No dijo que la comida tuviera que ser necesariamente exquisita.

Cuando Ida respiró hondo, Angelo reconoció en sus pulmones el tan familiar sonido de bronquios taponados. La ayudó a sentarse para facilitar el paso del aire a través de la nariz tapada y la boca seca. Cuando decidió llamar al médico, que le diagnosticó una grave infección respiratoria, llevaba ya dos semanas enferma. El hombre dejó tras él un jarabe para la tos y una arrugada factura por los servicios prestados. Angelo y Pudge llegaron dos días después y encontraron a Ida sin conocimiento en el porche trasero y con la botella vacía de jarabe a su lado.

—No llevaba ninguna etiqueta —argumentó Ida en defensa propia—. Y el médico tampoco me dio muchas explicaciones sobre cada cuanto debía tomarlo. Además, estaba bueno y me calmaba la tos.

—Has tenido mucha suerte de que no te matara —dijo Pudge—. Y acabara para

siempre con tu tos.

—Eso sólo ocurriría si me bebiera una botella entera de ese whisky desgraciado que vendéis —dijo ella, haciendo un ademán con la mano como pretendiendo ignorar sus comentarios.

—Nos quedaremos para cuidarte —dijo Angelo—. No nos moveremos de aquí hasta que te recuperes del todo.

—No me cabe duda que seréis mucho mejores que ese desgraciado que pretende ser considerado médico —dijo Ida—. Y una mejor compañía para meter de patitas en la calle.

Pudge hizo su entrada portando una bandeja con huevos revueltos, tocino crujiente y un montón de tostadas. Del bolsillo de la camisa asomaban tres tenedores, la sal y la pimienta. Depositó la bandeja a los pies de la cama e hizo una indicación a Angelo con la cabeza.

—He dejado la cafetera y tres tazas sobre la cocina —dijo—. ¿Qué te parece si vas a buscarlos y empiezo a preparar la comida de Ida?

Angelo abandonó el dormitorio para dirigirse a la cocina.

—¿Dónde guardas el azúcar? —preguntó.

—En el primer armario junto a la puerta —jadeó Ida—. Si no lo encuentras allí, mira en la última estantería de la despensa. Y si tampoco lo encuentras, es que está en otro sitio.

—Sería más fácil salir y comprarlo —dijo Angelo desde la cocina.

Ida miró la bandeja que tenía a sus pies.

—Parece que has preparado comida para un regimiento —dijo.

—Lo que no acabes tú lo acabaremos nosotros —dijo Pudge, retirándole la toalla húmeda de la frente.

—Soy contagiosa —dijo Ida—. O al menos eso dice el médico.

—¿Sí? Tengo hambre —dijo Pudge—. Y el médico no está aquí para decirme lo contrario.

Extrajo un tenedor del bolsillo de la camisa y se hizo con una tostada. Esparció los huevos y el tocino sobre la tostada y selló la mezcla con otra tostada. Entregó el bocadillo a Ida. Ella le dio un buen mordisco. Luego se recostó sobre los almohadones, cerró los ojos y la cara se le iluminó de placer.

—De haber sabido que eras capaz de cocinar esto, te habría puesto a trabajar de cocinero en el café —dijo.

—Espera a probar mi café —dijo Pudge—. Cambiarás de idea en menos que canta un gallo.

Angelo entró de nuevo en el dormitorio cargado con las tres tacitas de café.

—He encontrado el azúcar —anunció—. Pero no la leche.

—No la encontrarás —dijo Ida, finalizando su bocadillo—. Puedes ir al establo y conseguirla recién ordeñada. Estoy segura de que Eloise estará encantada.

Angelo entregó una taza a Ida y otra a Pudge y se sentó de nuevo junto a la cama.

—Ya me va bien así —dijo, levantando la humeante taza.

—¿Estás lista para otro? —le preguntó Pudge a Ida, señalando la bandeja.

—Estoy llenísima —dijo Ida.

—¿No te gusta cómo he preparado los huevos? —preguntó Pudge.

—Los huevos estaban perfectos. —Ida hizo una pausa para sacudir las migas de pan tostado que habían quedado en el camisón y echarlas en el suelo—. Pero el golpe de Garrett fue aún mejor. —Su voz había recuperado las fuerzas—. Una primera maniobra magnífica.

—Lo planeó todo Angelo —dijo Pudge sin dudarle un momento—. Él dirige y yo le sigo.

—Un principio infernal para lo que será una guerra infernal —dijo Ida—. La reputación de un gánster se forja con guerras como ésta.

—La reputación no nos importa en absoluto —dijo Pudge, apurando el último pedazo de tocino—. Lo único que queremos es ganar.

—Ya os importará cuando os hagáis mayores y no os hierva la sangre tan rápidamente cuando penséis en pelea. Una reputación sólida sirve tanto para acabar una guerra como para iniciarla.

—Angus está sufriendo algún que otro problema en la ciudad debido al tiroteo —reveló Angelo—. No está bien visto cargarse a un policía, sea o no corrupto. Y peor aún si ello sucede en un confesionario.

—¿Cuánto está costándole? —Quiso saber Ida.

—Le está costando tener que doblar los salarios mensuales en todos los distritos por debajo de Thirty-fourth Street en los próximos seis meses —dijo Pudge—. Además, la policía está haciendo un poco de ruido en los periódicos diciendo que no va a permitir tiroteos en las iglesias. Pero esto durará hasta que las ancianas vuelvan a sentirse seguras y decidan entrar de nuevo a explicarle a algún cura borracho todos los detalles de los pecados cometidos a lo largo de la semana.

—En cuanto echéis a Wells recuperaréis todo el dinero perdido —dijo Ida—. Al final la balanza siempre se equilibra.

Pudge se levantó y recogió la bandeja vacía.

—Empezaré a limpiar el follón que he montado en la cocina —le dijo a Ida—. Creo que lo mejor que puedes hacer ahora es cerrar los ojos e intentar dormir un poco.

Angelo se levantó también, con las tres tazas vacías, dispuesto a seguir a Pudge, pero Ida le detuvo agarrándole del brazo.

—¿Te sientes cómodo con todo esto? —le preguntó.

—Sí —respondió él.

—Creo que te entrené demasiado bien. —Su voz denotaba un ligero matiz de tristeza—. Necesitaba hacerte duro, y para conseguirlo no me quedó otro remedio que olvidar mi aspecto cariñoso. Tal vez me pasé y te hice excesivamente duro. Te servirá en la vida, pero nadie te considerará buena gente. Y por eso tengo que decir que lo

siento.

—¿Qué otra elección teníamos? —La mirada de Angelo era dura, no el tono de su voz.

—Da lo mismo, ahora pienso que me habría gustado que hubieras disfrutado de la vida de niño, aunque fuera por poco tiempo. Y también Pudge. Supongo que ninguno de los dos estaba destinado a ello.

—A Pudge y a mí nos pasó lo que tenía que pasamos —dijo Angelo—. No me arrepiento de nada. Ni de un instante. Y tampoco tú deberías arrepentirte.

—¿Y esa preciosa esposa que has encontrado? —dijo Ida, viendo que se iba—. ¿Sigue enamorada de ti?

—Lo estaba cuando la subí a aquel barco —dijo Angelo, con una media sonrisa—. Pero no podré afirmarlo con seguridad hasta que vuelva a verla. Ya sabes lo que les sucede a las mujeres en los cruceros.

—Tal vez sea por eso por lo que nunca fui yo —dijo Ida el Cisne.

Miró hacia la puerta que cruzó Angelo para unirse a Pudge en la cocina. Recostó la cabeza en la almohada y escuchó a los chicos lavando los platos, secando los vasos y discutiendo dónde iba cada cosa. Cerró los ojos y se secó con las mangas del camisón las lágrimas que rodaban por sus mejillas.

Angus McQueen desató la correa que rodeaba el cuello de *Gopher*, su bulldog inglés, y contempló al perro precipitarse corriendo hacia los arbustos y las hojas del Washington Square Park. Angus dejó que el sol del atardecer le diera en la cara mientras paseaba junto a los bancos vacíos y los viejos árboles, disfrutando de la soledad de un ritual diario que ni una guerra de bandas podía interrumpir. Spider MacKenzie, detrás de él y a escasa distancia, permanecía sentado con un periódico doblado en la falda y sin perder ni un instante de vista a su jefe. La falta de intimidad era uno de los aspectos de la vida de gánster que nunca atrajo a McQueen.

—No necesito la ayuda de nadie para pasear un perro —le había dicho McQueen a Spider antes de abandonar su despacho, situado junto al parque.

—Sólo busco un lugar agradable donde leer tranquilamente el periódico —dijo Spider.

—Pues siéntate en mi mesa —le dijo Angus, cerrando de un portazo la puerta de la oficina—. Es un sitio muy agradable para leer.

A Angus le gustaba Spider y se sentía cómodo en su silenciosa compañía. Cada vez estaba más harto de las preocupaciones y de toda la preparación imprescindible para sobrevivir en una guerra de bandas. A lo largo de su extensa carrera en los bajos fondos, Angus jamás había iniciado una guerra ni la había perdido. Siempre se había mostrado muy cauteloso con su rutina y atrevido en sus movimientos, tomando con frialdad todas las decisiones claves, considerando el detalle y manteniendo una postura brutal frente al enemigo. Esta guerra era distinta. Tal vez porque era demasiado viejo y demasiado rico para que le importara. O tal vez porque el sabor de esta batalla no le sentaba tan bien como el de las pasadas victorias. Fueran cuales

fueran los motivos, Angus McQueen se sentía más como un participante que como el protagonista de la que, con toda probabilidad, era su batalla más importante. Observaba a *Gopher* corriendo arriba y abajo por el césped, con una rama gruesa entre los dientes, sabedor de que, perdiera o ganara, aquélla iba a ser su guerra final.

Angus se agachó para recoger la rama que *Gopher* acababa de soltar en el suelo. Se echó hacia atrás y la lanzó por encima de una hilera de bancos, yendo a parar a un matorral situado junto a un fornido roble. *Gopher* permaneció sentado hasta que la rama aterrizó y, en ese momento, partió veloz a buscarla. Angus observó como el perro corría y desaparecía detrás del árbol, olisqueando frenéticamente en busca del pedazo de madera. Se dirigió entonces hacia un banco vacío y se sentó, sonriendo cuando, al levantar la vista, vio a Spider acercándose tres bancos más, aún con el periódico doblado. Angus cerró los ojos y dejó que el calor del sol bañara su pálida tez y su oscuro traje mientras esperaba el regreso de *Gopher*.

A pesar de que Angus no veía el perro desde donde estaba sentado, sí escuchaba el revoloteo de hojas y polvo que levantaba, y su sonrisa se hizo aún más amplia. Hubo una época en la que *Gopher* era capaz de detectar un palo con el olfato en menos tiempo de lo que duraba un estornudo. Pero ahora, el viejo perro parecía necesitar descansar de vez en cuando más que su amo. Ambos deberían seguir el ejemplo de Ida el Cisne. Pon en las maletas el dinero y la salud y huye de la ciudad antes de que una bala acabe con tus días.

El crujido de las hojas había cesado varios minutos antes de que Angus se levantara y se dirigiera hacia el árbol en busca del perro. A medida que se acercaba, fue silbando varias veces sin obtener nunca respuesta.

—¡*Gopher*! —gritó Angus, pero su voz sólo llamaba la atención de los borrachos que dormían debajo de los bancos y de las jóvenes parejas abrazadas sobre ellos—. Vamos, *Gopher* —dijo Angus—. Trae tu viejo culo para aquí.

Angus se encontraba a escasos centímetros del árbol cuando pisó un montón de hojas ensangrentadas. La sangre era de color marrón, espesa, fresca. Angus McQueen rodeó el árbol y vio a su perro. *Gopher* estaba en el suelo, tendido de lado y con la garganta abierta de una cuchillada. Respiraba a duras penas; la espuma blanca que iba formándose brotaba de ambos lados de la mandíbula; tenía los ojos abiertos fijos en el cielo azul.

—No ha ofrecido mucha resistencia —dijo Jerry Ballister—. Era lo que me esperaba de un perro inglés.

Ballister estaba frente a McQueen con una pistola en cada mano, el perro moribundo en el suelo, entre ellos dos.

—Rechazaste mi oferta —dijo—. Sólo por eso deberías morir.

Angus tenía los puños apretados, paralizado por la rabia viendo a su perro, los ojos empañados de lágrimas.

—Si tenías alguna queja, era conmigo —dijo entre dientes—. El perro no tenía nada que ver con todo esto.

—Lo planeé así para que no tuvieran que enterrarte solo —dijo Ballister, mirando al perro y mostrando los dientes.

Angus se arrodilló y acarició a *Gopher*. El perro le miraba con ojos cansados, su respiración cada vez más forzada.

—Cierra los ojos, amigo —susurró McQueen, rodeando con el brazo el cuello ensangrentado del perro—. Y deja que ocurra. No hay nada que temer.

Ballister se situó detrás de McQueen y le presionó la nuca con la punta de una pistola.

—Excepto a mí —dijo Ballister.

Disparó dos balas en la cabeza de McQueen y dos más en la espalda. Ballister contempló como McQueen caía en el suelo, dio media vuelta y le dejó allí, con la cara contra las hojas y dando calor con su cuerpo al perro muerto, sosteniendo todavía en la mano la correa negra.

Spider MacKenzie corrió a toda velocidad hacia donde se habían oído los disparos y patinó al ver los dos cuerpos y detenerse. Se había adormilado leyendo el periódico al sol y despertó de golpe al oír los disparos. Contemplaba el cuerpo del hombre para quien había trabajado casi toda su vida. Tragó saliva, se pasó la mano por la cara y respiró hondo dos veces.

—Lo siento, Angus —dijo en voz baja—. Lo siento mucho.

Spider MacKenzie dio media vuelta y abandonó el parque en busca de un teléfono desde donde localizar a alguien para que viniera a recoger el cuerpo de Angus McQueen, el primer gran gánster del siglo xx.

Angelo se encontraba detrás de la barra del café Maryland sirviendo dos cafés. Devolvió la cafetera al calentador y empujó una de las tazas hacia Pudge. Bebieron en silencio, el bar estaba vacío, en la puerta principal colgaba de una cadena el letrero anunciando que el restaurante estaba cerrado.

—Un golpe inteligente —dijo Angelo—. Y también de suerte. Si Spider no hubiera dormido la primera siesta de su vida, habría tenido muchas probabilidades de salvar a Angus y una oportunidad única para agarrar a Ballister.

—No es posible que camelaran a Spider, si es que piensas en eso —dijo Pudge, con la taza junto a la boca—. Tenía con Angus la misma relación que tenemos nosotros con Ida.

—Las posibilidades siempre existen, Pudge —dijo Angelo—. Se trata únicamente de ser lo suficientemente inteligente como para adivinar el precio. Sabemos que Jack Wells es un hombre peligroso. Y si el golpe de Angus ha servido de algo, ha sido para confirmarlo. Lo que no sabemos todavía es si es realmente inteligente.

—Creo que sería una buena idea matarlo antes que descubrirlo —dijo Pudge, bebiendo el café de un trago—. Y cuanto antes mejor. Cuando la calle se entere de lo de Angus, las otras bandas se imaginarán que Wells es quien domina y que tú y yo vamos a ser incapaces de mantener unida a nuestra gente.

Angelo buscó la cafetera bajo el mostrador y le sirvió una nueva taza a Pudge.

—Seguiremos unidos —dijo, echando la taza vacía en el fregadero—. Al menos, el tiempo suficiente como para contemplar todo lo que hemos planeado. Además, deben ya imaginarse que a Wells no le interesan en absoluto. Tiene una banda muy grande. Lo que busca es el territorio.

—El funeral será el miércoles por la mañana —dijo Pudge—. Y el entierro será arriba en el Bronx, en Woodlawn.

—¿Y el perro? —preguntó Angelo.

—A nadie le importará que lo entierremos junto a Angus —dijo Pudge—. Buscaré a alguien para que se encargue de ello.

—¿Dónde es el velatorio? ¿En Munson's?

Pudge hizo un gesto afirmativo con la cabeza sin dejar de beber el café.

—Empieza mañana por la noche, a las ocho.

—¿Crees que vendrán Wells y Ballister a dar el pésame? —preguntó Angelo—. ¿Estás seguro?

—No les queda otra alternativa —dijo Pudge—. No se acercarán la primera noche, esto se reserva para amigos y familiares. Pero tan seguro como que respiramos que estarán allí la segunda, con las flores en una mano y los sombreros en la otra.

Angelo se inclinó hacia delante y puso una mano sobre Pudge, mirándole.

—También estaremos nosotros —dijo.

El asesinato de Angus McQueen afectó a Angelo mucho más que a Pudge. Hasta el día del asesinato. Angelo siempre había pensado que Angus era invencible, que el miedo que provocaba aquel gran hombre era suficiente para mantener a todo el mundo alejado de él. Un pensamiento muy ingenuo, pero que encajaba perfectamente con su carácter en aquella época. A pesar de la inteligencia de Angelo y de su habilidad innata para leer los pensamientos de la gente y anticipar sus movimientos, Pudge era el retrato del gánster puro. Funcionaba por instinto, reaccionaba rápidamente a los desaires, sabedor de que una duda podía costarle la vida y que, por muy fuerte que fuera su escudo, siempre habría alguien, en algún lugar, dispuesto a apretar el gatillo.

—Angelo, a pesar de su conducta, a pesar de sus acciones, seguía siendo inocente —me explicó Mary—. La muerte de Angus lo cambió todo. Los horribles acontecimientos que siguieron enterraron muy pronto esa dulzura, que sólo volvió a aparecer muy de vez en cuando en estos últimos años. Principalmente cuando estaba conmigo o en muchos de los días que pasó a tu lado.

—Me explicó que siempre presintió que Angus quería morir —dije—. Que estaba cansado de la vida y que no se le ocurría una forma sencilla de desaparecer. Por lo tanto, hizo su entrada en el escenario adecuado y se dejó matar.

—Algo habrá de cierto en eso —dijo Mary—. Es difícil de decir. No son exactamente el tipo de hombres que confían sus pensamientos a los demás. Pero creo que en las distintas etapas de sus vidas van hastiándose de esa constante lucha por la supervivencia. Todo el mundo puede hacer dinero de forma ilegal. Mi padre murió



rico haciéndolo. Pudge se hizo millonario, y también Angelo. Ésa es siempre la parte más fácil. Pero el aislamiento, la confusión interna, los miedos ocultos, eso es lo que paga peaje y lo que finalmente los conduce a un final penoso.

Me acerqué a la cama para tocar la frente de Angelo. Estaba fría y húmeda.

—La fiebre no desaparece —dije, contemplando su cara enferma—. Supongo que estamos en una noche más en la que demostrar a los médicos que se equivocan.

—No es por elección —dijo Mary—. Si no por voluntad. Está rabioso y lo estará hasta que muera.

—¿Por qué muere? —pregunté.

—Porque muere de esta manera —dijo Mary—. La gente de a pie muere así, con tubos y respiradores y otros velándoles en la cama. Está experimentando su mayor miedo.

—Aquella vez que le dispararon fuera del bar le acompañé varias noches en el hospital —dije, dando la vuelta a la cama para situarme junto a Mary—. Yo era sólo un niño y estaba asustado de verdad. Creía que no iba a salir de aquélla. Los médicos estaban volviéndose locos, no sabían como detener la hemorragia. Y en medio de todo eso, me miró y me vio cabizbajo y llorando. «Relájate», me dijo. «No voy a tener la suerte de morir de un disparo».

Mary estaba a su lado y se secó las lágrimas que inundaban sus ojos.

—Pocos recibimos la muerte que merecemos —dijo—. Y debemos conformarnos con la que nos toca. Y nadie tiene el poder de cambiar eso. Ni Angelo.

El interior de la cabaña estaba oscuro y hacia un buen rato que se había enfriado la estufa de leña. Una de las ventanas estaba parcialmente abierta y acogía de buen grado la entrada del aire helado de primera hora de la mañana. Ida el Cisne dormía de costado, de espaldas a la puerta de entrada, tapada hasta el cuello con una gruesa manta. La luz de techo de la cocina seguía encendida, un foco de luz en un escenario que, de lo contrario, estaría completamente a oscuras.

Las fuertes pisadas hicieron crujir el suelo de madera. Atravesaron la cocina y la sombra se acercó silenciosamente al dormitorio de Ida. Los pasos se detuvieron frente al aparador abierto y una botella de whisky medio vacía. Dos manos cogieron la botella, abrieron el tapón y la levantaron hacia arriba. Dos interminables tragos después, una de las manos devolvió de nuevo la botella en su sitio. Eran casi las seis de la mañana y faltaban sólo diez minutos para que apareciera el sol anunciando la llegada de un nuevo día.

Las pisadas se detuvieron finalmente a los pies de la cama de Ida. Una pistola en la mano, acariciando la pierna y apuntando directamente a la cara serena de Ida. Ida abrió los ojos al oír el sonido del gatillo.

—Eres el primer hombre que entra en mi dormitorio sin ser invitado —dijo Ida sin moverse, con la mirada clavada en la pistola—. Y me imagino que también serás el último.

—Yo maté a tu amigo Angus —dijo la voz junto a la cama—. Y he llegado a la

conclusión de que no está bien que muera solo.

Ida movió ligeramente la cabeza y miró al hombre de la pistola.

—No podía tener mejor compañía para marchar de aquí —dijo. Estaba completamente despierta, aunque seguía inmóvil, exceptuando los dedos de la mano derecha ocultos bajo la almohada.

—Me imaginé que eso te haría feliz —dijo Jerry Ballister—. Una chica vieja como tú no debe morir aquí sola en los bosques. Cuando alguien descubriera tu cuerpo, los osos estarían ya haciendo la digestión de tus huesos.

—He explicado a muy poca gente dónde estaba este lugar —dijo Ida—. Y tú no eras uno de ellos.

—Haz las preguntas adecuadas a la gente adecuada y encontrarás las respuestas adecuadas —dijo Ballister, encogiéndose de hombros.

—Esto suele funcionar cuando se añade al trato la cantidad adecuada de dinero —dijo Ida—. Y cuando las manos que cogen ese dinero pertenecen al tipo de hombre no adecuado.

Ballister levantó la pistola hasta la altura de la cintura y la colocó a escasos centímetros de la cara de Ida. Ella apartó la vista del tambor del cañón y cambió un poco de posición la mano que seguía debajo de la almohada acercándose al extremo del colchón.

—No tengo nada personal en todo esto —dijo Ballister—. De pequeño me habían contado historias tuyas fantásticas y solía venir a tomar una copa a tu café sólo para verte de cerca.

—Angus siempre me dijo que atraía al tipo equivocado de hombre. —Ida levantó la cabeza de la almohada—. Pero hasta que no has entrado aquí no me he dado cuenta de cuánta razón tenía.

El sol había salido y los primeros rayos de la mañana iluminaban la cara pálida de Ballister. Ida movió los pies para apartar la manta.

—Si te parece bien, nunca quise morir en la cama —dijo Ida—. Deja que me levante y luego podrás hacer lo que hayas venido a hacer.

—La dama elige —dijo Ballister retrocediendo, mientras Ida, que seguía con la mano derecha bajo la almohada, se incorporaba.

Ida se sentó y echó un vistazo a su cabaña. Era un cálido hogar, desnudo de muebles pero poblado de recuerdos. Era el lugar donde todo había empezado y parecía que ahora iba a convertirse asimismo en el lugar donde todo acabaría. Y en el espacio de tiempo comprendido en medio de ello, había vivido en un mundo dominado por hombres que la trataron de igual a igual, que la respetaron como amiga y que la temieron como enemiga. Era para todos ellos Ida el Cisne, la mujer más dura que jamás paseó por las calles del West Side de Nueva York.

—¿Te importa si te hago una última pregunta? —dijo Ballister.

—Que sea buena.

—¿Por qué te llaman Ida el Cisne? —preguntó.

—Morirás sin saberlo —le respondió.

Ida sacó la mano de debajo de la almohada y apuntó a Ballister con una *derringer* de pequeño calibre. Disparó dos balas sin apartar la mirada de sus ojos. El primer disparo le dio en el brazo, lo cual le hizo retroceder un poco. El segundo pasó rozándole la cabeza y acabó haciendo un pequeño agujero en el armario ropero.

Ballister permaneció en pie. No había más que hablar, se acabaron las preguntas. Levantó la pistola y disparó seis balas contra Ida el Cisne, la última de ellas, directa a la frente, la hizo caer contra el cabezal y la dejó con las piernas colgando del borde de la cama. Ballister enfundó el arma, dio media vuelta y se dirigió hacia el teléfono situado en una esquina del dormitorio. Extrajo un papel doblado del bolsillo del pantalón y marcó el número del café Maryland. Esperó a que el teléfono sonara tres veces hasta que una voz familiar cogió el auricular.

—Ahora tienes dos amigos que enterrar —dijo, colgó y salió de la cabaña, dejando la puerta abierta a sus espaldas para que entraran en ella los sonidos típicos de una mañana campestre.

Angelo y Pudge partieron hacia la cabaña minutos después de recibir la llamada de Jerry Ballister. Angelo había colgado el teléfono del café Maryland dando un fuerte golpe y se había vuelto hacia Pudge, su mirada vacía, explicándole todo lo que necesitaba saber.

—Se trata de Ida —dijo.

El camino, del que ambos siempre habían disfrutado tanto, les parecía ahora tortuoso e interminable. Angelo miraba por la ventana del lado del conductor recordando a la mujer que había dado forma al hombre en el que se había convertido. Les había enseñado todo lo que ella sabía, ofrecido lecciones diarias, preparado a los dos para cuando llegara aquel día. Su cabeza volvió a los siete años de edad, unos cuantos meses después de la paliza callejera de Pudge. Estaba sentado en un rincón del café Maryland, comiendo un plato caliente de sopa de guisantes con tocino. Era primera hora de la tarde y el salón estaba abarrotado, las bebidas volaban de un lado a otro y el personal estaba animadísimo. Dos hombres sentados en una de las mesas centrales se levantaron de la silla y desenfundaron sus navajas, obviando comensales y bebedores. La rabia desencadenada entre ellos era suficiente como para garantizar un combate destinado a acabar con muerte.

Ida salió de detrás de la barra. La melena le llegaba a la altura de los hombros y llevaba una pistola en el cinturón de la falda larga. Caminaba confiada y con estilo, con la cabeza bien alta, los brazos balanceándose a ambos lados de su cuerpo, los clientes retirándose para abrirle paso. Angelo la observaba desde su rincón. Nunca había imaginado una mujer tan bonita, su cara brillaba bajo las calientes luces del café, su sonrisa era capaz de que hasta el hombre más duro la mirara como un bobalicón cuando pasara por su lado. Era la reina de los bajos fondos y su corte, el templo del pecado. El joven Angelo se estremeció al verla detenerse decidida entre los hombres de mirada asesina armados con navajas.

Ida les miró.

—Llevo toda la mañana trabajando para conseguir un buen guiso —dijo—. Sería una vergüenza que alguno de los dos muriera sin haberse acabado el plato. Dadme las navajas. Os las guardaré en la barra. Y si aún queréis mataros después de dos platos de cocido, venid y os las daré. De este modo, quien quiera que muera lo hará con el estómago lleno.

Los dos hombres miraron primero a Ida y luego al plato de comida, con su ira sofocada gracias a las palabras de una mujer. Le entregaron las navajas a Ida, cogieron las sillas y se sentaron de nuevo. Angelo observó como Ida daba media vuelta y volvía la barra. Cuando se detuvo para servirse una jarra de cerveza, se dio cuenta de cómo la miraba Angelo. Le devolvió una mirada cariñosa, como una madre miraría a su hijo, sonrió y le guiñó el ojo. En aquel momento, Angelo supo que siempre estaría seguro y protegido en compañía de una mujer que jamás permitiría que alguien le hiciera algún daño.

Angelo y Pudge contemplaban el cuerpo de Ida. La sangre de las heridas que manchaba sábanas y mantas había empezado a coagularse. Las moscas negras formaban enjambres sobre su fría piel.

—Desharé la cama —dijo Pudge en voz baja—. Luego le pondremos un camisón limpio. Nadie debería verla en este estado.

—Nadie lo hará —dijo Angelo—. Las únicas personas que ella quería están aquí.

—Quería morir en esta cabaña y ser enterrada aquí —dijo Pudge.

Angelo miró a Pudge e hizo un movimiento de afirmación con la cabeza.

—Yo me encargaré de ella —le dijo—. Tú busca lo necesario para encender un fuego.

Pudge miró de nuevo a Ida y le acarició la cara y la cabeza. Se inclinó y la besó en los labios, dio media vuelta y abandonó la habitación. Angelo levantó el cuerpo, la chaqueta y la camisa manchadas de sangre, y la dejó en el suelo mientras cambiaba las sábanas. Encontró un camisón limpio y almidonado en el fondo de un cajón de la cómoda y se lo puso, deshaciéndose de la prenda manchada de sangre. Reposó su cabeza sobre la almohada limpia y la cubrió con una sábana blanca. Se sentó a su lado y se dedicó a cepillarle el cabello hasta que Pudge regresó.

—No creo que le hubiera gustado que rezásemos algo —dijo Angelo—. Y odiaba las despedidas.

Pudge se dirigió a los pies de la cama y cogió el revólver de Ida. Dio la vuelta a la cama y le colocó el arma sobre el pecho.

—Pero creo que esto sí le habría gustado —dijo.

Se sentaron en silencio, a ambos lados de la mujer que les unió en su día. Levantaron finalmente la sábana y le cubrieron la cara. Se pusieron en pie, salieron del dormitorio y cada uno de ellos encendió una cerilla que lanzaron sobre el montón de madera empapada en queroseno que Pudge había preparado en el centro del salón. Contemplaron el inicio del fuego y salieron de la cabaña. Angelo cerró la puerta con

cuidado, abandonando a Ida el Cisne en manos de su destino final.

Permanecieron en el exterior esperando a que el fuego se redujera a ascuas. A aquellas horas, la oscuridad se había apoderado ya de la cima de la montaña y un viento caliente trasladaba el humo hacia una densa hilera de árboles detrás de la cual estuvo en su día la casa principal.

—Vámonos —dijo Pudge—. Aún nos queda otro funeral que preparar.

Se habían congregado más de quinientas personas para rendir sus respetos a Angus McQueen. Esperaban silenciosas, en fila de dos, en un vestíbulo escasamente iluminado situado junto a la habitación donde Angus McQueen yacía en el féretro, vestido con su traje azul oscuro más elegante y una corbata a rayas de color rojo. Angelo y Pudge permanecían sentados en dos sillas plegables, frente al cadáver, a un par de metros de distancia, contemplando las caras de las personas que iban desfilando. Muchos eran antiguos *Gophers* que empezaron con Angus a principios de siglo, en la época en que una guerra de bandas significaba únicamente puños, navajas, clubes y desparpajo callejero. El peaje a pagar por esas batallas semanales quedaba en evidencia en sus cuerpos todavía jóvenes. Cicatrices recorriéndoles cara y cuello, orejas torcidas, nudillos hinchados y muchos de ellos caminando con una pronunciada cojera. Al pasar por delante del cuerpo de Angus, inclinaban la cabeza a modo de insólita oración y estrechaban la mano de Angelo y Pudge. Muchos de los visitantes que pasaban por aquella pequeña estancia, llena de bote en bote, portaban arreglos florales con los que obsequiar a las caras conocidas de la banda que Angus gobernaba en el West Side. Todos sus miembros, excepto uno, estaban presentes, bien en la misma estancia, bien en los vestíbulos adyacentes o sentados junto a los coches aparcados.

—No me parece correcto por parte de Spider perderse el funeral de Angus —dijo Pudge—. Sólo se muere una vez.

—Le he enviado abajo hace una hora —dijo Angelo, saludando silenciosamente con la cabeza a uno de los visitantes—. Le he dado dinero para que pagara a la funeraria.

—No tendría porque tardar tanto.

Angelo echó un vistazo al ataúd de Angus entre la sombra de dos visitantes que desfilaban por delante. El viejo gánster, con su perfecto traje, tenía un aspecto sereno y regio. Angelo levantó la vista y miró las caras de los que desfilaban ante Angus, preguntándose cuántos de ellos serían verdaderamente amigos suyos y cuántos habrían apretado el gatillo que le había matado sólo oír una orden que les mandara hacerlo.

—Para matar a un hombre se necesitan algo más que dudas —dijo Angelo, volviéndose hacia Pudge—. Y eso es precisamente con lo que nos enfrentamos ahora.

—Sólo dos personas más, además de nosotros, sabían donde vivía Ida. —Pudge hablaba muy serio y en voz baja—. Una está en el ataúd.

—Nos enteraremos muy pronto, si es que se trata de Spider.

Pudge sacudió la cabeza.

—Olvídate de obtener una confesión por su parte. Le conozco de toda la vida. Es capaz de no gritar ni una sola vez en toda la noche de Halloween si no recibe un dólar por hacerlo.

Angelo siguió mirando la larga fila de visitantes.

—Lo que veamos, no lo que oigamos, será lo que nos dirá lo que necesitamos saber.

Como era de esperar, Jerry Ballister hizo su entrada en la Funeraria Manson's de Central Park West durante la segunda noche del velatorio de Angus McQueen, dispuesto a mostrarle sus respetos. Se encontraba en medio de una larga fila, con la cabeza inclinada y el sombrero hongo en las manos. Jack Wells estaba apoltronado en el asiento trasero de un coche aparcado en la acera opuesta de la funeraria, fumando un buen puro habano y esperando que llegara su turno para sumarse al desfile solidario. La aparición de Ballister tenía como objetivo alertar a los otros gánsteres de la casa que su jefe estaba en camino. Si la mayoría permanecía allí, fuera por miedo o por respeto, sería una señal evidente para Wells de que la balanza del poder acababa de decantarse hacia su lado. Pero si todo el mundo desaparecía antes de que él entrara, Wells se situaría en el punto perfecto para identificar al atacante. Fuera como fuera, era una ocasión que aprovechar.

Los rumores se habían iniciado ya. La muerte de McQueen había logrado que algunos de los doscientos hombres del equipo del inglés empezaran a sentir miedo. Pocos, si alguno, veían a Angelo y Pudge con la voluntad o la habilidad necesarias para derrotar a Wells, solo o con Ballister. La temeridad del asesinato de James Garrett en la iglesia seguía llamando la atención, aunque podía ser considerada asimismo por algunos como una maniobra excesivamente costosa para eliminar a un policía comprado. El asesinato de Ida el Cisne, retirada desde hacía tiempo y fuera del negocio, asustó a más miembros de la banda de McQueen. Era tan audaz como el golpe de Garrett y servía para demostrar a los gánsteres de ambos bandos que el magnate de la cerveza del Bronx sólo estaba dispuesto a aceptar una victoria total.

—Con el golpe de Garrett rompimos las reglas —me explicó Pudge en una ocasión—. Wells vino detrás y rompió a su vez las reglas con el golpe de Ida. Fue una de las escasas ocasiones en que una mujer ha estado en el punto de mira. Mucha gente lo consideró una maniobra sin clase, dado el tiempo que Ida llevaba fuera del mundillo cuando eso sucedió. Pero tenían miedo a abrir la boca porque todos contaban con tener un nuevo jefe. Es decir, en el funeral todo el mundo esperaba que fracasáramos. Nadie creía que tuviéramos el estómago o la inteligencia necesaria para luchar contra Wells. Corría el rumor de que ninguno de los dos sobreviviría una semana después del funeral de Angus. Y ése fue su error. Un error que nos proporcionó a Angelo y a mí mucho más tiempo.

Jerry Ballister se inclinó ante el ataúd de Angus McQueen, se santiguó y pronunció unas oraciones. Angelo echó un vistazo a la estancia y vio entonces a

Spider MacKenzie, de pie en una esquina, medio oculto por una corona de flores, observando atentamente todos los gestos de Ballister. Al cabo de unos instantes, Ballister se irguió y puso una mano sobre el pecho de McQueen.

—Si no supiera que fue él quien lo metió en la caja —murmuró Pudge— juraría que está realmente afectado por su muerte.

Ballister se apartó del ataúd con una amplia sonrisa dibujada en la cara. Se dirigió lentamente hacia Angelo y Pudge estrechando la mano e intercambiando algunas palabras con varios de los hombres de la fila. Angelo miró por encima de los anchos hombros de Ballister para ver a Spider, inmóvil junto a la corona de flores, con las manos enlazadas tras la espalda.

—Spider ha encontrado un buen sitio para cubrir las espaldas de alguien —susurró Angelo.

—Se trata ahora de adivinar quién es el propietario de esas espaldas —dijo Pudge.

Angelo y Pudge aguardaron a que Ballister se acercara a ellos, con la mano derecha extendida y la perenne sonrisa en la cara. La chaqueta abierta se balanceaba de un lado a otro siguiendo su paso y dejaba entrever dos pistolas enfundadas en el cinturón. En aquel momento, un grupo de visitantes se separó de la cola para seguirlo muy de cerca, cubriéndole a ambos lados.

—Siento todo esto —dijo Ballister cuando le dio la mano a Angelo; Pudge estaba a su derecha—. Nunca tendría que haber sucedido.

Angelo mantuvo la mano de Ballister encerrada en la suya, las caras separadas por escasos centímetros y los ojos de uno clavados en los del otro.

—La vida está llena de cosas que nunca tendrían que haber sucedido —dijo Angelo—. Angus e Ida lo sabían mucho antes de que tú hicieras tu aparición por aquí.

Ballister bajó el tono de voz.

—Ida se defendió. —Sonrió ligeramente al sentir que el apretón de manos de Angelo era cada vez más fuerte, seguía doliéndole la herida del brazo consecuencia del disparo de Ida—. Se mantuvo firme hasta el final. Pensé que os gustaría saberlo.

Los hombres que rodeaban a Ballister estrecharon el círculo, la atmósfera de la habitación estaba tensa y cargada. Spider MacKenzie se apartó de las flores y caminó hasta situarse justo detrás de Ballister dando la espalda al ataúd. En el exterior, Jack Wells, que seguía sentado en el coche, encendía un cigarrillo, ansioso porque aquella tarde acabara de una vez.

—Hay algo que debes saber antes de marchar —le dijo Angelo a Ballister. Le agarró entonces por la muñeca del brazo herido. Pudge seguía inmóvil, con la mirada fija en Spider MacKenzie, observando el sudor cada vez más visible sobre su labio superior. Captó en aquel momento una rápida mirada de reojo por parte de Spider un gesto que sirvió para decirle todo lo que necesitaba saber.

—¿De qué se trata? —dijo Ballister, que iba a marchar pero se detuvo a la fuerza

y se quedó encarando a Angelo y Pudge.

—No vamos a venir a tu funeral —dijo Angelo.

Angelo incrementó la presión ejercida sobre la muñeca de Ballister. Pudge se adelantó y le sujetó firmemente el otro brazo. Ambos, con la mano que les quedaba libre, desenfundaron sus armas y apuntaron al estómago de Ballister. Ballister luchaba por liberarse, pero era incapaz de soltarse. La arrogancia había desaparecido como por encanto y el miedo invadía su mirada. A su alrededor se esfumaron los hombres que segundos antes eran sus aliados.

—¡No puedes hacerlo! —gritó Ballister—. ¡No puedes hacer esto aquí!

—¿Por qué no? —dijo Angelo—. No estamos en ninguna iglesia.

Angelo y Pudge dispararon diez ráfagas al estómago de Ballister, casi a quemarropa. Los visitantes se dispersaron en todas direcciones. Spider MacKenzie fue el único que no se movió. Los chicos de Angus se abalanzaron sobre Ballister hasta que cayó al suelo, ya sin vida. Le soltaron de los brazos y aterrizó de bruces sobre el suelo enmoquetado.

Angelo enfundó la pistola y se dirigió hacia Spider.

—Arrodíllate y reza una plegaria ante tu viejo jefe —dijo Angelo, haciendo un ademán en dirección al ataúd de Angus—. Y luego llévate fuera a Ballister y dile a tu nuevo jefe que la guerra aún no ha terminado.

El asesinato de Jerry Ballister sorprendió a Jack Wells. Con Angus muerto y Spider incorporándose a sus filas, Wells tenía todos los motivos para creer que había ganado la guerra. El propósito del asesinato de Ida era enviar un último cartucho de terror en dirección a Angelo y Pudge. Wells nunca había cuestionado su inteligencia ni su determinación, pero estaba plenamente convencido de que ambos eran demasiado inexpertos como para soportar las presiones de una guerra a por todas. Pensaba que lo mejor que podían llegar a conseguir era una paz negociada que les permitiera, trabajando junto a un amplio espectro de miembros de la banda aún fieles a McQueen, mantener la recaudación de algún que otro pequeño territorio.

—El gánster está acostumbrado a que las cosas sucedan por sí solas —decía Pudge a menudo—. Ha sido así durante muchos años. Haces cualquier maniobra en el territorio de otro, en su negocio, tal vez incluso involucrando a su esposa, y nadie hace nada para detenerte. Y llega a convertirse en costumbre. Quieres algo, lo tomas. Pero llega un momento en que estirar la mano y coger ya no resulta tan sencillo. El momento en que pegas un mordisco y el otro te lo devuelve. Cuando empieza a ocurrir esto, empiezas también a cuestionarte tus propias opiniones y dudas antes de planear otra maniobra. Y eso te debilita. Es lo que Jack Wells debió sentir aquel día sentado en el coche delante de la funeraria, consciente de que había permitido que su mejor hombre cayera en una trampa mortal.

Angelo y Pudge se hallaban sentados en una mesa situada en la parte trasera del café Maryland, uno bebiendo café caliente y el otro leche fría, ambos repasando los libros de cuentas que Angus había dejado.



—Para entender esto se necesita hablar algún idioma extranjero —dijo Pudge frustrado, cerrando de un golpe una gruesa carpeta archivadora.

—Yo hablo un idioma extranjero —dijo Angelo, sin separar apenas el vaso de leche de la boca—. Y no tengo ni idea de lo que dice aquí.

—Tal vez es que no sabemos cómo leerlo —dijo Pudge, recostándose en la silla—. Le diremos al contable que nos lo explique. Lleva más de veinte años llevando las cuentas de Angus y si él no entiende lo que dicen estos libros, entonces es que no lo entiende nadie.

—No necesito ningún libro que me explique que esta guerra está recortando nuestra entrada de dinero —dijo Angelo—. Y los chicos de la banda están poniéndose nerviosos. Parece como si no les importara mucho perder la vida, pero eso de ganar veinte dólares menos a la semana les toca la fibra sensible.

—Afrontémoslo, si no ganamos dinero en cantidad, ¿qué demonios estamos haciendo en el hampa? —dijo Pudge, encogiéndose de hombros—. Tan pronto termine la guerra se pondrán muy nerviosos.

—¿Crees que realmente les importa quién gane? —Angelo dejó el vaso de leche vacío a la izquierda de un libro de contabilidad de color negro.

—Me imagino que a unos pocos sí. A los que empezaron con Angus e Ida cuando este lugar era nuevo. El resto sólo quiere trabajar para quien esté dispuesto a pagarles. La única lealtad que conocen está enterrada en su cartera.

—Nunca pensé que sería así —dijo Angelo—. De pequeño, cuando rondaba por aquí con Ida y Angus y todos sus conocidos, me sentía seguro. Yo pertenecía a este lugar y lo único que quería en el mundo era ser como ellos.

—Y conseguiste tu deseo —dijo Pudge—. ¿Qué esperabas después de tanto tiempo? Eres igual que ellos.

—No —dijo Angelo, mirando a Pudge—. Y tampoco lo eres tú. Ellos no habrían llevado a cabo los golpes de Garrett y Ballister como lo hicimos nosotros. Tenían demasiado corazón como para planear algo tan frío.

—Hicimos lo que se debía hacer.

—Nos resulta tan fácil matar a la gente que empiezo a asustarme. Y aún me asusta más que no me preocupe en absoluto lo que he hecho cuando ya ha pasado.

—No es como trabajar en una gasolinera o detrás de un mostrador —dijo Pudge—. Aquí no se ficha y te marchas. Esto es lo que somos.

Angelo, y esto es lo que hacemos. Y ya que estás dándole tantas vueltas, te daré algo más en que pensar.

—¿Qué?

—Que si tenemos suerte y aguantamos el tiempo suficiente en este mundo, estaremos cada vez mejor en él —dijo Pudge—. Y no me creo que a nadie le resulte fácil vivir en él.

—Ésta es la parte que Angus e Ida se olvidaron de explicarnos —dijo Angelo.

—Creo que es la parte que no podían explicarnos —dijo Angelo, abalanzándose

sobre la mesa para coger la cafetera—. Tal vez porque no sabían cómo hacerlo. O tal vez porque es algo que tiene que vivirse y sólo uno mismo es capaz de hacerse la idea.

Se abrió la puerta del café y, sin soltar la mano derecha del pomo de la puerta, apareció en la penumbra del vestíbulo un chico con gorro de lana y calcetines.

—Un hombre del vecindario me ha pedido que viniera a darle un mensaje —dijo el chico, sin apenas detenerse a respirar y en voz baja.

—¿Tiene nombre ese hombre? —preguntó Pudge, observando por encima de la cabeza del chiquillo para ver si había alguien más escondido.

—Jack Wells —respondió el chico.

—Pasa y cierra la puerta —le ordenó Angelo.

El chico obedeció y se dirigió hacia ellos, examinando con la mirada las mesas vacías, mientras las pisadas de sus zapatos marrones con cordones resonaban sobre el suelo de madera. Se detuvo frente a Angelo y Pudge, cruzó los brazos a la altura de la cintura, miró la mesa y se fijó en la botella de leche medio vacía.

—¿Cómo te llamas? —Angelo cogió un vaso limpio de la estantería.

—George Martinelli —respondió el chico, aún con la mirada concentrada en la leche.

—Bebe un vaso si tienes sed —dijo Angelo—. Y luego escuchemos lo que Wells te ha pedido que nos digas.

George vació el contenido de la botella en el vaso y bebió la leche de tres tragos.

—Quiere tener una reunión con ustedes dos. Dice que ustedes elijan el día y el lugar, siempre y cuando quede fuera de los límites de las dos bandas. Él estará solo y espera que ustedes también.

—¿Dijo algo más? —preguntó Pudge, retirando la silla y colocando las manos detrás de la cabeza.

—Lo último que dijo fue que cuanto antes mejor —dijo George.

—¿Vives en el barrio? —preguntó Angelo al niño.

—Aquí en la esquina, justo encima de la carnicería —dijo George—. Mi papá trabaja en la trastienda, cortando la carne.

—Vete a casa, pero me gustaría que volvieras mañana por la mañana.

—¿Para qué? —preguntó George.

Angelo retiró la silla y se puso en pie, miró al chico sin mirarlo.

—Te lo diré cuando vuelva a verte —dijo.

Angelo desapareció, después de saludar con la cabeza en dirección a la habitación situada en la parte posterior del establecimiento. Pudge se levantó también y le puso al chico una mano en el hombro.

—¿Cuánto te ha pagado Wells por damos el mensaje? —preguntó.

—No me ha pagado nada —dijo George—. Y tampoco se lo pedí.

—¿Y entonces por qué lo has hecho? —preguntó Pudge—. No tienes pinta de ser de los que se asustan por cualquier cosa.

—No lo soy —dijo George, apartándose de la mesa para colocarse frente a Pudge—. Yo quería entrar aquí y nunca encontraba el motivo para hacerlo.

—¿Y es tal y como pensabas que sería? —preguntó Pudge, devolviendo la silla a su sitio.

—No —dijo—. No se parece en nada a lo que me había imaginado.

—Nada lo es. —Pudge se dirigió hacia la habitación trasera para reunirse con Angelo—. Si eres tan inteligente como parece, deberías hacerte un favor ahora mismo y aprender esta lección. Te acabará ahorrando gran parte del dolor que puedas sufrir en la calle.

Angelo partió la cáscara de un cacahuete sin sacar los ojos de la dama barbuda sentada en un gran trono con un enano con medias azules en su regazo. Estaba junto a Pudge, apretujados entre la multitud que llenaba el sótano de St. Nicholas Arena, todo el mundo congregado para presenciar el estrafalario espectáculo del circo ambulante Carbone Brothers.

Pudge hundió la mano en la gran bolsa de cacahuetes que sostenía Angelo y señaló en dirección a la mujer barbuda.

—¿Crees que esta mujer debe acostarse con alguien?

—No veo por qué no —dijo Angelo—. Si le quitas la barba tampoco es tan horrible.

Pudge se metió un montón de cacahuetes en la boca.

—Pagaría una buena pasta para ver a una mujer desnuda con barba. Tampoco se trata de ir más lejos, a menos que escondiera algo que no hubiésemos visto antes.

—Ya te preocuparás de ella más adelante, se quedará aquí una semana entera —le explicó Angelo—. Ocupémonos primero de lo de Wells.

—Llega tarde. —Pudge miró el reloj de bolsillo—. Por ser un tipo al que le gustan las reuniones, no parece tener mucha prisa por empezar ésta.

Angelo miró por encima de la cabeza de Pudge, por encima de las cabezas apretadas frente a cada escenario, y vio a Jack Wells entregando un resguardo a un joven vestido con chaqueta roja y sombrero negro.

—Acaba de llegar —dijo Angelo—. Le dije al niño que Wells nos buscara por donde el tragasables. Allí se dirige.

Pudge se volvió y vio a Wells de refilón, caminando con las manos en los bolsillos en dirección al escenario situado en el rincón más alejado del sótano. Le dio un codazo a Angelo en el costado y ambos empezaron a abrirse camino lentamente entre la multitud.

—¿Crees que ese tipo utiliza algún truco? —preguntó Pudge—. ¿O que realmente se mete esas espadas por la garganta?

—Todo el mundo utiliza trucos —dijo Angelo, depositando la bolsa de cacahuetes en una papelera—. ¿Por qué los tragasables tendrían que ser distintos al resto de la gente?

Jack Wells llevaba un traje viejo de color azul, la chaqueta con lamparones de

café y quemaduras de cigarrillo, los pantalones arrugados pidiendo a gritos un golpe de plancha y unos zapatos rotos listos para ser tirados a la basura.

—Parece más un borracho que el jefe de una banda —le dijo Pudge a Angelo.

—Ése es *su* truco —dijo Angelo—. Llama la atención por su forma de vestir. Pretende que todo el mundo le tome por un don nadie. Pero ya hemos visto su otra cara. Y vaya como vaya la reunión, volveremos a verla antes de que uno de nosotros muera.

—¿Creéis que éste es el mejor lugar para reunirnos, chicos? —preguntó Wells, con el ceño fruncido, viendo que se acercaban Angelo y Pudge. Se plantaron junto a una barandilla de hierro que les separaba del delgado y melenudo tragasables.

—Queríamos que te sintieras como en casa —dijo Pudge. Ignoró la mano extendida de Wells, prefiriendo prestar atención al hombre con leotardos rojos que hundía la mano en un saco de color marrón para extraer de él un puñado de sables, todos de distinta forma y tamaño—. Además, el circo aporta una buena tajada a nuestra gente. Es una oportunidad para observar en directo cómo va el negocio.

—A juzgar por la gente que hay, estos espectáculos deben de ser muy rentables —dijo Wells, retirando la mano—. Nada que ver con las guerras de bandas.

—Deberías recordar este detalle la próxima vez que decidas empezar una —dijo Angelo.

—Era una maniobra necesaria. —La voz de Wells sonaba rabiosa y desafiante—. Hice todo lo posible por evitarla. Pero Angus se negó a escuchar, se negó a admitir que no podía seguir solo, que necesitaba incorporar nuevos socios.

Angelo se le acercó lo suficiente como para poder oler la colonia barata repartida por la cara sin afeitado de Wells.

—¿Qué quieres?

—Acabémoslo de una vez —dijo Wells—. Todos hemos perdido gente que no queríamos ver muertos. No hay ninguna necesidad de repetirlo. Con ello, ni se pierde ni se gana.

—No creo que estés dispuesto a acabar con las manos vacías —dijo Pudge—. ¿Cuánto pretendes llevarte?

—Antes de que empezara la guerra, esperaba hacerme con la totalidad del territorio de Angus. —Wells empezó a hablar al mismo tiempo que el hombre engullía dos espadas.

—¿Y ahora? —Angelo no apartaba la vista de Wells.

—Un veinticinco por ciento el primer año —dijo Wells—. Luego subirá un cinco por ciento más cada año hasta alcanzar el cuarenta. Vosotros os quedáis con la gente de Angus y yo con la mía. No puedo haceros una oferta mejor.

—¿Pagarás tu parte de la paga de protección? —preguntó Angelo.

—Descuéntalo de mi tajada semanal. —Wells se volvió para mirar directamente a Angelo—. Confío en que no sacaréis más de lo necesario.

—¿Y nosotros qué obtenemos de ti? —Pudge dejó entonces de mirar al

tragasables y se recostó sobre la barandilla.

—Un diez por ciento de mis negocios de cerveza y seguros del Bronx. Lo subiré al quince pasados dos años. Eso significaría para vosotros y vuestra gente entre ochocientos y mil dólares adicionales a la semana, aproximadamente. Tal vez un poco más en época de vacaciones.

—¿Y si decimos que no? —preguntó Angelo. Ocultaba como un verdadero profesional el desdén que Wells le inspiraba, enterrándolo bajo una actitud relajada e indiferente. Había aprendido lo bastante como para saber que los negocios y la vida personal, aunque siempre relacionados, debían ser tratados como entes aparte.

—¿Y por qué lo haríais? —dijo Wells, encogiéndose de hombros—. Saldríais de ésta con una banda de primera fila y bastante más dinero en los bolsillos. Y yo con más dinero del que tenía antes de empezar. No veo ningún perdedor.

—¿Y los que ya no están? —preguntó Pudge. La rabia que sentía estaba a punto de asomar a la superficie.

—Si ellos estuvieran aquí en lugar de nosotros, el trato sería el mismo —dijo Wells—. No he venido hasta aquí sólo para ver a un enano metiendo la cabeza en la boca de un león. He venido con la intención de marchar con la paz firmada. Así pues, antes de empezar a hincharme de cacahuetes y palomitas, necesito saber si retiramos las armas.

—Ya ha muerto bastante gente en ambos bandos —dijo Angelo, mirando furtivamente a Pudge y haciéndole un ademán—. La guerra ha terminado. Al menos por nuestra parte.

Jack Wells permaneció mirándoles a la cara un buen rato.

—Muy bien —dijo finalmente, extendiéndoles los brazos—. Ahora somos socios en lugar de enemigos. Lo que tendría que haber sido desde un buen principio.

Pudge miró a Angelo en cuanto Wells dio media vuelta y desapareció entre la multitud.

—No me gusta ese hijo de puta —dijo—. Y no confío nada en él. Tendría que haberle robado una de las espadas a ese tipo y clavársela en el corazón.

—No es una persona que guste ni que inspire confianza —añadió Angelo.

—¿Cuánto tiempo esperas que dure el acuerdo de paz?

—Espero que para siempre —dijo Angelo. Hundió las manos en los bolsillos del pantalón para contemplar las dramáticas reverencias con las que el tragasables obsequiaba al público que le aplaudía—. O, al menos, hasta que uno de nosotros muera.

Los gánsteres utilizan los meses o años que transcurren entre las guerras de bandas para preparar la siguiente gran batalla. En su negocio, la muerte es el único sistema que sirve para mejorar una carrera o reforzar una posición. Los jefes de las bandas pueden decidir librar una batalla por muchas y diversas razones: el amor hacia la esposa de otro gánster el deseo de conquistar el territorio de un rival, la necesidad de obtener más dinero para los componentes de la banda, la rabia provocada por un

insulto. Las razones suelen ser triviales, apenas capaces de ocultar una avaricia visible por todos lados. Igual que sucede con muchos ejecutivos del mundo de los negocios, al gánster le consume el deseo insaciable de poseer lo de los demás. Sin embargo, a diferencia de los corredores de bolsa legítimos, los gánsteres no quedan satisfechos con una simple adquisición amparada por Wall Street, por muy lucrativa que sea. No descansarán hasta que vivan para ver enterrado a su enemigo.

—Es una verdad desde el primer día —me contó Angelo, años después de aquella reunión con Jack Wells—. Ningún gánster es feliz en tiempos de paz. El principal motivo por el que está en su negocio es eliminar a los enemigos. He leído muchas historias sobre los grandes gánsteres, historias en las que se cuenta que eran tan inteligentes que podrían haber dirigido perfectamente grandes empresas en lugar de ser criminales. Tal vez haya parte de verdad en todo eso. Pero ningún gánster sea grande o pequeño, daría nunca lo que tiene por entrar en el mundo de los negocios. Sería incapaz de seguir las reglas. Si estuviera yo al cargo de General Motors, estaría obsesionado por ver muerto al tipo encargado de Ford Motor Company, por mucho tiempo que tardara en conseguirlo. Y cuando hubiera acabado con él, me haría cargo de esa empresa y entraría a formar parte de la mía. Ésta es la mayor diferencia entre un gánster y un ejecutivo. Es posible que éstos piensen en asesinar al tipo con el que se enfrentan. Pero nosotros vamos al grano, a pleno día si es necesario, y lo hacemos.

*Verano, 1931*

La paz entre Angelo, Pudge y Jack Wells se prolongó más de tres años. Durante este tiempo, ambos equipos obtuvieron enormes beneficios y se situaron en la posición adecuada para cosechar todavía más. Los bajos fondos prosperaban mientras el resto del país estaba en garras de la Gran Depresión, con más de ocho millones de norteamericanos sin trabajo y desesperados por obtener algún ingreso. En el ámbito nacional cerraron 2. 294 bancos, pero los jefes de las bandas aumentaban en un tres por ciento semanal los intereses que cargaban por prestar dinero. La masa laboral perdía un promedio de tres trabajadores diarios y los locales de espectáculos realizaban dos funciones diarias para proporcionar un refugio de fantasía a los desempleados. Mientras tanto, los gánsteres más poderosos del país habían desarrollado un plan que ampliaría sus negocios hasta convertirlos en un sindicato nacional del crimen, estructurado con el objetivo de obtener los máximos beneficios en cualquier lugar, fuera legal o no. Mientras Dick Tracy hacía su primera aparición en el *Chicago Tribune* anhelando luchar contra los bajos fondos, los gánsteres de verdad dominaban despóticamente un reino democrático cuyas bases parecían estar al borde del colapso.

—Fue nuestro momento —solía decir Pudge, refiriéndose a aquellos años—. Tal vez la mejor época que haya existido para vivir de eso. Había dinero donde pisáramos. Y ésa fue la razón por la cual realizamos la maniobra para expandir el negocio en el ámbito nacional. Dicha maniobra nos proporcionó una estructura e hizo mucho más fácil, con la ayuda del transporte y de la banca, convertir el dinero que ganábamos ilegalmente con el juego y el alcohol en dinero de curso legal. En aquellos años, por jóvenes que fuésemos, cualquiera del mundillo que tuviera una pizca de cerebro sabía que si seguíamos manejándolo todo como hasta aquel momento, tarde o temprano seríamos los dueños de todo el país. Pero se necesitaba mucha paciencia para conseguirlo. Y había demasiados gánsteres que carecían de ella. Supongo que eso sucede en cualquier sitio, sea el negocio que sea. Siempre hay alguien que no puede esperar.

Angelo e Isabella paseaban por la parte sur de Broadway cogidos de la mano, deteniéndose cada tres pasos para mirar escaparates. Los últimos tres años habían sido excelentes para Angelo. Él y Pudge habían solidificado su poder respecto a los chicos de Angus y habían ampliado el grupo hasta llegar a más de mil componentes asalariados. A diferencia de otros líderes de bandas, Angelo y Pudge no eran gánsteres exclusivistas. Fueron los primeros en aceptar la entrada de judíos en sus filas y se aventuraron en Manhattan norte y suburbios del extrarradio para reclutar

miembros seleccionados de las bandas negras mejor organizadas. Ambas acciones se realizaron únicamente por motivos de negocios, no sociales.

—Los gánsteres negros deseaban una parte del pastel en un momento en que nadie quería saber nada de ellos —decía Angelo—. Para entrar en el mundillo, estaban dispuestos a trabajar el doble por mucho menos dinero, lo cual significaba para nosotros tener los bolsillos más llenos. Y si decidimos aceptar a los judíos fue por un motivo aún mejor. Eran asesinos de primera categoría. Iban a cualquier parte, en cualquier momento, y no les importaba a quien tuvieran que matar. E igual que los negros, lo hacían principalmente por llamar la atención sabedores de que, en nuestro negocio, es la reputación y no la raza o la religión lo que acaba proporcionando el mayor botín. Muchos de esos matones judíos que contratamos al principio, acabaron con su propia empresa del crimen. Fue en ese momento cuando se hicieron mucho más caros aunque, incluso así, seguían mereciendo la pena.

Angelo y Pudge aceptaron rápidamente la idea de una comisión nacional del crimen y contribuyeron a su implementación con un amplio abanico de propuestas al respecto. Formaban parte de una nueva generación de gánsteres americanos, moviéndose al paso acelerado de un siglo marcado por el dinero y aprovechando totalmente cualquier oportunidad que se presentase. Mientras que los gánsteres del pasado se conformaban con sobornar a una buena cantidad de oficiales de la policía, ellos eran capaces de presentar sus propios candidatos políticos y de sentar en los juzgados a sus propios letrados. Los bajos fondos gobernaban tribunales y bancos y controlaban la importación y la exportación de cualquier producto que cruzara el océano o las fronteras del estado.

—Era como la revolución industrial de los criminales —me explicaría Pudge—. Por las razones que fuesen, durante todos esos años actuamos por libre. Los federales estaban tan sólo empezando y no se enteraban de nada. Lo único que preocupaba a la policía local era el aumento de sueldo. Y John Q. ponía la mano dispuesto a recibir cualquier cosa que pudiéramos darle. Lo teníamos todo y lo dirigíamos todo y parecía como si nadie jamás pudiera ser capaz de cambiarlo.

La relación con Jack Wells se desarrollaba también sin problemas. Gracias a la guerra librada contra McQueen, Wells había consolidado sus bases y ganado cierto respeto entre sus colegas. Había ampliado su red de distribución de cerveza hasta más allá del Bronx, alcanzando por el norte hasta Toronto y por el oeste hasta Scranton, Pennsylvania, poniendo voluntariamente a disposición de Angelo y Pudge una pequeña parte de sus abundantes beneficios. Los dos bandos seguían sin confiar plenamente el uno en el otro pero, mientras el dinero fuera entrando, no había razón alguna para temer un resurgir de las hostilidades. Angelo era consciente de que una nueva confrontación con Wells era inevitable a la larga. Existía demasiada sangre entre ellos como para no librar una batalla final. Por el momento, sin embargo, Angelo se conformaba con permitir que la falsa paz que existía entre ellos siguiera su curso.



Isabella se detuvo al ver que Pudge se acercaba con un enorme oso de peluche debajo del brazo.

—Para el bebé —dijo—. Quería ser el primero en regalárselo al niño.

—Gracias. —Cogió el oso—. Lo pondré en un lugar donde pueda verlo bien. —Isabella se ponía nerviosa en presencia de Pudge. Saboreaba su papel de gánster, disfrutaba mucho más de él que su esposo.

Cuando estaba con Angelo, siempre le resultaba sencillo olvidarse de quién era y de cómo se ganaba la vida. Pero con Pudge era imposible.

—Ya sé que no te importo mucho —dijo Pudge—. Y no te culpo por ello. Eres una mujer lista y nunca he conseguido atraer a ese tipo de mujeres.

—Eres un buen amigo de Angelo —dijo Isabella—. Algo que siempre respetaré.

—Nunca permitiré que le suceda nada malo —dijo Pudge—. Lo juro por mi vida. Y lo mismo digo por lo que respecta a ti y al bebé.

—Si tu objetivo es mantener con vida a mi esposo, serás siempre mi amigo.

—A medida que se hace mayor mi trabajo va resultando más fácil —le explicó Pudge—. Es muy bueno en lo suyo.

—Mejor sería que no lo fuese tanto —dijo Isabella—. Así empezaría a buscar otro tipo de trabajo.

—Siempre es agradable pensar en cosas así —dijo Pudge—. Nunca tiene nada que ver con la verdad.

—¿Y qué es la verdad? —preguntó ella.

—Que ninguno de los dos tiene otra elección.

—¿Por qué me cuentas todo esto?

—Para que nunca le odies —dijo Pudge—. No quiero que mires a tu marido y veas a un gánster. Como te sucede cuando me miras a mí.

—A él le conozco en aspectos que tú desconoces —dijo Isabella—. Y jamás podré odiar lo que conozco.

Pudge hizo un ademán con la cabeza.

—Entonces es un hombre afortunado —dijo.

—¿Por qué debemos elegir la cuna con tanta antelación? —le preguntó Angelo a Isabella mientras miraban un escaparate donde se exponía un extenso surtido de alfombras hechas a mano.

Ella le miró, le sonrió y le acarició la cara con dulzura.

—Angelo, la habitación tiene que estar lista antes de que nazca el bebé —dijo—. A menos que pretendas que duerma con nosotros.

—¿Por qué te refieres siempre a él y no a ella? —La cogió de la mano.

—Porque sé que llevo dentro a tu hijo. —Bajó la vista y acarició su vientre, ligeramente abultado—. Es demasiado tranquilo para no serlo.

Las otras madres me explican que sus hijos les dan patadas y puñetazos. El mío no. Está ahí, tranquilamente sentado y pensando. Igual que su padre.

Dejaron el escaparate atrás y siguieron paseando, uniendo las manos

automáticamente al empezar a andar.

—Aún no hemos hablado del nombre que recibirá el bebé que tendrá todo ese nuevo mobiliario —dijo Angelo.

—No será complicado —dijo Isabella—. Si tengo razón y es un niño, le llamaremos Carlo, en recuerdo de tu hermano.

Angelo se detuvo para mirar a su esposa. La rodeó con los brazos y se fundieron muy juntos bajo el implacable sol de la tarde. Angelo hundió la cabeza en su cuello, vencido por la emoción.

—Te quiero —fue lo único que logró decir.

—Deberíamos seguir —le susurró ella al oído—. Le he dicho al hombre de la casa de los muebles que no llegaríamos más tarde de la una.

Caminaron en silencio varias manzanas, con las manos unidas. Cuando estaba con Isabella, Angelo lo era todo menos un gánster. Ella conseguía que afloraran a la superficie los sentimientos de cariño y dulzura que había aprendido a anular tanto tiempo antes. Cuando estaba a su lado, Angelo no pensaba nunca en temas relacionados con los negocios ni en los motivos que pudieran ocultar las acciones de sus enemigos. Se rendía a la fachada de padre feliz esperando ansioso el nacimiento de su primer hijo y encontraba cierto consuelo en la naturaleza relajada que comportaba esa actitud.

—¿Cómo descubriste esta tienda? —preguntó Angelo.

—Me la dijo un amigo de mi pruna Graziella —respondió Isabella—. Se dedica a fabricar cunas a mano que duran toda la vida. Por muchos niños que se acaben teniendo.

—Jamás pensé que me gustaría tener un hijo —dijo Angelo—. Era algo que me daba miedo sólo de pensarlo.

—¿Y qué te da miedo? —preguntó Isabella.

—No sé qué tipo de padre voy a ser —dijo Angelo—. Pero lo que sí sé es el tipo de padre que no quiero ser.

—No serás como tu padre. Eso no te ocurrirá. —Había presenciado las muchas pesadillas que sufría de madrugada y sabía hasta que punto el miedo le impedía conciliar el sueño y le atormentaba el alma—. No eres el mismo tipo de hombre.

—Soy peor en muchos aspectos —dijo Angelo—. ¿Qué pensará mi hijo de lo que hago?

—No lo sé.

—No quiero que sea lo que yo soy —dijo Angelo, convencido—. Quiero que sea un buen hombre.

—Lo será —dijo Isabella con resolución—. Te lo prometo.

La miró, hizo un movimiento de afirmación con la cabeza y le sonrió, acabando con ello su mal humor.

—En ese caso —dijo—, tendremos todos los hijos que quieras.

Ella recostó la cabeza en su hombro.

—¿Sabes que nunca he tenido un recién nacido en brazos? Estaré muy nerviosa cuando regresemos a casa procedentes del hospital.

—Le diremos a Pudge que lo coja. Nunca se pone nervioso por nada.

Isabella separó la cabeza del hombro de Angelo y se echó a reír.

—¿Por qué le gusta que le llamen Pudge? —preguntó—. ¿Qué pasa con su autentico nombre?

—Lo odia —dijo Angelo—. Lo odia desde que lo conozco. Por suerte para él, hay muy poca gente que recuerde su nombre. Así que dejemos que siga feliz y que sea un buen tío Pudge para nuestro hijo.

—Pero tú sabes como se llama ¿verdad? —preguntó Isabella, mirando sonriente a su esposo.

—Sí —dijo Angelo, devolviéndole la sonrisa—. Lo sé.

—¿Me lo dirás? —le preguntó, acariciándole la cara—. Por favor.

—Llevo casi veinte años guardándole el secreto. —Empujó con cariño a su esposa hacia la entrada de la tienda que tantas ganas tenía de ver—. Creo que podemos esperar como mínimo hasta que hayamos elegido la cuna para que duerma el bebé.

El vendedor era bajo, calvo y con una enorme tripa colgándole por encima del cinturón. Tenía las manos pequeñas, como las de un niño, y su voz amenerada rozaba la feminidad. Sonrió inmediatamente al ver a Angelo e Isabella y se secó con delicadeza el sudor de la frente con un pañuelo doblado. La tienda disponía de una gran variedad de muebles, desde armarios y mesas de despacho hasta camas y comedores. Era un local con poca luz, unas gruesas cortinas impedían la visión de la calle y sólo había unas lamparitas alumbrando en las esquinas. Angelo necesitó varios minutos para acostumbrar sus ojos del resplandor del sol del exterior a la penumbra reinante en el establecimiento. Y cuando fue capaz de ver debidamente, se dio cuenta de que no había nadie más en la tienda, exceptuando ellos dos y el vendedor.

—Es casi hora de comer —dijo el vendedor, interpretando la preocupación que denotaba la cara de Angelo—. Si hubieran venido a primera hora de la mañana no habría podido atenderles de lo llena que estaba la tienda.

—¿Es usted el señor que construye las cunas? —preguntó Isabella, buscando en la tienda los muebles que quería.

—No, señora —dijo el hombre, negando con la cabeza y con mucha educación—. Hoy no ha venido a trabajar. Pero, por suerte, tenemos aquí una buena muestra de sus cunas. Las guardo en la trastienda. ¿Quieren acompañarme a verlas?

—Me encantaría. —Isabella sonrió a Angelo indicándole que la siguiera—. Y también a mi esposo.

El hombre hizo una pequeña reverencia y les condujo hacia la parte trasera del establecimiento. Angelo observaba su andar agitado y el círculo de sudor que estaba formándose alrededor del cuello almidonado de la camisa. Observó asimismo como el hombre miraba nervioso hacia la penumbra, medio esperando que surgiera alguien

de ahí para sorprenderle. Angelo apretó la mano a Isabella, desenfundó la pistola que llevaba en la cintura y la guardó en el bolsillo de la chaqueta. Se detuvo y tiró de su mujer hacia él.

—Debemos salir de aquí —le susurró—. Y debemos hacerlo ahora mismo.

—Pero si aún no hemos visto ninguna cuna.

—¡Ahora, Isabella! —dijo Angelo, en voz alta y decidida.

Los dos hombres salieron de detrás de un gran aparador de madera oscura, pistola en ristre y apuntando a Angelo por la espalda. El vendedor se esfumó por una esquina, oculto entre mesas de despacho y muebles sofisticados, cabizbajo y con un único propósito. Angelo escuchó el ruido de las pisadas sobre el suelo alfombrado y el clic de la recámara girando lentamente en el interior del cañón de una pistola. Se volvió hacia Isabella para ver una mirada de terror sin esperanza apoderándose de sus facciones. En aquel breve instante de horripilante silencio, la cabeza de Angelo se concentró en un día lluvioso, cuando entregó una fruta a una joven de sonrisa magnética.

—¡Detrás de ti! —gritó Isabella.

Angelo dejó de mirarla y, pistola en mano, se volvió dispuesto a enfrentarse a los hombres que se acercaban. Echaron a correr hacia él, disparando constantemente, las balas se acercaban una tras otra, con gran estrépito y velocidad. Angelo permanecía en pie, vaciando la pistola sobre esos hombres que alguien había enviado para que le mataran.

Todo acabó en menos de treinta segundos, pero para Angelo Vestieri, cada movimiento pareció prolongarse una vida entera.

Angelo entornó los ojos cuando se encendieron las luces del techo. Miró hacia la derecha y vio a Pudge sentado en una silla, con las manos cerradas en puños, mirándole fijamente.

—No hables —dijo Pudge tan pronto como vio que su amigo abría los ojos—. Sólo escucha lo que tengo que decirte. Te han dado tres veces, nada grave. Una de las balas te ha pasado rozando la cabeza y te ha dejado varias horas sin conocimiento. Por eso llevas el vendaje. Otra te ha atravesado el hombro. Y la última ha ido a parar a la pierna. Saldrás de aquí en una semana, quizá menos.

—¿Dónde está Isabella?

—¡Te he dicho que no hables, maldita sea! Al menos hasta que termine con todo lo que tengo que decirte. —La voz de Pudge empezaba a debilitarse—. Hazme un gesto con la cabeza si es que me entiendes.

Angelo hizo un gesto afirmativo con la cabeza y cerró los ojos.

—Estaban contratados por Jack Wells —dijo Pudge—. Se trataba de llevarte allí. Pagaron a alguien del barrio para que le explicara a Isabella todo lo que había en la tienda y la convenciera para ir. Wells es el propietario del edificio y todo el mundo que trabaja en él le tiene tanto miedo que jamás se negaría a hacer lo que Wells ordenara.

Angelo abrió los ojos y alargó una mano. Pudge se la apretó con fuerza.

—Te saliste muy bien con la pistola, Ang —dijo—. Uno de los matones murió allí mismo. El otro está dos pisos más abajo que nosotros en estado crítico. Se suponía que tenían que dispararte únicamente a ti. No se imaginaban que Isabella fuera a interponerse y tratara de salvarte.

Pudge apenas si podía hablar, su fuerte cuerpo temblaba de los pies a la cabeza.

—Lo siento mucho —logró decir—. Juré ante la tumba de Ida que jamás permitiría que te pasara nada. Ni a Isabella, ni al bebé. Tendría que haber estado allí contigo. Tendría que haberlo olido, pero no fue así.

Angelo seguía sin decir nada. No era necesario. Preguntaba con su mirada la única pregunta que debía hacerse.

—Ha muerto —dijo Pudge—. Isabella ha muerto.

El horizonte de la ciudad había oscurecido a sus espaldas, la noche llegaba para terminar con lo que, sólo unas cuantas horas antes, había sido un precioso día de verano.

—Llévame a verla —dijo Angelo.

Pudge levantó la cabeza y la sacudió de un lado a otro.

—Las heridas son muy recientes. Si te mueves, volverán a abrirse.

—Quiero ver a mi esposa —susurró Angelo—. Llévame allí.

Pudge se secó la cara con la manga de la chaqueta, respiró hondo y asintió.

—Tendrás que moverte tan rápido como yo, si nos ven intentarán detenernos.

—Mátales si lo hacen —dijo Angelo.

—La vida le dio a Angelo muchas razones para ser una persona fría —me comentó Pudge en una ocasión—. Pero el asesinato de Isabella fue la gota que colmó el vaso. Pasó la noche entera llorando junto a su cadáver. Demonios, los dos lo hicimos. Hasta que, de repente, él dejó de hacerlo. Y a partir de aquel momento, sólo vivió para hacer sufrir a sus enemigos. Había perdido a demasiados seres queridos y lo mejor que supo hacer para que eso no volviera a ocurrirle, fue no querer nunca a nadie más. Se dedicó a que los demás perdieran lo que amaban y a quienes amaban. Ya no se trataba de negocios o venganza. Era odio y eso fue, con toda probabilidad, lo que le ayudó a convertirse en una leyenda de los bajos fondos. Pero ser leyenda y hombre a la vez resulta muy duro. El Angelo enamorado, feliz y esperando el nacimiento de su hijo, desapareció para siempre.

*Invierno, 1932*

Angelo y Pudge esperaban en el oscuro vestíbulo, junto a la puerta trasera, en la parte posterior del almacén. Seguían temblando después del largo paseo por la ciudad, las ráfagas de gélido aire polar procedentes del río atravesaban los abrigos como cuchillos. Habían aparcado el coche cerca del extremo del muelle, prefiriendo utilizar las calles vacías a modo de escudo de seguridad contra cualquiera que pudiera seguirles.

Angelo cojeaba ligeramente; la pierna derecha seguía entumecida de rodilla para abajo debido a la lesión nerviosa provocada por la bala. Pero, haciendo caso omiso del dolor, trataba de seguir el paso acelerado de Pudge. Angelo había pasado el verano entero y buena parte del otoño recuperándose de las heridas y de la pérdida de Isabella, viviendo en el piso superior de un apartamento escuetamente amueblado del Upper West Side. No aceptaba compañía alguna, exceptuando la visita diaria de Pudge. Pasaba la mayor parte del día sentado en un sillón de piel y con la mirada fija en la hilera de pisos que se perdían en dirección al río Hudson. Una vez por semana, le acompañaban en coche hasta el cementerio de St. Charles, situado en el extremo occidental de Long Island, donde pasaba una hora en silencio delante de la tumba de su esposa. Había insistido en que el funeral fuera completamente íntimo, restringido únicamente a amigos y familiares. Ni Jack Wells ni Spider MacKenzie se tomaron la molestia de aparecer en el funeral y las coronas de flores que enviaron no pasaron del cubo de basura de un pasillo lateral. Angelo había ordenado a todos los miembros de su banda que siguieran trabajando como de costumbre y que permitieran cualquier avance que Wells pudiera realizar en su territorio sin temor a ningún tipo de represalias. Por su parte, Wells se movía lentamente, contentándose hasta el momento con sólo mordisquear pequeñas partes del dominio de Angelo. Wells iba mostrándose más atrevido a medida que pasaban los meses, convencido de que el asesinato accidental de Isabella había acabado con las ansias de lucha de Angelo y con su deseo de seguir controlando los bajos fondos de Nueva York.

—De haber sabido que el chico iba a doblegarse tan fácilmente con la muerte de su esposa, lo habría hecho mucho antes —le comentó Wells a Spider MacKenzie después de enterarse de que su banda acababa de apoderarse de otro de los negocios que Angelo poseía en Manhattan—. Por su forma de actuar, parece estar tan muerto como ella.

Spider asintió con la cabeza y, como era normal en él, no dijo nada. Se había vendido a Wells por un porcentaje de beneficios mayor al que obtenía antes y por la sensación de gozar de más poder entre sus filas; había logrado ambas cosas, pero

deseaba en silencio no haber realizado aquella maniobra. Spider MacKenzie no estaba hecho para ser un líder en aquel nuevo *statu quo*. Carecía de la brutalidad y de la frialdad de la que un jefe de banda debía hacer gala y era incapaz de simplemente encogerse de hombros ante el asesinato de la esposa de un antiguo amigo. Sabía que sus errores podían conducirle directamente a la muerte, pero parecía no importarle. Angus le había dicho en una ocasión que, para la mayoría de los hombres, el precio a pagar por una traición era excesivo. Que tenían que vivir con ella el resto de su vida y que muy pocos eran capaces de sobrevivir con esa carga. Spider MacKenzie sabía que no era de esos pocos.

Se abrió la puerta delantera del almacén, permitiendo la entrada del aire frío y los rayos de luz. Spider palpó la pared hasta dar con el interruptor que encendió una larga hilera de bombillas colgando del techo. Cerró la puerta a sus espaldas de un portazo y se volvió para cerrarla con llave. Echó un vistazo a la nave, atiborrada de cajas de whisky reden llegadas de la frontera canadiense y listas para ser distribuidas. MacKenzie se dirigió hacia el fondo del almacén, cabizbajo y con las manos en los bolsillos. Angelo y Pudge seguían de pie, con la espalda pegada a la helada pared, pistola en mano y observando como la sombra de Spider se acercaba cada vez más hacia donde estaban. Al llegar a la esquina de la nave, Spider se detuvo para extraer un llavero del bolsillo del pantalón. Se dirigió hacia la puerta metálica que daba acceso al sótano del almacén e introdujo la llave en la cerradura. La cerradura hizo el sonido de abrirse y Spider abrió la puerta. Empezó a descender por la oscura escalera, quedándose petrificado al sentir el frío cañón de una pistola presionándole el cogote.

—Debes estar muy bien posicionado con Wells —dijo Pudge, metiendo la mano en el cinturón de Spider para despojarle de su arma—. Me refiero a que debe confiar mucho en ti para entregarte las llaves de su escondite.

—¿Vais escasos de whisky, chicos? —preguntó Spider. Iba con cuidado de no moverse y de mantener los brazos colgando a ambos lados de su cuerpo y las manos abiertas—. Sólo teníais que pedirlo. Os habríamos vendido unas cuantas cajas.

—Siempre es mejor tomar que recibir —dijo Pudge.

—Enciende la luz del sótano —dijo Angelo, detrás de Spider—. Y luego empieza a bajar.

—Ahí no hay nada, sólo una pequeña oficina y un horno —dijo Spider—. Todo el whisky lo guardamos arriba.

—No pretendemos hacer el inventario —dijo Pudge, hundiendo aún más el cañón de la pistola en el cuello de Spider—. Así que haz lo que Angelo dice.

Spider hizo un movimiento de afirmación con la cabeza y Angelo y Pudge le siguieron escaleras abajo en dirección al sótano.

—Nuestros camiones llegarán en pocos minutos para empezar a sacar el whisky —dijo Pudge—. Por el tamaño del botín, creo que necesitarán unas buenas dos horas para limpiar el local.

—Lo quiero todo vacío —dijo Angelo—. Y que rompan las cajas que no quepan

en los camiones.

—Exceptuando una botella —dijo Pudge—. La que envolveremos para regalo y enviaremos a Wells. Necesitaré un buen trago cuando se entere de esto.

Angelo entró en el pequeño despacho situado junto al caliente horno. Echó un vistazo a los archivadores y a las enormes pilas de libros de cuentas amontonadas junto a las paredes.

—Aquí es donde Wells guarda sus archivos de distribución —dijo Pudge—. Los archivadores que hay en esos armarios contienen todos los nombres y fechas, el coste de cada botín y los beneficios obtenidos.

Angelo cogió uno de los libros para hojearlo.

—¿Quién te lo ha chivado?

—Un estúpido jugador propietario de Sam's Deli, a unas tres manzanas de distancia de aquí. Wells lleva comiendo allí bocadillos de pechuga de pollo asada desde que ganó su primer dinero. No se queda con nada de las ganancias de Sam porque sabe que es un muerto de hambre. Sam lleva aproximadamente un año apostando con un tipo de nuestra banda. La semana pasada descubrí que Sam nos debía casi novecientos dólares. Recorté la diferencia a cambio de que soltara todo lo que sabía de este lugar.

—En estas cajas hay como mínimo treinta mil en whisky —dijo Angelo—. Tal vez más. No está bien tener secretos de este tipo con los socios.

—Wells empezó a trabajar en este edificio cuando entró en el hampa —dijo Pudge—. Al principio de los tiempos, probablemente antes incluso de que oyera hablar de Angus. El almacén de distribución principal lo tiene en Gun Hill Road. Vamos, el que se supone que debemos conocer. Éste pretende mantenerlo en secreto. Le gusta considerarlo como su lugar de la buena suerte.

—Pues su suerte acaba de cambiar —dijo Angelo, depositando uno de los libros sobre la pequeña mesa de despacho situada en el centro de la oficina—. Y no para mejor.

La puerta del horno estaba abierta y la habitación llena de nubes de humo de color blanco. Angelo estaba sentado en la silla de madera, dando la espalda a las escaleras y a Spider, echando tranquilamente al fuego libros de cuentas y archivadores. Un piso más arriba, se escuchaban las voces apagadas y los pasos de Pudge y sus hombres cargando cajas de whisky en las partes traseras de los camiones. Angelo tenía la cara y la camisa empapadas de sudor pero, a pesar de ello, seguía adelante con la tarea de destruir los archivos y recibos del negocio de cerveza y whisky de Jack Wells, tan cuidadosamente conservados hasta aquel momento.

—Mejor que reflexiones bien sobre lo que estás haciendo, Angelo —dijo Spider, con voz ronca y cansada—. Estoy seguro de que Jack empezará una nueva guerra cuando se entere de todo esto.

—Nunca terminamos la última —dijo Angelo. Lanzó otro archivador a las llamas y se acercó a Spider, tendido en el suelo y con la cabeza junto al último escalón—. Y



empezaremos hoy mismo.

—¿Haciendo qué? ¿Quemándole los archivos y robándole el whisky? —preguntó Spider—. No es una forma inteligente de herir a Wells.

—Eres su hombre número uno, Spider —dijo Angelo, agachándose y mirando a los ojos del que antes fuera su amigo—. Te escucha. Te pide consejo. Este tipo de influencias pesan mucho, es lo que nunca le gustaría perder al jefe de una banda. Matarte sí que haría daño a Jack Wells ¿verdad? ¿Le haría mucho daño?

MacKenzie miró a Angelo, una cara henchida de arrepentimiento y consuelo.

—Estás haciéndome un favor —dijo—. Nunca debería haberme apartado de lo que tenía con Angus. Siempre pertenezco allí.

Angelo se puso en pie y contempló a Spider MacKenzie, el fuego del horno les quemaba y convertía la estancia en una misteriosa escena de sombras danzantes. Apretó con fuerza la pistola y la alejó de su cuerpo. Respiró hondo, en silencio, y disparó tres balas en el pecho de Spider sin alterarse. Angelo guardó de nuevo el arma, dio media vuelta y volvió al horno dispuesto a quemar el último archivo.

Un gánster debe estar siempre preparado para matar a un amigo. Es uno de los muchos secretos a voces del negocio, ya que es la prueba más certera de su capacidad de gobernar y mantener el respeto de sus hombres. Eliminar a un enemigo implacable requiere poco más que tener la oportunidad, la suerte y la voluntad de apretar un gatillo. Pero acabar con la vida de alguien considerado íntimo, a pesar de una traición previa, requiere una determinación que muy pocos poseen.

—Nunca hablamos sobre esto, Ang y yo —me explicó una vez Pudge—. Me imagino que no queríamos tener que llegar a pensar nunca en ello. Nos queríamos más que si fuéramos hermanos. Pero en caso de que el negocio lo hubiera requerido, no me cabe la menor duda de que me habría disparado, igual que yo le habría disparado a él. No quiero decir con esto que nos hubiéramos sentido felices haciéndolo o que no hubiéramos llorado cuando todo hubiera acabado, pero lo habríamos hecho. No hay otra alternativa. Ningún gánster tiene otra alternativa.

Yo sabía que eran asesinos, pero jamás me sentí en peligro estando en su compañía. Cuando era pequeño, disfrutaba escuchando sus historias y apreciaba la sensación de misterio y aventura que les rodeaba. Ya de adulto, jamás me permití el lujo de juzgarles, aunque a veces me cuestionara mi propia falta de inquietud ante su habilidad por acabar con la vida de alguien. No resulta sencillo amar a gente dispuesta a matar con tanta facilidad. Cuando, por ejemplo, los hijos de Angelo se enteraron de la verdad sobre su padre, no quisieron acercársele más. Fue una puerta que se negaron a abrir. Pero para mí era distinto. Me educaron con ellos y estaba completamente al corriente de sus reglas asesinas. Tomar otra actitud habría significado dar la espalda a los dos hombres que más quise en mi vida.

Mary llevaba varios minutos sentada en silencio observando a Angelo, con la cabeza tambaleándose a causa de la cantidad de recuerdos que había estado conjurando durante la larga noche que llevábamos juntos. A mis espaldas, el sol del

amanecer daba vida a la ciudad y, fuera de la habitación, las enfermeras andaban ocupadas con el cambio de turno.

—Le daba tanto miedo encariñarse de alguien —dijo finalmente, volviendo a mirarme—. Todas las personas que quería acabaron muriendo.

—También sentía cariño por usted —dije—. Al menos, por la forma en que usted habla de él, creo que también lo sentía. Y usted sigue viva.

—Hay formas muy distintas de morir —dijo Mary—. A veces, las palabras hacen mucho más daño que una bala. Y Angelo lo veía así.

—¿Es lo que hizo con usted?

—Y contigo —dijo ella.

—¿Entonces por qué estamos aquí? —pregunté—. ¿Por qué somos los únicos que aún nos preocupamos por él?

—Quizá no sacó de nosotros todo el amor que sentíamos por él —dijo Mary. De repente, su preciosa cara se llenó de tristeza.

—¿Por qué no? —Un ataque de ira añadió cierto sentido a mis palabras—. Si era tan inteligente, tan despiadado, ¿por qué no logró que llegáramos a odiarle tanto como para desear verlo muerto?

Mary echó su silla hacia atrás y se encaminó hacia la puerta situada en una esquina de la habitación. Caminaba cabizbaja, con las manos balanceándose a ambos lados de su cuerpo, digna, sin perder la compostura.

—Tal vez no lo quería así —dijo, dándome la espalda—. La respuesta podría ser tan sencilla como ésta.

Entonces salió al pasillo, la puerta cerrándose tranquilamente a sus espaldas, dejándome a solas con Angelo en el silencio de la habitación del moribundo.

El perro lobo albino aprisionó con la mandíbula el musculoso cuello del pitbull. La multitud humana situada en torno al foso gritaba entusiasmada y lanzaba más dinero en la enorme caja situada junto a Jack Wells.

—Dobla mi apuesta, Big Jack —gritó un tipo barbudo vestido con mono de trabajo y un abrigo de cazador—. Y prepárate para ver morir a tu pitbull favorito.

—Será un placer aceptar tu dinero —gritó Wells a modo de respuesta—. Si pierde ante un perro albino, la verdad es que mi viejo *Grover* no merece otra cosa que la muerte.

El pequeño granero estaba lleno de humo y de gente. Unos sesenta hombres se amontonaban formando círculo en torno a una valla divisoria, contemplando el sangriento deporte de las peleas de perros y apostando en ello. Una vez al mes, fuera cual fuera la época del año o lo que sucediera en su vida, Jack Wells se dejaba caer por una granja vacía situada en Yonkers con el objetivo de dirigir una serie de encuentros entre los perros más fieros de los tres estados colindantes. Junto a las paredes había hileras de barriles de cerveza y jarras vacías y era posible obtener botellas de whisky a precio de descuento; las apuestas podían alcanzar fácilmente los cinco mil dólares por pelea.

Para ser declarado perdedor era imprescindible que el perro acabara muriendo. *Grover*, el pitbull de Jack Wells, cuyo nombre debía a *Grover* Cleveland, el presidente americano favorito del gánster llevaba dos años en el ruedo y seguía sin perder un encuentro, saboreando sólo... y literalmente, la caliente sangre de la victoria. Entre combate y combate, el perro era alimentado con los mejores cortes de buey crudo. Le bañaban diariamente con una mezcla de lejía pura, jabón de manos e hielo para que la piel se mantuviera áspera al tacto y resultara difícil de cortar. A diario, le afilaban artificialmente los incisivos. A *Grover* no le estaban permitidas las muestras de cariño, su vena debía mantenerse a punto para las peleas mensuales en el circo de arena. Los días en que no había pelea programada, permanecía encerrado en una gran jaula de malla situada en la parte trasera del granero y los encargados de cuidarle, le pinchaban regularmente con unos palos largos y puntiagudos. Cada noche, antes de la cena, le ponían una larga correa de cuero alrededor del cuello y lo sacaban a pasear por los campos de los alrededores donde podía perseguir hasta matarlos a diez conejos vivos puestos expresamente a su disposición. Aquel trato inhumano tenía un claro propósito. *Grover* era el perro más mezquino de la arena y todos los propietarios temían ponerle frente a su mejor animal.

—Si los chicos de mi banda fueran la mitad de listos que ese perro —solía despotricar Wells—, tendría en mis manos muchos más territorios. Sería dueño de la mitad de este maldito país.

Wells sostenía una cerilla encendida junto al extremo del puro, contemplando como *Grover* se escabullía del ataque del perro lobo y abrazaba con los potentes músculos de la mandíbula una de sus patas traseras. *Grover* hundió los dientes con todas sus fuerzas y el sonido del hueso roto pudo oírse aun a pesar de la algarabía de la multitud. Wells apagó la cerilla soltando un hilillo de humo blanco por la boca y sonrió, presintiendo una victoria más de aquel perro sin rival. Se volvió hacia la derecha, donde estaba el propietario del perro lobo.

—Hazle un favor a tu perro —gritó—, pégale un tiro y mátale antes de que mi *Grover* empiece a despedazarlo. Un par de minutos más y no podrás ni vender su esqueleto a los que compran comida para perros.

El hombre, vestido con un traje de tres piezas y sombrero hongo, lanzó al suelo un puñado de dinero, dio media vuelta y salió del granero. La multitud se apiñaba, silenciosa, observando la carnicería que tenía lugar a sus pies. En aquellos momentos, el perro lobo estaba tendido en el suelo, el pelaje blanco manchado de sangre, la mitad de su tórax abierta. A *Grover* le salía espuma por la boca, mordía y masticaba frenéticamente, destripando carne y huesos.

—La partida ha terminado, Wells —gritó un hombre desde el lado opuesto de la valla—. Ordénalo y deja que la pobre bestia muera en paz.

—Ha terminado cuando yo diga que ha terminado —replicó a gritos un enfurecido Wells—. Y esto no sucederá hasta que no vea a mi perro de pie sobre el otro muerto.

Angelo Vestieri aguardaba detrás del gentío, con la espalda apoyada contra un montón de heno fresco, observando como Wells batallaba contra una curiosa mezcla de granjeros, cazadores y matones. Llevaba toda la tarde allí, resguardado por las amplias espaldas y los brazos levantados de los hombres ansiosos por disfrutar de una visión más cercana y de apuestas mayores, con los pulmones ardiendo debido al humo que inhalaba constantemente sin poder remediarlo. Sabía que aquella sería la última pelea de la noche y que pronto empezaría a dispersarse la multitud, rumbo a casa con lo que quedara de su dinero y sus perros. También sabía, según lo que le había explicado Ida el Cisne años atrás, que Jack Wells sería el último en abandonar el granero.

Estaba casi amaneciendo y Jack Wells seguía en el foso ensangrentado del granero contando las ganancias obtenidas. *Grover* estaba a su lado, agotado y herido, bebiendo agua fresca de un recipiente; la espuma blanca, densa como la manteca, seguía resbalándole por las comisuras de la boca. Wells dobló los billetes y despidió con un movimiento de cabeza al último rezagado, un granjero de mediana edad que salía del recinto por una puerta lateral con un rotweiler envuelto en vendajes. Se inclinó y acarició lentamente el lomo de *Grover* para comprobar la gravedad de las heridas.

—Eres un tipo duro, se necesitan más de un par de mordiscos para dejarte fuera de combate —le dijo al perro. Hablaba con el orgullo de un padre—. Te curaremos y volveremos aquí de nuevo pero por última vez. Después, te doy permiso para dimitir y tirarte a todas las putas que puedas.

*Grover* gruñó y siguió bebiendo agua con total indiferencia. El perro tenía la mirada perdida, la nariz hinchada llena de mocos y sangre y respiraba todavía acaloradamente. Debajo de las cuatro patas se habían formado pequeños charcos de sangre.

—Me ha costado cierto tiempo, pero finalmente lo he entendido —dijo Angelo, apareciendo por sorpresa por la parte trasera del granero, iluminado por las bombillas que colgaban del techo y mirando a Wells y a su perro—. Eres de los que ordenan matar pero nunca se manchan las manos con sangre. De los que disfrutan viendo como los demás pelean por ellos. Incluso su propio perro.

Wells alzó la vista al oír las palabras de Angelo. *Grover* mostró una hilera de dientes y ladró flojito, más una cuestión de rutina que una verdadera amenaza.

—No sabía que te gustaban las peleas de perros —dijo Wells—. Espero que no hayas perdido mucho dinero en las apuestas por culpa de mi chico.

—No —dijo Angelo—. No perdí nada.

—Me encantaría poder ofrecerte algo de beber —dijo Wells, encogiéndose de hombros—. Pero este mes voy de baja en cuanto a bebida. No sé si te has enterado, pero hace muy poco saquearon uno de mis almacenes del Bronx.

—No bebo —dijo Angelo—. Y jamás actuó contra un socio a menos que éste me dé un buen motivo para hacerlo.

Jack Wells dio una patada a una piedra y se acercó a Angelo. El perro ensangrentado estaba tendido en el suelo, apoyando la cabeza contra el recipiente del agua y con los ojos adormilados.

—Te diré una cosa —dijo—. Voy a darte la oportunidad de salirte de ésta. Todavía eres joven y probablemente tienes una buena tajada ahorrada de todo lo que llevas ganado. Es tu oportunidad para salir de este mundo, para salir con lo que tienes y salir con vida. Es el mejor trato que jamás he ofrecido a nadie.

—Me encanta mi trabajo —dijo Angelo. Hablaba con tono tranquilo y firme, tenía las manos en los bolsillos del pantalón y la mirada fija en Wells—. Y soy demasiado joven como para pensar en retirarme.

—Y también demasiado joven para morir —dijo Wells—. Y tan seguro como que las monedas de cinco centavos llevan un búfalo dibujado, que te veo muerto un día de éstos.

Angelo echó un vistazo al granero, con toda la tranquilidad del mundo, observando los bloques de heno amontonados en pilas de tres y los establos de los caballos, cerrados y limpios. Se volvió a su izquierda y miró de soslayo la valla, las barandillas aún goteando sangre, la tierra parduzca mezclada con los restos de huesos y carne.

—¿Qué mejor momento que ahora? —dijo.

Wells flexionó la cintura y se precipitó contra Angelo, que se preparó para el golpe, con los brazos extendidos, las piernas separadas y los zapatos negros hundidos en la tierra. Angelo soltó un gruñido al rodear a Wells con sus brazos y atizarle un rodillazo en el estómago. Cayeron al suelo, chocando contra la puerta abierta de un establo de caballos. Wells se debatía tratando de apartarse de la cabeza y el pecho de Angelo, mientras una lluvia de puños se desplomaba sobre sus costillas y su cara y le hacían buscar aire desesperadamente. Angelo agarró un puñado de tierra y lo lanzó a los ojos de Wells, cegándole por un instante, luego le dio un puñetazo en el estómago y se puso en pie. El pecho le quemaba y la sangre resbalaba por la comisura de sus labios.

—No eres lo suficientemente bueno como para derrotarme —dijo Wells, respirando a bocanadas—. Y nunca lo fuiste. Si quieres saber la verdad, tu esposa habría peleado mucho mejor que tú.

Angelo se puso en pie de un brinco y se abalanzó de nuevo contra Jack Wells, chocando con la espalda contra una vara de madera. Empezó a dar puñetazos cegado por la furia, atacando a Wells desde todos los ángulos posibles, lanzándole derechas e izquierdas a la cabeza, hundiéndole repetidamente la rodilla derecha en el estómago y la entrepierna. No necesitó mucho tiempo. Wells se derrumbó lentamente en el suelo, las piernas hechas un nudo, con la cabeza cayendo hacia un lado. Angelo siguió golpeándole y atizándole puntapiés; sus zapatos, con las puntas manchadas de sangre, se movían del suelo de tierra hacia la cara de Wells a ritmo lento. Las bodones angulosas de Angelo estaban empapadas de sudor. Tenía los nudillos pelados y

completamente enrojecidos.

Un brazo musculoso surgió de repente por detrás de Angelo y dio fin a la pelea.

—Ya ha recibido su merecido —le dijo Pudge a Angelo al oído, tirando de él con fuerza.

Angelo respiraba con dificultad, el aire salía de su boca con un silbido, tenía el pelo alborotado y la cara colorada. Miró a Pudge por encima del hombro y asintió con la cabeza.

—Ayúdame a arrastrarlo hasta el foso —dijo.

Angelo agarró a Wells por debajo de los hombros, Pudge lo cogió por las piernas y sacaron su cuerpo del establo. Se detuvieron frente a la valla divisoria y Pudge abrió el pestillo de una patada. Empujaron a Jack Wells hasta el centro del campo de batalla de los perros, dejándolo caer de espaldas al suelo pero con la cabeza aplastada contra la tierra. Quedó allí con los miembros completamente extendidos y aturdido, descansando sobre los restos de huesos, charcos de sangre y cuerpos partidos en dos de animales muertos. Pudge extrajo dos pistolas de sus cartucheras y entregó una de ellas a Angelo. No esperaron a que Wells hablara. Ni dijeron ellos palabra. Ni Angelo ni Pudge tenían interés alguno por oír súplicas o sentimentalismos o declaraciones de venganza. Sólo les interesaba una cosa, así que subieron a la parte alta del foso y vaciaron sus armas sobre Jack Wells, doce balas en total. Y en cuanto acabaron, lanzaron las armas al foso y desaparecieron.

La guerra había terminado.

—En esa esquina hay alguna manta para los caballos —le dijo Pudge a Angelo. Estaba junto a *Grover*, el perro sangraba todavía y gemía de dolor.

—¿Para qué necesitamos un perro? —preguntó Angelo, saltando por encima de los montones de heno y palpando en la oscuridad una manta gruesa de color marrón—. Y más concretamente uno que nos mordería a la primera oportunidad que se le presentase.

—Siempre podríamos utilizarlo como un amigo más —explicó Pudge. Cogió la manta que le pasaba Angelo, se arrodilló, y envolvió con ella al perro. Se puso en pie, con *Grover* pegado a su pecho—. Y si alguna vez nos metemos en apuros, sabemos que es capaz de defendernos.

Pudge empezó a caminar en dirección a la puerta doble que daba al exterior.

—Lo llevaremos al médico que cuidaba del perro de Angus. Si alguien es capaz de curarlo, es él.

—Este perro es un asesino —dijo Angelo, siguiendo la sombra de Pudge y volviéndose un instante para mirar a Jack Wells por última vez—. Creo que debía recordártelo por si acaso se te ha olvidado.

—Y nosotros también —dijo Pudge, deteniéndose y dando media vuelta para mirar a Angelo a la cara—. Por si acaso se te ha olvidado.

*Primavera, 1934*

Era primavera cuando Clyde Barrow y Bonnie Parker fueron abatidos a balazos en una carretera a unos cien kilómetros al este de Shreveport, Louisiana, acabando con ello dos años consecutivos de robos a mano armada que les habían proporcionado un botín de tres mil quinientos dólares. A finales del mismo año, y cuando salía de un cine de Chicago del brazo de la mujer que acababa de traicionarle, John Dillinger moría en manos de los agentes del FBI. Su cadáver fue descubierto sin nada más que algo de calderilla amontonada en el fondo de una vieja cartera. A finales de verano, el ejército norteamericano convirtió la isla de Alcatraz, situada en la bahía de San Francisco, en la cárcel que acabaría albergando a Al Capone, George «ametralladora» Kelly y a Robert Stroud, «el hombre pájaro». Los tres, enemigos públicos acaparadores de titulares que acabaron muriendo como personas sin valor alguno.

Fue también la primavera en la que Angelo Vestieri, de veintiocho años de edad, y Pudge Nichols, de treinta y uno, comenzaron a dirigir la mayor y más rentable banda de los bajos fondos de Nueva York. Una distinción que les hizo ganar millones de dólares libres de impuestos y dos sillones de los nueve que constituían la Comisión Nacional del crimen, en cuya formación habían colaborado tres años antes. Compartían igualdad de poder confiaban únicamente el uno en el otro y no permitían que nadie entrara en su territorio privado. Se mantenían aparte de cualquier tipo de publicidad y de las apariciones en la prensa, temerosos de que dicha notoriedad disparara las investigaciones del Departamento de Justicia sobre sus actividades. Angelo estudiaba las costumbres de los líderes del mundo de la industria y los negocios de la época e intentaba seguirlos. Leía el Wall Street Journal y el New York Times. Devoraba libros sobre técnicas de negocios y banca y leía todas las biografías de líderes mundiales que su tiempo libre le permitía. Pudge disfrutaba trabajando con números y demostraba un gran olfato para las inversiones. Utilizaba ambos puntos fuertes para ampliar aún más el amplio abanico de actividades de la banda. Eran gánsteres modernos, decididos a gobernar su violento mundo con las armas invencibles del miedo y las finanzas.

Los corredores y banqueros de Park Avenue, autorizados a utilizar los servicios de sus prostíbulos sin cargo alguno, les habían enseñado las artes del blanqueo de dinero. Transformaron rápidamente esas lecciones en una máquina de hacer dinero contante y sonante, intrincada y perfectamente estructurada, que transfería los beneficios ilegales de la prostitución, el juego y el whisky hacia los seguros refugios de las propiedades urbanas y las participaciones en empresas diversas.

—No queríamos que nadie supiera cuánto dinero o cuántas propiedades teníamos

—me explicó Pudge en una ocasión—. Ese tipo de información provoca celos y, en nuestro tipo de trabajo, esto siempre acaba con la muerte de alguien. Así que nos dedicamos a financiar banqueros con problemas financieros, nos quedábamos con una parte del banco, precintábamos nuestros archivos y cambiábamos los nombres de las empresas participadas. Y entonces, más o menos cada dieciocho meses, lo cambiábamos todo de nuevo, los nombres y todo lo demás. Si alguien se hubiera dedicado a inspeccionáis hubiera tardado meses o años en descubrir el camino que seguía, un simple dólar. Controlábamos la ciudad y nadie se daba cuenta de ello.

Sus vidas personales, siguiendo la tónica de siempre, constituían la única área en la que Angelo y Pudge decidieron elegir caminos distintos. Pudge odiaba abiertamente el matrimonio pero sentía una pasión insaciable por las mujeres. Sus deseos le otorgaban la libertad de elegir sin problemas entre las cuatrocientas chicas de vida alegre que trabajaban en sus filas. Vivía en una suite situada en el último piso del Madison Hotel, en West Forty-seventh Street, y mantenía una reserva de trajes y camisas en los armarios de media docena de casas de citas de la ciudad. Y esto, no tan sólo le permitía pasar la noche donde le diera la gana, sino también evitar crear modelos evidentes de su rutina.

—Éramos dos individualistas —solía decir Pudge—. Pero de forma distinta. Después de la guerra con Wells, aprendí a ser un poco más cauto. Conducía mi propio coche y nunca aparcaba dos veces en el mismo sitio. Y nunca permitía que una mujer, por mucho que me gustara, pasara la noche entera a mi lado. Ya me habían disparado una vez en la cama en compañía de una fulana y no estaba dispuesto a permitir que me sucediera una segunda. Si estaba en una reunión de negocios y me ofrecían una copa, controlaba de no ser el único con un vaso en la mano. Son esas pequeñas cosas las que te permiten sobrevivir en los bajos fondos. Si eres capaz de vivir así y no volverte loco, tienes muchas oportunidades de seguir con vida durante mucho, mucho tiempo.

Angelo vivía solo en el antiguo piso que Ida poseía junto a la vía del tren, sobre el café Maryland. Las paredes de las habitaciones estaban decoradas con fotografías enmarcadas, un tributo a las pocas personas que amó. El comedor era de Angus, normalmente con sombrero hongo y ostentoso esmoquin, paseando su estilo por las calles del West Side que durante tanto tiempo le pertenecieron. El salón era de Ida, oteando desde su privilegiado puesto detrás de la barra del Café, con la flor de su espectacular belleza en pleno apogeo. En una de las fotografías, tomada cuando se encontraba en la cumbre del hampa, el brillo de sus ojos derrotaba el resplandor de las luces del techo y su maravillosa sonrisa hacía entrar en calor hasta el cuerpo más frío. El pequeño despacho de Angelo, situado en la parte trasera del piso, estaba repleto de libros de cuentas, archivadores y papeles de la empresa, rodeados todos ellos por retratos de un sonriente Pudge siempre dispuesto a posar como un actor al saber de la existencia de una cámara.

El dormitorio estaba enteramente dedicado a Isabella.



Era la única estancia en la que se veía obligado a detenerse antes de entrar; el peso de su pérdida seguía obsesionándole. Nadie tenía permiso para entrar en el piso, excepto Pudge, aunque ni él se atrevía a meter un pie en el dormitorio. *Grover*, el pitbull que Pudge rescató después del asesinato de Jack Wells, solía ser la única compañía de la que disfrutaba Angelo la mayoría de las noches. Angelo y *Grover* cenaban juntos, en silencio, escuchando la música del bar filtrándose a través de las grietas del entarimado de madera. Angelo sufría insomnio y rara vez dormía durante la noche. Se dedicaba entonces a pasear con *Grover* por las calles oscuras cercanas al Café; el perro tenía la piel llena de cicatrices y nunca se separaba de su lado. Cuando intentaba descansar, lo hacía sentado en un sofá tapizado en piel situado junto a la ventana del dormitorio, con un libro en la mano y una foto enmarcada del día de su boda en el regazo, contemplando con sus incansables ojos el ir y venir del tráfico en la calle y con *Grover* acurrucado a sus pies.

—Era el gánster más poderoso de la ciudad —me dijo Pudge—. Y con mucho, el más triste. Estúpidamente, me sentía celoso de él. Yo nunca sabría lo que era estar enamorado de alguien. Angelo, sí. Sí, fue cuestión de poco tiempo, aunque eso es bastante más de lo que consigue mucha gente. Perderla como la perdió hizo que lo que pasó entre ellos se transformara en algo mucho más grande. Pero nunca quería oír nada de eso. Sólo quería que se le permitiera echarla de menos tanto como la echó. Sabía que nadie podía sacarle eso. Nunca hablaba de ella, nunca la mencionaba, guardaba todo lo que hubo entre ellos en su interior y cerrado bajo llave. Creo que todas las noches que pasaba solo en esa habitación con aquel perro loco que encontramos, lo consideraba como sus momentos privados con ella. La mantenía con vida de ese modo, al menos en su cabeza. ¿Quién sabe? Tal vez eso también le mantuviera a él con vida.

Angelo se arrodilló frente a la tumba de mármol, las manos calientes sobre la piedra esculpida. Era domingo por la mañana a primera hora y la luz del sol empezaba a alumbrar la vasta extensión del cementerio situado en lo alto de la colina. Había abandonado la ciudad mientras era aún de noche y conducido en solitario los noventa minutos que le separaban de allí, deteniéndose únicamente para comprar dos ramos de flores recién cortadas en las tiendas del mercado que permanecían abiertas la noche entera. La tumba de Isabella estaba al cobijo de la sombra de un gran sauce llorón y sus viejas y gruesas ramas la protegían tanto del sol como de la lluvia. Había retirado las flores secas y las hojas pardas que cubrían la lápida. Estaba solo en aquel territorio cerrado por verjas y lo único que alteraba el silencio reinante era el fuerte silbido de un poderoso vendaval.

Acarició con cariño la piedra de la tumba y se arrodilló de nuevo, el abrigo ensuciándose con polvo y gravilla. Cogió las flores para colocarlas en dos jarrones que situó frente a la tumba. Entrelazó las manos, sin subirlas por encima de la altura de la cintura, e inclinó la cabeza aunque sin intención de rezar. Angelo nunca rezaba, había tomado la decisión de no creer en un Dios cruel capaz de permitir que la muerte

se cerniera sobre una joven esposa y su hijo nonato. Levantó la cabeza hacia el cielo y sintió el calor de la silenciosa presencia de Isabella permitiéndose, entonces, el extraño lujo de una sonrisa.

Angelo se inclinó y, con los ojos cerrados, besó los dos nombres cincelados en el duro granito. El primero era el de su esposa, Isabella Conforti Vestieri. El segundo el del hijo que nunca llegó a ver, Carlo Vestieri. Introdujo la mano en el bolsillo para extraer de él un gran melocotón redondo, muy similar al que le entregó a Isabella el día en que se conocieron. Lo depositó sobre la tumba, entre los dos jarrones.

Angelo hizo una reverenda con la cabeza y se puso en pie. Dio media vuelta y salió silenciosamente del cementerio, descendiendo despacio colina abajo hasta llegar al coche.

Era un hombre joven en luto eterno, desprovisto de un amor que jamás podría volver a alcanzar.

Era un hombre rico, con muchos millones a su disposición, conseguidos en un país difícil dispuesto a dar sólo a aquellos que más dispuestos estaban a tomar.

Era un hombre con poder, que controlaba las vidas y los destinos de miles de personas, muchas de las cuales nunca llegaría ni a conocer.

Era un enemigo al que temer y un amigo que nunca traicionaría la fuerza de esa unión.

Era un astuto hombre de negocios que veía las oportunidades muchos años antes de que llegaran a materializarse.

Era un asesino con un corazón duro como una piedra, dispuesto a eliminar cualquier enemigo que representara la más mínima amenaza para su imperio.

Era Angelo Vestieri.

Un gánster.

## LIBRO DOS

«El hogar de los valientes  
Hay quien dice que somos responsables de los que amamos otros saben que  
somos responsables de los que nos aman.»

NIKKI GIOVANNI, *The December of My Springs*

*Otoño, 1964*

Angelo Vestieri entró en mi vida durante el séptimo partido de la World Series que disputaban los New York Yankees y los St. Louis Cardinals.

Acababa de cumplir los diez y vivía con la cuarta familia que me acogía en adopción en los últimos dos años. Mis nuevos padres eran una callada pareja de mediana edad que vivía en un segundo piso alquilado en la parte trasera de un edificio sin ascensor emplazado entre Twenty-sixth Street y Broadway. Parecían bastante felices con mi compañía y más felices aun cuando llegaba por correo el talón que mensualmente remitía el Departamento de Servicios Sociales del Estado de Nueva York para pagar mis gastos de alimentación, escuela y transporte. Nunca me tomé como una cuestión personal ninguno de mis cambios de familia, había aprendido a aceptarlos como las transacciones de negocios que realmente eran y a olvidarme de la estabilidad parental a largo plazo que públicamente pretendían ser. Sabía que la tolerancia que pudieran mostrar respecto a mí terminaría tan pronto como mis padres adoptivos se dieran cuenta de que las limitaciones que imponen el cuidado de un niño no compensan la comodidad que conlleva la llegada regular de un talón. Etiquetado como huérfano de nacimiento y bajo la tutela estatal, pronto me percaté de que vivir con una familia, fuera indiferente o cruel conmigo, era una opción mucho mejor que la vida en el orfanato.

No había tenido la suerte de ser acogido por una pareja del Upper East Side deseosa de introducir un hijo en su boyante mundo, ni por unos padres frustrados de un suburbio frondoso que temblaran sólo de ver a un chiquillo jugando en su espacioso jardín. Todos los huérfanos soñamos con una suerte así, pero la realidad pisa fuerte y llega un día en que te despiertas y sabes que simplemente estás bajo la custodia de John y Virginia Webster, un ferroviario con problemas de juego y una ama de casa que bebe más de la cuenta. Y lo aceptas y vives con ello lo mejor que puedes, consciente de que una noche sonará el teléfono y te enviarán con otros padres deseosos de aumentar la familia. Al menos, durante unos cuantos meses.

Iba camino a casa, de vuelta de la nueva escuela, con los libros hechos un paquete bajo el brazo derecho y los pies doloridos debido a lo justas que me iban las zapatillas P. F. Flyer que acababa de heredar aquella misma mañana. Era principios de octubre y hacía tiempo que habían desaparecido por completo las cálidas brisas veraniegas para dar paso a gélidas ráfagas de otoño. Esperaba llegar al apartamento con tiempo suficiente como para poder pillar desde el pequeño transistor que Virginia Webster me había regalado para mi habitación, las últimas jugadas del séptimo partido. Me encantaba el béisbol y, sobre todo, los Yankees, y seguía todos los encuentros que

podía a lo largo de la temporada. Nunca había estado en el campo, pero visualizaba mentalmente y sin problemas sus impresionantes dimensiones mientras escuchaba la voz familiar de Mel Alien haciendo realidad los partidos.

Al doblar la esquina de Twenty-eighth Street, vi un bar con ventanas oscuras y un letrero luminoso. Me detuve un instante para observar su interior; vi unas cuantas figuras bebiendo, fumando y hablando, con las cabezas levantadas, a modo de un colectivo, en dirección a un pequeño televisor colgado bastante más arriba de las hileras de botellas. Deposité los libros a mis pies, puse las manos junto a la cara y me pegué al cristal para ver mejor el interior. Estaban dando la World Series por la tele y aunque apenas si podía imaginarme las formas en movimiento, permanecí allí hipnotizado, contemplando los jugadores cuyos nombres y estadísticas de todo tipo almacenaba con todo detalle en mi memoria. Solamente una de las familias con las que había vivido tenía dinero suficiente como para tener un televisor, aunque se encendía por la noche y cuando hacía rato que me había acostado. Los jugadores vivían y jugaban en mi imaginación. Cobraban vida gracias a los destellos instantáneos de la foto de un periódico o de los cromos de béisbol de otros niños de la escuela, o Gracias a las imágenes obtenidas a través de los fríos cristales de bares oscuros como aquél.

—¿Cuánto van? —preguntó el hombre. Estaba de pie a mi lado y con su altura me tapaba el sol de última hora de la tarde.

—Acabo de llegar —dije, sin ni tan siquiera volverme para mirarle—. No lo veo muy bien, pero creo que van por delante los Cardinals.

—¿Por qué no entras? —me preguntó el hombre—. ¿Por qué no presencias el partido desde un sitio donde puedas verlo de verdad?

—No tiene ningún sentido —le dije—. El dueño del bar me echaría enseguida.

—Quizás este bar es distinto —dijo el hombre.

Vi que ponía la mano en el pomo de la puerta y tiraba de ella, abriéndome a un mundo de sonidos del partido mezclados con el dulce aroma del café recién hecho, las hamburguesas asadas y la cerveza de barril. Levanté la cabeza y le vi la cara por vez primera. Era alto, mucho más grande que casi todos los hombres que había visto en mi vida, delgado y musculoso, e iba vestido con pantalones negros con la raya planchada, chaqueta negra y camisa negra abotonada hasta el cuello. Tenía el cabello negro como el azabache, liso y peinado hacia atrás. Me observaba con unos ojos claros que no evidenciaban apenas vida o movimiento. Iba bien afeitado y casi no tenía arrugas, el aspecto de un hombre joven en un cuerpo de mediana edad.

Esperaba con la puerta abierta.

—¿Tengo que entrar solo? —preguntó en voz baja aunque potente, como si se sintiera muy cómodo dando órdenes y sin problemas por abusar de ello.

—Tal vez llegue a ver como Mantle saca antes de que me echen —dije, recogiendo los libros y entrando con él en el bar.

Dentro había seis hombres y se pusieron todos en pie al vernos entrar. El

encargado dejó de barrer el suelo y se inclinó para coger una jarra de leche y un vaso helado de la pequeña nevera que tenía a la altura de sus piernas. Yo abría la marcha y el hombre me seguía apoyando una mano en mi hombro, cojeando ligeramente con la pierna derecha.

—El niño quiere ver el partido —dijo el hombre—. Encontradle un buen sitio y traedle algo de comer. Y echadle sólo en caso de que se dedique a animar al equipo que no toca.

Todos los hombres se echaron a reír y sonrieron luego. Uno se acercó para acompañarme hasta una mesa situada justo enfrente del televisor.

—Tenemos estofado de lentejas —dijo—. ¿Qué te parece un buen plato de eso y luego una hamburguesa con queso y patatas fritas?

Tomé asiento, dejé los libros sobre la mesa e hice un movimiento de afirmación con la cabeza.

—Estaría perfecto, gracias —dije—. Pero sólo llevo un cuarto de dólar.

—En este caso, esperaré poca propina —dijo, desapareciendo.

El hombre de la calle se acercó a mi mesa y me miró.

—Disfruta lo que queda de partido —dijo—. Puedes venir siempre que quieras. Nadie te echará, a menos que des motivos para hacerlo.

—Gracias —dije—. Y no se preocupe, si vengo no le causaré ningún problema.

—No me preocupo —dijo el hombre.

Marchó también. Se dirigió lentamente hacia la barra y cogió el vaso de leche que acababa de servirle el empleado de la barra y luego desapareció en dirección a la trastienda.

Aquél fue mi primer encuentro con Angelo Vestieri.

Angelo tenía cincuenta y ocho años cuando le conocí y se decía de él que era el gánster más poderoso de América. La lejana guerra con Jack Wells había fortalecido su nombre en el submundo de Nueva York y las batallas posteriores sólo sirvieron para expandir aún más sus territorios. Él y Pudge habían conseguido sobrevivir las amenazas físicas y legales. Eludieron las cazas gubernamentales que explotaron a principios de la década de los cincuenta a raíz de las vistas televisadas del subcomité del senador Estes Kefauver. Y no se doblegaron bajo la inexorable presión que Robert F. Kennedy ejerció sobre el crimen organizado durante su permanencia como fiscal general del Estado.

Las cuatro guerras que libraron en los años posteriores a la lucha con Wells habían aumentado la percepción general de que ahora formaban parte del folclore del mundillo. Pero su maniobra más audaz tuvo lugar en 1939, cuatro años después de la guerra con Wells, y fue bautizada por los periodistas como «La Noche de las Vísperas». Fue, de lejos, el acontecimiento más sangriento de la historia del hampa. En una única veloz y brutal maniobra, Angelo y Pudge orquestaron el asesinato de treinta y nueve cabecillas del crimen organizado.

—Sacarse de encima a tanta gente en una sola noche fue algo que nunca se había

hecho anteriormente y es más que probable que nadie se atreva a hacerlo de nuevo — solía decirme Pudge, cuando nos sentábamos el uno frente al otro para comer *linguini* bañados en una espesa y picante salsa de pescado—. En menos de doce horas, nos libramos de toda la gente situada entre nosotros y el cielo. Nadie lo vio venir, ni tampoco se lo esperaba la gente que colaboró con nosotros. Pero Angelo lo tenía todo perfectamente planeado. Llevaba dos años urdiendo el plan, había calculado hasta el más mínimo detalle y únicamente lo había explicado a quienes realmente debían saberlo. Ningún matón tenía la más remota idea del alcance del golpe. Cada uno de ellos pensaba ser el único encargado de cometer un asesinato esa noche. Fue una maniobra brillante. Murieron treinta y nueve gánsteres, todos en una sola noche. Y así fue como Angelo Vestieri se convirtió en leyenda.

La Noche de las Vísperas fueron las doce horas más violentas de la historia de los bajos fondos. Era una historia que siempre pedía que me contaran de pequeño. Era mucho mejor que cualquier cuento escrito que pudieran contarme para ir a la cama, porque la fuerza de su valentía y la precisión de su sangre fría eran reales y no resultado de la imaginación. Los días anteriores a la noche en cuestión, la Comisión Nacional clasificó a Angelo y Pudge, jóvenes, brillantes y brutales dentro de la segunda división de la élite criminal del país. Los hombres situados por encima y que cometían crímenes a diario, podían encontrarse en puntos tan distantes como Chicago o Cleveland, aunque en su mayor parte se concentraban en Nueva York y Nueva Jersey. Sus decisiones eran ley y todo el mundo estaba obligado a acatarlas. Todos eran mayores y mucho más expertos en los negocios del mundillo. Angelo y Pudge necesitarían décadas para ascender por la escalera del crimen organizado y llegar a estar en la posición adecuada para que sus decisiones fueran las definitivas.

Ninguno de los dos estaba dispuesto a esperar.

—Elegimos los treinta mejores matones del país —dijo Angelo, en un tono que sería más característico de un corredor de Wall Street que de un gánster—. A cada uno de ellos le encargamos un trabajo y le pagamos por adelantado antes de dar el golpe. Un contacto, una reunión. A todos les dejamos claro que morirían también en caso de fallar. Pudge y yo nos repartimos los nueve que quedaban. Y nos dispusimos a hacer lo que mejor se nos da. A la mañana siguiente, yo era el primero de la clasificación y Pudge el segundo, sin tener que esperar nunca más a nadie. Teníamos el control.

Entre los nueve asesinatos atribuidos a Angelo y Pudge, estaban los de dos hombres, Tony Rivisi y Freddy Meyers, que habían trabajado anteriormente para Jack Wells y que se trasladaron a Buffalo después de su muerte. En cuestión de un año, se hicieron responsables de casi todos los golpes acontecidos fuera del estado de Nueva York y la comisión los clasificó hacia la mitad de los treinta. La rumorología del hampa vinculaba sus nombres al asesinato de Isabella.

—Angelo nunca me dijo si eran o no los hombres del cochecito y yo tampoco se lo pregunté —me dijo Pudge—. Pero me dejó muy claro que esos dos eran suyos. Y

los mató como si realmente tuviera algo personal contra ellos. Los encontraron en un matadero de la ciudad, clavados de un gancho por la nuca, con el cuerpo destripado como el de una vaca y con los ojos arrancados. Ese último detalle era una superstición italiana cuyo significado era que nunca encontrarían la paz después de la muerte. Y si realmente formaron parte del equipo que mató a Isabella, lo tenían más que merecido.

Me senté en el bar, comí todo lo que me pusieron por delante y contemplé como los Yankees perdían el séptimo partido de la World Series frente a Bob Gibson. Empujé la silla hacia atrás, cogí los libros, dispuesto a marchar y a volver a la realidad de mi mundo. Cuando miré el reloj colgado en la pared del bar, me di cuenta que pasaban diez minutos de la hora en la que los Webster solían empezar a cenar y di por sentado que aquello no les sentaría nada bien. Eran tan puntuales como el amanecer; las tres comidas que hacían a lo largo del día tenían lugar siempre a la misma hora y nunca se apartaban de su rutina. Llevaba tres semanas viviendo con ellos y aquélla iba a ser la primera comida que hacían sin mí desde que llegué.

Un anciano musculoso, con gruesos antebrazos y sonrisa relajada, se acercó a la mesa con una tarta de arándanos.

—No prenderás marcharte sin postre ¿verdad? —Depositó el pastel en el centro de la mesa y levantó dos dedos en dirección a un hombre que estaba sentado con la espalda apoyada a la barra—. Tommy nos traerá un par de tenedores —dijo—. Deberías probarlo, como mínimo. La tarta está recién hecha, recién salida del horno.

—Voy a llegar tarde a cenar —dije, mirando la bandeja y el plato de sopa vacío que seguía en la mesa.

—A mí me parece que ya has cenado —dijo el hombre, retirando una silla con el pie y sentándose en ella—. Y además, cuando ya se llega tarde, lo peor que puede hacerse es llegar más tarde aún. ¿Sabes qué? Te traeré una taza de café recién hecho para que te ayude a bajar el pastel. Nadie te hará una oferta mejor. Al menos hoy.

Le sonreí, acerqué la silla a la mesa y me senté de nuevo. Tommy se acercaba con dos tenedores.

—¿Queréis platos? —preguntó.

—No —le dijo él a Tommy, sacudiendo la cabeza—. Ya está bien así.

Me pasó uno de los tenedores y miró el pastel.

—Ha llegado el momento de meterle mano —dijo—. Y sin vergüenza.

Cortó la tarta con el tenedor, separó un buen pedazo y se lo metió en la boca. Me miró, animándole a imitarle y me dio su aprobación en cuanto repetí su movimiento. Tommy regresaba, esta vez con una pequeña bandeja con una cafetera y dos tazas. La colocó junto a la tarta y volvió al taburete junto a la barra. El hombre cogió la cafetera por el asa de color negro, llenó las dos tazas y me acercó una de ellas.

—La leche y el azúcar están en la barra —dijo, apoyándose al respaldo de la silla—. Sírvete tú mismo.

—No he tomado nunca café —dije—. Es mi primera taza.



—Entonces acostúmbrate a tomarlo solo —dijo el hombre—. Cuanto menos necesites en la vida, mejor te encontrarás contigo mismo.

Di un trago al café, el sabor amargo me bañó la lengua y me calentó la garganta. Observé como él acababa su taza de tres largos tragos.

—¿Cómo te llaman? —preguntó, depositando la taza vacía en un lado de la mesa.

—Me llamo Gabe —respondí apartando la taza de mi cara.

—Pudge —dijo él, alargando la mano por encima de la mesa—. Pudge Nichols.

Le estreché la mano, observando como mis dedos desaparecían en la suya. Iba vestido con pantalón gris marengo y un jersey de color negro con cuello bajo el que asomaba una camiseta blanca. Su abundante cabello era del blanco de un helado de vainilla y tenía una cicatriz en forma de media luna bajo el ojo izquierdo. No llevaba ninguna joya y su reloj prendía de una hebilla del cinturón del pantalón. Cuando nos conocimos, Pudge tenía sesenta y un años de edad y el torso de un peso medio, sus músculos eran todo flexibilidad, estuviera inmóvil o paseando con toda su elegancia por cualquier lugar.

—¿Es usted el dueño? —Corté otro trozo de tarta y eché un vistazo a aquel bar tan bien conservado.

—Uno de ellos. —Se acomodó en la silla, tenía las manos sobre la mesa—. El otro es ese tipo alto y silencioso que te ha dejado entrar a ver el partido.

—No me ha dicho como se llamaba.

—Si quiere que lo sepas —dijo Pudge— ya te lo diré.

—Debería irme —dije, levantándome—. Ya es de noche y la gente con la que vivo estará pensando que me ha pasado algo.

—¿Quieres que alguien te acompañe hasta casa? —Pudge se levantó también—. ¿Que alguien te acompañe hasta arriba por si acaso las cosas se ponen feas?

—Gracias, de todos modos —dije, negando con la cabeza—. No les importo tanto como para que me machaquen a preguntas.

—¿Y eso te molesta? —me preguntó Pudge, acompañándome hasta la puerta del local.

Me detuve frente a la puerta y la abrí, permitiendo que el frío viento otoñal se mezclara con los rancios olores del bar. Pensé en lo que acababa de preguntarme y me volví para mirarle en cuanto tuve la respuesta.

—Todavía no —dije.

Pudge hizo un movimiento con la cabeza y dio media vuelta, cerrando lentamente la puerta a sus espaldas. Me quedé varios minutos fuera del bar, con los ojos cerrados, una sonrisa en los labios, saboreando los últimos segundos de un día que sabía nunca iba a olvidar. Luego me subí el cuello de la chaqueta, bajé la cabeza y empecé a caminar lentamente en dirección a un lugar al que no pertenecía.

Durante las semanas que siguieron, tomé la costumbre de pasar por delante del bar cada tarde al volver de la escuela a casa. Me situaba en la esquina opuesta e intentaba que nadie se percatara de mi presencia, conformándome con presenciar el ir

y venir de la actividad regular del local. Me había quedado enganchado después de aquella tarde memorable. En la imaginación juvenil de alguien acostumbrado a vivir casi toda su vida en soledad, la importancia de aquel día adquirió un significado mucho más relevante del que habría adquirido para un chico con un entorno más normal. Era la primera vez que un adulto me trataba de igual a igual. En vez de entrar en un lugar desconocido como un intruso, habían logrado que me sintiese querido y bienvenido, sentimientos muy excepcionales para un niño adoptado.

Llevaba toda la vida viviendo como un indeseable, obligado a observar mi limitada visión del mundo a través de las ventanas de los demás. En aquel momento era demasiado joven para saberlo, pero los gánsteres viven su vida de forma muy similar. La única diferencia estriba en que ellos eligen cerrarse al mundo exterior y se conforman con vivir en espacios que ellos mismos han diseñado como propios. Y en contadas ocasiones permiten que un civil eche un vistazo a través del cristal. Por una breve y gloriosa tarde, disfruté de la oportunidad de poder echar ese vistazo.

Llevaba casi una hora apoyado a la farola cuando empezaron a caer las primeras gotas de lluvia. Levanté la cabeza y vi el cielo cubierto de nubes oscuras, contemplé el bar por última vez y me dispuse a marchar. Caminaba junto a una hilera de coches aparcados, cabizbajo, aterrado ante la aburrida noche que tenía por delante, una desagradable velada de miradas furtivas, suspiros y conversación forzada entre yo y mis padres adoptivos. Cada vez llovía más, el agua me calaba y el cortavientos apenas servía ya de nada, sabía que estaría poco tiempo con mi nueva familia y que era más que probable que mi miedo a vivir en un orfanato acabara convirtiéndose en realidad. Pasé junto a las luces traseras rojas de un Lincoln Continental negro, el agua resbalaba por ambos costados del maletero y los parachoques, otorgándoles un brillo deslumbrante que quedaba reflejado en los cristales de un restaurante abierto toda la noche situado en la acera de enfrente. Estaba a punto de pasar junto a la puerta del conductor cuando se abrió de repente, bloqueándome el paso.

Me detuve y miré dentro; las luces del interior del coche iluminaban levemente la cara de un hombre alto sentado al volante, estaba en penumbra pero, a pesar de ello, fui capaz de reconocerlo. Se trataba del mismo hombre que me había hecho entrar en el bar aquel día para comer y presenciar el partido de béisbol. Me miró, tenía una pierna casi fuera del coche y el pie rozando el pedal de freno. Sus ojos eran del color de la noche y permanecía con las manos apoyadas al volante, contemplando como el agua resbalaba por mi cara y los costados de mi cuello.

—Si pretendes pasarte todo el tiempo en la calle, no sería mala idea proporcionarte un paraguas —dijo.

—No me importa la lluvia —dije—. Además, vivo aquí cerca.

Volvió a meter la pierna en el coche.

—En este caso, carece de sentido que me ofrezca a acompañarte.

Sacudí la cabeza.

—No me dijo cómo se llamaba —dije—. Aquel día que me permitió entrar en su

bar.

—No me lo preguntaste. —Miraba por el retrovisor vigilando cualquier posible actividad que pudiera tener lugar a su espalda—. De haberlo hecho, te habría dicho que me llamo Angelo.

—Si no me muevo pronto, me ahogaré aquí mismo. Además, creo que no le hará muy feliz saber que estoy mojándole el interior del coche.

—El coche no es mío —dijo, ignorando el impresionante goteo de agua que iba desde la puerta hacia el interior—. Antes de que te vayas, quiero que hagas algo por mí.

—¿Qué? —Me acerqué porque el sonido de la lluvia me impedía oír bien su voz.

—Dile a las personas con quienes vives que el lunes por la noche llegarás tarde a casa. Diles que estarás conmigo y que no se preocupen.

Cerró la puerta y puso de nuevo el motor en marcha. Encendió las luces delanteras y salió del lugar donde estaba aparcado, con los neumáticos chirriando contra el resbaladizo suelo adoquinado. Vi el coche frenar en la esquina, girar bruscamente hacia la derecha y desaparecer de mi vista. Estaba empapado de los pies a la cabeza y empezaba a temblar. Anduve las cuatro calles solitarias y escasamente iluminadas que me separaban del edificio de mis padres adoptivos, dando por perdida la batalla de tratar de protegerme de algún modo de aquel diluvio. Sabía que cuando llegara, las luces estarían apagadas y los dos encerrados silenciosamente en su dormitorio. Habría una cena fría esperándome en la pequeña mesa de la cocina y tal vez una servilleta doblada sobre el respaldo de una silla. Me desnudaría en el recibidor y dejaría la ropa mojada allí mismo para evitar que el rastro de agua me siguiera por toda la casa. Cerraría la puerta con llave, entraría corriendo en mi dormitorio y saltaría sobre la cama, me secaría e intentaría entrar en calor bajo la doble capa compuesta por una fina sábana blanca y una gruesa manta de ganchillo.

Sabía también que aquella noche caería dormido con una sonrisa en la boca.

Los gánsteres no suelen vivir lo suficiente como para llegar a jubilarse o morir en la cárcel y, con un poco de suerte, no ven las balas que cierran su temprano destino. Los más inteligentes y más brutales, sin embargo, solían ser los que sí vivían lo suficiente como para ver el sol crepuscular. Carlo Sandulli estuvo al mando de su banda en Nueva York hasta que falleció a causa de una dolencia cardíaca a los ochenta y cinco años de edad. Jamás en su vida utilizó el teléfono y se mantuvo siempre al margen de la moderna costumbre de cerrar negocios en los clubes sociales, siempre bajo la atenta mirada de los agentes federales. Giacamo Vandini daba sus órdenes haciendo distintos gestos con las manos y la cabeza; ordenaba la muerte de un enemigo, por ejemplo, poniendo la palma de la mano boca arriba. Jerry Maccrado, la leyenda del crimen de Chicago, bebió potentes combinados de alcohol con limonada hasta pasados los ochenta, desafiando su último suspiro.

—En el mundo del hampa cuesta mucho llegar a viejo —decía Angelo—. Es imprescindible tener mucha suerte en cuanto a la salud y ser inteligente para salir

siempre con vida. También es imprescindible que todos tus enemigos acaben pronto en el cementerio. Cuanto mayor te haces, más letal debes ser y tienes que sacar provecho de ello, convertirlo en uno de tus puntos fuertes. Cuanto más viejos, más peligrosos solemos ser. Si de jóvenes no nos importaba morir, cómo va a importarnos cuando ya tenemos un pie en la tumba.

Pudge había madurado, se había ablandado con la edad. Era un gánster extraño, nunca se casó ni buscó el consuelo de la familia. Disfrutaba de la vida, de la libertad y del poder. Su reputación en los círculos del hampa seguía siendo la de una persona cruel y letal y muy pocos se hubieran atrevido a enfrentarse con él. Seguía siendo muy rápido disparando y tan rápido como siempre conquistando a la gente. Se había convertido en una especie de tío favorito y su presencia era siempre bienvenida.

Un tío favorito que además era un asesino implacable.

Con el paso de los años, el pequeño mundo de Angelo se había hecho más cerrado si cabe, limitando su contacto a un número de personas que podían contarse con los dedos de una mano. Reinaba en un universo de crimen organizado que cambiaba con el paso del tiempo, obligándole a enfrentarse a miembros más jóvenes dispuestos a entrar en el lucrativo atractivo de las drogas. Sólo conocía un método para calmar dicho deseo. Él y Pudge eran el Babe Ruth y el Lou Gherig de los gánsteres, aún en activo después de que la mayor parte de los jugadores se hubieran retirado o hubieran muerto, y aún lo suficiente duros como para mandar en su mundo a base de golpes impresionantes.

Gorilla Monsoon tenía la cabeza de Johnny Valentine agarrada entre los brazos y pisoteaba con fuerza el felpudo del ring cuanto más le presionaba. La concurrida sala del Madison Square Carden abucheaba a Monsoon cada vez que se mofaba del público, burlándose de los pobres intentos que Valentine hacía para sujetarle. Yo estaba sentado en primera fila, justo enfrente del centro del ring, escoltado por Angelo y Pudge. Tenía un paquete de palomitas en la falda y un vaso de papel con Coca-Cola a mis pies.

—¿Creéis que Monsoon podrá con él? —les pregunté, sin apartar los ojos de las acciones que se desarrollaban un poco más arriba de donde me encontraba sentado.

—Si te refieres a la vida real, no merece la pena ni preguntarlo —dijo Pudge, encogiéndose de hombros—. Pero nadie en ese ring va a permitir que Monsoon marche con el brazo levantado.

Aparté la vista ante el sonoro golpe de cuerpo que Monsoon acababa de dar al felpudo y miré a Pudge; Valentine estaba tumbado boca arriba revolcándose de dolor.

—¿Qué quieres decir? —pregunté—. ¿Te refieres a que el combate está amañado?

—Esto es lucha libre, hombrecito —dijo Pudge—. Siempre está amañado. Todo está preparado incluso antes de que se metan los calzones. Lo sabe todo el mundo, desde los árbitros hasta el público.

Miré a mi alrededor, nueve mil hombres, mujeres y niños, casi todos ellos en pie,

animando a gritos a su favorito, silbando siempre que un movimiento o un golpe no acababa donde estaba previsto; luego miré de nuevo a Pudge.

—¿Y ellos? —le pregunté, señalando a toda la gente situada en el otro lado del ring—. ¿También lo saben?

—Todo el mundo lo sabe —dijo Pudge—. Y si no lo saben, deberían saberlo.

—¿Y no le quita eso la gracia? —pregunté.

Pudge sacudió la cabeza, prosiguiendo con su lección de la vida, un escenario muy similar a la temprana educación que muchos años atrás les proporcionó Angus McQueen.

—¿Por qué? —preguntó—. Se sigue animando a los buenos, abucheando a los malos y todo el mundo vuelve a casa contento del espectáculo.

Levanté la vista para ver como Johnny Valentine lanzaba a Gorilla Monsoon lejos de las cuerdas centrales, le agarraba a continuación, rodeaba con sus brazos la cintura de mayor envergadura de aquel hombre y le clavaba los dedos en la columna, obligándole a echar la cabeza hacia atrás por el dolor provocado. La sala gritaba de alegría viendo como el aparentemente poderoso abrazo de Valentine obligaba a Monsoon a doblegar las rodillas, a buscar aire con que llenar los pulmones y a no poder levantar sus potentes brazos, que colgaban inertes a ambos costados de su cuerpo. El árbitro levantó uno de los brazos de Monsoon y lo dejó caer luego como un globo deshinchado. Lo hizo por segunda vez con el mismo resultado. Una tercera significaría el fin oficial del encuentro.

—Parece que se ha acabado —dije, con un puñado de palomitas en la mano—. Ese tipo tan grande está a punto de desmayarse.

—Es demasiado temprano para terminar —dijo Angelo, con indiferencia—. Aún no han dado suficiente dinero. Se acabará cuando lo consigan.

—¿Y entonces quién ganará? —Miré a Angelo, con la palomita en un rincón de la boca.

Me miró de nuevo, una mirada fría y distante.

—No importa quien gane. Si gana Valentine, la gente se va a casa feliz. Si gana Monsoon, marchan enfadados. Pero regresan a la semana siguiente gritando más fuerte que nunca.

—Eso es lo único que cuenta —añadió Pudge—. Que vuelvan cada semana.

—Viendo un combate de lucha libre se aprende mucho de la vida —dijo Angelo—. Esté o no amañado. Tienes los buenos y los malos. Tienes los amigos y los enemigos. Y luego, el luchador en quien crees que más puedes confiar se vuelve contra ti, te traiciona y te abandona a tu suerte. Y lo que consigue es que acabes buscando la venganza. Todo está ahí para que lo veas, Gabe. Puede que esté enterrado bajo el teatro que lleva implícito, pero si lo buscas no tardarás mucho en encontrarlo.

—¿Por eso venís a las peleas? —pregunté, dando un trago al vaso de Coca-Cola.

—Nosotros aprendemos las lecciones en un ring distinto —dijo Pudge—. Si hay algo que aprender aquí esta noche, eres tú quien debe aprenderlo.

—Es posible que elijas ser como toda esa gente sentada a nuestro alrededor —dijo Angelo, apoyando la mano cariñosamente sobre mi rodilla—. Si decides seguir en esta dirección, considera esta noche simplemente como lo que es, un poco de diversión, una forma de romper con la rutina. Pero si decides sacar algo más de ella, considerarla como algo más que una noche de juerga, presta mucha atención a lo que veas. Un día puede serte útil y otro no. Pero sea como sea, el rato que hayas pasado aquí corre en tu favor nunca en contra tuya.

Aparté la mirada de Angelo para observar de nuevo a Johnny Valentino agarrando por el cuello a Gorilla Monsoon y después de varios minutos de gritos y quejidos, le obligaba a rendirse y, con ello, a dar por finalizado el combate. El público estalló en un griterío salvaje cuando Valentino se paseó por el ring pavoneándose, con los brazos levantados en dirección a las luces del techo. Pudge me dio un codazo y se inclinó para gritarme al oído.

—Te apuesto lo que quieras a que los dos cenan juntos esta noche después de salir de aquí.

—¿Y si alguien les ve? —pregunté—. ¿No se meterían en problemas?

—¿Por cenar con un amigo? Cuando llegue ese día sí que todos tendremos un gran problema.

Le sonreí a Pudge y me volví hacia Angelo, pero el asiento estaba vacío.

—No te preocupes —dijo Pudge, intuyendo la pregunta que estaba a punto de hacer—. A Angelo no le gustan las multitudes. Estará en el restaurante cuando lleguemos allí.

—¿A qué restaurante vamos? —le pregunté a Pudge en cuanto le di la mano para seguirle por la rampa que nos conduciría fuera de la sala.

—Sólo hay un tipo de cocina fácil de digerir después de permanecer dos horas enteras sentado presenciando combates de lucha libre. —Pasada la rampa, Pudge viró hacia la derecha y salió al exterior por una puerta de dos batientes—. La comida china. ¿Te parece bien?

—Me parece estupendo —dije, caminando al doble de mi velocidad normal para poder seguir la acelerada marcha de Pudge—. Bien, de hecho no lo sé. Nunca he comido comida china.

—Me parece que tendremos que darte un repaso de arriba abajo, hombrecito. —Estábamos en la esquina entre Fiftieth Street y Eight Avenue—. Intenta recuperar el tiempo perdido y te enseñaremos todo lo que necesitas saber. ¿Te parece un buen trato?

—Sí —dije y levanté mis brazos y le agarré por el cuello. Era la primera vez que abrazaba a alguien en toda mi vida y no querrá soltarle.

Pudge me devolvió el abrazo, me levantó en volandas y cargó conmigo todo lo que quedaba de trayecto hasta llegar al restaurante, manteniéndome a salvo y calentito, protegiéndome de los gélidos vientos invernales.

A los gánsteres les da miedo llevar una vida normal y hacen todo lo posible para

denigrar ese tipo de existencia. Se compadecen constantemente del tipo de vida que han elegido en contraste con la de un trabajador normal y necesitan acabar esas discusiones sintiéndose superiores. Se ven obligados a justificáis de la forma más sencilla, las razones por las cuales son criminales de carrera y adornan voluntariamente la verdad para alcanzar conclusiones que se inclinen a su favor. Lo hacen con todo lo que ven y oyen, disfrazándolo con el matiz de una severa lección y con el único objetivo de dar cierto peso a la realidad de su mundo.

Y éste es el motivo por el cual para Angelo y Pudge, el hecho de llevarme una noche a ver combates de lucha libre significaba mucho más que unas pocas horas de diversión. Era una forma de enseñarme cómo funcionaba la vida de verdad, como alguien que se supone que es bueno puede fácilmente convertirse en malo y que no debe confiarse en nadie bajo ningún concepto. Seguirían imponiéndome este tipo de lecciones a lo largo de mi infancia, estuviéramos donde estuviéramos o viéramos lo que viéramos.

—Encuétrame un gánster, recuerda que no tiene ni puta idea de teatro y, a pesar de ello, te dirá siempre que su obra favorita de todos los tiempos es La muerte de un viajante. —Pudge me dijo esto mientras presenciábamos otra obra—. Ya sé que es la obra favorita de mucha gente. Pero a ellos les gusta por la forma en que está escrita o por cómo la representan. A los gánsteres todo eso les tiene sin cuidado. Y es porque la conclusión a la que llegamos después de verla es que lo que se consigue llevando una vida decente, siguiendo todas las reglas y trabajando duro todos los días de la vida no es más que acabar exprimido y listo para morir. Willy Loman representa el mayor miedo de todos los gánsteres. Vivió toda su vida para acabar con los bolsillos vacíos y su única salida era chocar con un coche contra un árbol y esperar conseguir el dinero de la compañía de seguros. Si es dinero lo que las personas honestas esperan conseguir al final del camino, mejor es tenerlo y conservarlo, con intereses.

Salí de mi última clase del día, con la cartera llena hasta los topes, ansioso de encontrarme con Pudge en la pizzería situada en la esquina del colegio. Era casi el final de mi segundo mes como estudiante de intercambio en St. Dominick, en Thirty-first Street, donde me habían apuntado mis padres adoptivos con la esperanza de que la educación religiosa me hiciera más bien que la pública. Me había adaptado a la mayor carga de trabajo y a las reglas más estrictas impuestas por los Hermanos Católicos que nos daban clase, pero seguía sin tener amigos de verdad y mantenía una especie de distancia de seguridad respecto a mis compañeros de clase. Nunca sabía cuándo tendría que trasladarme de nuevo y no quería arriesgarme a entrar a formar parte de un grupo para luego tener que marcharme, por mucho que Pudge me asegurara que aquélla era mi última parada. Mi testardez no parecía representar un gran problema ya que el resto de estudiantes me evitaba de todos modos. Llevaba tanto tiempo solo que había llegado a acostumbrarme a mi papel y me conformaba con observar de lejos las bromas amistosas que circulaban entre los otros niños. Todos los estudiantes y maestros de mi curso conocían perfectamente mi

procedencia. Pocos secretos escapan de los penetrantes ojos y los agudos oídos de una barriada de pisos, y el mío no era ninguna excepción. Mi actitud de permanecer retraído y en silencio era simplemente una forma de conseguir darles menos de que hablar, sabiendo que aquello sólo lograba despertar mayor curiosidad.

Levanté de un golpe la tranca de hierro y abrí la puerta de madera roja que daba a la calle. En cuanto puse el pie en el primer escalón, alguien me empujó hacia delante, perdí el equilibrio y se me cayó la cartera. Me agarré a la barandilla con una mano mientras, con la otra, me apuntalaba sobre el suelo de cemento. Levanté la vista y vi un círculo de chicos rodeándome, sonriendo y esperando a que volviera a levantarme.

—¿Quién de vosotros me ha empujado? —pregunté, limpiando la sangre de la mano con las rodillas de los pantalones.

Un niño pelirrojo, gordinflón y de cara ovalada, jugueteó con el palillo que llevaba en la boca y descendió un peldaño.

—Lo tienes enfrente, huérfano —dijo, adoptando una pose con las piernas separadas y las manos cerradas a ambos lados de su cuerpo—. Vi que tenías prisa y pensé que así te ayudaría a ir más rápido.

El corralillo que le acompañaba le rió la gracia y un delgaducho chico hispano le dio un golpecito cariñoso en el hombro. El gordinflón se llamaba Michael Cannera y lo había visto unas cuantas veces en el patio a la hora de comer y del recreo, íbamos también juntos a clase de religión pero nunca habíamos intercambiado ni una palabra. Parecía el líder del grupo y estaba en el punto de mira de los Hermanos, siempre dispuestos a repartir sus castigos con la ayuda de una correa de cuero. Buscaba pelea, más por puro placer que por ansia de dominar o porque sintiese amenazado su pequeño dominio. Lo había visto participar en alguna que otra pelea callejera, normalmente contra niños menores que él, y siempre salir de ellas herido, pero vencedor. También me había dado cuenta de que, luchara contra quien luchara, siempre tenía la espalda cubierta por al menos tres de sus colegas, dispuestos a saltar en caso de necesidad. Cuando le vi mirándome ceñudo, supe de inmediato que me había convertido para él en un blanco perfecto.

Antes de intercambiar el primer puñetazo, disponía ya de una ventaja sobre mí. Yo era un niño adoptado bajo custodia estatal y, como tal, tenía que mostrar la mejor conducta posible, tanto en la casa donde me habían enviado a vivir como en la escuela. Una pelea callejera, sobre todo si tenía lugar en el entorno escolar, era merecedora de atención y podía fácilmente significar un billete de regreso al orfanato.

—No pasa nada —dije, agachándome para recoger la cartera—. No pretendía interponerme en el camino de nadie.

Michael descendió dos peldaños más, con una sonrisa rígida congelada en la cara.

—Sólo un mierda daría la espalda y se marcharía tan tranquilo —dijo—. ¿Eres eso, huerfanito? Eso debe ser lo que ocurre cuando tienes que pagar a alguien para que crean que son tus padres.

—¿Por qué no marchas a buscar problemas a otro lado? —dije, cogiendo la



cartera y dándole la espalda—. Aquí no encontrarás ninguno.

—No permito que nadie me diga lo que debo hacer —soltó, bajando acelerado los tres escalones que quedaban—. Especialmente ningún huerfanito de mierda.

Cayó en picado sobre mi espalda. El golpe hizo que mis pulmones se vaciaran de golpe, que soltara la cartera y que acabara aterrizando de cara en el suelo. Michael se colocó encima de mí, el peso de su cuerpo me impedía moverme, golpeándome continuamente la cara y el cuello. Levanté la cabeza e intenté recuperar la compostura, notaba el sabor de la sangre que me entraba en la boca procedente de un corte situado debajo del ojo. La cartera y los libros estaban esparcidos en el suelo a mi derecha, uno de ellos boca arriba y con el viento agitando sus páginas. Alargué el brazo y cogí el primero que encontré, un grueso libro de geografía que había ido a parar junto al charco de barro y suciedad que rodeaba un árbol. La parte superior del cuerpo me quemaba debido a la lluvia de golpes que estaba recibiendo. Cerré los ojos y agarré el libro, los dedos resbalaban entre las hojas, utilizando la mano que quedaba libre para mantener el equilibrio.

El ritmo de los golpes disminuía, la impulsividad del asalto socavaba su energía. Me daba cuenta de que estaba balanceándose, de que me agarraba por el cuello con una mano para separar mi cabeza del suelo. Respiraba fuerte y con dificultad, intentando tragar bocanadas de aire fresco por la boca. Me replegué hacia mi lado derecho para sujetar el libro con más fuerza. Y entonces di media vuelta y lo arrojé en la cara del gordinflón. Le di de lleno en la oreja; el filo del libro le entró en el ojo y el impacto hizo que se apartara de mí y cayera de costado en la acera. Conseguí arrodillarme y empezar a golpear entonces la cara y el pecho del chico. Uno de los puñetazos le dio en plena nariz y echó a sangrar de inmediato, manchándome la camisa y la cara. Alargué el brazo hacia la derecha para coger de nuevo el libro de geografía y lanzarlo contra la nariz y la boca del chico. No paré hasta que todas las páginas se tiñeron con el rojo de su sangre.

Depositó el libro en el suelo y me puse en pie. La espalda y los hombros me dolían irremediablemente. Me quedé junto a él, contemplando como se palpaba la cara, tenía la nariz roja e hinchada y la sangre caía en hilillos por las comisuras de la boca.

—¿Era eso lo que querías? —le pregunté, sorprendido por la rapidez con que habían aflorado mis propios instintos de violencia. Me aparté para asegurarme que ninguno de sus amigos intentaba algún tipo de movimiento en mi contra. Estaban todos inmóviles en el mismo sitio donde los había visto por última vez, en la parte superior de la escalera de salida de la escuela, apiñados, y la sonrisa se había esfumado de sus caras como por encanto—. ¿Era esto lo que tú y tus colegas pretendíais ver?

Escupió una bocanada de sangre y me miró de soslayo.

—Aún falta mucho para que esto acabe —dijo.

Yo respiraba aceleradamente y temblaba de rabia. Y mi rabia iba más allá de

aquel niño gordinflón ensangrentado y su pandilla de amigos. Mi rabia ya no iba sólo dirigida hacia ellos. Iba dirigida a todas esas caras anónimas que pululaban por los pasillos de todas las escuelas a las que había asistido. A los que me señalaban y susurraban cosas que yo hacía ver que no escuchaba. Era un niño marcado y un blanco perfecto para sus burlas. Muchos procedían de hogares en los que la violencia era lo más normal del mundo en cuanto se cerraba la puerta de la calle. Unos cuantos eran hijos de padres divorciados, distanciados de uno de sus progenitores debido al odio y la discordia. Otros eran hijos ilegítimos que habían conseguido dar esquinazo al estigma que solía relacionarse con ese tipo de casos. Yo era el niño adoptado empujado a patadas a su charco de porquería y obligado a soportar el odio y el miedo implícitos en esa posición. Es muy extraño, en los barrios trabajadores, que los otros niños acepten sin problemas a los niños adoptados. Se consideran como una cosa rara o una amenaza, nadie confía en ellos y nunca resultan del agrado de nadie. Por esta razón, muchos padres adoptivos intentan mantener el tema en secreto. No nos adoptan porque nos quieran o nos necesiten. Nos adoptan por el talón mensual adjunto a nuestro nombre.

Liberé toda la rabia que había ido acumulando en mi interior durante esos años dándole patadas a Michael, machacándole los costados y la espalda con toda la fuerza de mis dos piernas. Mis zapatos negros dejaban la huella marcada cada vez que se movían, sus puntas redondeadas chocaban contra los huesos o se hundían contra la carne.

—¡No! —le gritaba a cada patada que daba—. ¡Esto se acaba aquí! ¡Se acaba ahora!

Oí como sus amigos descendían por la escalera del colegio, todos juntos, viendo como el que había sido su descarado líder trataba de arrastrarse para esconderse en el refugio de una esquina, junto a una hilera de cubos de basura. Seguí dándole patadas, el veneno reprimido salía de mí adquiriendo la forma de un ataque de violencia puro e incontrolado. Mi cuerpo estaba empapado en sudor y un pequeño grupo de gente que pasaba por la calle se apiñó a mi alrededor, interrumpiendo su paseo para observar, chismorrear y presenciar boquiabiertos la sangrienta escena que estaba teniendo lugar. Le aticé una potente patada en las costillas, le oí quejarse y toser. Un reguero de sangre señalaba el camino que había recorrido a rastras desde la acera hasta la esquina del edificio del colegio. Retrocedí, dispuesto a prepararme para dar un nuevo golpe, cuando un fuerte brazo me agarró por la cintura, me levantó del suelo y me apartó del chico.

—Has ganado la pelea, hombrecito —me dijo Pudge al oído—. ¿Por qué no nos marchamos dejándolo así?

Me volví para mirarle e hice un movimiento afirmativo con la cabeza después de secarme el sudor de la frente en la manga de su chaqueta.

—Yo no andaba buscándolo, Pudge —dije—. Seguro que irán a los Hermanos y les explicarán todo lo contrario, pero yo no empecé.

Pudge me soltó y se dirigió hacia los niños reunidos en la escalera del colegio, mirándolos lentamente a la cara uno por uno.

—Coged a vuestro amigo y llevadle a algún sitio donde puedan asearle un poco —les dijo—. Si estuviera en vuestro lugar, me aseguraría que fuera un sitio donde supieran callar la boca respecto a este tipo de cosas. Cuanta menos gente sepa lo que aquí ha sucedido, mejor para todos.

Los chicos pasaron lentamente junto a Pudge, evitando temerosos su mirada y ayudaron a Michael a ponerse en pie. La parte delantera de su camisa era una sábana empapada en sangre que permanecía pegada a su piel como una cinta adhesiva. La cabeza le colgaba hacia un lado y no podía apenas mantenerse en pie. Contemplé como se lo llevaban a rastras y, con la rabia desaparecida, deseé haberme escabullido de aquella pelea como había hecho anteriormente en muchas otras. Miré el suelo y vi las manchas de color rojo como único recuerdo de lo ocurrido allí. La multitud se había dispersado rápidamente, entendiendo la presencia amenazadora de Pudge como el fin de la acción.

Pudge me dio un golpecito en el hombro y dirigió la mirada hacia los libros esparcidos por el suelo a mis espaldas.

—Mejor que los recojas y marchemos de aquí —dijo.

—Lo siento, Pudge. No quería que esto sucediera de la forma que ha sucedido. Él buscaba pelea y yo he sido lo suficientemente estúpido como para ponérsela en bandeja.

Pudge observaba como yo recogía los libros del suelo y los guardaba de nuevo en la cartera.

—El estúpido ha sido él. Buscaba un blanco fácil y cuando se ha dado cuenta de que se había equivocado ya había perdido medio litro de sangre.

—Le darán unos puntos y ya está —dije—. Lo peor habrá acabado para él. Vive aquí en el barrio, ya no puede pasarle nada más. Pero mi caso es distinto. Soy un adoptado. En cuanto descubran quien le pegó, me expulsarán del colegio y a principios del mes que viene estaré viviendo en otro sitio.

—No estés tan seguro de eso —dijo Pudge, caminando a mi lado por Tenth Avenue—. Por aquí la gente habla mucho y todo se queda en nada.

—Ya me ha sucedido antes —dije, con la cabeza gacha. El dolor del cuello y los hombros me irradiaba hacia la espalda—. En una de las escuelas en las que estuve no necesité ni una pelea para salir. Uno de los niños de mi clase me invitó a ver la tele en su casa. Cuando me vio su madre, me echó. Al día siguiente fue a ver al director y le dijo que yo estaba causándole problemas a su hijo. Como que daban dinero a la iglesia cada domingo sin falta y mis padres adoptivos andaban buscando una excusa para librarse de mí, me fui.

—Eso son cuentos viejos —dijo Pudge, encogiéndose de hombros—. Entonces no estabas ni con Angelo ni conmigo. Ya no estarás solo nunca más. Te aseguro que no volverá a pasarte.

Me detuve para mirar a Pudge, dejé caer la cartera a mis pies, tenía los nudillos de ambas manos hinchados y enrojecidos.

—¿Por qué? —le pregunté—. ¿Por qué os preocupáis tanto de alguien como yo?

Pudge me rodeó con el brazo, haciendo caso omiso a la mueca de pena que adornaba mi cara.

—Porque mucho antes de que tú llegaras, hombrecito, alguien nos encontró a Angelo y a mí y cuidó de nosotros. Tal vez ahora nos ha llegado el turno de hacer lo mismo.

—De acuerdo, espero que saquéis algo de ello.

Pudge apartó la mano de mi hombro para señalar en dirección a la Pizzería Maxi, situada en la acera de enfrente.

—Me encanta la pizza, pero odio tener que comerla solo. Ahora, si estás tú, ningún problema.

Cruzamos la calle esquivando el tráfico. El aroma a pizza fresca inundaba el ambiente y los recuerdos de una brutal pelea callejera fueron desvaneciéndose lentamente.

*Verano, 1965*

Estaba sentado en la pequeña mesa de la cocina, flanqueado a ambos lados por John y Virginia Webster, cenando los tres un bistec con tomate. Comíamos en silencio, con la mirada fija en las noticias de la noche que aparecían en el nuevo televisor portátil de color negro situado en una esquina de la estancia. La sección de los Watts de Los Angeles había irrumpido en un tumulto a gran escala mientras diez mil afroamericanos quemaban y saqueaban varios barrios y provocaban daños valorados en más de cuarenta millones de dólares. Se destinaron quince mil policías y guardias nacionales a atajar la revuelta y cuando pudo controlarse, habían muerto ya treinta y cuatro personas, cuatrocientas habían sido arrestadas y doscientos negocios habían cerrado sus puertas para siempre.

Las escenas que se representaban ante nosotros parecían pertenecer a una escalofriante película de terror mientras que las cámaras de televisión mostraban vistas panorámicas de caras negras rabiosas vociferando eslóganes o lanzando piedras y ladrillos a edificios en llamas. En el lado opuesto, caras blancas, estoicas y desesperadas, dispuestas a hacer lo necesario para detener el asesinato de todo un barrio. Yo observaba sentado, con la vista clavada en un retrato en movimiento de una América que nunca habría sido capaz de imaginarme, escuchando el comentario mudo de los reporteros tras la cámara, preguntándome qué era lo que podía llevar a un sector entero de una ciudad a experimentar tanto odio.

—Sólo un maldito negro sería capaz de salir y prender fuego a su propia casa —murmuraba John, mascando un pedazo de bistec y con la mirada fija en la pantalla del televisor—. Y luego se dedican a los almacenes y las tiendas que hay junto a sus casas. No les importa, ni nunca les importó. A la mínima oportunidad que les diéramos, quemarían todo este condenado país y encima nos echarían a nosotros la culpa de ello.

—¿A quién te refieres con «nosotros»? —pregunté, apartando la vista de la televisión para mirar a mi padre adoptivo, sentado en el extremo opuesto de la mesa. John Webster era un hombre voluminoso, casi cien kilos de peso repartidos en algo más de un metro y medio de altura, callado y perpetuamente malhumorado. Su visión de la vida era mayoritariamente negativa y consideraba que la culpa de su situación económica no radicaba en su falta de estudios o de iniciativa, sino en la usurpación, por parte de distintos grupos étnicos, de lo que en su día fue una mano de obra completamente formada por blancos.

—¿Quién te crees que somos «nosotros»? —dijo—. Los blancos. Ellos lo queman todo y nos culpan a nosotros. Igual que yo tengo la culpa de que nacieran como son.

—Tal vez tengan sus motivos para enfadarse de esta manera —dije. Observaba en la pequeña pantalla un supermercado siendo pasto de las llamas mientras un grupo de chicos negros vestidos con camisetas y pantalones vaqueros escapaba de la policía con sonrisa victoriosa en la cara—. Lo que están haciendo no se hace, a no ser que tengas mucho odio acumulado.

—No quiero oír ninguna defensa de esta gente en mi mesa —dijo, con rabia y exaltación—. Nacieron malos y así morirán. Y si quieres buscarles excusas, hazlo en otro lugar. No pienso permitirlo bajo mi techo.

Aparté la vista del televisor para mirar a mi madre adoptiva que, como de costumbre, permanecía callada y distante, encerrando los pensamientos y sentimientos que pudiera tener en lo más profundo de su triste y marchitado cuerpo. Eché la silla hacia atrás, me levanté y empecé a retirar las cosas de mi sitio. John cogió su jarra de cerveza y tragó toda la espuma, me miró luego sonriendo.

—Si tan orgulloso te sientes de ellos, quizá pueda llamar a los servicios sociales para ver si tienen una familia de negros dispuesta a quedarse con una basura de niño blanco que pasa su tiempo libre haciendo recados para los gánsteres. Te apuesto lo que quieras a que incluso un negro tonto posee el suficiente sentido común como para mantenerse alejado de algo tan venenoso como eso.

Me di cuenta de que Virginia hacía una mueca tras escuchar las duras palabras de su esposo, pero permanecía en silencio. Deposité mis platos en el fregadero y los aclaré con agua fría, dando la espalda a la ira a punto de explotar de John Webster y a la violencia inexorable que seguía estallando en la pequeña pantalla del televisor. Pensé que lo mejor, al menos de momento, era tratar de ignorar ambas cosas ya que tampoco es que pudiera hacer mucho al respecto. John Webster no me inspiraba ningún tipo de respeto y, en los meses que llevaba viviendo en su casa como hijo adoptivo, nunca me había dado motivos para sentirlo. Era un hombre amargado y malhumorado que utilizaba los infortunios de su vida para justificar un odio en ebullición que en escasas ocasiones permitía que aflorase a la superficie. Jamás presencié ese tipo de emociones en Angelo o Pudge. Parecían satisfechos con quienes eran y únicamente buscaban en ellos mismos las soluciones a los problemas con los que debían enfrentarse. A diferencia de John Webster, Angelo y Pudge no tenían tiempo ni ganas de dividir el mundo y convertirlo en una confrontación entre blancos y negros. Todo lo contrario, lo observaban desde una distancia considerable, permitiendo el acceso sólo a los pocos en los que podían confiar y estableciendo barreras para impedir el paso de extraños. No consideraban nunca el color de la piel para decidir si podían o no confiar en alguien, sino el matiz de sus intenciones antes incluso de reconocer su existencia.

—Ser racista es de tontos, especialmente en los bajos fondos —me explicó Pudge en una ocasión—. De hecho, es todo lo contrario. Cuando Angelo y yo empezamos, el grueso del crimen organizado estaba formado por italianos, irlandeses, judíos y negros. Cuatro grupos que en un momento u otro se vieron obligados a pasar por el

tubo de este país. Y todavía hay mucha gente que desea que desaparezcamos para siempre. Sabemos lo que es que nadie te quiera, que te hagan de lado. La diferencia estriba en que, cuando se es gánster la gente sigue odiándote y desearía verte muerto, pero no se atreve a decirlo en voz alta. Callan porque tienen miedo a lo que podemos hacerles. Créeme, hombrecito, si buscas un racista búscalo en el banquero de la esquina o en el tipo que gana los millones en Wall Street. No en nosotros. En este terreno sí que no nos confesamos culpables.

Mientras fregaba los platos pensaba en que me gustaría comprender mejor las razones causantes de los disturbios, encontrar una justificación para las acciones destructivas que tenían lugar aquellos días, pero apenas si sabía expresar en palabras lo que sentía mi corazón. Comprendía lo que era sentirse agobiado por cantidades excesivas de odio y rencor y ser considerado como algo insignificante por todos los que me rodeaban. No sabía si algún día todos mis odios internos acabarían llevándome por el mismo camino que habían decidido seguir los amotinados, pero lo que sí sabía era que si no conseguía librarme de la custodia de los Webster, era muy capaz de explotar de forma violenta.

—¿Has terminado de comer? —le pregunté a John Webster, dispuesto a retirarle el plato. Mientras yo lavaba mis platos y las cazuelas, él había terminado otra cerveza y cambiado el canal de la tele, pasando de los alborotos callejeros a *Godzilla*, protagonizada por Raymond Burr.

Me acercó el plato, mirándome con rabia y desprecio.

—Esos rufianes con los que pierdes el tiempo —dijo, dejando que un estómago lleno de cerveza le ayudara a liberar su deseo de hablar—, ya me dirás, éstos son tan malos como los negros. —Utilizó el abrelatas para empezar a dar cuenta de una nueva cerveza fría, la espuma blanca cubriendo el borde del recipiente—. Viven una vida fácil a costa de los que trabajan duro como yo. Quieren algo y van y lo cogen. Sólo saben vivir así. Si no vas con cuidado te convertirás en uno de ellos antes de que te des cuenta. Si es que no lo has hecho ya.

—¿Desde cuándo te importa en lo que me convierta? —Cogí su plato y lo metí en el fregadero.

—Desde nunca. —John Webster se encogió de hombros y llenó la jarra con cerveza—. Nunca he mantenido en secreto que te adoptamos porque siempre va bien tener un poco de dinero extra. Ninguno de los dos quería niños y seguimos sin quererlos.

—Ya está bien, John —dijo Virginia. Eran sus primeras palabras en toda la noche, su cara arrugada estaba sofocada—. No es necesario ser cruel. Quizá deberías acabar la cerveza y ver lo que queda de película.

John se quedó mirando fijamente a su esposa, bebiendo cerveza, a punto de estallar.

—Sólo intentaba ser franco con el chico. Intentaba ayudarle a que se haga una idea de cuál es su lugar en el mundo real. Fuera y dentro de aquí.

—Por lo que he oído hasta el momento, creo que ya has conseguido tu propósito. —Extrajo un Marlboro de su cajetilla y se lo puso entre los labios, cambió de posición en la silla, se inclinó hacia delante y encendió uno de los quemadores de gas de la cocina para prender con él el cigarrillo—. Creo que sería buena idea dejar correr el asunto.

—Parece que la dama está de tu bando —me dijo John, señalando con la cabeza a su mujer—. Lo cual no me sorprende demasiado, ya que lo de traerte a casa fue idea suya. Eran los días en los que quería ver qué era eso de ser madre. En lo que no pensó fue en que pudiera llegarlo a odiar tanto como lo odia. ¿Digo la verdad o no?

—Lo que estás haciendo es hablar más de la cuenta —dijo Virginia, lanzando un hilillo de humo blanco hacia el otro extremo de la mesa—. Y te pido que lo dejes ya. Es algo de lo que no deberíamos hablar delante del chico.

Me sequé las manos con un trapo y me apoyé al fregadero.

—No he oído nada que no supiera —les dije, dejando el trapo sobre el montón de platos limpios—. Lo que no entiendo es por qué estáis aguantándome tanto tiempo.

—No soy yo quien debe responder esta pregunta —dijo John, poniéndose en pie y dirigiéndose a su dormitorio—. Es algo que deberías preguntar a tus amigos los gánsteres. Tal vez sean sinceros y te digan la verdad. Pero no apostaré mi paga.

Mis emociones se habían convertido en una mezcla de rabia, confusión y alivio. No sabía a qué se refería exactamente pero Angelo y Pudge tenían algo que ver con el hecho de que yo estuviera con ellos; lo que sí sabía era que había sobrepasado con creces mi tibia bienvenida. Ambos éramos plenamente conscientes de lo que sentíamos el uno por el otro y, a pesar de ello, el silencio que se cernía sobre nosotros en aquella habitación del piso junto a la vía del tren, era muy violento. Me alejé del fregadero, pasé junto a mis padres adoptivos, cogí mi sudadera de los Yankees del perchero y abrí la resquebrajada puerta de madera.

—Podéis quedaros con la ropa —dije, mientras abría la puerta y marchaba.

Descendí lentamente la escalera del edificio, dando mi espalda a una vieja vida y dispuesto a emprender una nueva.

Por fin había encontrado un hogar. Era un lugar al que pertenecía, donde nadie controlaba ni cuestionaba diariamente mis acciones, donde nunca era considerado como un extraño obligado a existir bajo el cuidado de un pretendido padre. Disponía de mi propio dormitorio, de la libertad de entrar y salir cuando me diera la gana y de saber que era el responsable de mis propias acciones. Era un niño viviendo en una tierra de adultos que aceptaba sin problemas todas las implicaciones de una aventura así asimismo, tenía acceso privilegiado a un pedazo de mundo que muy poca gente de mi edad podía ver y su influencia matizaría para siempre mi punto de vista respecto a la sociedad y el lugar que en ella ocuparía.

Aquella noche, caminado desde el edificio donde vivían los Webster hasta el bar de Angelo y Pudge, supe que el curso de mi vida necesitaba desesperadamente un cambio. También fui consciente de lo limitado de las opciones que tenía ante mí. Si



ellos me rechazaban, las autoridades estatales acabarían encontrándome y enviándome a un orfanato por un período mínimo de siete años. Pocos, si alguno, habían salido cuerdos de ese tipo de lugares y yo, muy probablemente, no iba a ser uno de ellos. No estaba mentalmente preparado para la vida callejera y los chicos que conocía que habían llevado esta vida habían acabado enganchados en las drogas o muertos en un callejón. Consciente de ello, era evidente que mi única esperanza descansaba en los caprichos de los dos gánsteres más peligrosos de la ciudad de Nueva York.

Hablé con ambos a la vez, y lo hice a todas prisas.

—Haré lo que me pidáis —dije, sin haberme sacado de encima el cortavientos y a pesar de que el local disponía de aire acondicionado.

Angelo y Pudge estaban sentados, sus caras iluminadas por el resplandor de las velas y de un televisor situado en un lugar elevado, mirándome, con las manos cruzadas sobre la mesa.

—Y nunca seré una molestia para vosotros. De hecho, casi nunca estoy y puedo hacer recados para pagarme la manutención.

Angelo se acercó un vaso de leche a los labios para beber de él. Sus ojos color aceituna brillaban a la luz de la vela y su anguloso rostro, exento de arrugas, no transparentaba emoción alguna. Depositó el vaso sobre un posavasos y se secó la boca con una servilleta doblada.

—Tengo esposa y dos hijos —dijo Angelo, con su acostumbrado tono de voz, grave y suave a la vez—. Sólo les veo cuando debo hacerlo. ¿Por qué tendría que verte a ti a diario?

—No sabía que tuvieras familia. —Intenté que mis palabras no transparentaran la sorpresa que acababa de recibir—. Nunca me habías hablado de ellos.

—Tampoco habías mencionado nunca la posibilidad de vivir aquí —dijo Angelo—. A mí no, por lo menos.

—Los dos habéis sido buenos de verdad conmigo —les dije—. Ya sé que os pido mucho. Y aunque me digáis que no, seguiré pensando lo mismo de vosotros y de este lugar.

—¿Dónde irías? —preguntó Pudge. Su voz mucho más cariñosa que la Angelo, su cuerpo menos rígido—. Si no es aquí.

—Por mi cuenta, mientras pudiera aguantar —dije, encogiéndome de hombros—. Y luego, seguramente a un orfanato.

—¿Y no te da miedo lo de tener que vivir en un sitio de éstos? —preguntó Pudge, inclinándose sobre la mesa.

—Intento no pensar mucho en ello —admití—. Porque si lo hago, sí que me da miedo.

—Espero que no te den miedo los perros —dijo Angelo, terminando el vaso de leche y mirando el pitbull blanco tumbado en el suelo a sus pies—. Porque si nos queda alguna habitación libre, tendrás que compartirla con Ida. Y a ella aún le gusta

menos la gente que a mí.

Miré la perra, tenía unos ojos tan oscuros y distantes como su amo, y luego miré a Angelo.

—¿Muerde? —pregunté.

—Si ve la oportunidad, la aprovecha —dijo Angelo, orgulloso de ella.

—También está acostumbrada a quitarse de encima lo que le estorba —dijo Pudge—. No me sorprendería ver que te quita el sitio en la cama y te manda a dormir al suelo.

—Entonces yo también le robaría su sitio en el suelo a cambio de la cama —dije.

Angelo se puso en pie y se dirigió a la perra, dándome la espalda.

—Necesitarás una correa —dijo, mirándome por encima del hombro—. Cuando la paseo yo no la necesito, pero no creo que sea igual contigo. Podría perderse y si eso ocurriera, podrías ir perdiéndote tú también.

Pudge observó como Angelo abría la puerta trasera y desaparecía en la oscuridad de su pequeña oficina, luego se volvió hacia mí.

—¿Has traído ropa o algo que quieras dejar en la habitación? —preguntó.

—Sólo lo que llevo encima —dije, tratando de disimular la sensación de alivio que sentía al ver que me quedaba con ellos.

—Entonces el traslado es coser y cantar —dijo Pudge, sirviéndose una copa de *grappa*.

—Me imagino que los Webster llamarán a los servicios sociales mañana por la mañana —le dije.

—No llamarán a nadie. —Pudge sacudió la mano como no queriendo tomarse la cosa en serio—. Sobre el papel, y por lo que a todo el mundo se refiere, sigues viviendo con ellos. Angelo y yo es como si no existiéramos. Y para ti lo único que podría significar es que tuvieras que salir volando para allí de vez en cuando, siempre que apareciera algún encargado de bienestar social. Conservarán tu habitación tal y como está y harán ver que sigues viviendo allí.

—¿Y por qué lo harían? —pregunté—. Seguro que esperan librarse de mí.

—Pueden vivir perfectamente sin ti —dijo Pudge—. Pero necesitan dinero y si quieren seguir recibéndolo, estarán de acuerdo con todo lo que les digamos.

—John Webster dijo que si seguían teniéndome en su casa era por vosotros dos.

—Los borrachos nunca mienten —dijo Pudge.

—¿Cuándo puedo instalarme? —Eché un vistazo al bar, luchando contra la necesidad tanto de llorar de felicidad, como de reír por el consuelo de sentir que mis deseos estaban a punto de convertirse en realidad.

Pudge se levantó, vino hacia mí y me pasó un brazo por los hombros.

—Tan pronto como salgas y puedas ponerle la correa —dijo, señalando al adormilado pitbull blanco de Angelo—. Cuanto antes te hagas amigo de Ida, mejor para ti. No te será fácil. No confía en quien no conoce. Igual que nosotros.

—Nunca supe por qué me aceptó de la forma en que lo hizo —le dije a Mary. Ella

estaba en una esquina de la habitación, mirando la calle llena de gente y de coches, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Probablemente te consideró igual que Ida el Cisne le considero a él en su día —dijo, sin apartar la vista de las sacudidas y empujones del tráfico torrencial—. Necesitabas que alguien se ocupara de ti, igual que le sucedió a él. No creo que fuera más complicado que eso.

—Puedo imaginarme por qué lo hizo Ida —dije, acercándome a Mary—. No tenía a nadie más en su vida. Angelo tenía esposa y dos hijos y, por su forma de actuar, no parecía importarle mucho verles o no.

—Su familia no era la familia que siempre quiso tener. Su esposa vivía en una mansión de Long Island y los niños asistían a los mejores colegios. Tenían muchos amigos y actividades en las que ocupar el tiempo. Y con eso eran felices. Angelo tenía a Pudge, a esos perros horribles que tanto le gustaban y, luego, te añadió a ti. Y con eso era feliz.

—Nunca hablaba de su esposa —dije—. La vi unas cuantas veces antes de su muerte. Era una persona agradable y no parecía molestarle que no estuviera mucho con ella. Entre ellos no había nada. Ella podría haber sido perfectamente como un cliente más del bar.

—Era lo que se llamaba un matrimonio de conveniencia —dijo Mary, en un tono resignado—. Un acuerdo de negocios. El padre de ella era un irlandés, jefe de una banda de Nassau County, y Angelo y Pudge querían expandirse por esa área.

—Así que llegaron a un acuerdo, eso es fácil de comprender —dije—. Lo que no comprendo es que si uno de los dos debía casarse ¿por qué lo hizo Angelo y no Pudge?

Mary me puso una mano en el brazo y sonrió.

—Pudge nunca habría aceptado —dijo—. Amaba demasiado la vida como para resignarse a aceptar un trato así, fueran cuales fueran las circunstancias. Angelo lo consideraba simplemente como lo que era y así lo consideró siempre.

—¿Y los niños? ¿Por qué preocuparse por tener hijos?

—Todo formaba parte del trato —dijo Mary—. El padre de ella le entregaba a Angelo la mitad de su negocio y era normal que a cambio pretendiera algo más que casar una hija. Quería nietos que jugaran en su jardín.

—No recuerdo cómo se llamaba —dije—. Hace tanto que no pienso en ella.

—Gail —dijo Mary—. Gail Malory y era una buena mujer, que se merecía algo más que un padre que se aprovechara de ella y le diera un esposo que nunca la quiso.

—Después de Isabella, me imagino que habría resultado muy complicado que Angelo llegara a enamorarse de otra mujer —dije—. Le habría costado mucho aceptarlo.

—Estuvo a punto en otra ocasión —dijo Mary, dándome la espalda, conformándose de nuevo con observar el tráfico que circulaba por la avenida—. Al menos, muy cerca de lo que Angelo podía considerar como amor.

—¿Quién fue? —pregunté, acercándome a Mary. El sol matutino nos calentaba las caras.

—Yo —respondió Mary, apoyando sus delicadas manos sobre el radiador.

*Invierno, 1966*

Angelo observaba a Ida paseando por el malecón y se detenía cada pocos pasos para fijar la mirada en el vacío del tío Hudson. Yo estaba a su lado, con las manos hundidas al máximo en mi chaqueta de lana y el cuello levantado para que las orejas quedaran lo más cubiertas posible. A Angelo el clima parecía serle indiferente, fuera invierno o verano iba siempre vestido igual. Las molestias pulmonares habían empeorado con la edad y ningún tipo de duna servía para aliviar el tormento que le representaba respirar. Su rostro se había endurecido con los años, ahora sí tenía arrugas junto a los ojos y la boca, arrugas que le aportaban el aspecto de una persona con experiencia y sumaban un aspecto amenazador a la que, de otro modo, resultaría una mirada inocente. Era su tercera década como jefe de la banda y, a pesar de los millones acumulados, no daba pistas de que pensara retirarse de ese tipo de vida.

—Ser el jefe de una banda, especialmente de una tan grande como la de Angelo, es similar a ser el rey de un pequeño país —me explicaría Pudge—. En cuanto al nivel de poder ejercido, se encontraba en la misma categoría que Luciano, Giancana, Traficante y Genovese. Cuando se llega a esos niveles de poder, te encuentras con gente a tu alrededor dispuesta a dar su vida a cambio de salvar la tuya. También te encuentras con los que te traicionarían y harían todo lo posible para acabar contigo con tal de situarse en una posición privilegiada de cara al nuevo rey. El dinero entra por todos sitios pero, a la vez, tienes soldados patrullando las calles tratando de llevarse a casa lo que puedan del pastel. La gente te teme hasta que mueres y luego se olvidan de ti con la misma rapidez con que se olvidan de lo que desayunaron ayer.

Ningún rey escapa de todo esto. Y mueran en el trono o mueran en la calle, lo hacen con la corona en la cabeza.

Yo me encontraba junto a Angelo, una enorme rata de río pasó flotando aguas abajo, Ida ladraba a las oscuras aguas que corrían a nuestros pies. Estaba agazapada sobre las patas traseras, dispuesta a saltar y cazar su presa.

—¿Crees que saltará? —Me acerqué a la perra, dispuesto a ir por ella en caso de que decidiera saltar.

—Si fuera un gato, tal vez —dijo Angelo—. Es posible que lo intentara. Aunque lo único que conseguiría tratando de cazar esa rata sería mojarse.

—Pudge dice que de pequeños solíais nadar en el río.

—En este río hicimos eso y mucho más. —Se quedó con la mirada fija en el horizonte; el gélido aire invernal lograba que sus mejillas se sonrojaran tímidamente—. Salimos de estos muelles con nuestro primer barco cargado con whisky y saboreamos por vez primera el dinero obtenido con el contrabando. También aquí,

justo antes de la guerra, casi morunos a tiros en manos de la banda de Johnny Rufino. A mí me dieron en la pierna y caí al agua. Pudge saltó y consiguió salvarme.

Angelo me indicó que siguiéramos y proseguimos el paseo, Ida detrás de nosotros, repicando con las pezuñas sobre los adoquines. Desde el mismo momento en que me trasladé a aquella habitación situada encima del bar de Angelo, el paseo del domingo por la mañana entró a formar parte de la rutina semanal. Era nuestro tiempo a solas y siempre culminaba con un desayuno con Pudge en un restaurante situado en Eleventh Avenue. Creo que Angelo esperaba el paseo tanto como yo, aunque ninguno de los dos lo mencionara. El ritual era siempre el mismo. Yo le formulaba el máximo de preguntas posible en un intento de aprender de él todo lo que pudiera. Él me proporcionaba sólo la cantidad de información que creía adecuada y cambiaba de tema cuando entrábamos en un área que no deseaba comentar.

—¿Había de verdad submarinos alemanes aquí durante la guerra? —le pregunté, deteniéndome junto a Ida y señalando las aguas del malecón.

—Si los hubo, no los vi. Por aquel entonces, los periódicos hicieron mucho ruido al respecto y la gente se espantaba porque creía todo lo que leía. Unos cuantos tipos del gobierno se pusieron nerviosos con todo eso y acabaron dándonos una buena tajada.

—¿Qué es lo que hicisteis? —pregunté, apartando la vista del puerto para mirarlo a él.

—Nos reunimos y llegamos a un trato —dijo Angelo. Se metió la mano en el bolsillo, extrajo de él una golosina masticable para Ida y la lanzó a los pies de la perra—. El gobierno nos dio carta blanca para hacer el tipo de negocio que quisiéramos a cambio de que nos sacáramos de encima cualquier submarino alemán que encontráramos navegando por las aguas de Nueva York.

—Pero si acabas de decir que nunca viste ningún submarino —dije.

—Naturalmente, así que hicimos mucho dinero sin tenemos que preocupar ni por un instante de los federales. —Angelo ignoraba completamente las fuertes ráfagas de viento que soplaban entre los postes del malecón—. Además, nunca dije que no hubiera submarinos por aquí, simplemente dije que nosotros no vimos ninguno.

—¿Te preocupaste por buscarlos? —pregunté.

Angelo me miró y se encogió de hombros. Su cabello permanecía desafiante en su lugar a pesar de las furiosas embestidas del viento. Sus hermosas facciones parecían rígidas como una piedra.

—Habría sido una pérdida de tiempo —dijo—. No tenía ni idea de cómo buscar submarinos.

Estábamos cruzando el impresionante tráfico de West Forty-fourth Street en dirección a la parte alta de la ciudad, cuando me di cuenta de que nos seguía un coche. Era un Ford Comet negro de cuatro puertas con tres pasajeros en su interior, dos sentados en la parte delantera con un aspecto de total indiferencia, y otro sentado de lado en la parte trasera, observando la calle y pasándose la mano por la cara y la

frente. Cuando miré a Angelo me percaté de que él los había visto mucho antes que yo, probablemente cuando dieron la vuelta en la esquina después del semáforo.

—Sabes dónde está Pudge ¿verdad? —Miraba al frente, su cuerpo relajado, su voz tranquila y controlada—. No vuelvas la cabeza. Sólo contéstame.

—Sí —dije. Mi voz temblaba debido al frío y al miedo.

—Cuando te dé un golpecito en el hombro, quiero que corras hacia donde está y le expliques donde estamos. Hasta que no regreses, Ida y yo intentaremos retener a estos tipos lo mejor que sepamos.

—¿Por qué no puedo quedarme y ayudarte a luchar contra ellos? —pregunté, ignorando lo que acababa de pedirme y observando de reojo el coche que estaba cada vez más cerca.

—Yo ya lo he hecho otras veces —dijo Angelo—. Y el perro también. Tú no. Además, a Ida no le gustaría perderse una pelea. Va en contra de su raza. Se enfadaría muchísimo si la enviara a ella en busca de Pudge.

—¿Quieren matarte? —Intentaba impedir que me temblara el cuerpo.

—Creo que alguien les ha pagado para hacerlo.

El tipo sentado en el asiento del acompañante y el que tenía la cara pegada a la ventana en la parte trasera, bajaron las ventanillas, sustituyendo las pequeñas nubes de humo de los cigarrillos por frescas bocanadas de aire frío. El Comet había acabado deteniéndose tres coches más adelante de donde estábamos, tenía el motor al ralentí y las cuatro puertas sin el seguro puesto. Me aparté del coche y miré a Angelo.

—El restaurante sólo está a dos manzanas de aquí —dije—. ¿Por qué no corres conmigo?

—No lo haré —dijo, con voz tranquilizadora—. No es mi estilo.

Me quedé contemplando aquel par de ojos oscuros como ala de cuervo y asentí con la cabeza. Sin volver a abrir la boca, eché a correr por la calle al máximo de mis posibilidades, dejando a Angelo e Ida a mis espaldas dispuestos a enfrentarse contra los tres asesinos a sueldo.

Angelo e Ida se dirigieron hacia el Ford Comet. Estaba lo suficientemente cerca como para distinguir bien las caras de sus ocupantes, nerviosos y empapados de sudor a pesar del clima invernal. Su experiencia le decía que no se encontraba ante unos profesionales de primera fila. Unos matones de primera nunca habrían perdido tanto tiempo preparándose para dispararle, simplemente se habrían acercado, disparado y huido. Por lo tanto, quien fuera que hubiera pagado a esos tres, lo habría hecho con el único propósito de llamar la atención de Angelo, de hacerle saber que estaba allí. Y si mientras se desarrollaba la acción daba la casualidad de que le disparaban y acababan matándolo entre dos coches aparcados, mucho mejor.

Angelo se encontraba a escasos metros de distancia de la puerta del acompañante cuando vio que su Cadillac daba la vuelta a la esquina y se dirigía hacia el Comet. El Cadillac estaba ocupado por cuatro de sus hombres, cualquiera de ellos dispuesto a matar si su jefe así se lo indicaba. Angelo miró de soslayo a los tres ocupantes del

Comet. Los dos de delante iban armados con pistolas y el salvaje vaquero del asiento de atrás acababa también de desenfundar un par más. Pero se quedaron inmóviles, muertos de miedo, incapaces de levantar las armas y disparar; las drogas y el alcohol que les habían estado animando hasta aquel momento ya no parecían dispuestos a acompañarles un paso más. Angelo les miró a la cara uno a uno, confirmando con ello lo que ya sabía. Habían salido esa misma mañana con los bolsillos llenos de dinero, con ganas de matar y dispuestos a hacerse un nombre en un negocio donde el asesinato es la forma más rápida de escalar posiciones. Hasta ahí, eran listos, duros y únicamente deseosos de convertirse en gánsteres. Pero ahora, con el frío y el viento y la desnuda luz de la realidad, no eran más que tres jóvenes asustados, que se habían animado entre ellos charlando en los bares, obligados a enfrentarse a un hombre del que sólo habían oído hablar en los periódicos o visto en la tele de refilón. Lo conocían igual que un niño conoce a un jugador de béisbol por haber leído toda la información que incluyen las colecciones de cromos. Los muchos cadáveres que había ido dejando a su paso habían llevado a la prensa a apodarlo «Huesos Vestieri», mote que superaba sin problemas el paso de las décadas. Era jefe de banda desde la época en que las guerras se prolongaban durante años y sólo permanecía en su puesto el más inteligente. Estaban frente a un gánster de verdad acompañado por un pitbull blanco con muy mala espina, y ninguno de los dos parecía tener miedo alguno a morir.

Los cuatro hombres de Angelo rodearon el Comet, pistola en mano, dispuestos a vaciar las armas en los cuerpos de los tres matones. Angelo se acercó al coche y les repasó uno a uno. Se apoyó en la puerta del coche, con la chaqueta abierta y ondeando al viento.

—Dadme un nombre y viviréis —dijo. El interior del vehículo estaba lleno de humo—. De lo contrario, moriréis deseando no haber hecho nunca el trato que os ha llevado hasta aquí.

—Marsh —dijo el que estaba más próximo a Angelo, el que se sentaba en el asiento del acompañante. Intentaba mantener la máscara de chico duro, aunque acababa de traicionarle el temblor de miedo que mostraba su voz—. Nos ha pagado Jimmy Marsh.

Angelo le miró a los ojos, no era más que un niño con una pistola en el regazo. Iba vestido con pantalones vaqueros y cazadora de cuero, olía a whisky y era incapaz de controlar el temblor de las manos.

—¿Quién sabe quién es ese tal Jimmy Marsh? —preguntó a sus cuatro hombres.

—Yo —respondió el más alto del grupo. Era joven, guapo y también estaba con Angelo desde niño, cuando una madre drogadicta le abandonó en el vestíbulo de un edificio después de su último pinchazo—. Se trata de un chulillo de poca monta que se dedica a pequeños robos a mano armada. Si resulta que se ha montado una banda, no pueden ser mejores que los ejemplares que nos ha enviado esta mañana.

—Encontradle antes de que le dé tiempo a desayunar, Anthony —dijo Angelo—.



Y matadle antes de que yo acabe el mío.

—¿Y los tres del Comet? —preguntó Anthony.

—Ayúdales a encontrar la autopista —dijo Angelo, con la mirada fija en los hombres que seguían en el interior del coche—. Y mátalos también si vuelves a verlos algún día por mis barrios.

Anthony hizo un movimiento de afirmación con la cabeza y se encaminó con los otros tres hombres hacia el Cadillac. Entraron en el coche, cerraron las puertas y siguieron al Comet calle abajo hasta enfilar la rampa de acceso a la autopista del West Side, un vehículo con tres hombres que habían pensado ser lo suficientemente crueles como para dedicarse a ser gánsteres.

Estaba sentado en el sillón de Angelo, con las piernas enroscadas, viendo como Robert Stack, representando a Eliot Ness, ponía a prueba a Los intocables. Angelo y Pudge estaban sentados en un sofá delante de mí, relajados, aunque concentrados en el desenlace anticipado de la serie de televisión.

—Te hacen creer que este tipo, Ness, es él solito una banda entera —dijo Pudge, haciendo un gesto de desprecio con la mano—. No sé lo bueno que habría llegado a ser. Lo trajeron de Cleveland.

—Fue lo suficiente bueno como para cazar a Al Capone —dije, sin apartar la vista de la pantalla del televisor en blanco y negro.

—Fue el tiempo quien cazó a Capone —dijo Angelo—. Y resultó que por allí rondaba un federal llamado Eliot Ness.

—Se puede ser carne de titulares por un tiempo límite —dijo Pudge—. La gente se cansa tarde o temprano de oír hablar siempre de lo mismo. Quieren leer sobre un nuevo gánster. Ahí es donde los jueces se arremangan y dan un golpe de martillo en el estrado.

—Quien quiere hacer carrera en este negocio lo hace sin levantar la voz —dijo Angelo—. Los únicos que saben que estás metido en ello son los únicos que deben saberlo. Todo el mundo es capaz de salir en los periódicos. No es necesario ser ninguna lumbrera para ello. Ahora bien, lo que sí es una verdadera habilidad es conseguir no salir en ellos. Y cuando lo logras, puedes seguir en el juego todo el tiempo que quieras.

Me encantaba ver la tele o ir al cine con Angelo y Pudge. Antes de que entraran en mi vida, yo había visto muy poca televisión y sólo conocía los programas más populares por lo que pillaba en alguna que otra conversación. Igual que sucede con muchos niños adoptados, las películas eran mi válvula de escape. Las frías paredes de un viejo cine eran un consuelo ante el vacío de una inexistente vida hogareña. El cine representaba el escenario perfecto para vivir aventuras, un lugar donde perderme y disfrutar durante dos horas de las explosiones heroicas de los demás. Angelo y Pudge, como todos los gánsteres que conocí, sentían pasión por el cine y la pequeña pantalla. Compartíamos más o menos los mismos gustos en cuanto a lo que nos gustaba y lo que evitábamos ver. De este modo, solíamos disfrutar juntos de cualquier espectáculo

y acabar nuestras noches de cine con una cena en la parte trasera del restaurante Ho-Hos en West Fiftieth Street.

Los gánsteres odian las películas románticas y las de ciencia ficción. Prefieren un muerto a tiros en un callejón antes que presenciar un concurso televisivo.

—Explícame qué es un concurso —me pedía Pudge, siempre que yo me mostraba lo bastante descarado como para ponerle ante uno de ellos—. Mejor aún, te lo explicaré yo. Es juego, así de sencillo. Cogen a dos personas, les colocan un ratón delante y apuestan a que no obtendrán la respuesta correcta a lo que se les pregunte. Si la aciertan, reciben dinero a cambio. De lo contrario, vuelven a casa con las manos vacías. ¿Cómo es posible que cuando lo hace un tío de Hollywood lo llamen show televisivo y que cuando lo hacemos nosotros aquí, sin cámaras ni ratones, lo llamen crimen? Ésta sí que es de verdad la pregunta del millón.

A los gánsteres les encantan las historias situadas en el salvaje Oeste o en los momentos álgidos de la Segunda Guerra Mundial y son admiradores, entusiastas de thrillers, comedias simplonas y terror de primera clase. Sin embargo, y por encima de todo, los gánsteres adoran las películas de crímenes y policías y ladrones. Angelo y Pudge se reían a carcajadas presenciado el concepto que Hollywood tenía de su forma de ganarse la vida, con todo extremadamente dramatizado y con un atractivo exagerado.

—En la mayoría de las ocasiones, las películas y los espectáculos están tan lejos de la realidad que ni merece la pena sentarse a verlos —solía comentarme un crítico Pudge entre mordisco y mordisco de pastel de huevo con carne—. Rod Steiger parece estúpido representando el personaje de Al Capone. Y lo mismo digo de ese tipo, Neville Brand, en *Los intocables*. Ahora bien, Robert Stack, ése sí que parece un federal pero ¿y qué? Seguimos sin aprender nada viendo trabajar a cualquiera de ellos. Nada que ver con Cagney. Ése sí que podíamos estudiarlo, observar lo que hacía y repetirlo en la calle sin tener que preocuparnos de caer abatidos a tiros. Hay un par más de los viejos tiempos que también lo hacían como tenía que ser. Uno era George Raft. Y otros dos eran Paul Muni y John Garfield. Pero Humphrey Bogart no pasaba el corte. Nunca lo consideramos como un tipo inteligente. Jamás pagaríamos un duro por él. Siempre nos dio la impresión de ser un chico rico haciéndose el duro, lo cual, según tengo entendido, era lo que sucedía realmente en la vida real.

—Prefiero *M Squad* a *Los intocables* —dije, estirando las piernas para colocarlas sobre la mesita del café.

—¿Y eso qué es? —preguntó Pudge, sirviéndose una nueva taza de café.

—Es una con Lee Marvin —dije—. Hace de detective duro.

—Entonces seguro que yo también lo prefiero —dijo Pudge—. Un tipo así sí que es creíble, antiguo marine, héroe de guerra, herido en combate. A ése sí me lo imagino hinchándome a puñetazos y empujándome sobre el maletero de su coche de policía.

—Te comprendo perfectamente —dijo Angelo, sin intentar en absoluto esconder

su sarcasmo—. Si tuviera que elegir, preferiría que me arrestase un actor antes que un policía. Sería mucho más fácil salirse de ésa.

—¿Sabes quién no me convence en absoluto como policía? —preguntó Pudge.

—¿Quién? —Le sonreí, disfrutando de lo que para nosotros era el equivalente a una conversación familiar.

—Ese viejo gordo de *Highway Patrol* —dijo Pudge—. ¿Cómo se llama?

—Broderick Crawford.

—Ese mismo. —Pudge se incorporó en el sofá, animado, henchido por una pasión entusiasta—. De verdad ¿cuántos años debe tener el tío ese a quien hacen representar el papel de perseguir a todo el mundo montado en un coche? Debería estar jubilado, descansando en una bonita playa y rascándose la barriga. Si me persiguiera un policía tan viejo como ése, no conseguiría detenerme jamás. Apretaría el acelerador a tope y conduciría sin parar hasta que le llegara la hora de echar la siesta.

—Pues yo no me quejaría tanto —dijo Angelo—. Cuanto más viejo el policía, mejor para nosotros. Los policías jóvenes quieren estar en todos lados y hacerse un nombre. Y la mejor forma que tienen de conseguirlo es acabando contigo, conmigo o con los dos a la vez. Los policías viejos únicamente piensan en ir a casa y permanecer en servicio el tiempo suficiente como para acumular una buena pensión de jubilación. Y para ello deben intentar mantenerse alejados de problemas. Tienen la cabeza instalada en una casita en la playa. Nunca en el próximo golpe que tú o yo hayamos planeado.

Me repantigué en el sillón, feliz viendo como Angelo y Pudge relacionaban directamente todo lo que veíamos, en la tele o en las películas con el tipo de vida que llevaban, convirtiéndolo, una vez más, en una nueva lección que aprender. Me había convertido en un miembro aceptado de la familia y con ello había llegado la presión de llenar el vacío de mi conocimiento con su perspectiva de la vida y su honesto, aunque sesgado, punto de vista del mundo que arrastraban con ellos hasta el más mundano de los acontecimientos diarios. Angelo y Pudge lo reducían todo a un escenario básico de blanco y negro, bueno y malo, ganancias y pérdidas. Habían superado todos los retos y sobrevivido y prosperado durante décadas en un negocio brutal, libre de cualquier compromiso razonable y escaso en soluciones pacíficas. Y lo habían logrado gracias a una combinación de inteligencia callejera con determinación audaz que su voluntad nunca frustraría, a pesar de los problemas y los oponentes. Sólo obedecían a un conjunto limitado de comandos estructurados y nunca se alejaban de esas creencias.

Con el tiempo, sus numerosas lecciones acabarían echando raíces y sus potentes teorías, formando parte de mi manera de pensar y de ver la vida. Me convertiría en uno de ellos, un miembro genuino de su pequeña sociedad. Sabía que, fuera cual fuera el camino que tomara mi vida, quedaría marcado por la formidable voluntad de esos dos hombres que acabaría considerando como unos padres. Ellos no estarían

dispuestos a aceptar otra solución. No les interesaba algo tan simple como criar un hijo. Igual que hicieron antes Ida el Cisne y Angus McQueen, Angelo y Pudge pretendían criar un gánster. Y por lo tanto, les observaba noche tras noche, caras borrosas iluminadas tan sólo por el resplandor del televisor cerraba los ojos y sonreía. Estaba a punto de cumplir trece años y no me pasaba por la cabeza otra cosa que crecer y convertirme en uno de ellos.

En un gánster.

Miré el reloj y luego a Mary.

—Estaba pensando en acercarme a casa, darme una ducha y cambiarme de ropa. Tal vez incluso me daría tiempo para ver de refilón una sonrisa de mis hijos y obtener un beso de mi esposa. ¿Seguirá aquí cuando regrese?

—Sí —dijo Mary—. Tal vez haga lo mismo que tú, pero estaré de vuelta enseguida.

—No se preocupe por él, estará bien —dije, mirando a Angelo, que seguía dormido en la cama rodeado de monitores verdes que centelleaban y pitaban sin cesar—. Las enfermeras del turno de día pasan más o menos cada hora.

—¿Piensas que debe oír algo? —preguntó Mary—. ¿Que debe enterarse de que estamos aquí, hablando de él?

—Los médicos dicen que no —respondí—. Dicen que su cerebro y su cuerpo apenas funcionan y que vive minuto a minuto.

—¿Tú qué opinas? —me preguntó Mary, con una dulce sonrisa.

—Creo que oye lo que quiere oír y que desconecta cuando algo no le interesa —dije—. Y creo que está feliz de que usted y yo estemos aquí juntos.

—Pero sigues sin saber dónde encajo yo en todo esto —dijo Mary.

—Se trata sólo de una cuestión de tiempo. Al final acabará diciéndome todo lo que ha venido a decirme.

—Parecen palabras de Angelo, no tuyas —dijo Mary, ladeando ligeramente la cabeza—. Por mucho que intentes luchar contrasello, es inevitable que su forma de ser haya influido mucho en ti.

—Compraré unos bocadillos y un poco de sopa de camino de vuelta —dije, ignorando su comentario—. No tardaré. Dos horas, máximo tres.

—Tómate todo el tiempo que necesites —dijo Mary—. No me importa pasar un rato a solas con él.

Me despedí con un ademán y me dirigí hacia la puerta cerrada de la habitación. Me volví para ver como Mary tomaba asiento junto a la cama de Angelo. Le cogió la mano y le acarició la cara con mucho cariño.

*Otoño, 1968*

Yo tenía catorce años de edad cuando Angelo y Pudge me encargaron mi primer trabajo oficial. Se trataba de recoger una cantidad de dinero en metálico en la casa que un actor tenía alquilada en East Seventies. El actor en cuestión debía dinero a un traficante de cocaína de la ciudad que ya se había dado por vencido en cuanto a cobrar los atrasos y que había traspasado la deuda a Pudge, dispuesto a conseguir como mínimo la mitad del dinero.

—¿Has oído hablar de ese tipo? —me preguntó Pudge—. ¿Te suena su nombre?

—Le he visto actuar alguna que otra vez —dije—. Sale en esa película de acción que acaban de estrenar. No me gusta nada.

—Eso es bueno en todos los sentidos —dijo Pudge—. No se trata de que Nico y tú vayáis a ver una demostración de sus dotes de actor. Se trata de recoger el dinero que debe. Se cree que esto es Hollywood y está acostumbrado a tenerlo todo gratis. Pero resulta que Angelo y yo no somos Hollywood y que estamos acostumbrados a que nos paguen lo que se nos debe. Por lo tanto, alguien tiene que cambiar y nosotros somos ya demasiado viejos para hacerlo. Nico te acompañará a recoger el dinero para asegurarnos que no te da menos de lo que toca.

—¿Qué tengo que hacer? —pregunté.

—Compórtate educadamente en todo momento y no te alteres, por muchas cosas que llegue a decirte a la cara —dijo Pudge—. Deja a Nico el trabajo pesado, sabe lo que hacer en caso necesario. Tu trabajo consiste en recoger el dinero, metértelo en el bolsillo y marchar.

—¿Y qué sucede si no lo tiene? —pregunté—. No todo el mundo tiene veintiún mil dólares en casa.

—Entonces será una mala noche para todos —dijo Pudge, poniéndose en pie, listo ya para marchar—. Nosotros nos quedaremos sin dinero y él se quedará sin suerte. No habrá ningún ganador.

—No te decepcionaré —dije.

—Jamás se me ha pasado por la cabeza que fueras a hacerlo. En tu cama encontrarás una carpeta con información relacionada con ese gorrón. Estúdiatela bien antes de marchar. Cuanto más sepas sobre tu objetivo, mejor controlarás la situación. Estate a punto para cuando Nico venga a recogerte.

—¿Qué me pongo? —Me puse rojo como un tomate, aunque esperaba que la respuesta no sonara tan estúpida como me parecía a mí.

Pudge se acercó hacia donde yo estaba. Colocó ambas manos sobre mis hombros, se inclinó y me besó en la mejilla; nunca antes le había visto una sonrisa tan amplia.

—¿No crees que los vaqueros azules, una camiseta y las zapatillas deportivas bastarán para conseguir que se cague en los pantalones? —preguntó. Y antes de que yo pudiera respondéis añadió—. Junto a la carpeta, sobre la cama, encontrarás algo de ropa nueva. Póntela. Aunque no te servirá para ganarte su respeto, considero que es la vestimenta apropiada para el cargo que ocupas. El actor se echará a reír en cuanto te vea. Si llegas allí como un niño no tendrá ningún miedo. Pero si lo haces como un hombre, dispuesto a llenarse los bolsillos con el dinero que se le debe, te darás cuenta de que su sentido del humor cambiará rápidamente. Un buen gánster, por joven, viejo, alto o bajo que sea, siempre domina el lugar donde está. Siempre.

La sonrisa de Pudge había desaparecido hacía un buen rato y siguió mirándome durante varios segundos. Luego dio media vuelta y salió tranquilamente de la estancia. Caí sentado sobre el blando sillón tapizado y cerré los ojos intentando ahogar los sonidos amortiguados procedentes del abarrotado bar de la planta baja. La tarima de madera crujía sobre mi cabeza, Pudge paseaba por su habitación y acababa de poner en marcha el tocadiscos. Puso un disco de Benny Goodman y trasladó la aguja hasta el inicio de la tercera canción, Sing, Sing, Sing, subió entonces el volumen a tope. Sabía que yo estaba abajo y quería que la escuchara. Me acomodé en el sillón y sonreí, sin abrir aún los ojos, escuchando el impresionante solo de batería de Gene Krupa mezclándose con el clarinete mágico de Goodman. Casi todos los criminales profesionales que he conocido tienen una melodía favorita que escuchan antes de salir a realizar un trabajo. Forma parte importante del ritual. Sing, Sing, Sing era la canción favorita de Pudge y siempre que él y Angelo debían atender un asunto de negocios crucial, y a menudo mortífero, sonaba a todo volumen en el equipo de música. El hecho de que estuviera sonando en aquellos momentos, servía para confirmar la importancia de mi primer trabajo y la confianza depositada en mí. Era también, en cierto modo, su forma de transmitirme esa canción a modo de herencia.

A partir de aquel momento, sería el tema que sonaría siempre que estuviera preparándome para salir a saciar la insaciable sed de sangre y dinero del gánster.

El actor, delgado, pálido y sin camisa, estaba sentado en un sillón de piel, con las manos cruzadas y riendo, tal y como Pudge había vaticinado. Se encontraba ante una mesa de centro de cristal repleta de cucharillas con coca y bandejitas plateadas vacías. Iba vestido con unos pantalones vaqueros sucios, calcetines blancos y, tiradas de cualquier manera en una esquina del exquisitamente decorado salón, había un par de botas Dingo. Nico permanecía en otro rincón, cruzado de brazos, silencioso, con la mirada fija en la nuca del actor.

—Vuelve a explicarme qué haces aquí —dijo el actor.

Le miré, tenía los ojos azules vidriosos e intentaba enfocarme tiritaba de coger con manos temblorosas una botella de vino tinto medio vacía.

—Como ya te he dicho, debes todavía veintiún mil dólares de la droga que has comprado y tienes que pagar tu deuda —dije—. Esta noche. A mí.

El actor depositó de nuevo la botella en la mesa, echó la cabeza hacia atrás y soltó

una carcajada.

—Creía haber oído esto —gritó, casi vomitando el vino que acababa de tragar—. Mira, Charley Figueroa me proporciona la coca cuando estoy en Nueva York, no ningún enano vestido para ir a un funeral. ¿Me has entendido, media mierda?

Miré de reojo a Nico, quien se encogió de hombros, ansioso por avanzar y empezar a hacer daño a alguien. Saqué una llave de mi chaqueta Perry Ellis de color negro y se la mostré al actor.

—No he tenido necesidad de llamar al timbre para entrar —dije. He utilizado la llave que me dio Charley Figueroa. Pero no sólo me ha dado esto. Me ha pasado también tu deuda de drogas. Estamos hablando de veintiún mil. Y ahora, para que conozcas la historia al completo se supone que tengo que dejar la llave aquí y llevarme el dinero conmigo.

—¿Te apañas con un autógrafo y una patada en el culo? —dijo el actor, sin dejar de reír. Se dio la vuelta hacia Nico, como si acabara de percatarse de su presencia.

—No, señor —dije—. Sólo con el dinero. Y en cuanto lo tenga, no hay ninguna necesidad de que debamos vernos de nuevo.

—Me imagino que debes rondar los catorce, quince como máximo —dijo—. Mira, he dado esa cantidad de dinero a bastantes chicas de tu edad, pero habiéndomelas follado antes, como mínimo. Así que ¿por qué no salís de aquí de una jodida vez, los dos, antes de que deje de encontrarle la gracia a todo esto?

El actor se inclinó sobre la mesita, se hizo con una cuchilla de afeitar y preparó una raya de coca a partir de los restos de droga que quedaban sobre el cristal. Acercó la nariz a la mesa e inhaló, la última, esnifada acompañada por un gruñido y un ataque de tos. Se limpió la nariz con la mano y volvió a mirarme.

—Ya sé que no habla —dijo el actor señalando a Nico con el dedo—. Pero sé que los dos me escucháis perfectamente. —El actor se puso en pie y se dirigió hacia el centro de la estancia. Puso entonces las manos en la boca, a modo de altavoz—. Voy a echar una siestecilla —gritó—. ¡Y si cuando vuelva veo aún vuestras caras por aquí, daré alguna jodida patada en el culo de alguien!

Dio media vuelta y, con una notable falta de equilibrio, emprendió el camino hacia su dormitorio. Miré a Nico y le hice una señal con la cabeza. Eché un vistazo a mi alrededor, ropa, platos vacíos repartidos por un salón lujosamente decorado, hasta dar con una silla de comedor. Me hice con ella, la encaré hacia donde se encontraban Nico y el actor y tomé asiento. No me sentía nervioso en absoluto. Todo lo contrario, recuerdo como la excitación y el control que sentía sobre la situación enterraban cualquier posible sensación de miedo. Era consciente de que la violencia estaba haciéndose inevitable, de que el actor no admitiría ningún otro tipo de solución, y me sentía extrañamente cómodo con todo ello. La sensación me sorprendía, pero me complacía al mismo tiempo. Por el momento sabía que si los derroteros de mi vida acababan convirtiéndome en un gánster, era capaz de vivir con sus resultados.

—Ese jodido Charley —murmuraba el actor para sus adentros—. Venderme a ese

niñato de mierda.

—Puedes dormir todo lo que te apetezca —dije—. Estaremos aquí y aquí seguiremos. Hasta que consigamos lo que hemos venido a buscar.

El actor cambió de dirección para acercarse entonces hacia donde yo estaba, alteradísimo debido a la enorme cantidad de cocaína que llevaba en el cuerpo. Se quedó frente a mí, mirándome fijamente. Sus ojos azules echaban chispas de rabia, tenía los puños apretados, su pecho desprovisto de vello subía y bajaba, respiraba con dificultad.

—¿Con quién coño te crees que estás hablando? —me gritó— ¿Tienes alguna jodida idea de quién soy?

—Eres un mal actor con una mala costumbre —dije tratando de mantener mi tono de voz tranquilo. La parte baja de mi camisa negra estaba empapada en sudor—. Aunque esto no significa nada para mí. El dinero sí, en cambio.

El actor respiró hondo varias veces, los ojos se le salían de las órbitas. Parpadeaba constantemente sin poder evitarlo y se frotaba las manos contra los laterales de los sucios vaqueros. Se acercaba cada vez más, mordiéndose con fuerza el labio inferior, cortando la piel hasta hacerse sangre. La asquerosa mezcla de sudor compuesto por cocaína y olor corporal me obligaban a retroceder. Levantó la mano, la hizo descender hacia mi cara y me abofeteó dejándome todos los dedos marcados; el dolor del golpe hizo inevitable que mi ojo izquierdo empezara a llorar. Cuando le miré vi a un hombre que había perdido la razón y cuya adrenalina estaba alcanzando los límites debido a la droga.

—¡No permito que nadie me hable en ese tono! —gritó—. ¡Nadie! ¿Me has oído, pequeño hijo de la gran puta? ¿Me has oído?

Levantó de nuevo la mano, dispuesto a atizarme otro bofetón. Pero Nico le cogió la mano en pleno descenso, cuando se hallaba a escasos centímetros de mi cara. El actor le miró, apretando los dientes.

—¿También quieres recibir una patada en el culo? —dijo.

—Sí. —Era la primera vez en todo el día que, sin soltar la mano de aquel tipo, Nico abría la boca—. Pero antes de que empieces, déjame sacar unas cuantas cosas del medio.

—¿Como qué, tonto de mierda? —dijo el actor.

—Como tus manos —dijo Nico.

Cogió al actor por las muñecas, las echó hacia atrás y, con un ligero movimiento, le partió el hueso. Fue un sonido similar al que se produce cuando se pisa una ramita con el zapato. El actor soltó un alarido de dolor y cayó de rodillas, con la cabeza completamente inclinada hacia su pecho y las lágrimas rodándole mejillas abajo. Nico levantó un pie y lo apoyó contra el cuello del actor para mantener mejor el equilibrio, luego fue cogiéndole cada uno de los dedos para quebrárselo como una galleta crujiente. Soltó la mano magullada, con los dedos partidos por todos lados, y contempló como el miembro casi se desplomaba sobre el suelo alfombrado como un



peso muerto, mientras el actor yacía en el suelo revolcándose de dolor.

Era la primera vez que veía a un gánster en acción. Lo que más me afectó fue, más que la brutalidad, la tranquilidad con la que Nico atacaba. Una cosa era escuchar historias de violencia y otra muy distinta ser testigo impasible del dolor de un hombre. Tragué saliva, noté mi bilis caliente ascendiendo por la garganta y supe que debía conservar la calma y no permitir que lo que acababa de presenciar afectara mi forma de hablar o de comportarme. Me levanté de la silla y me aproximé al actor.

—Dame el dinero —le dije—. Es todo lo que quiero, luego me marcharé. Pero si vuelves a negarte, no me quedará otro remedio que dejarte a solas con él.

—En la mesa de despacho de mi dormitorio —dijo el actor, entre sollozos, con los ojos fijos en sus magulladas manos y muñecas—. Mi maletín está allí. Dentro hay dinero y también por allí encima. No sé cuánto, pero debería ser suficiente como para cubrir la deuda.

—Así lo espero —dije, haciendo un movimiento de cabeza en dirección a Nico. Él se apartó del cuerpo del actor y salió en dirección al dormitorio. El actor gateó hasta el sofá, se incorporó a duras penas y se sentó en él, descansando su mano inútil, que empezaba ya a hincharse, sobre la pierna. Nos quedamos mirándonos el uno al otro hasta que Nico volvió de la habitación y me entregó el dinero.

—Está todo aquí —dijo.

Cogí el dinero, doblé los billetes y lo guardé en el bolsillo de la chaqueta.

—Entonces hemos terminado —le dije al actor—. La deuda está saldada.

—Necesito ir a un hospital, que un médico me cure la mano —musitó el actor—. Que me entablillen la mano, que me pongan hielo, lo que sea para que no duela tanto.

—Buena idea —dije, y di media vuelta para seguir a Nico en dirección al vestíbulo y salir de la casa.

—Ayudadme a vestirme y sacadme de aquí —suplicó—. Es lo mínimo que podéis hacer por mí.

Me volví para mirarlo y sacudí la cabeza.

—Sal por tu cuenta. Llama a algún amigo y pídele que venga a buscarte —dije—. Nosotros no nos dedicamos a eso.

—Maldito hijo de puta —dijo el actor. El dolor de la mano subía hacia el brazo—. Lo único que haces es pelearte con la gente por su dinero y luego casi matarlos. Nada más que eso.

No le contesté. No había ninguna necesidad de hacerlo. Pero no es sólo eso, quise decirle. También voy al instituto.

Nico conducía por la autopista del West Side en dirección al centro de la ciudad. Le pedí que se detuviera un momento en el arcén.

—¿Estás bien? —me preguntó, encendiendo una luz interior para poder verme mejor la cara.

—Lo estaré —le respondí—. Tan pronto como vomite.

Se desvió por la salida de Seventy-ninth Street y aparcó el Cadillac negro junto a

un terraplén de piedra situado sobre el río Hudson. Me levanté del asiento del acompañante, me incliné hacia delante y vomité. Tenía el cuerpo empapado en sudor y mi ropa nueva completamente manchada. Observé mis manos, iluminadas por el resplandor de las farolas que alumbraban Riverside Park. Temblaban de forma incontrolable y no podían ni sujetar el pomo de la puerta del coche. La tranquilidad que sentí en casa del actor me había abandonado hacia ya un buen rato. Nico estaba de pie a mi lado, apoyándome una mano en la espalda.

—Nunca me había encontrado tan enfermo —dije, limpiándome la boca con la manga de la chaqueta nueva.

—Tampoco habías salido nunca antes a trabajar —explicó Nico—. Esto le pasa a todo el mundo la primera vez. Te acostumbrarás. Llega un momento en que resulta tan fácil como respirar.

Nico Bellardi se apoyó contra la puerta trasera del Cadillac y encendió un cigarrillo. Era un hombre alto, mediría cerca del metro noventa y pesaría algo más de cien kilos. Tenía una abundante mata de cabello oscuro, salpicada con toques de blanco en las sienes. Iba hacia los cuarenta, siempre vestido impecable y con mucho estilo y hablaba sólo cuando lo consideraba imprescindible. Era el mejor matón de Pudge y el miembro de mayor confianza de su banda.

—No he tenido miedo hasta el final —le confesé—. Ese tío llevaba tanta droga en el cuerpo que podía habernos matado a los dos y no darse cuenta de ello hasta pasados tres días. Y cuando se acercó y me metió la mano encima, debería haberme vuelto. Pero me quedé ahí sentado, sudando. Si no me hubieras echado un cable, aún seguiría allí recibiendo una paliza.

—Tu trabajo consistía en salir de la casa con el dinero —dijo Nico—. El mío, ayudarte a conseguirlo. Bajo mi punto de vista, los dos hemos hecho lo que se suponía que teníamos que hacer.

—¿Qué habría sucedido si hubieras ido solo, sin mí?

—De haber estado allí el dinero, habría salido con él —dijo Nico, encogiéndose de hombros y aspirando el cigarrillo—. Aunque el actor habría acabado con algo más de que preocuparse, no sólo de unos cuantos huesos rotos en la mano. De no haber estado tu presente, es muy posible que hubiese acabado con él. Así que lo que tú hiciste fue asegurarnos que nos llevábamos el dinero y, mejor aún, dejar bien claro que ése no iba a contarle a nadie nada sobre el asunto.

—¿Cuánto tiempo llevas haciendo esto? —pregunté—. Ya sabes, haciendo trabajitos para Pudge.

—Ahora debe hacer diez años —dijo Nico—. Me localizó en una banda callejera que yo dirigía y me sacó de ahí. Lo único que puede hacer un tipo como yo trabajando en el hampa es utilizar los músculos. Hay poquísimas oportunidades de llegar a ser jefe. Pero gano un buen dinero y me tratan bien. De haber seguido dando tumbos con esa banda, estaría a estas alturas cumpliendo mi segunda condena en una prisión estatal y cargado de años. Pero no, me estoy pagando una jubilación y

cambiando de coche cada dos años.

—¿Tienes familia? —pregunté, poniéndome en pie e inclinándome sobre el paredón, tratando de respirar el aire fresco procedente del río.

—He estado unas cuantas veces a punto de ponerme el anillo —dijo Nico—. Pero rompí antes de llegar demasiado lejos.

—¿Y cómo fue eso? —pregunté, viendo que se alejaba de mí y que tenía la mirada fija en las luces del tráfico de la ciudad.

—Llegaré una noche, por muy bueno que seas en esto, en que te será imposible salirte airoso de un trabajo. Es una de las primeras cosas que aprendí. Y nunca me ha gustado la idea de tener a una persona querida al otro extremo de la línea telefónica teniendo que oír algo así en voz de un desconocido.

—Gracias por haberme ayudado esta noche —le dije a Nico—. Te estoy muy agradecido, de verdad. Tal vez el próximo chico que Pudge te mande acompañar no sea tan malo como yo.

—No habrá un próximo chico —dijo Nico.

—¿A qué te refieres?

—Me he convertido en tu chico —dijo Nico—. Siempre que te manden a hacer trabajitos como éste, irás conmigo.

—Creo que no va a resultarte muy divertido tener que trabajar con alguien que probablemente acabe vomitando después de cada trabajo.

—No pretendas que lo deje —dijo Nico, pasando delante de mí y encaminándose de nuevo hacia el lado del conductor—. Pagan bien y es un trabajo fácil. Y a razón de lo que he presenciado hoy, creo que acabarás haciéndolo cada día mejor.

Nico se sentó al volante y cerró la puerta. Observó como yo daba la vuelta y hacia, lo mismo. Puso la palanca del cambio automático del Cadillac en posición de marcha y regresamos a la autopista del West Side, nos situamos en el carril más rápido y nos dirigimos hacia el bar de Angelo y Pudge, en el centro de la ciudad.

—¿Te importa si pongo la radio? —me preguntó, conectándola—. Escoge la emisora que quieras, me da igual.

—Cualquier cosa me va bien, excepto la ópera —dije, apoyando la cabeza en el reposacabezas y cerrando los ojos—. Tampoco me enfadaría si encontrases alguna emisora donde pusiesen *rock n' roll*.

—Pues *rock n' roll* —dijo Nico, pulsando los distintos botones del aparato con la mano derecha y conduciendo con la izquierda, moviendo el dial arriba y abajo hasta encontrar la emisora deseada.

Seguimos en silencio el resto del trayecto, escuchando a Sam Cooke, Frankie Valli y Little Richard, con el bolsillo de la chaqueta lleno de crujientes billetes de cien dólares resultantes del pago de la deuda de un actor. Abrí los ojos para ver como la ciudad iluminada pasaba ante mí a toda velocidad y sonreí.

Mi primer día como gánster había sido un éxito. La chica subía caminando por Thirty-first Street. Una correa de cuero sujetaba los libros que llevaba firmemente

apretados contra el pecho. Iba de uniforme, falda de cuadros blancos y negros, similares a un tablero de damas, camisa blanca y abrigo azul con capucha. Tenía el pelo corto, de color castaño, ojos avellana y llevaba calcetines blancos y unos relucientes Buster Browns de cordones. Iba sola, con la cabeza gacha, en un intento de batallar contra el viento de primera hora de la tarde y el abrigo desabrochado, a merced de la brisa.

—Ahí está —me dijo Nico—. La chica de tus sueños. Ahora viene la parte difícil. Convertir esos sueños en realidad.

—¿Estás seguro de que es una buena idea? —le pregunté. Estaba apoyado contra la capota de un coche, con los pies sobre el parachoques, y la chica se dirigía hacia nosotros procedente de la otra acera—. ¿Y si dice que no?

—No creo que te quede otra elección. —Nico estaba de pie a mi lado, con las manos en los bolsillos—. No, a menos que pretendas que yo me convierta en tu pareja en el baile de la escuela.

Sonreí débilmente a Nico.

—Siempre pavoneándote de lo estupendo que eres como bailarín. Tal vez debería darte una oportunidad y probarlo.

—Lo que necesitas es una Ginger, no un Fred, algo que no vas a encontrar a este lado de la calle —dijo Nico—. Así que, vamos.

Suspiré, me separé del vehículo, coloqué la chaqueta en su sitio y me pasé una mano por el pelo.

—¿Debería saber algo más antes de ir? —pregunté con los ojos clavados en la chica que, en aquel momento, pasaba por delante de la tintorería y volvía la cabeza hacia donde estábamos nosotros.

—Sería un buen punto que te acordases de su nombre —dijo Nico. Le di un codazo en broma, vigilé el tráfico acercándose y crucé la calle rápidamente en dirección a la chica con la falda de cuadros.

Cuando vio que me acercaba, me obsequió con una dulce sonrisa que me puso la cara roja como un tomate y me dijo:

—Hola, Gabe, ¿qué haces ahí?

—Poca cosa, Maddy —dije—. Charlando con mi amigo. —Señalé por encima del hombro y me di cuenta de que ella se percataba de la presencia de Nico, que estaba en aquel instante con el pie apoyado en el parachoques y con un cigarrillo encendido en la boca.

—Vaya tipo más grande —dijo Maddy, amigando la nariz—. Parece un jugador de fútbol americano.

—La verdad es que le gusta jugar a cualquier tipo de deporte —dije.

—¿Has terminado ya el informe de Francés? Yo no he empezado ni la lectura. Me cuesta mucho decidirme por un tema.

—Puedo ayudarte, si quieres —conseguí decir—. En lo único que soy bueno es en Francés e Historia. En el resto de las clases, me duermo.

—Sería estupendo —dijo Maddy—. Si tienes tiempo, claro.

—Buscaré el tiempo —le dije—. ¿Qué te parece el viernes en la biblioteca, después de clase? Así tendrás un poco de tiempo para terminar la lectura.

—Esto es una cita —dijo ella—. El viernes, a las tres y media, en la biblioteca. Birlaré algún caramelo. Por si nos da hambre mientras trabajamos.

Echó a andar, dispuesta a marcharse, y yo estaba hecho un lío, nervioso, con los puños apretados.

—Así que... hablando de citas... ¿tienes pensado asistir al baile del gimnasio el sábado por la noche?

—Me gustaría —dijo Maddy, con esa sonrisa coqueta tan típica de las adolescentes—, pero aún no me lo ha pedido nadie.

—¿Irá si te lo pidiera yo? —Intenté tragar saliva, aunque tenía la boca tan seca como si la tuviera llena de arena.

—Me encantaría ir contigo, Gabe. —Su sonrisa desapareció con la misma rapidez con que había aparecido—. De verdad. Pero no puedo.

Yo estaba colorado y confundido ante una negativa tan rápida.

—¿Qué? ¿Es que esperas que te lo pida otro chico?

—No —dijo Maddy, sacudiendo la cabeza.

—Entonces no lo entiendo. ¿Por qué...?

—No puedo ir contigo, Gabe —me interrumpió. Entonces dijo, empezando a caminar—. Déjalo como está, por favor.

La agarré por el codo para que permaneciera donde estaba.

—Quiero oír el motivo, sea cual sea. No sé, tal vez pueda hacer algo para cambiarlo.

Maddy me miró y luego a Nico, por encima de mi hombro. Él seguía en su lugar junto al coche aparcado, hablando de apuestas con Little Angel, un estafador profesional del barrio.

—Mi padre nunca lo aprobaría —dijo ella—. Y por mucho que hagas, por mucho que digas, nunca cambiará de idea. Se trata sólo de lo que piensa de ti.

—¿Lo que piensa de mí? —No me importaba disimular la rabia que sentía ante aquella sorpresa—. No puede pensar nada de mí. No le conozco de nada.

—No eres tú, Gabe —dijo Maddy—. Es la gente con quien vives.

Jamás olvidaré la oleada de emociones que provocaron en mi cuerpo aquellas palabras. Era una combinación de rabia y humillación. Rabia por el hecho de que los hombres que yo tan bien conocía y quería no fuesen considerados lo bastante buenos por ella o su familia. Humillación porque, incluso entonces, comprendía sus motivos. Las cosas habían cambiado desde que decidí vivir con Angelo y Pudge. Pero yo todavía lo veía desde el exterior. Seguía en un mundo sucio en algún aspecto, anhelando pasar a otro agradable, nuevo y limpio.

Maddy debió darse cuenta de mi agonía, porque me dijo entonces, muy amablemente:

—Mi padre trabaja duro, trabaja muy duro para sacar a su familia adelante. Está muy orgulloso de ello. Acude a la iglesia los domingos por la mañana con mi mamá y los sábados practica como entrenador en una liga inútil. Sólo lo he visto enfadarse cuando habla de tus amigos. Dice que viven del trabajo de los demás y que arruinan cualquier vecindario que pisen. Y dice que tú formas parte de ellos, Gabe. Por mucho que me gustes, no puedo ir al baile contigo.

Hundí las manos en los bolsillos del pantalón, miré a aquella preciosa chica e hice un ademán con la cabeza.

—Nunca te lo pediría —dije—. He aprendido a mantenerme alejado de los lugares donde mi presencia no es bienvenida. Siento haberte molestado, May, no volveré a hacerlo. —Marché hacia la esquina, esperando que el tráfico aminorara para cruzar la calle.

—Mi padre es un buen hombre, Gabe —gritó Maddy, corriendo detrás de mí.

—Odia a gente que no conoce y que no ha visto en su vida —dije, mirándola por encima del hombro—. Si se supone que un buen hombre debe actuar así, entonces me quedaré junto a los malos, junto a aquellos a los que pertenezco.

Esperé la oportunidad adecuada para cruzar corriendo la avenida; para alejarme de Maddy y regresar junto a las caras sonrientes de Nico y Little Angel.

Angelo se inclinó por encima del extremo del tejado para ver volar su bandada de palomas formando un amplio círculo por encima de su cabeza. Tenía a sus pies dos grandes cubos con comida y una manguera de jardín enrollada goteaba junto al gallinero. Eché un balde de agua con jabón en el gallinero, cogí una escoba para fregar el suelo y empecé a frotar. Sobre el enrejado del gallinero había una pequeña radio portátil sintonizada con el boletín de noticias italiano. El comentarista discutía el efecto que la última crisis fiscal estaba teniendo sobre Nápoles. Había momentos en que me daba la impresión de que sabía mucho más sobre lo que sucedía en un país que no había visto en mi vida, que sobre los acontecimientos de mi propia ciudad.

—Quería haberle dicho tantas cosas —le dije a Angelo—. Desearía haberlo hecho. Pero no quería herirle los sentimientos.

—¿Y qué más tenías que decirle? —me preguntó Angelo—. Nada habría conseguido ponerla en contra de los deseos de su padre. Está bien educada. ¿Cómo podría traicionar el respeto que siente hacia él?

—Pero podía haberle dicho unas cuantas cosas —dije, presionando la fregona en un intento de alcanzar hasta el último rincón del gallinero—. No lo suficiente como para hacerle cambiar de idea, pero sí tal vez para ayudarla a abrir un poco los ojos.

Angelo se acercó al gallinero, levantó el brazo por encima de la altura de mi cabeza y apagó la radio.

—¿Abrirle los ojos a qué? —preguntó.

—Esa liga infantil, por ejemplo. —Dejé la fregona junto a un poste del gallinero y le miré—. ¿Sabes dónde entrena su padre a los niños cada sábado? Bien, pues le podía haber dicho que no habría ningún campo donde poder entrenar si tú y Pudge no

hubierais dado el dinero para construirlo.

—Habría dicho que lo hicimos con dinero que no nos pertenecía. Dinero robado de los bolsillos de los pobres. Siempre encuentran un motivo por el que no aceptarnos, Gabe. Y tienen razón. Se trata de algo con lo que tendrás que aprender a convivir.

»Era sólo un baile —dijo Angelo—. Para el padre de la chica representaba el principio de algo que nunca habría permitido. Es un hombre honesto y jamás correría el riesgo de cruzar su sangre con la nuestra. Sabe quienes somos y lo que hacemos y no quiere tener nada que ver con ello, ni él ni su familia.

—Pero hay muchos hombres como su padre —dije, lanzando agua al gallinero para retirar el jabón y la suciedad—. En la calle siempre se muestran muy amables contigo y con Pudge. Se toman la molestia de detenerse y preguntarnos cómo estáis y deseamos lo mejor. Y veo que vienen al bar y os piden ayuda para salir de los líos en los que se meten. ¿Por qué hacen eso si no quieren tener nada que ver con nosotros?

—Nosotros no hacemos nada gratis por ellos —dijo Angelo—. Lo saben en el mismo instante en que meten el pie en el bar, incluso antes de pedirlo. Si quieren un favor, tienen que pagarlo, con dinero o con especies. No soy nunca el primero a quien se dirigen para pedir ayuda. Siempre soy el último, y el que más dinero les cuesta.

—Así que si todo va bien no quieren tener nada que ver con nosotros. —Abandoné la fregona junto a la puerta que subía al tejado para cambiarla por una escoba que estaba en la esquina—. Pero en el momento en que aparece un problema del que no son capaces de salirse por sí solos, se olvidan del tipo de personas horripilantes que somos y vienen corriendo a suplicarnos ayuda. Si fuera por mí, sabiendo lo que de verdad sienten, ya podrían venir y llorar todo lo que les diera la gana. No lo conseguirían cuando quisieran.

—El que se mete en el hampa no lo hace para ganar amigos —dijo Angelo, levantando la vista hacia el cielo nublado, contemplando como su bandada de palomas volaba formando círculos en dirección a los extremos de los muelles del West Side—. Se mete para ganar dinero. Si quieres que la gente piense bien de ti cuando se mencione tu nombre, entonces métete a cura.

Saqué del gallinero lo que quedaba de agua, resbaló tejado abajo en dirección a una tubería de desagüe enmohecida.

—Voy a bajar los trapos secos —dije—. ¿Quieres que te suba algo de beber?

—Para ti, si te apetece —dijo Angelo—. Yo ya estoy bien así.

Hice un movimiento de afirmación con la cabeza y abrí la puerta que nos separaba del edificio. Mientras descendía por los viejos peldaños de madera, apoyando una mano en la desvencijada barandilla, repasé mentalmente lo que Angelo me había dicho. Aquello de lo que acababa de enterarme no me preocupaba. Había crecido acostumbrado a estar solo y a guardarme para mí mis ideas y sentimientos hacía mucho tiempo que había aprendido a ser mi mejor consejero y que me había dado cuenta de que, aparte de Angelo, Pudge y, tal vez también Nico, era mucho

mejor continuar como hasta aquel momento durante el resto de mi vida. Había desarrollado dicha habilidad a lo largo de mis años como niño adoptado, cuando no me quedaba otra alternativa que callarme y hacer ver que no me enteraba de las palabras que iban directamente dirigidas a mi persona. Resultó ser el inicio perfecto de una vida confinada a la oscuridad y a los silencios del hogar de un gánster.

Me daba cuenta de que era el niño perfecto para Angelo y Pudge.

Nunca traicionaría la confianza que habían depositado en mí ni comentaría más de lo necesario con nadie fuera de su alcance. El incidente con Maddy y su padre servía únicamente para reforzar y solidificar la creencia de que yo formaba parte de un poderoso y temido grupo de hombres. No les importaba ser del agrado de los demás, ni todo el boato de las familias, y les tenía sin cuidado un sistema de valores americano que mucho tiempo atrás habían aprendido a despreciar y explotar. Eran hombres ricos que no se pavoneaban del dinero ni buscaban escalar en la alta sociedad. Solucionaban sus problemas con llamadas de atención y violencia e iniciaban los negocios con las armas y la fuerza. Estaban profundamente arraigados en la América del siglo xx, sus manos aparecían en cualquier tipo de comercio, ilegal o no, que operaban siempre libre y abiertamente.

Los que aplicaban la ley les odiaban, mientras que la gente de a pie les toleraba. En muchos aspectos, gobernaban un país que habían llegado a considerar como suyo. En aquellos momentos, yo formaba parte aceptada de su mundo y me alegraba por ello.

—Siempre supimos lo que la gente pensaba realmente de nosotros —me dijo Pudge en una ocasión—. Nadie pretende mantenerlo en secreto. Pero no nos importaba, fuera lo que fuese. Tampoco pretendíamos gustar a nadie. Ésa es una de las razones por las que al inicio nos convertimos en gánsteres. Cuando llegamos a este país, ellos eran los que disfrutaban de todos los trabajos, del dinero, del poder de hacer que las cosas sucedieran y, créeme, ninguno de ellos estaba dispuesto a apartarse de su camino para compartirlo, especialmente con alguien recién llegado en un barco de inmigrantes. Así que apostamos por el poder e hicimos todo lo necesario para mantenernos en él. Y nos odiaron por ello. Nunca querrán tener nada que ver con nosotros. Si necesitan un favor, lo tomarán. Si quieren hacer negocios, lo conseguirán. Pero nunca llega más lejos. No permitas que nadie te explique una historia distinta. Para gente como nosotros, la puerta que conduce a su mundo siempre permanecerá cerrada a cal y canto. Siempre.

Cuando subí de nuevo al tejado iba cargado con un cubo lleno de trapos secos en una mano y una taza de café en la otra. Busqué a Angelo hasta encontrarlo finalmente sentado en el alféizar, con las piernas colgando, la cara mirando al cielo y los ojos cerrados, recibiendo el calor del sol. Parecía sentirse a gusto consigo mismo y en paz con todo lo que le rodeaba. Deposité el cubo en el suelo y me dispuse a secar los postes mojados del gallinero y a ir bebiendo mi café de vez en cuando. Trabajaba tranquilo, cómodo con el silencio ambiental, roto únicamente por el ulular accidental



de una sirena o del claxon de un coche sonando siete pisos más abajo. Me gustaba subir con Angelo a los gallineros y disfrutaba viendo como me permitía compartir con él el cuidado de sus aves. Siempre que estaba en compañía de sus palomas o de sus perros parecía estar mucho más relajado que en compañía de la gente. Como la mayor parte de los hombres de su profesión, confiaba más en el modelo de comportamiento de los animales que en el de los seres humanos. En su tejado, con las bandadas de pájaros volando por encima de su cabeza. Angelo Vestieri era capaz de cerrar los ojos y permitir que su cabeza volara también y explorara, los orígenes de sus recuerdos. En su presencia no necesitaba ser un gánster ni tener el cuerpo siempre alerta ante el más mínimo síntoma de una posible traición. En su tejado, podía dejar de lado su escudo protector y refugiarse después de la batalla.

Había acabado de secar el gallinero y estaba llenando con semillas y agua los comederos. Miré de reojo y vi la sombra de Angelo a mis espaldas.

—Ya casi he terminado —dije.

—Bien. —Levantó de nuevo la cabeza; la bandada de palomas descendía en picado, dando vueltas en círculo alrededor de los distintos edificios—. Llegarán en pocos minutos.

—Han estado mucho rato fuera —dije, siguiendo el vuelo de los pájaros—. Debe gustarles más cuando hace frío.

—Eres bueno con ellos. —Angelo entró en el gallinero, metió la mano en el cubo de la comida y empezó a ayudarme a llenar los comederos—. Y ellos te han respondido bien. Y lo mismo ocurre con Ida.

Creo que ahora le gustas más tú que yo. Buena señal. Es más difícil conseguir que un animal confíe en ti que un hombre. Los animales son más inteligentes, intuyen si alguien piensa hacerles daño. Al hombre, en cambio, tienen que herirle varias veces antes de que aprenda la lección. Si es que llega a aprenderla.

—Y cuesta muy poco hacerles felices —dije—. Un lugar limpio donde vivir, comida y un poco de atención. Les tratas bien y te tratan igual de bien a cambio. Te aprecian sólo por eso, no por quién eres, dónde vives y con quién vives.

—No como el padre de la chica. —Angelo salió del gallinero en cuanto las palomas entraron en grupo, aleteando y arrullando en el exterior de las jaulas—. Ése es más parecido a la mayoría de personas que conocerás. Deciden que saben todo lo que necesitan saber de ti antes incluso de compartir la mesa contigo. La mayor parte de las veces, esta forma de pensar juega a tu favor. En otras, como tú con la chica, acabas herido. Pero todo pasa con el tiempo.

—¿Te ha sucedido alguna vez algo así? —le pregunté, saliendo del gallinero. Las palomas pasaban precipitadamente junto a mí ansiosas por alcanzar la comida.

—Eso debería responderlo Pudge —dijo Angelo—. Él es el hombre de las señoras, no yo. Yo me conformo con pasar el tiempo con mis pájaros y con Ida.

—¿Y tu familia? —pregunté, consciente de que estaba adentrándome en un territorio que jamás formaba parte de nuestras conversaciones—. Tu mujer y tus

hijos. ¿No les echas de menos?

Angelo cerró la puerta de la jaula y me miró fijamente durante unos segundos que me parecieron interminables.

—He aprendido a no echar de menos a nadie —dijo, con el tono de voz más frío y distante que nunca le había oído utilizar—. Y también he aprendido a no realizar nunca preguntas cuya respuesta no tengo ninguna necesidad de saber. Creo que sería una postura inteligente por tu parte empezar a aprender la misma lección.

Angelo me dio la espalda, se dirigió lentamente hacia la puerta del tejado y desapareció en la oscuridad de la escalera. Me apoyé a la jaula y miré el cielo. El sol permanecía oculto detrás de una masa de nubes oscuras y empezaba a llover ligeramente.

*Verano, 1970*

Hacía ya dos meses que cuatro estudiantes habían resultado muertos en manos de la Guardia Nacional durante una manifestación nocturna que había tenido lugar en la Kent State University de Ohio y en la que se protestaba contra una guerra que nadie decía querer o comprender. Eran mis años en el instituto y el mundo a mi alrededor parecía a punto de explotar. Estudiantes terroristas, respaldados por el dinero de la clase media-alta, se dedicaban a construir bombas caseras en los edificios de piedra caliza roja de Greenwich Village, artefactos destinados a derrocar un sistema que habían llegado a detestar. Había secuestros aéreos regulares en los vuelos con destino Nueva York, Tel Aviv y Londres, mientras grupos de hombres y mujeres armados discutían a voz de grito por la paz dejando una estela de cadáveres de inocentes a su paso. William Calley, lugarteniente del ejército de los Estados Unidos, iba a ser juzgado por el asesinato de veinte civiles en My Lai, un lugar del que desconocía su existencia hasta que leí en los periódicos el nombre de los fallecidos. Y en Nueva York, igual que en el resto de los Estados Unidos, la generación devota del amor libre y la paz estaba colgada en el sabor caro y adictivo de la cocaína y causaba estragos en los silenciosos círculos del crimen organizado.

Angelo y Pudge odiaban los tumultos, más aun si entraban en conflicto con el mundo cerrado que con tanto esmero habían construido. Observaban cínicamente las palabras de paz que con tanta facilidad salían de las bocas de aquellos que parecían tan íntimamente unidos con los alborotos. Les preocupaba una guerra sin fin cuya existencia ni ellos, gánsteres como eran, se veían capaces de justificar. Y no confiaban en los líderes de la época, más allá de las palabras de consuelo veían un par de ojos ávidos por hacerse con el poder que tanto proclamaban desdeñar.

—Fueron momentos complicados —decía Angelo—. Tanto para el país como para nosotros. Normalmente, las épocas problemáticas se nos daban bien. Pero aquella vez no. Nuestros negocios sufrieron mucho, mucho más que con cualquier guerra entre bandas. Los jóvenes de todos lados daban la espalda a los convencionalismos sociales. Y, en consecuencia, los jóvenes gánsteres ignoraban también las reglas del hampa. Había días en que llegué a pensar que el país acabaría abocado sin remedio en una revolución de masas. No sé qué habría sido de nosotros de haber pasado algo así. Nada bueno. Y aún hoy día seguimos pagando todos los problemas que sufrimos en aquella época.

Durante esos años, dividía mi tiempo entre el instituto y mi formación como gánster. Intentaba por todos los medios mantener ambos mundos separados, incapaz de saber si sería capaz de manejar la situación en caso de que llegaran a colisionar

entre ellos. Iba a un colegio privado, era buen estudiante, me gustaban las clases de Francés, Inglés y de Historia y mantenía mis amistades en un número mínimo. La directiva del colegio sabía que vivía con Angelo y Pudge y uno de ellos, o ambos, acostumbraban a estar presentes en las reuniones escolares. Nunca eché de menos unos padres de verdad. No creo que nadie pudiera llegar a quererme tanto como esos dos hombres que me ofrecieron un hogar. Angelo me transmitió su amor por la lectura y yo siempre tenía un libro en la mano. Gracias a Pudge, que devoraba periódicos y revistas, aprendí a abrimme camino entre las secciones de crímenes y deportes. Los profesores del colegio crearon una fundación educativa dedicada a los clásicos. Seguí mis propios instintos juveniles con las obras de Alejandro Dumas, Jack London y Rafael Sabatini. Angelo y Pudge complementaron mi educación con historias incluso más sabrosas. Gracias a ellos, lo aprendí todo sobre la formación de Murder, Inc. y sobre el asesinato del Half-Moon Hotel. Supe que el hampa era propietaria de ciertos equipos de luchadores y boxeadores y que vaciaban las carteras mucho antes de que se llevaran a cabo los combates. Leí mucho sobre los antiguos grandes jugadores de béisbol y me explicaron que muchos de ellos estuvieron relacionados con el crimen organizado. Lo sabía todo sobre Willie Sutton y los bancos que había atracado y sobre Crawley Dos Pistolas y su famoso secuestro con rehenes en Upper West Side, origen de la película de James Cagney, Inocentes con caras sucias.

Era imposible pedir una educación mejor.

No me faltaba de nada. Con sólo pedir las entradas de primera para espectáculos de Broadway, conciertos y acontecimientos deportivos. En una década en la que la mayoría de adolescentes iban vestidos con pantalones vaqueros rotos, camisetas descoloridas y llevaban el pelo largo, yo iba con chaquetas italianas y polos de importación y desfilaba cada semana por la peluquería. Recibía una educación completamente distinta a la de la gente de mi generación y observaba lo que ocurría a mi alrededor más como un espectador que como un participante. Mientras que los adolescentes que aparecían en las noticias de la noche participaban en manifestaciones por la paz o los derechos de la mujer, yo iba a las carreras con Angelo y Pudge y volvía a casa bronceado y con los bolsillos llenos con las ganancias obtenidas. Mientras que los chicos quemaban las cartas con las que eran llamados a quintas y las mujeres tiraban a la basura el sujetador, yo salía con Nico a recoger el dinero de las deudas contraídas por aquellos que ya no sabían de dónde sacar líquido con que alimentar sus carísimos vicios.

Siempre que pienso en aquellos años, los recuerdo con cariño y orgullo. Era el período de los mayores trastornos políticos y sociales de los Estados Unidos y yo era la persona más feliz del mundo. Había encontrado la paz aceptando el tipo de vida de un joven gánster. Me resultaba sencillo imaginarme así aunque, la verdad es que me faltaban aún diez años para llegar realmente a serlo. Me estaba permitido echar una ojeada de vez en cuando a aquel mundo oscuro y disfrutar de sus prebendas, todo ello

con el objetivo de que me resultara atractivo y persuasivo. Pero nunca me había encontrado todavía en una posición en que me viera obligado a realizar auténticas maniobras, de gánster, decidir el destino de un hombre, estar presente en el momento fatal de disparar la bala. Esto quedaba reservado para más adelante, para cuando ya no pudiera dar marcha atrás y para cuando no me quedara otra elección. De vez en cuando, me daba el lujo de pensar en esos términos. Y era sólo entonces cuando experimentaba algún tipo de miedo.

La larga década de paz para Angelo y Pudge estaba llegando rápidamente a su fin. Las nuevas bandas étnicas que iban apareciendo suponían un desafío para la autoridad del viejo orden. Animadas por los ingresos masivos generados por el negocio de la droga, estaban tanto bien armadas como bien financiadas. Una banda compuesta por doscientos cincuenta negros, con base en las barriadas de pisos del Brooklyn y dirigida por Little Ricky Carson, veintitrés años, antiguo jugador de fútbol de instituto típicamente americano, obtenía semanalmente cerca de cien mil dólares de beneficios netos gracias a la venta callejera de coca. Se autodenominaban los KKK, los *Kool Knight Killers*. A finales de primavera, se habían aliado con Pablito Munestro y su anillo de trescientos colombianos que trabajaban en Washington Heights, en Manhattan norte, con la intención, ambos grupos, de ampliar tanto sus territorios como sus carteras. Las bandas hispanas realizaban sus avanzadillas por las calles del Bronx y una banda renegada de italianos, los Barones Rojos, pretendía convertir la barriada de Queens en su territorio particular de las drogas.

Angelo y Pudge percibían entre sus propias filas la semilla del descontento. El olorillo de las enormes cantidades de dinero que aportaban las drogas resultaba difícil de ignorar, especialmente por parte de los miembros más jóvenes a los que todavía les faltaban bastantes años para obtener sueldos elevados en la banda. Tanto Angelo como Pudge eran conscientes de que no podían seguir ignorando el negocio de la droga. En primavera de 1947, habían sugerido a la Comisión Nacional, el estamento regulador de los bajos fondos, el castigo con pena de muerte para cualquier miembro descubierto trabajando en negocios de ese sector. Pero la solicitud fue denegada.

—Nadie iba a ponerse de nuestro lado —me dijo Pudge—. Lo sabíamos incluso antes de exponer el tema sobre la mesa. Un gánster puede mantenerse alejado de muchas cosas y matar por los motivos más tontos. Lo que nunca hará, sin embargo, será mantenerse alejado del dinero, igual que nunca matará algo o alguien que pudiera aportárselo. Todo los que estaban allí reunidos sabían que tarde o temprano acabarían metidos en el negocio de la droga. Y que, o bien acabarían tremendamente ricos, o bien acabarían en la cárcel con una condena de cincuenta años sin libertad condicional. Era un riesgo que merecía la pena correr. Y hacia el verano de 1970, Angelo, de sesenta y cuatro años, y Pudge, de sesenta y siete, empezaron los preparativos de la que iba a ser su sexta y última guerra de bandas juntos. Incluso en

esa fecha, vivíamos sin teléfono porque ambos creían que ese aparato era el peor enemigo del gánster. «Dime el nombre de un gánster al que le guste hablar por teléfono», solía decir Angelo, y es muy probable que esté entre rejas.

Parte del trabajo se realizaba en las calles, utilizando por rotación las cabinas telefónicas de las esquinas de un área que se extendía en un radio de diez manzanas en torno al bar. Angelo y Pudge nunca llamaban personalmente y, en el caso de que nos pidieran realizar la llamada a Nico o a mí, se trataba siempre de conversaciones que no significaban nada para nadie, exceptuando la persona situada en el otro lado del aparato. La mayor parte del plan iba implementándose lentamente en las distintas habitaciones situadas sobre el bar. Allí permanecían sentados más de una noche entera, dando vida a las maniobras que acabarían finalmente produciéndole la muerte a alguien.

Nunca, en todo el tiempo que llevaba viviendo con ellos, les había visto tan concentrados, con un lenguaje corporal que no se relajaba ni un instante, llegando a sus máximos extremos en los momentos de silencio.

—Nos preparamos para la guerra igual que un luchador se prepara para afrontar un campeonato —me explicó Pudge una noche, mientras ambos acompañábamos a Ida en uno de sus acostumbrados largos paseos—. Es imprescindible tener el cuerpo y la mente en plena forma. En estos momentos, hace mucho tiempo que Angelo y yo no nos veíamos obligados a salir a la calle para defender lo que creemos que nos pertenece. Y vamos a enfrentarnos con rivales a los que no conocemos muy bien y que no hemos visto mucho. Es precisamente por eso por lo que el entrenamiento y la preparación deben ser perfectos. No se admiten fisuras, no hay espacio para el error. El luchador que sale KO del ring es precisamente por eso. Y en nuestro juego, eso es precisamente también lo que te conduce a la muerte.

Angelo estaba sentado en la mesa de la cocina, dando la espalda a una ventana abierta, frente a un plato de pasta con guisantes que seguía enfriándose. Se sirvió un gran vaso de leche embotellada. Pudge estaba sentado enfrente de él, mordisqueando una barra de pan, el plato de chuleta de ternera a la plancha con patatas abandonado a un lado, sustituido por un grueso montón de papeles llenos de nombres y afiliaciones situado entre cuchillos, tenedores y vasos de vino. Yo me encontraba sentado en el otro extremo de la mesa, junto a Nico, dando cuenta a una bandeja de carne con pasta.

—Justo cuando crees haber aprendido todos los nombres de las nuevas bandas que andan por ahí, va y aparecen una docena más —dijo Pudge, sacudiendo la cabeza y repasando la lista con un lápiz—. No hay forma de que se apañen entre ellos. ¿Cómo demonios se supone que debemos hacerlo?

—La estela del dinero te llevará hasta el jefe. —Angelo echó un vistazo al plato de pasta aún por empezar—. Eso sí que no cambia nunca.

—De acuerdo, pero lo que sigue siendo cierto es que nunca antes nos habíamos enfrentado a bandas de este tipo —dijo Pudge—. Ese Little Ricky se carga a una

embarazada en una discoteca simplemente porque le ha pisado sus botas nuevas. La deja muerta en el suelo y sigue bailando. Eso no es matar por hacer negocios. Eso es hacerlo porque te gusta. Si vamos detrás de un tipo así, debemos acabar con él lo más rápidamente posible. Sobre todo, a nuestra edad.

—Lo que le hace creerse tan valiente e intocable son todas esas drogas que lleva en el cuerpo —dijo Angelo—. Que, además, le convierten en un estúpido. Es ahí donde debemos aprovechar para entrarle y conseguir que la diferencia de edad juegue a nuestro favor. Dejémosle que piense que somos viejos y débiles.

—No estaría del todo equivocado —dijo Pudge, dejando el lápiz—. Hace diez años que no toco una pistola y que no disparo contra nadie, últimamente me siento más como Chester que como Matt Dillon. ¿Pero qué demonios importa, de cualquier modo? Cualquiera de estos tipos que enviemos al otro barrio será sustituido enseguida por otro similar. Para nosotros, entrar en esto va a ser como Vietnam. Cuantos más matas, con más tienes que enfrentarte.

—Podríais manteneros al margen —dije, sin saber si era completamente adecuado que opinara o no en aquel momento—. No creo que necesitéis dinero. Y a los dos os he oído comentar que no os gusta en absoluto el aspecto que están tomando los negocios últimamente. Tal vez sería el momento adecuado para marcharse.

—Esto no tiene nada que ver con una empresa —dijo Pudge—. No hay plan de jubilación, ni acciones, ni bonos. En este negocio, el único posible comprador vendría acompañado por un par de balas. Además, hace bastante tiempo que no entramos en acción y empiezo a echarlo en falta.

—¿A qué crees que podríamos dedicarnos? —preguntó Angelo—. Si es que decidiéramos dejarlo.

—Hicierais lo que hicierais, siempre sería mejor que acabar muertos en manos de esa gente. —No estaba echándome atrás en mi postura. Eran las dos personas que me habían educado y me habían querido y lo último que deseaba era que acabaran tendidos en charcos de su propia sangre y que los agotados viajeros del metro contemplaran sus fotos en titulares mientras tomaban el café de la mañana.

—Me imagino, entonces, que no nos pones en el lado de los vencedores —dijo Pudge, con un pedazo de ternera colgando del tenedor.

—No quiero veros morir.

Angelo me cogió la mano.

—No podemos simplemente marchar y retirarnos en un pueblecito italiano. Cada día que pasáramos allí, seríamos conscientes de haber dado la espalda a nuestra forma de vida. Con el tiempo, se convertiría en una muerte mucho más dura que la provocada por una bala. Y sé que tampoco te gustaría vernos morir así.

Miré a Nico, buscando ayuda.

—A veces, la mejor forma de entrar en una pelea es pensando que eres incapaz de ganarla —dijo, mirando a Angelo—. Te ayuda a estar al límite. Alguien mucho más inteligente que yo me explicó que, antes de empezar la última guerra, nadie nos veía

capaces de ganarla.

—Entonces, quiero ayudar —dijo—. Si pensáis meteros en eso, yo también quiero estar metido en ello.

—Ya estás sentado en esta mesa —dijo Angelo—. Y esto ya te hace parte de todo.

—Pero no verás nada de acción —dijo Pudge, señalándome con el tenedor—. Aún no estás preparado para ello.

—¿Lo estabas tú la primera vez? —le pregunté, con un matiz de desafío adolescente.

—La decisión estaba tomada de antemano —dijo Angelo. Se suponía que era lo que debíamos hacer. Pero tú tienes otras alternativas y todavía te queda tiempo para decidir.

—Cuando éramos niños no teníamos más alternativas y ahora que somos viejos, nos sucede lo mismo —dijo Pudge—. Tenemos que luchar. Pero tú no tienes por qué llegar a esos extremos, al menos de momento. Y manteniéndote alejado, te mantienes a salvo.

—¿Cuándo estaré preparado? —pregunté, mirándolos a los dos.

—Eso lo sabrás tú incluso antes que nosotros —dijo Angelo—. Pero hasta entonces, siéntate, escucha y aprende. Hay lecciones que sólo se enseñan una vez.

—Este chico que dirige los Barones Rojos quiere reunirse con nosotros —dijo Pudge, dando por terminada la chuleta de ternera y volviendo al negocio que tenían entre manos—. Dice que su banda nos sacará de encima a los colombianos a cambio de una parte de nuestras propiedades.

—¿Cómo se llama? —preguntó Angelo, bebiendo un poco de leche, sin apartar los ojos de mí—. El jefe de esa banda.

—Richie Scarafino —dijo Pudge—. Nico está preparando un informe completo de él. Y lo que no sepamos, podemos imaginarlo y, muy probablemente, acertar.

—Mañana como muy tarde lo tendré acabado —dijo Nico—. Pero no esperes descubrir muchas cosas. Tampoco es que lleve tanto tiempo en el negocio; es sólo unos cuantos años mayor que Gabe. Es de familia trabajadora y al principio utilizó parte de su dinero para crear su propia banda.

—Lo aprendió todo en el cine y la televisión —dijo Angelo—. Ese chico es tan italiano como la ensalada Walford. Nunca ha visto una pelea de verdad, sólo luchas callejeras. Los colombianos son duros de nacimiento y matarán a cualquiera de esos Barones Rojos que no eche a correr en cuanto les vean.

—¿Y qué les decimos en la reunión? —preguntó Pudge. Lanzó el hueso de la chuleta de ternera para que Ida lo cazara el vuelo; luego se puso de cuatro patas para roerlo.

Angelo retiró la silla y se puso en pie; la brisa fresca procedente de la ventana abierta le daba en la espalda.

—Pues llegamos al acuerdo de darles un diez por ciento de nuestras propiedades hasta un máximo de cinco millones de dólares —dijo Angelo—. Y luego les diremos



que salgan a la calle y se enfrenten a esos colombianos.

—¿Y si tiene suerte y acaba con ellos? —preguntó Pudge—. Entonces perdemos cinco millones y nos quedamos con un socio que ni necesitamos ni queremos para nada.

—La suerte se ha acabado para él, Pudge —dijo Angelo—. Se ha puesto ya en nuestra contra.

Ésta sería una guerra que iba a decidir la futura dirección del crimen organizado, aunque todos los caminos llevaran hacia el comercio de drogas. La cocaína y la heroína se habían convertido en el nuevo producto caliente y todos los jóvenes gánsteres de la calle pretendían sacar su tajada de la lucrativa maniobra. Los viejos jefes, incluyendo a Angelo y Pudge, llevaban años manejando el timón, satisfechos con conseguir el dinero a través de las formas de crimen con las que se sentían más seguros y que mejor conocían: estafas, extorsión, prostitución, pirateo y juego. Para ellos, el negocio de la droga seguía siendo un terrible desconocido, igual que la Prohibición había sido para una generación anterior de líderes del hampa.

—Mira, el gánster es el mejor amigo del consumidor —decía Pudge—. Siempre hemos mirado de obtener dinero a partir de lo que la gente quiere pero sabe que no puede tener. Solía ser el alcohol. Luego fue el juego. Ahora son las drogas. Tenemos que cambiar al ritmo de la demanda, igual que sucede con cualquier otro negocio. Ningún problema. Eso ya hacía mucho tiempo que Ang y yo veníamos cociéndolo y, en el fondo, los dos nos preguntábamos si estaríamos dispuestos a ello. Estos nuevos chicos juegan fuerte como hicimos nosotros en su momento. Para derrotarlos, debemos ser más duros y más listos. Y ser ambas cosas durante toda la vida resulta muy complicado.

Las nuevas bandas que amenazaban la autoridad de las de la vieja escuela eran mucho más letales que cualquiera de los grupos que yo había visto en televisión declarando sus intendentos de derrocar el sistema. Mataban a la primera de cambio y poco les importaban las reglas que se habían mantenido durante años. Sus integrantes eran de distintas etnias y trataban de escalar puestos rápidamente, sin importarles el hecho de no ser bienvenidos en el entorno estructurado del crimen organizado.

—En ese sentido —decía Angelo—, eran muy similares a como éramos nosotros hace muchos años.

Yo no creía que pudieran ganar. Por muy duros que fueran Angelo y Pudge, su reputación llevaba mucho tiempo en punto muerto. Lo que hubieran conseguido anteriormente o el peso implícito en su nombre no significaba nada para los integrantes de esas nuevas bandas. Para ellos, eran unos viejos que les bloqueaban el paso hacia la consecución de una gran fortuna. No quería que lucharan, aunque no sabía cómo conseguir que no se metieran en ello. Notaba que Nico albergaba el mismo tipo de dudas, pero que era un soldado demasiado fiel como para abrir la boca y opinar. Por otro lado, tenía mucho que ganar en caso de que salieran victoriosos y no haría nada para poner en riesgo dicha posibilidad. Conocía sus males y sus dolores

y cómo, a pesar de su fachada tan fuerte, iban perdiendo lentamente otra guerra, la de la edad. Yo quería que muriesen de una forma que sabía que odiaban. Como ancianos, en una mullida cama y en un hogar seguro. Lo que Pudge siempre mencionaba, como la «pesadilla de cualquier gánster» era lo que yo más deseaba para los dos.

Estábamos en la oscuridad del acuario de Brooklyn, contemplando un tiburón escabulléndose provocativamente detrás del grueso cristal. Angelo, que no perdía detalle del movimiento del tiburón, se volvió hacia mí.

—Normalmente, atacan de frente —dijo con admiración—. Se acercan sin miedo alguno, sin importar con quien deban enfrentarse. Son los gánsteres del mar, se quedan con lo que quieren y cogen lo que necesitan.

—¿Cuánto falta para que empiece todo? —Me aparté del cristal, los alegres gritos de los niños corriendo arriba y abajo resonaban en las paredes enmoquetadas del acuario.

—Hablamos de ajedrez, no de damas —dijo Angelo—. El primer movimiento es el más importante de todos. Y alguien lo hará muy pronto.

—Yo puedo hacer más de lo que me dejas hacer —dije en voz baja—. Estás convocando a todos los integrantes de la banda, pero no a mí. Y no me digas que es porque soy demasiado joven. Tú eras mucho más joven cuando participaste en tu primera guerra.

Estábamos a punto de pasar junto a un asiento de madera situado frente a un banco de medusas de diversas formas. Angelo me cogió del codo y tiró de mí. Siempre lo controlaba todo a su alrededor, examinaba caras constantemente, intentando diferenciar las jóvenes parejas que estaban de visita de fin de semana de los agentes federales en misión de vigilancia.

—Sentémonos un rato —dijo—. Démosle la oportunidad al gentío de dispersarse un poco.

—¿Quieres beber algo? —pregunté—. En la tienda de regalos venden agua y refrescos.

—Ya compraremos algo al salir. —Estuvo un rato contemplando las medusas y luego se volvió hacia mí—. Te gusta escuchar historias —dijo Angelo—. Y me alegro. Es importante que antes de entrar a formar parte de todo esto sepas quiénes éramos y quiénes somos. Pero hay otro aspecto, el aspecto oscuro. Y eso es lo que nos dirá a los dos si esta vida es o no es para ti.

—No sé si soy capaz de matar a alguien —dije, anticipándome tanto a sus preocupaciones como a las mías—. Algunas de las veces que he salido con Nico nos hemos tropezado con cosas bastante desagradables, aunque nada parecido a eso.

—No se trata del hecho de matar —dijo Angelo—. Sino de vivir con ello. Es algo que entra a formar parte de tu vida, igual que leer la prensa de ayer. Mucha gente se cree capaz de hacerlo, cuando en realidad no lo es. Si eres uno de ellos, tienes posibilidades de ser un gran gánster. Y si no, aún puedes ser un buen hombre. Lo que

es imposible es ser las dos cosas.

—¿Y tú qué quieres que sea? —le pregunté.

—Un buen hombre no me sirve de gran cosa —dijo Angelo—. Pero de momento, permanecerás al margen de esta guerra, mirarás y aprenderás. Y si salimos de ella, seguiremos el camino iniciado.

—¿Y si no salimos de ella? —Me puse en pie para mirarle—. ¿Qué sucederá si te matan en la guerra?

—En este caso, se habrán terminado las lecciones —dijo—. Y no te quedará otra alternativa que convertirte en un buen hombre y llevar una vida decente. Tal vez sea lo mejor que haya hecho nunca por nadie.

—No es necesario que mueras para que eso ocurra —dije.

—Sí que lo es —dijo Angelo.

Angelo se levantó también, me acarició la cara, dio media vuelta y echó a andar en dirección a las profundas entrañas del abarrotado acuario.

Richard Scarafino apoyó la cabeza contra la sudada pared de ladrillo rojo. Por la comisura de su boca asomaba un mondadientes. Era delgado como un palo, alto y llevaba una chaqueta que le iba grande de brazos y hombros. Hundió las manos en los bolsillos delanteros de sus pantalones vaqueros y escupió en un pequeño charco que quedaba a su derecha. Tenía veintidós años y dirigía una pandilla de treinta y cinco renegados que ya no se conformaban con vender marihuana y cocaína a los chavales del instituto. Dio media vuelta y dirigió un ademán hacia un hombre que estaba sentado encima de un cubo de basura lleno, fumando un cigarrillo.

—En estos momentos sale del bar —dijo Scarafino—. Él y ese jodido perro.

Tony Mesh Palucci lanzó su cigarrillo de una patada detrás del cubo de basura y se acercó a Scarafino para quedarse a su lado, protegidos ambos por las sombras del porche.

—Mírale —dijo Tony Mesh—. Camina sin la menor preocupación. Como si fuera una especie de rey.

—Es el rey, mientras siga con vida —dijo Scarafino, observando como Angelo e Ida paseaban por el otro extremo de la calle, protegidos ambos por el abundante tráfico y los peatones—. Cambiarlo queda en nuestras manos.

—Entonces ¿por qué estamos perdiendo el tiempo? —dijo Tony Mesh—. ¿Por qué no lo sacamos del medio?

Scarafino se volvió para quedarse con la mirada fija en los ojos vidriosos de color castaño de Tony Mesh. Eran primos hermanos y se habían criado juntos en Commack, Long Island, bajo la tutela de la madre de Richie. Habían entrado y salido a toda velocidad de distintos reformatorios juveniles cumpliendo condenas por violación y robo y habían iniciado sus carreras criminales haciendo puentes para robar coches de importación aparcados en Queens Boulevard durante las horas punta, para venderlos posteriormente en las tiendas de compraventa del Bronx, cerca del Yankee Stadium. Tony Mesh tenía un carácter irascible, estallaba a la mínima, y un

vicio con la heroína que le costaba setenta y cinco dólares diarios. Se dedicaba a levantar pesas y engullía un combinado de Jack Daniel's con leche para calmar su agitado estómago.

—Si nos las tenemos que haber con ese tipo y su banda, debemos ser listos —dijo Scarafino—. Él espera que aparezcamos dispuestos a dar tiros. Tal vez te parezca un viejo, pero no dejes que su aspecto te engañe. Se trata de irle sacando sus chicos de uno en uno, de permanecer siempre bajo el radar, y de tratar que nunca nos culpen de nada.

—Pero si se va abajo, su banda buscará un jefe nuevo —dijo Tony Mesh, encogiéndose de hombros—. Tal vez incluso decidieran venir a trabajar para nosotros.

—¿A qué te dedicas? ¿A tomar pastillas estúpidas tan sólo levantarte por la mañana? —preguntó Scarafino, enfadado—. El único lugar donde los tipos de su banda nos echarían los ojos encima sería en nuestro funeral. Son el viejo mundo. Cuando su jefe se venga abajo, se dedicarán a buscar a quienes lo hayan hecho. Pero sí jugamos bien, llegará un momento en que acabará sentándose con nosotros a dialogar. Pero eso solamente pasará cuando vea que es mejor tenernos de su lado.

—¿Y qué conseguiremos hablando con él? —preguntó Tony Mesh, dándole la espalda a Scarafino y regresando a los cubos de basura—. Lo que un jefe como él pensará en cuanto nos eche un vistazo a ti y a mí es que somos un par de fiambres. Y de lo cabreado que se va a poner, buscará a alguien que nos meta un par de balas en la cabeza en la misma reunión. Si quieres mi opinión, mejor que le peguemos un tiro aquí en plena calle. Pero claro ¿qué sé yo? Nada, soy un estúpido.

—Mira, puede que no lo crea y puede que no lo sepa, pero un tipo como él necesita una banda como la nuestra. —Scarafino apartó los ojos de Angelo para mirar a su primo—. Y en mis manos está ayudarle a que se entere de ello.

—Eso no tiene ni pies ni cabeza —dijo Tony Mesh, encendiendo un cigarrillo y lanzando un hilo de humo a la oscuridad—. ¿Dices que nos necesita?

—Seguirás ahí sentado mientras Huesos Vestieri y tú os sintáis cómodos en esa silla —dijo Scarafino—. Puede que no quiera una banda mutilada luchando en una guerra en la que nadie quiere luchar. Y ahí es precisamente donde encajamos nosotros. Antes de que nos reunamos, él habrá investigado lo bastante sobre nosotros como para saber que somos más que capaces de manejar la parte más sangrienta del negocio. Que nos partiremos la cabeza con los colombianos o con esos negros de los Heights. Lo único que pedimos es una oportunidad para apretar el gatillo en su nombre. Y a cambio, nos regala un pedazo del pastel.

—Todo eso suena muy bien, Richie —dijo Tony Mesh—. Y si llegara a ocurrir, estaría muy feliz tomándomelo todo con calma y tocando la canción que él me ordenara tocar. Pero ¿y si en lugar de una cálida bienvenida nos recibe con un jarro de agua fría? ¿Entonces qué?

Richie Scarafino se apoyó contra la pared, dispuesto a esperar que Angelo e Ida

regresaran de su paseo. Cogió aire lentamente y lo soltó muy despacio, cerrando los ojos, golpeando rítmicamente los muslos con las manos.

—Entonces el estúpido sería él, no tú —dijo Scarafino.

Pudge estaba sentado en un mullido sillón de cuero rojo, con un gran tazón de café en la mesita que quedaba a su derecha. Observaba el flaco hombre negro sentado enfrente de él, sin levantar los brazos de los del sillón aunque algo inclinado hacia delante para apoyar una mano en la pierna.

—Es algo inevitable, Cootie —dijo—. Ninguno de nosotros lo ha pedido, pero aquí lo tenemos y debemos afrontarlo.

Cootie Turnbill miraba por las grandes ventanas de doble hoja situadas a la izquierda del sillón. Allí, cuatro pisos más abajo de su casa situada en un típico edificio de piedra arenisca de color pardo, las calles de Harlem empezaban a mostrar las primeras señales de vida matutina. Eran las calles que Cootie Turnbill venía controlando desde el final de la Segunda Guerra Mundial, dividiendo con Angelo y Pudge todos los beneficios obtenidos en las apuestas, el alcohol y el transporte, a razón de cincuenta centavos por dólar. La alianza había aportado ganancias millonarias a ambas partes y, exceptuando las riñas ocasionales, el barrio se había librado siempre de las guerras de bandas. Little Ricky Carson y su banda KKK estaban dispuestos a acabar rápidamente con aquello.

—¿A qué maldito negro se le ocurriría ponerle a su banda las mismas iniciales que el Ku Kux Klan? —le preguntó Cootie a Pudge— ¿Debo suponer que es ese su concepto de algo bonito y elegante?

—Sea bonito o no, tienen los ojos puestos en tus calles. Sólo saben hacerlo de una manera que, por cierto, no es precisamente hablando.

—Se trata de una banda grande cargada de armas de gran tamaño. —Cootie extrajo un puro del bolsillo delantero de su traje de terciopelo y lo acarició con cariño—. Matan a gente de la que no tienen ninguna queja sólo para demostrar que pueden hacerlo. Hablan más de la muerte que de la vida. Sabes, Pudge, en nuestra época tuvimos que pelearnos con algún que otro hijo de puta, pero creo que ninguno de los dos llegó a ver ninguno de ese calibre.

—No son muy distintos a nosotros cuando empezamos —dijo Pudge, encogiéndose de hombros.

—¿Estáis Angelo y tú preparados para eso? —dijo Cootie, dejando el puro sobre la mesita que le separaba de Pudge—. Hace mucho tiempo que no salís al ruedo. Y Ricky Carson no tardará en descubrirlo, si es que no lo ha descubierto todavía.

—Hace bastante tiempo que no nos ensuciamos las manos —dijo Pudge, estirándose en su asiento—. Eso es evidente. Pero creo que no hay otra elección. Debemos solucionarlo. La pregunta es ¿podemos contar con tu gente? ¿Con los que tienes aquí y con los que tienes escondidos en las Bahamas?

Cootie Turnbill sonrió a Pudge y se dieron un apretón de manos.

—Incluso con los hombres de allí, la banda de Carson supera a la mía al menos en

dos por uno. Tengo la sensación de que cualquier chaval negro con un arma y un carnet de conducir forma parte de su equipo.

—Son muchos, pero carecen de experiencia. No necesitamos superarlos en número de hombres. Necesitamos superarlos en inteligencia. Y si lo conseguimos, podemos acabar venciendo con un poco de suerte.

—Antes de que vinieras a verme, estaba acordándome de la primera vez en que los tres nos aliamos para una guerra —dijo Cootie. Su cabello rizado salpicado de blanco estaba cortado con mucha elegancia, las zapatillas hechas a mano reposaban sobre la mesita del café. Tenía cincuenta y ocho años de edad, una cara que aún conservaba todo su atractivo y el aspecto relajado. Oculto bajo una superficie calmada, enterrado por años de comodidades, riqueza y seguridad, se encontraba el primer gánster negro que fue aceptado en las filas del crimen organizado. Fue también uno de los primeros asesinos más despiadados. Era uno de los corredores de apuestas de poca categoría que Pudge tenía en nómina cuando, en una húmeda noche del verano de 1942, se interpuso entre Angelo y el filo de la navaja de un agresor en un bar de East Harlem. El hombre acabó clavándole a Cootie la navaja en el pecho, rasgándole la camisa y varias capas de piel. Luego quiso acabar la tarea con Angelo, que estaba tendido a sus pies. Cootie se hizo con la pistola que llevaba en el cinturón y encañonó al hombre en el cuello. Con la mirada fija en los ojos de aquel hombre, apretó el gatillo y le disparó dos balas que le entraron por la garganta y salieron por la nuca.

—*Skin* Reynolds y su pandilla de locos —dijo Pudge. Era como si estuvieran hablando de su comida campestre familiar favorita—. Nos cayeron encima así de golpe y de haber sido tan buenos como creían ser, nos habrían puesto en un buen aprieto. No habríamos ganado esta guerra sin tu ayuda, Cootie.

—Pudimos con todos menos con *Skin* —dijo Cootie, reposando la cabeza en el respaldo del sofá—. Corría a demasiada velocidad, incluso para nosotros. Pensaba que era mejor cumplir una condena de diez años en Sing Sing que luchar contra nosotros. Pero no salió como había planeado. Le encontraron muerto en su celda antes de que pasaran seis meses.

—Hay planes que están condenados a salir mal —dijo Pudge—. Esperemos que el nuestro no sea uno de éstos.

—¿Y cuál es el plan? —preguntó Cootie, poniéndole una mano en el hombro a su viejo amigo.

Pudge miró a Cootie e hizo un movimiento con la cabeza.

—El mismo plan que hemos tenido siempre desde que empezamos en este negocio. Somos demasiado viejos como para inventar algo nuevo.

—Entonces no es necesario que me lo repitas, me lo sé de memoria —dijo Cootie—. Vivir para morir. Es lo que sabemos hacer y lo que hacemos.

Pablito Munestro miraba fijamente las dos fotografías que acababa de dejar sobre la cama. Iba vestido con una camisa tejana y botas de piel de serpiente, sus

pantalones estaban hechos un ovillo en un rincón de aquel espacioso y ventilado dormitorio. Se recostó contra dos mullidos almohadones y cogió una botella de vodka medio vacía que estaba encima de la mesita de noche. Le echó un buen trago y luego pasó la botella al hombre alto, con traje gris y sombrero de fieltro de color negro que estaba a su derecha.

—¿Estos dos son los que todo el mundo se caga de miedo al verlos? —preguntó, señalando las fotos y mirando a la cara a los cuatro hombres que permanecían en pie junto a la cama—. ¿Esos dos viejos?

—Nadie les tiene miedo, Pablito —dijo un joven, vestido con un chándal cerrado con cremallera—. Pero les preocupa quién ocuparía su lugar si les sucediera algo. Los italianos no se conforman con permanecer sentados viendo como ocupamos su territorio.

—Muy mal —dijo Pablito—. Porque no les queda otra elección, a menos que pretendan morir todos.

—Si existe alguna forma de hacernos con los italianos sin muchos tiros —dijo el joven—, deberíamos considerarla.

—Los italianos no nos entregarán ni una mierda —dijo Pablito—. Necesitan ver cadáveres amontonados antes de empezar a creerse que los demás van en serio. —Pablito Munestro tenía treinta años, era varias veces millonario, y se había trasladado de forma letal y vertiginosa desde las empobrecidas calles de los suburbios de Cali, Colombia, hasta un lujoso dúplex en Upper East Side. Era un tipo fornido y parecía un modelo de revista, con cabello oscuro cayéndole por encima de los hombros, mirada tierna y una sonrisa capaz de hacer caer a la más indiferente de las mujeres. Era ciego de un ojo, resultado de un accidente infantil en el patio del colegio, y controlaba un imperio de la droga que obtenía unos beneficios superiores a los cincuenta millones de dólares anuales. Fue el primero de los traficantes colombianos dispuesto a asesinar una familia entera si cualquiera de sus miembros era etiquetado como enemigo de su banda.

Cuando Pablito gateaba, su madre cogió los bártulos, sacó a su familia de las casuchas de Cali y se trasladó a Florida, la tierra prometida. Fue allí donde, a la edad de diez años, inició su carrera en el mundo de la droga, moviendo dinero y entregas en furgoneta para un jefe de la droga asentado en Miami llamado Diego Acuz. A los doce cometió su primer asesinato y a los quince dirigía una banda compuesta por una docena de traficantes, la mayoría de los cuales le doblaba la edad, que se dedicaban a vender cocaína en un chiringuito de burritos y cerveza situado en South Beach. El día de su dieciocho cumpleaños, Pablito se hizo cargo de la banda de Acuz después de meterle al jefe tres balas en la cabeza, hacerse con un barco de veintitrés pies de eslora, alejarse cuarenta millas de la costa de Florida y arrojar el cadáver en aguas heladas e infestadas de tiburones. Llevaba menos de dos años en Nueva York y ya había liquidado cuatro bandas rivales. Ahora tenía la mirada puesta en la poderosa banda de Angelo y Pudge y en los millones que obtenían de beneficios anuales.

Pablito era el personaje número diez en la lista de los más buscados del FBI y su mayor deseo era convertirse en el mayor gánster de la historia de la mayor ciudad de los Estados Unidos.

—El próximo lunes lo tendremos todo a punto —dijo el hombre del traje, Carlos, el hermano mayor de Pablito—. Los italianos han pedido que nos reunamos en un restaurante de Queens, al otro lado del puente de Fifty-ninth Street.

—¿Nuestro o de ellos?

—De ninguno de los dos —respondió Carlos—. Ya lo hemos comprobado. Es un lugar independiente. Nada que ver con ninguna banda.

—Id bien armados, por si acaso —ordenó Pablito.

—Se trata únicamente de una primera reunión —dijo Carlos—. No espero que intenten nada. Según me han dicho, sólo lo hacen cuando tienen que hacerlo y, cuando lo hacen, son muy lentos.

—Eso es lo que ellos pretenden que oigas —dijo Pablito, mirando a su hermano mayor, agarrando las dos fotos con la mano derecha—. Olvídalo y recuerda con quien vas a enfrentarte.

—Entonces, los superaremos en armas, los superaremos en hombres y seremos también más rápidos que ellos —dijo Carlos, con una confianza chulesca—. No pueden ir a ningún lado que nosotros no dominemos.

Pablito cogió un encendedor de oro de la mesita y lo abrió, observando fijamente la pequeña llama. Cogió las dos fotos de encima de la cama y pasó la llama sobre ellas. Las sostuvo en la mano mientras ardían.

—Todo eso me va a sonar mucho mejor cuando sepa que hemos enterrado a este par —dijo.

Entonces, Pablito arrojó las fotografías en llamas a los pies de su hermano, saltó de la cama y salió del dormitorio.

Angelo y Pudge paseaban silenciosos por el bosque, con la cabeza gacha. El sol había desaparecido de la vista oculto por el follaje de un gran árbol. Yo les seguía de cerca, mirando como Ida olisqueaba el terreno y trataba de sorprender a una ardilla para disfrutar de un buen desayuno. Habíamos abandonado la ciudad a media noche. Angelo, al volante, había realizado unas cuantas vueltas extrañas antes de salir de la ciudad; Pudge iba delante, sentado a su lado. Yo detrás, con la pesada cabeza de Ida apoyada sobre las rodillas. La voz ronca de Bobbie Gentry, cantando *I'll never fall in love again* en el equipo de ocho pistas del coche, llenaba el silencio ambiental. En el exterior, el paisaje de la ciudad discurría rápidamente para ser sustituido por el escenario de pueblecitos más allá de los límites de Nueva York. Paramos dos veces para poner gasolina y pasear a Ida y una vez para tomar un café rápido y una pasta de mantequilla para desayunar. Era evidente que Angelo se sentía mucho más en casa conduciendo el Cadillac negro de ocho cilindros por las calles asfaltadas de Manhattan que abriéndose camino por las carreteras campestres de dos carriles.

—¿Dónde vamos? —pregunté a mitad de viaje.



Pudge se volvió y colocó su fornido antebrazo sobre la tapicería de cuero de color marrón oscuro.

—A presentar nuestros respetos a unos viejos amigos. Lo hacemos siempre que podemos. Y hemos pensado que era un buen momento para que nos acompañaras.

Hice un movimiento afirmativo con la cabeza y acaricié el musculoso pecho del pitbull que dormía a mi lado.

—¿Y eso va también por Ida? —pregunté.

—Nunca subiríamos al coche sin Ida —dijo Pudge—. Si esas bandas de por ahí supieran de verdad quién dirige esta pandilla, se ahorrarían un buen montón de sangre y balas. Un filete de buey de medio kilo cerraría el trato en menos de una hora.

—¿Cuánto falta? —pregunté. No estaba disfrutando en absoluto del viaje. La amenaza de la guerra de bandas daba vueltas sobre nosotros como un huésped indeseable.

—Una hora —respondió Pudge—. Tal vez menos, si Angelo es capaz de pisar el acelerador y pasar de los den.

—La velocidad mata —dijo Angelo, en su acostumbrado tono bajo de voz.

—Ya estamos —me dijo Pudge, deteniéndose frente a una pequeña lápida situada en el medio de un claro—. Aquí es donde Ida vivió sus últimos años. Tenía una cabaña justo donde estamos en este momento.

Miré a Angelo y le vi arrodillarse frente a la lápida e inclinarse para besarla, acariciando la piedra con delicadeza. La inscripción incluía únicamente las siguientes palabras: «Ida el Cisne» y una rosa esculpida. Pudge se acercó para quedarse de pie a su lado, Ida siguió sus pasos sin separar el hocico del suelo. Pudge hurgó en un bolsillo lateral de la chaqueta, sacó una botellita de Four Roses y la depositó junto a la lápida. Yo me quedé a un lado, con las manos en los bolsillos, respetando aquel momento de intimidad con la mujer que les había criado. La zona junto a la tumba permanecía en estado salvaje desde que Angelo y Pudge prendieron fuego a la cabaña hasta convertirla en cenizas con el cuerpo de Ida aún en su interior.

Acabamos sentados junto a la lápida de Ida, comiendo bocadillos de pollo hechos con pan italiano del día. Compartí con Pudge una botella de vino tinto y una de agua, mientras que Angelo acompañó su bocadillo con un cuarto de litro de leche. Ida, la pitbull, se contentó con devorar un recipiente lleno de ternera asada con lonchas de queso provolone. Esa tarde hablamos poco. Comprendí que ambos habían decidido despedirse de Ida el Cisne antes de emprender lo que podía convertirse muy fácilmente en su batalla final.

—Ida luchó en la primera guerra de bandas del siglo —dijo Pudge, con orgullo—. Se trataba de controlar el Bowery. Duró dos o tres años. En aquellos tiempos, una guerra podía durar toda una vida.

—Se ganó su reputación gracias a aquella guerra —dijo Angelo, con la mirada fija en la lápida—. Entró en un bar de Twelfth Street, en Little West, territorio enemigo, y fue directa a la mesa del jefe de la banda. Le dijo que tenía dos

alternativas. La primera era rendirse, la segunda morir. Él levantó la cabeza de la mano de póquer y espetó en una carcajada. Ella ni pestañeó. Cogió la pistola y descargó tres balas, le mató allí mismo. Dio media vuelta y salió con la misma tranquilidad con la que había entrado.

—Ella siempre comentaba que había sido una maldita vergüenza que tuviera que morir precisamente aquel día —dijo Pudge—. Le había visto las cartas que llevaba, un trío de reinas y una pareja de sietes. Me imagino que cuando la suerte no está de tu lado, no tienes ni la menor oportunidad.

—Esto es muy bonito —dije, contemplando el tupido bosque y las colinas y montañas que nos rodeaban—. Y muy tranquilo. ¿No os habéis planteado trasladaros aquí, como hizo ella?

—Éste es nuestro cementerio, Gabe —dijo Angelo—. Ida está enterrada aquí. Igual que Angus, junto a ese roble tan grande, de cara a las montañas. Todos los perros que hemos tenido están también repartidos por aquí. Y cuando llegue el momento, Pudge y yo acabaremos aquí también. Deberás encargarte de ello, de asegurarte que nos entierran donde queremos.

—Ya sé que no quieres pensar en esto, hombrecito —dijo Pudge, acercándose y poniéndome una mano en el hombro—. Pero queremos asegurarnos que así sea. Necesitamos estar con los nuestros.

—Y eso también va por la perra —dijo Angelo—. Todos sus parientes están aquí, se sentirá como en casa. Eché un vistazo a mi alrededor, Ida corría feliz entre la hierba crecida, cambiando constantemente de velocidad, descansando de vez en cuando, libre de los confines impuestos por las calles de la ciudad.

—¿Y yo? —pregunté, sin dejar de mirar a la perra.

—Hay un lugar para ti. —Angelo se puso en pie y pasó por mi lado en dirección a la pendiente que conducía hacia el lugar donde estaba aparcado el Cadillac—. Si así lo quieres.

—Tienes toda una vida por delante y muchas más decisiones que esa misma vida te irá trayendo —dijo Pudge—. Pero si el camino que decidas tomar te lleva hasta aquí, serás más que bienvenido.

—Gracias —le dije. Y en aquel momento, lo sentía de verdad.

—Eran días peligrosos —dije. Estaba sentado en un extremo de la cama de Angelo, con las manos apoyadas sobre las piernas, mirando a Mary, que se encontraba en el rincón opuesto de la habitación—. Perdía mucho colegio, no porque me necesitaran para hacer cosas, sino porque yo sentía la necesidad de estar a su lado por si acaso.

—Me habría gustado que hubieras disfrutado de unos años de instituto normales —dijo Mary, acomodándose en la silla y cruzando las piernas—. Un jovencito debería preocuparse de granos y citas, no de una guerra de bandas planificada en el salón de su casa.

—Nunca me importó la doble vida —dije—. Me perdí unos cuantos bailes y no

me vi obligado a formar parte del equipo de fútbol. Tampoco creo que lo echara tanto de menos. Los dos querían que mi vida fuera lo más normal posible, pero cuando no estaba con ellos me aburría mucho.

—¿Les tenían miedo tus amigos? —Mary se puso en pie y se acercó a la ventana.

—Unos pocos, sí. No lo expresaban en palabras, pero se notaba en su forma de comportarse. Luego había los que querían ser amigos míos únicamente para conocer a Angelo y Pudge. Trepadores. Siempre conseguí mantenerme alejado de ellos.

—¿Y las novias? —Mary me miraba entonces por encima del hombro, arqueando las cejas—. ¿Había alguna?

—En ese aspecto era más parecido a Angelo que a Pudge —dije con cierta timidez—. Me gustaban chicas y quería pedirles para salir, pero nunca lo hice. Tal vez por aquella vez en que salí tan quemado y porque no quería que se repitiese. O tal vez porque no sabía ni como hacerlo.

—¿Lo hablaste alguna vez con alguno de ellos? —dijo Mary—. ¿Les pediste consejo?

Me serví un vaso de agua.

—Hay muchas cosas de las que nunca hablamos. De la familia de Angelo, de mi vida antes de conocerlos, de otras personas en sus vidas. Únicamente discutíamos sobre aquello que ellos consideraban importante para mí. El resto se mantenía aparte. Era como si lo único que importara era que los tres estuviéramos juntos.

—¿Te habló alguno de ellos de mí? —preguntó Mary. En aquellos instantes estaba de pie a mi lado.

Sacudí la cabeza negativamente.

—No, nunca. Pero usted debía estar presente. Sabe muchas cosas respecto a esa guerra de bandas, cosas que nunca había oído antes.

—Yo estaba allí. —Su voz presentaba un novedoso tono de dureza—. Siempre estuve allí.

—¿Haciendo qué? —pregunté.

—Asegurándome que tú estabas a salvo —respondió Mary.

El Mercedes-Benz azul oscuro giró bruscamente la esquina entre Eleventh Street y First Avenue. Las cuatro puertas se abrieron de sopetón tan pronto como el vehículo se detuvo en seco frente a una abarrotada pizzería. Salieron entonces del coche tres jóvenes de raza negra vestidos con chaquetas largas de motorista, cada uno de ellos armado con una pistola. Se quedaron clavados junto a las puertas abiertas esperando la salida del último pasajero. Little Ricky Carson, pequeño y musculoso, emergió entonces del asiento trasero, bajó el cuello de su chaqueta, cerró los puños y, con la cabeza bien alta y cojeando levemente hizo su entrada en el establecimiento. Lo hizo solo, los tres hombres armados se quedaron fuera, dando la espalda a los cristales de la pizzería, examinando las caras de la gente que pasaba por la calle. Aguardó a que los dos hombres corpulentos que controlaban la entrada se hicieran a un lado, obsequiándolos mientras con algo tan amenazador como una sonrisa.

—Dejadle entrar —dijo el propietario, de pie junto al horno de acero inoxidable.

Cuando los dos fortachones le abrieron el paso a regañadientes, Little Ricky Carson hizo un ademán con la cabeza y se dirigió hacia el hombre que seguía junto al horno. El chef de la pizzería era alto y obeso, aunque llevaba bien el exceso de peso, vestido con pantalones de marca y una camisa negra abotonada de arriba abajo. Lucía una cabeza completamente afeitada que brillaba a la luz de las lámparas del techo. Y cuando uno se acercaba, olía a colonia de importación. Se llamaba John Rumanelli y era un hombre a temer en las calles cercanas a su pizzería. Era miembro relevante de la banda de Angelo y Pudge y controlaba el barrio de East Harlem, donde había nacido cuarenta y dos años antes y donde seguía teniendo su casa. Jamás en su vida había tocado un arma y, exceptuando una pelea juvenil a la edad de diecisiete años, tenía un expediente completamente limpio.

Rumanelli observó a Carson acercándose, hasta que se quedó junto al mostrador.

—Has paseado mucho para venir a buscar una pizza —dijo Rumanelli—. ¿Es que se ha quemado el local de tu barrio?

—Sabemos hacer muchas cosas, pero la verdad es que los negros no tenemos ni idea de hacer pizzas —dijo Carson, cruzando su mirada con la de Rumanelli—. Creemos que pepperoni juega de base en los Yankees.

—Un reparto equitativo —dijo Rumanelli. Su lenguaje corporal era de tensión y alerta—. Yo, por ejemplo, no tengo ningún trofeo de baile en el salón. ¿Comprendes?

Rumanelli dirigió un ademán de cabeza hacia un hombre delgado y parcialmente calvo que estaba en el otro extremo del mostrador, que cogió una porción de masa de una bandeja situada junto a una pila de cajas para colocarla en la parte superior del horno de tres pisos.

—Se la tengo preparada en menos de un minuto —le dijo a Carson—. ¿Desea alguna bebida para acompañar?

—De momento no —respondió Carson, sin apartar la vista de Rumanelli.

—¿Y los chicos de tu banda? —Rumanelli echó un vistazo a los tres hombres armados que seguían montando guardia en el exterior del local—. Tal vez les apetecería comer algo antes de empezar a apretar el gatillo.

Carson ignoró la pregunta y levantó las manos al ver que el hombre calvo lanzaba mostrador abajo una porción de pizza caliente en un plato de papel.

—Me han dicho que aquí te sacas algo más de un diez semanal —dijo— y que no sale precisamente de vender nada que lleve salsa encima.

—¿Qué pasa? ¿Que estás a partir un piñón con mi contable? —preguntó Rumanelli.

—¿Cuánto le pasas a Vestieri? —preguntó Carson. Dobló el trozo de pizza y le pegó un buen bocado. Las nubecillas de vapor salían de su boca como el humo de un cigarrillo.

—Que aproveche. —Rumanelli le dio la espalda—. Come todo lo que quieras. Invito yo. Y cuando hayas acabado, coge tus tres paisanos, súbete al Mercedes y

regresa a los barrios bajos. Y que no vuelva a ver tu cara por aquí. De lo contrario, haré que te entreguen la próxima pizza en la morgue.

Little Ricky Carson le ofreció una sonrisa barriobajera antes de dejar caer el trozo de pizza. Extrajo un revólver del bolsillo lateral de la chaqueta de cuero de motorista y apuntó a Rumanelli por la espalda.

—Tal vez tengas razón —dijo Carson—. Pero de este agujero de mierda no va a salir ningún trozo más.

Rumanelli volvió la cabeza hacia Carson y la primera bala fue a pararle en el hombro derecho. Las dos siguientes fueron directas al pecho y le hicieron caer de espaldas en el suelo, arrastrando dos sillas y una mesa con la caída. Los tres hombres armados se habían desplazado hasta la puerta de entrada de la pizzería, apuntando con las pistolas a la gente que se había acercado hasta allí. Little Ricky permanecía en pie junto a Rumanelli y, sin apenas preocuparse por mirarlo, le disparó una última bala en el pecho. Carson levantó entonces la pistola humeante y apuntó con ella al hombre calvo que permanecía paralizado detrás del mostrador.

—¿Conoces lo bastante a Huesos Vestieri como para hablar con él? —preguntó Carson.

El calvo respondió con un gesto afirmativo con la cabeza.

—Sí, puedo hablar con él.

—Cuando vuelvas a verle, dile que acabo de dar el saque de inicio del partido —dijo Carson—. Y que ahora la pelota está en su poder.

Little Ricky Carson examinó de pasada las caras que le observaban boquiabiertas y dejó un billete de cien dólares sobre el mostrador.

—Encárgate de que todo el mundo que quiera una porción la tenga —dijo—. Pago yo.

Bajó la cabeza y, sin soltar la pistola, salió de la pizzería seguido por los tres hombres armados. Subieron al coche, el motor seguía al ralentí, cerraron las puertas dando un portazo y salieron disparados. Las ruedas traseras levantaron una nube de humo, dejando huellas de caucho al iniciar la marcha. En el interior del coche, hundido en el mullido cuero de su Mercedes nuevo, Little Ricky Carson soltaba una carcajada, un joven gánster con sensación de poder.

—Ese hijo de puta merecía morir sólo por el mero hecho de tener cojones de llamar pizza a esa mierda que servía —dijo—. Si esa gente se lo piensa un instante, se darán cuenta del enorme favor que les he hecho. Les he salvado de una úlcera.

Las carcajadas de los cuatro quedaron ahogadas por la música de Sly and the Family Stone sonando por los cuatro altavoces del aparato de ocho pistas, mientras el coche se perdía entre el tráfico circulando en dirección al puente de Willis Avenue.

Estaba sentado esperando a Mary en un restaurante italiano de West Fifty-fourth Street a escasas manzanas del hospital Las largas noches velando a Angelo empezaban a pasar factura. No estaba pasando las horas que debería en mi empresa de publicidad y el grueso del trabajo iba a parar en manos del joven personal que

había contratado. Mi vida familiar se resentía asimismo. Comía apresuradamente con mi esposa y mis hijos, sin apartar nunca la vista del reloj del comedor temeroso de no estar junto a Angelo cuando llegara el último momento. Después de tantos largos años, volvía a permitir que él consumiera de nuevo mis días y mis noches.

Al principio temí que su enfermedad, combinada con nuestros años de separación, me hubiera robado la oportunidad de mostrarle en lo que se había convertido mi vida. Quería explicarle los detalles de mi negocio y comentarle los éxitos obtenidos. Había empezado mi agencia de publicidad con un teléfono, soporte legal y una pequeña oficina alquilada por muy poco dinero en Upper West Side. Había trabajado muy duro, horas interminables y mucho esfuerzo, hasta convertir aquello en un negocio multimillonario que ocupaba en la actualidad dos pisos enteros de un edificio situado en Madison Avenue y que poseía una sucursal en Los Angeles. También necesitaba que supiera que me había convertido en un buen esposo, enamorado de una mujer que era tanto mi esposa como mi mejor amiga. Una mujer con la que necesitaba hablar cada día y ver cada noche. Quería que supiera que era un padre aún mejor para mis dos hijos, que muy pronto serían lo bastante mayores como para emprender una vida independiente. Me hubiera gustado que hubiera estado allí cuando reíamos y jugábamos en el parque, o cuando celebrábamos los cumpleaños, las caras cubiertas de pastel. Pero entonces, la realidad se apoderaba del momento y me daba cuenta de que, posiblemente, él no necesitara verlo ni oír nada. Lo sabía todo.

No habría esperado menos de Angelo Vestieri.

Había tomado buena nota de las lecciones que me enseñaron Angelo y Pudge y las había aplicado al mundo normal al que ahora pertenecía. Debo admitir que, en numerosas ocasiones, he deseado desesperadamente regresar a esa vida, aunque fuera únicamente por un breve instante. Allí resultaba muy fácil dar una paliza a un enemigo, o vengarse por una traición en los negocios, o eliminar al amigo que rompe un pacto. Sin embargo, eran sólo momentos de fantasía, representados en los rincones silenciosos de mi mente, para que únicamente yo pudiera oírlos y presenciarlos. Lo que sí hice, no obstante, fue aprovechar la astucia y la maña de la vida del hampa, utilizarla a mi favor y jugar las maniobras y juegos políticos del mundo de los negocios modernos con unas cualidades que, de lo contrario, nunca habría poseído. A menudo me detenía a escuchar las voces de Angelo y Pudge aconsejándome, dirigiéndome adecuadamente hacia una nueva cadena de victorias. En ese sentido, nunca me libraría de ellos. Eran una parte demasiado importante de mi vida. Y me mantenía unido a ellos con toda la fuerza de la que era capaz.

Tomé asiento en una mesa situada en la parte central del local, disfrutando del entorno acogedor del restaurante y de un vaso de agua fría, esperando a Mary. Tenía cuarenta y dos años de edad, había dado la espalda a un lugar que me abrió los brazos en los primeros años de mi vida para tomar la decisión de vivir en otro en el que tuve que entrar como un completo forastero. En todo el tiempo que pasé en compañía de Angelo y Pudge, nunca hubo un momento en el que no supiera lo que pensaban de

mí. Sus emociones y motivos eran claros y evidentes, los días, libres de agendas ocultas y engaños. Exceptuando mi familia, sabía que jamás me permitiría sentirme así con nadie más. Nunca me vería capaz de confiar en el mundo «normal» tanto como en el criminal. Había aprendido y amado en compañía de asesinos y había decidido abrirme camino en un escenario mucho más traicionero. Y creía que todo lo que había conseguido había sido gracias a los consejos silenciosos y llenos de voluntad de Angelo y Pudge. Ellos habían sido los que me habían dirigido siempre y me habían abierto el camino.

*Otoño, 1970*

Angelo esperó tres meses antes de realizar su primer movimiento en la guerra.

En ese lapso de tiempo, su banda recibió duros golpes y fue atacada por todos lados por Little Ricky Carson, Pablito Munestro y, en menor grado, por Richie Scarafino y los Barones Rojos. Las reuniones iniciales acordadas entre las partes implicadas no sólo no habían resuelto nada, sino que habían aumentado las tensiones existentes entre las diferentes bandas.

Los tres grupos atacantes estaban causando estragos sobre los beneficios de Angelo y Pudge. Las ganancias semanales se habían reducido a la mitad y empezaba a cundir el pánico entre los miembros más jóvenes de la banda que escuchaban con oídos ansiosos todo lo que sucedía en el exterior. Mientras que sus rivales vapuleaban el negocio con un abandono alegre y carente de miedo, Angelo continuaba con su rutina diaria, sin alejarse nunca mucho del bar en sus largos paseos al atardecer, acompañado por Ida y por mí, desafiando a cualquiera dispuesto a atacarle en plena calle.

Pudge, mientras tanto, pasaba los días trabajando en la calle, manteniendo la moral del equipo elevada y asegurando a todos los socios implicados que nada estaba perdido. Pero Pudge era mucho menos paciente que Angelo y sus nervios empezaban a flaquear. Deseaba con todas sus fuerzas el inicio de la acción.

—Angelo estaría dispuesto a esperar a hallarse muy cercano a la muerte antes que iniciar cualquier maniobra —me comentó Pudge a lo largo de aquellos días interminables y frustrantes—. Debo admitir que permanecer quieto y sentado me puede a veces, viendo como el cuerpo envejece día a día, perdiendo todo el dinero que estamos perdiendo y sin hacer nada para solucionarlo.

—Muchas veces, demasiado tiempo puede acabar siendo demasiado tarde —se quejaba Nico—. Andan diciendo que ya no tiene estómago para luchar, que ya no le importa proteger lo que pertenece a los miembros de la banda. En la calle todo el mundo dice que ahora es más débil que nunca.

—Me gusta oír esto. —Fue una de las escasas veces que Pudge sonrió durante aquella época—. Me hace pensar que tal vez sí que sabe realmente cómo ganar esta condenada guerra.

—Nunca lo había visto así —dije—. Es casi como si no estuviera con nosotros, se muestra tan distante. A veces, incluso da miedo estar a su lado.

—Angelo pone todo el mecanismo en marcha en su cabeza antes de hacerlo en la calle —explicaba Pudge—. Es lo que siempre le ha funcionado. La diferencia estriba en que ahora nos encontramos ante un tipo de bandas contra el que no nos hemos



enfrentado nunca. Se sacan las reglas de debajo la manga y en lo único que piensan es en vencer. Ésta es su principal ventaja. A menos que los aniquilemos totalmente, no les queda otro remedio que ganar.

—Sucedá lo que suceda, espero que sea pronto —dijo Nico, sacudiendo la cabeza—. En el Bronx me quedan menos de cuarenta hombres y la mitad de la banda de Queens está en horas bajas. Los chicos tienen ganas de disparar a quien sea, incluso a alguien cercano. Si Angelo no inicia pronto sus maniobras, no le quedará ni un solo territorio que defender.

Pudge se sirvió una taza de café recién hecho.

—Han disparado ya a todos los de la banda —dijo, saliendo de la habitación—. A todos, excepto a mí y a Angelo. Podemos pasear tranquilamente desarmados por una calle vacía y nadie se atreve ni a acercársenos.

—Sin una banda que os respalde no representáis ninguna amenaza para ellos —dijo Nico—. Si eliminan la banda, es como si os eliminaran a vosotros.

—Tal vez sea eso —dijo Pudge—. O tal vez es que una parte de ellos aún tiene demasiado miedo y no se atreve a lanzarse del todo. Si eso fuera cierto, los tendríamos pillados por los pelos.

—Espero que todo el plan no consista en eso —dije.

—De momento, ése es el plan —dijo Pudge.

Tony Mesh pisoteaba un voluminoso montón de nieve arrinconada a paladas con el objetivo de abrir un camino de acceso al puesto de conducción de su Plymouth de cuatro puertas. Iba vestido con una chaqueta militar de color café, pantalones marrones, botas con suela de cuero LL Bean y una gorra de los Yankees completamente empapada por el agua de la lluvia. De la boca le colgaba un cigarrillo. Abrió la puerta, sacudió el hielo y la nieve pegada al trasero del pantalón y se sentó tras el volante. Lanzó la colilla a la calle y cerró la puerta de un portazo. Juntó las manos y sopló para calentarlas. El bulevar estaba vado, tambaleándose aún después de una larga noche de nieve. Comprobó la hora en su reloj de pulsera Three Stooges y sonrió; faltaba menos de una hora para el gran momento.

A lo largo de los últimos tres meses, se había convertido en el brazo derecho de Richie Scarafíno y ambos habían logrado abrir lentamente una brecha entre la madura banda de Angelo y Pudge. Por fin estaban listos para atacar directamente a los dos gánsteres más importantes, algo que Mesh tenía metido entre ceja y ceja desde el inicio de aquella guerra a un solo bando.

—Confía en mí cuando te digo que ya no tienen estómago para nada —le dijo Mesh a Scarafíno, el día en que se reunieron en la parte trasera del restaurante de un primo situado frente a la bahía de Brooklyn, en los inicios de su fase de planificación—. Tienen demasiado dinero del que ocuparse y les queda muy poco tiempo de vida como para andar desperdiçándolo luchando contra nosotros.

—Me habría encantado recibir un puñado de centavos por cada vez que he oído decir que Huesos Vestieri y Pudge Nichols estaban listos para convertirse en

granjeros —dijo Scarafino.

—Están dándoles por tres lados, Richie. —Tony Mesh dio un puñetazo en la mesa cubierta con un mantel blanco para subrayar su afirmación—. Esta vez no se trata de una guerra simplona de uno contra uno a las que estaban acostumbrados. Ahora hay tres bandas distintas, grandes en número y que no piensan en otra cosa que en matar. Esto no pueden vencerlo. Ni podría ninguna de las mejores bandas de los buenos tiempos. Van a acabar como en Pearl Harbour.

—Sí, Profesor, intenta no olvidar quien acabó ganando esa guerra —dijo Richie, sorbiendo el expreso—. Mira, deja que los colombianos y los fumetas hagan la suya. Nosotros seguiremos fieles a mi plan. Golpeamos el caparazón de la banda y luego vamos introduciéndonos lo mismo que hemos venido haciendo hasta ahora. Hasta el momento, Vestieri y Nichols no han dicho ni pío. Si seguimos así, por lo tanto, cuando vayamos definitivamente a por ellos, tendremos que enfrentarnos a muchos menos hombres de los que había de entrada. Y si, como tú dices, resulta que han perdido el gusto por la acción, será cosa de coser y cantar y acabaremos con la tajada mayor del negocio.

—Haré lo que tú me digas, Richie —dijo Tony Mesh, encogiéndose de hombros con resignación—. Lo único que pretendía era llegar lo más rápidamente posible a lo más alto de la escalera.

Richie Scarafino rodeó con un brazo los fuertes hombros de Tony.

—Te quiero por esto —dijo—. Pero subamos la escalera peldaño tras peldaño. Confía en mí, lo haremos así y lo disfrutaremos mucho más.

El vagabundo de pie junto al Plymouth estacionado alejó a Tony Mesh de sus pensamientos y le devolvió a la realidad del momento. Sostenía una taza de color negro y la cara quedaba oculta bajo un montón de sucios harapos y un gorro de lana. Tenía las manos casi negras, manchadas de aceite, y vestía un par de pantalones viejos sujetos a la cintura mediante un cinturón y una cuerda gruesa. Llevaba los pies cubiertos por unas botas de montaña rotas y que tenían las suelas envueltas en papel de estaño.

Dio unos golpecitos a la ventanilla de Tony Mesh con los nudillos y mostró la taza vacía a través del cristal.

—Una limosna, por favor —balbuceó.

Tony Mesh bajó la ventanilla y miró con curiosidad al vagabundo. Su mal genio estaba a punto de explotar.

—¿Por qué no buscas un solar vacío y te acurrucas allí hasta quedarte helado? —le dijo Tony Mesh.

El vagabundo seguía con la cabeza agachada, deslizando lentamente una de sus manos hacia un bolsillo interior del raído abrigo azul marino.

—Sólo intento pasar el día, compañero —dijo, sin levantar la cabeza, con voz más baja si cabe—. No busco líos, únicamente algo con que calentarme el estómago.

—Pues lo único que vas a conseguir de mí va a ser una buena patada en el culo —

replicó Tony Mesh, de mal humor. Extrajo del bolsillo de la camisa un cigarrillo y lo golpeó repetidas veces contra el volante—. Venga, vete a dar una vuelta antes de que deje de mostrarme tan amable.

—¿Tienes uno de sobra? —preguntó el vagabundo, apoyándose contra la puerta, bloqueando con la espalda el espejo lateral exterior.

Tony Mesh miró al vagabundo, sacudió la cabeza y abrió la puerta del conductor.

—Lo de morirme de frío no tiene por qué preocuparte más —dijo, saliendo del coche y situándose a escasos centímetros de la cara de aquel hombre—. Si no te apartas, de mi coche, te mato. —Bajó la cremallera de la chaqueta militar para mostrarle al vagabundo la pistola de calibre treinta y ocho especial que portaba en la cintura.

El vagabundo empujó a Tony Mesh contra el coche, sin sacar la mano del bolsillo de la chaqueta. Tony Mesh intentaba escrutar con la mirada la cara del vagabundo, sorprendido ante la fuerza que mostraba, incapaz de poder soltarse, con la espalda aplastada contra el panel situado junto a la puerta abierta. Cuando el vagabundo sacó la mano libre de la chaqueta azul marino, apareció una nueve milímetros cargada. Encañonó a Mesh en las costillas. Sus ojos habían cobrado vida de repente, desprendiéndose del alicaído porte de borracho callejero y sustituyéndolo por la confianza de un asesino.

El vagabundo esperó que la mano de Tony Mesh saliera de la chaqueta. Acercó entonces la taza a la cara de Mesh.

—¿Estás loco? —preguntó Mesh, con la mirada fija en la taza medio llena—. No pienso beberme eso.

—Puedes beber o puedes sangrar —dijo el vagabundo.

Tony Mesh observó con ansiedad la amplia avenida, las calles seguían vacías, las tiendas seguían cerradas. El vagabundo se acercó un poco más, presionando con más fuerza el cañón de la pistola contra el cuerpo de Tony Mesh, sonriendo al ver las gotas de sudor descendiendo por ambos lados de la cara y el cuello.

—No pienso beberme este veneno —dijo Mesh. El ojo derecho se agitaba nerviosamente sin que pudiera evitarlo, le temblaban los labios.

El vagabundo lanzó la taza por encima del hombro de Tony Mesh y observó como aterrizaba sobre el asiento delantero del Plymouth, manchándolo de un líquido de color azul que empezó a gotear también sobre la alfombrilla marrón. El vagabundo miraba a Tony Mesh fijamente a los ojos, se inclinó entonces sobre él y le sujetó por ambos brazos. Entonces, con la calma de un profesional, bombeó tres disparos en el pecho del cuerpo rígido de Mesh; la cabeza del joven saltó hacia atrás a cada disparo. Siguió sujetando a Mesh hasta ver que la sangre empezaba a asomar por las comisuras de los labios y que los ojos se hinchaban y movían de un lado a otro, hasta ver como el calor húmedo de las lágrimas ocultaba la sequedad de su vida. El vagabundo echó un vistazo a la calle buscando algún posible espectador, luego se hizo a un lado para depositar a Tony Mesh en el interior de su coche, colocó ambas

manos al volante y la cabeza apoyada en el reposacabezas de piel. Buscó entonces la taza y la acercó a los labios del moribundo gánster. Introdujo el resto de veneno en la garganta de Tony Mesh y arrojó la taza en el suelo del vehículo.

—Así tienes lo mejor de ambos mundos —dijo.

El vagabundo cerró la puerta e inició un lento y tranquilo paseo por la avenida, dejando a sus espaldas la que sería la primera víctima de Angelo Vestieri en su última guerra.

Irían por la mitad de la misa de cinco, cuando aparté por un momento la vista del altar y vi a Angelo sentado en la última hilera de la iglesia. Era una iglesia de techo muy elevado, ocupada por un máximo de treinta personas, casi todas ellas mayores y sosteniendo un rosario con manos temblorosas. Colaboraba como monaguillo con el Padre Ted Donovan, un cura de mediana edad que dividía sus pasiones entre sus sermones y los partidos de fútbol del domingo por la tarde que organizaba para los niños de la parroquia de St. Dominick. Hice sonar las campanillas e incliné la cabeza, preguntándome qué estaría haciendo Angelo allí. Llevaba haciendo de monaguillo desde que estudiaba gramática en el colegio y nunca en mi vida había visto a Angelo asistiendo a una misa. Como sucede con casi todos los gánsteres, las exigencias de la Iglesia católica respecto a la forma de vida de sus feligreses le traían sin cuidado.

—Ésos estaban metidos en los bajos fondos unos cuantos siglos antes de que naciera el primer gánster —me dijo en una ocasión, menospreciando con un ademán el concepto mismo de religión—. Tienen en funcionamiento una enorme operación destinada a ganar muchísimo dinero y la tapadera perfecta. ¿Qué mejor socio que Dios?

—Hacen mucho en favor de los pobres —dije, observando como se servía leche caliente en un tazón.

—Ofrecen un lugar caliente donde sentarse durante una hora una vez a la semana —dijo, sin apartar la vista de mí mientras se servía la leche—. Y sólo por eso, esperan ya que les echen unas cuantas monedas en la cesta. Eso no es ayudar, bajo mi punto de vista. Eso es aprovecharse. Hacen para los pobres lo mismo que hacemos nosotros, con la única excepción de que los intereses que ellos cargan no son tan elevados como los nuestros. Si te apetece entrar en la iglesia y rezar un poco, no voy a ser yo quien te impida hacerlo. Pero no dejes que te engañen. Es un negocio, tan frío como el nuestro.

Siempre me había sentido a gusto en el interior de una iglesia. Los bancos vacíos eran para mí un silencioso refugio. Diariamente encendía una vela a St. Jude, patrón de las causas perdidas y, aunque parezca una ironía, también de los policías. De vez en cuando, recoma los distintos pasos del vía crucis, repitiendo el recorrido de Jesús camino de la crucifixión. Pero en la mayoría de las ocasiones, lo que hacía era sentarme en la última fila, aspirar los olores familiares, observar la puesta de sol detrás de las vidrieras de colores y dejar que mi mente descansara. Era el lugar donde iba a parar cuando el delicado equilibrio de mi vida me resultaba difícil de sostener. Y

no era que buscara precisamente la paz como válvula de escape. Entre las oscuras paredes y los elevados techos de St. Dominick no había guerras de bandas en las que tener que luchar, ni presiones del instituto que tener que afrontar. Se trataba, simplemente, de momentos de tranquilidad en los que la vida permanecía inmóvil y en los que me permitía el lujo de ponerme al día respecto a ella.

Me deslicé en el último banco junto a Angelo y me senté frente al altar mayor. Me dio un golpecito en la pierna e hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

—Lo haces muy bien —dijo—. Por lo poco que entiendo.

—No es que sea muy complicado —dije—. Para salirse airoso de este trabajo basta con saber sentarse y arrodillarse.

—Voy a mandarte a Italia a pasar el verano —dijo, con la mirada fija en la gran cruz de madera que colgaba en el centro de la iglesia. Tan pronto como acabes las clases.

Aparté la vista del altar para mirarle.

—¿Por qué? —pregunté, levantando ligeramente la voz—. No puedo dejarte en plena...

Callé para no decir nada más. Pero Angelo continuó mi pensamiento, hablando con tranquilidad, aunque sin dejar espacio alguno para la discusión.

—La guerra habrá terminado mucho antes de que llegemos a verano. De una u otra manera. Sea como sea, tú irás a Italia.

—Ya sé que no soy de gran ayuda —dije.

—Allí aprenderás mucho más acerca de nuestra forma de vida —dijo—. De ese modo, tal vez habrá un día en que sí puedas ser de mayor ayuda.

Me recosté en el banco, respiré hondo y me di cuenta de lo que Angelo estaba diciéndome. Me enviaba a Italia para aprender más sobre la vida del gánster y supe, incluso entonces, que si montaba en aquel avión, el camino de mi vida quedaría establecido y que cualquier comentario que yo pudiera tener al respecto sería ignorado. Estaría tan profundamente arraigado a su forma de vida que me resultaría imposible buscar alternativas. Lo único que faltaba por mi parte era dar aquel último paso y finalizar el curso que me faltaba para dar por terminada mi educación criminal.

—¿Y quién me enseñará allí? —pregunté, observando a una anciana arrodillándose delante de una escultura de san Antonio e inclinando la cabeza para rezar.

—Permanecerás con una familia en una pequeña isla de la costa de Nápoles —dijo Angelo—. Llevo haciendo negocios con ellos desde antes de la Segunda Guerra Mundial. Te tratarán como uno de los suyos. Lo único que debes hacer es escuchar todo lo que te digan.

—¿Por qué no vienes conmigo?

—Porque las vacaciones no son buenas para los negocios. Pero no irás solo. Mando también a Nico. Él se ocupará de que no te escapes con la primera chica que

te sonría.

—¿Y a él quién le vigilará?

—Ya es lo bastante mayorcito como para llevar su propia vida —dijo Angelo, encogiéndose ligeramente de hombros.

El sol caía sobre nosotros en forma de cálidos rayos que entraban por los ventanales, dejando la mitad de nuestros cuerpos enterrados en sombras; el centelleante resplandor de las velas bailaba en los muros de la gran iglesia. Las mujeres vestidas de negro rezaban sus plegarias diarias en memoria de los muertos, el color de las prendas era un reflejo de su estado de humor. En el altar principal, un joven sacerdote iniciaba los preparativos de la última misa de la tarde.

Angelo me dio un golpecito en la pierna e hizo un ademán con la cabeza.

—Salgamos de aquí antes de que pasen la bandeja. He vivido toda mi vida hasta ahora sin darles ni un duro. No empezaré ahora con esa costumbre.

—Hay cosas que quiero decirte pero que nunca sé cómo hacerlo —dije, mirándole—. Lo he ensayado centenares de veces estando solo, pero cuando estoy contigo no me salen las palabras.

—Es más fácil hablar con Pudge. Tiene una forma de ser que anima a la gente a explicarle cosas. Conmigo, la gente es más callada. Tal vez porque yo hago que así sea.

—No quiero hacer nunca nada que pueda defraudarte —dije, hablando muy despacio y midiendo mis palabras—. Quiero que te sientas orgulloso de mí y que nunca te arrepientas de haber decidido acogerme en tu casa.

Angelo me miraba fijamente con sus ojos oscuros y cálidos, sin decir nada, con las manos inmóviles y entrelazadas sobre su regazo, la luz del sol borrando las marcadas arrugas de su rostro. Yo era consciente de que las conversaciones de ese tipo eran las que menos le gustaban, pero para mí era importante decírselo de una vez por todas. Quería decirle muchas cosas más, pero no sabía si eso le acercaría aún más a mí o le obligaría a dar un precavido paso atrás. No era un hombre que demostrara sus emociones y sabía que esa reticencia no hacía más que sumar puntos al misticismo que rodeaba su persona. Poseía asimismo una desconfianza innata hacia las personas abiertas que enseguida revelaban a los demás sus pensamientos más profundos.

—Si sabes lo que pienso, entonces sabes cómo pienso, y eso es suficiente como para que el enemigo capte el detalle que necesita saber —oí que le comentaba a Pudge en una ocasión—. Además, todo corazón debe albergar un lugar privado que nadie debería conocer, por muy íntima que sea una relación. Un lugar que nadie pudiera ver jamás.

Pudge siempre se tomaba a risa este tipo de conversaciones y prefería hacer saber a su interlocutor su forma de sentirse y su opinión, antes incluso de que aquél tuviera tiempo de preguntárselo. Dicha actitud convertía a Pudge en un hombre de trato fácil, mientras que el silencio de Angelo escondía cierta magia. Mi sensación era que por el

simple hecho de que me permitiese disfrutar de su compañía, estaba dándome acceso a su mundo, muy oscuro y muy especial.

—No me gustan las cosas fáciles —dijo finalmente—. Y no suelo defraudarme con facilidad. Esto me ha ayudado a seguir vivo, incluso en los días en los que no me importaba en absoluto morir. Es una parte de mí que nunca cambiará. Sé que jamás harás nada que pudiera defraudarme. No lo has hecho hasta ahora y no creo que empieces nunca a hacerlo.

—No sé qué habría sido de mí —consegui soltar, las lágrimas resbalaban mejillas abajo sin que yo lo quisiese—, si tú y Pudge no hubieseis aparecido. Ahora tengo un lugar al que pertenezco. Y sé que haré cualquier cosa para no perderlo. Ni perderte.

Angelo se inclinó y, por primera vez en mi vida, me besó en la mejilla y en la frente.

—Salgamos de aquí —dijo—, antes de que nos apunten para curas.

Me sequé las lágrimas con la manga de la camisa.

—Tampoco estaría tan mal —dije—. Pudge dice que la sotana es la tapadera perfecta. Dice que haríais dinero a puñados si lo planificarais bien.

—No te engañes. —Nos pusimos en pie, abandonamos el banco y dimos la espalda al altar central—. Los jefes de la Iglesia nunca permitirían que el papa Pudge cruzara las puertas. Se lo comerían. Se trata de una banda que podría darnos unas cuantas lecciones.

Pablito Munestro estaba sentado en una mesa del reservado de un restaurante abarrotado de gente, con una mano en una enorme copa de ron y la otra descansando sobre el muslo de una esbelta morena enfundada en una maxifalda de color negro y tacones altos. Su hermano mayor, Carlos, estaba sentado a su izquierda, nervioso e inquieto, ansioso porque se iniciara la reunión.

—No parece precisamente el local adecuado para comer pizza y albóndigas —comentó Carlos, echando un vistazo a las paredes del reservado tapizadas con madera de roble y cuero. El restaurante estaba iluminado mediante lámparas de cristal de principios de siglo y todas las mesas estaban adornadas con velas instaladas en candelabros de cristal de Venecia. Todos los comensales iban muy bien vestidos, hacían gala de muy buenos modales y parecían muy ricos; el viejo dinero mezclándose con los nuevos millones procedentes de Wall Street.

—Es un lugar neutral —dijo Pablito, sin apartar los ojos de la morenaza e inclinándose para besarla en el cuello—. Podemos hablar sin tener que preocuparnos de que nadie intente sacar cualquier mierda.

—Sería bueno ver a los italianos hacer algo distinto que hablar —dijo Carlos, con cara de asco—. Hemos estado merendándonos a su banda y ni tan siquiera han levantado la mano para impedirnoslo. Los polis nos dan más problemas que ellos. Hoy es un día que jamás pensé que viviría para verlo.

—Estaremos de acuerdo con todo lo que nos pidan —dijo Pablito, apartando la vista de la morena y dándole un buen trago a la copa—. Especialmente si llegan en

son de paz. Por nuestra parte, se trata sólo de palabras vacías. Piensa que cuando montemos el árbol de Navidad, estaremos controlando totalmente su organización.

Carlos dejó de hablar cuando el camarero le colocó enfrente un gran plato con un bistec de Nueva York acompañado de verduras braseadas, luego miró de reojo al camarero encargado de servir el vino que llegó corriendo para llenar con un Mouton Cadet las tres copas vacías. El joven Munestro cortó la carne en su punto, se metió un pedazo en la boca y miró el reloj.

—Diez minutos de retraso —dijo—. Debería pegarle un tiro sólo por eso.

—No te pongas nervioso —dijo Pablito, poniendo la mano en el brazo de su hermano—. Es malo para la digestión. Come y preocúpate por los italianos cuando los tengas sentados enfrente de ti.

Pudge entró solo, saludó al maître con un apretón de manos, le susurró algo al oído y el empleado le acompañó hasta el reservado central. Saludó con la cabeza a ambos hermanos, dedicó una sonrisa a la morena y tomó asiento. Iba vestido con una americana deportiva de color azul marino, polo azul claro y pantalones oscuros. Colocó ambas manos sobre el immaculado mantel de color blanco.

—Llegas tarde y tenía hambre —dijo Carlos, señalando con el afilado extremo del cuchillo lo que quedaba de su comida—. Pero no te preocupes, ya me encargaré de que lo carguen en tu cuenta.

—Te conozco y conozco a tu hermano —dijo Pudge, mirando a Pablito e inclinando la cabeza hacia la morena—. Pero a ella no la conozco.

—Ni te importa —dijo Pablito—. No tengo ningún problema por que se entere de lo que sea que hayas venido a decir. Y si tú tienes algún problema, pídetelo una copa, bébetela y lárgate.

Pudge se volvió hacia la morenaza, le obsequió con una nueva sonrisa y un saludo con la cabeza.

—Jamás en mi vida he pedido a una señora que abandonara mi mesa —dijo—. Soy demasiado viejo y ella demasiado bonita como para empezar ahora.

Se acercó un camarero a la mesa con una copa de whisky y un vaso de agua mineral con gas que situó frente a Pudge. Pudge levantó la copa para brindar.

—Vuestra salud —dijo.

—Ahórrate los rollos —dijo Pablito Munestro, ignorando el brindis—. Quiero saber qué estás dispuesto a entregarme. Cuando lo tenga claro, ya te haré saber como lo hacemos.

—Tal y como lo veo, creo que, por mucho que te pusiese sobre la mesa, nunca tendrías suficiente —dijo Pudge, dejando la copa junto a la vela—. Los dos os habéis metido en eso con la idea de llevároslo todo. Y cualquier cosa que sea menos que eso no vale nada.

—Un hombre vivo con los bolsillos vacíos siempre sale por delante de uno muerto —dijo Carlos.

—A lo largo de estos tres últimos meses, tu banda ha pasado a controlar casi un



veinticinco por ciento de mi negocio semanal —le explicó Pudge—. Y lo has hecho sin pedir permiso a nadie. Te has limitado a alargar el brazo y cogerlo.

—Jodido permiso. ¿Dónde estamos? ¿En el colegio? ¿Tenemos que levantar la mano para obtener lo que queremos? No me hagas perder tiempo, abuelo. Acepta la oferta de Carlos y sal de aquí mientras puedas mantener los ojos abiertos y respirar sin que te duela nada.

—No puedo volver a Angelo con esto —dijo Pudge—. Se pondría de muy mal humor y tendría que aguantarle semanas enteras maldiciendo y quejándose. Creedme, no me apetece en absoluto.

—Nos lo quedamos todo. —Pablito se inclinó sobre la mesa, bajando la voz, con los ojos clavados en Pudge—. No os vamos ni a dejar una migaja en el suelo por la que luchar. Mi banda se hará cargo de todas las operaciones, desde el juego hasta los transportes. Si eres un poco listo, vete a casa, haz las maletas y lárgate.

Pudge se acomodó en el mullido asiento de piel y dio un trago al whisky, volvió a colocar la copa sobre la mesa y cogió entonces el vaso de agua mineral. Bebió el vaso entero dando largos tragos, levantando la vista por encima de los dos colombianos para contemplar como dos jóvenes vestidos con traje disfrutaban de una tranquila comida de negocios con un montón de gráficos de la bolsa y documentos legales esparcidos por encima de la mesa.

—En el bolsillo de la chaqueta llevo dos billetes de primera clase para Miami —dijo Pudge—. Cogedlos y marchad al lugar de donde venís. Procurad que vuestra banda se largue al mismo tiempo que vosotros. Y pensad que si os negáis a mi oferta, no podré hacer nada para manteneros con vida.

—¿Con quién cojones te crees que estás hablando, pedazo de mierda asquerosa? —le gritó Carlos a Pudge desde el extremo opuesto de la mesa—. ¿Has venido aquí pretendiendo meterme el miedo en el cuerpo, viejo cabrón? ¿Crees que haciéndote el duro asustarás a alguien como yo? ¿A alguien como mi hermano?

Carlos se puso en pie, miró fijamente a Pudge, levantó la mano derecha y le estampó un bofetón en la cara. Pudge recibió la totalidad de los cinco dedos y sonrió a Carlos, haciendo caso omiso de las miradas de la clientela.

—No he venido aquí a asustarte —dijo sin ponerse nervioso.

Pablito y Carlos palparon los laterales de sus chaquetas hasta acariciar la empuñadura de sus revólveres de gran calibre. En aquel momento, la morena sentada junto a Pablito extrajo uno especial de calibre treinta y ocho y lo colocó contra la sien de Pablito. Los dos hombres de negocios del reservado vecino dieron media vuelta y apuntaron las cabezas de los colombianos con dos pistolas de calibre cuarenta y cuatro.

—No me quedaré a cenar —dijo Pudge, saliendo del reservado—. La comida de aquí es demasiado fuerte para mi estómago. Un tipo de mi edad debe vigilar lo que come.

Pudge sonrió a Pablito y Carlos y saludó con un ademán a la morena y a los dos

hombres de negocios armados. Atravesó el salón principal del restaurante sin volver la cabeza ni por un momento, ni cuando escuchó los disparos y vio que la clientela empezaba a dispersarse gritando aterrorizada. Al llegar a la puerta de entrada, Pudge dio un nuevo estrechón de manos al maître y un golpecito en el hombro.

—Espero verle pronto —le dijo el maître.

—No hasta que acabemos con todo este lío, Frank —dijo Pudge, sonriéndole. Aguardó a que el maître le abriera la puerta, dio tres pasos hasta el coche que le esperaba y sintió la temprana brisa de las noches de principios de otoño acariciándole la cara.

Los dos aviones rodaban por la oscura pista, con las luces bajas, rugiendo en dirección a un viejo hangar situado junto a un pequeño aeropuerto de Long Island. Yo estaba sentado junto a Nico en el interior de un coche aparcado junto al hangar, Angelo estaba en el asiento de atrás con la mirada fija en los aviones que entraban. Junto a nosotros, los coches estaban aparcados en fila de tres, con las luces y los motores apagados, cada uno de ellos con su correspondiente conductor y un detallado conjunto de instrucciones. Los bimotores llegaban procedentes del Canadá, cada uno de ellos cargado con cuarenta hombres bien armados que las bandas de todo el país dejaban de prestado a Angelo. Se trataba de un préstamo de cuarenta y ocho horas y todos ellos estarían de vuelta a sus calles de origen en menos de tres días.

Los aviones se detuvieron y los motores se pararon en cuanto se abrieron las puertas laterales. Un pequeño equipo de personal del aeropuerto colocó diligentemente unos bloques de madera debajo de las ruedas y apuntaló las escaleras junto a las puertas. Hicieron su aparición entonces largas hileras de hombres, todos ellos con abrigo, sombrero y un maletín negro de piel. Se dirigieron hacia los coches aparcados y fueron entrando en ellos. Tan pronto como cada vehículo hubo completado el pasaje que tenía asignado, el conductor pisó el acelerador y salió disparado del hangar del aeropuerto.

Era la primera vez que yo presenciaba una demostración de este nivel en el ámbito del crimen organizado. Hasta aquel momento no había llegado a comprender el alcance que podían llegar a tener gánsteres de la categoría de Angelo, el hecho de que mediante una serie de llamadas telefónicas clandestinas y reuniones a primera hora fuera capaz de reunir un ejército completo procedente de ciudades diseminadas por todos los Estados Unidos, un ejército decidido a eliminar cualquier enemigo que llamara a la puerta. Era un poder del que muy pocos disfrutaban y que aún menos sabían que existía. Cuando esos hombres volvieran a subir a bordo de los aviones que permanecerían esperándolos para devolverlos a sus lugares de origen, todos y cada uno de los miembros de la banda de Pablito Munestro estarían muertos. Si sobraba tiempo, los asesinos se dedicarían a barrer el equipo de renegados de los Barones Rojos, refugiados en lugares seguros de Queens y Nassau County desde la noche en que fue hallado el cuerpo de Tony Mesh.

—Una vez haya arrancado el último coche, espera cinco minutos más —le dijo

Angelo a Nico, ambos de pie junto al hangar—. Luego volveremos al bar. Pudge debería estar allí cuando llegáramos.

Aquél era el peligro y el poder de Angelo Vestieri que tantos temían y fue el único momento en mi vida en que me sentí incómodo a su lado. Más incómodo aun sabiendo que él lo sabía. Un verdadero gánster es capaz de adivinar los puntos fuertes y débiles de cualquier persona en cuestión de minutos, pero lo que más notan, aquello a lo que sus cuerpos más acostumbrados están, es la esencia del miedo. También supe junto a Angelo, en aquel hangar de aeropuerto transformado en central de ataque que jamás llegaría a ser un gran gánster. Angelo lo era, cualquier pequeña duda que me quedara al respecto se desvanecía ante aquel alarde de fuerza. Había planeado y puesto en marcha la eliminación total de sus enemigos. Había sacrificado las vidas de muchos de sus propios hombre, ocultando su frialdad y su falta de piedad inexorable bajo el disfraz protector de un jefe envejeciendo. Era un plan de batalla que pocos habrían sido capaces de igualar.

Angelo me dio un golpecito en el hombro con el extremo del periódico que llevaba doblado.

—¿Te molesta? —preguntó, viendo partir el último de los coches.

—Un poco. —Asentí con la cabeza y le miré. El interior estaba oscuro y su cara, medio iluminada por las luces situadas en la panza de los dos aviones vacíos—. Sé quiénes son esos hombres y sé lo que vienen a hacer aquí.

—No sabes quiénes son estos hombres. —Angelo se inclinó hacia delante, agarrándome el brazo por el codo—. Y no sabes lo que vienen a hacer aquí. Lo cual significa que no tienes motivo alguno por el que asustarte. Volví a mirar a Angelo, oteando en la semioscuridad, percatándome de que me había traído al hangar para enseñarme una importante lección. Por supuesto, nunca me lo diría directamente, no era su estilo. Y yo nunca estaría seguro de que lo que yo suponía era la lección que estaba intentando enseñarme. Esperaba estarme equivocando en aquellos momentos. Porque después de aquella noche, siempre pensé que por mucho que Angelo me quisiera o por mucho que estuviéramos el uno por el otro, no dudaría matarme si yo me convirtiera en la más mínima amenaza para su dominio. De todas las lecciones relacionadas con la vida de gánster que pudiera haberme enseñado en el transcurso de los años, aquella lección sin palabras fue la que tuvo un impacto más duradero. Y fue también aquella misma noche cuando me pregunté por vez primera, durante esos largos y silenciosos instantes en el interior de un hangar vacío de un pequeño aeropuerto de Long Island, si yo sería capaz de hacerle lo mismo a él. ¿Acapararía el odio suficiente como para ser capaz de ordenar el asesinato de una persona que significara algo para mí? ¿Me había tocado la muerte lo suficiente como para convertirme en un frío testigo de la misma? No lo sabía, francamente. Lo que sí sabía era que Angelo lo consideraría como un fallo si yo no pudiera. En el mundo real, fallos de ese tipo se consideran bendiciones del cielo.

Para un gánster, en cambio, son una maldición.

—¿Y ahora qué ocurrirá? —pregunté a Angelo. Tenía la boca seca, el cuello y la espalda empapados del sudor frío típico de un joven aterrorizado.

—Lo que tenga que ocurrir —respondió con voz distante. Se dirigió hacia la puerta trasera del Cadillac, que permanecía abierta, y entró en el coche. Seguí sus pasos y cerré la puerta tras de mí. Nico tomó asiento en el puesto de conductor y salió lentamente del hangar del aeropuerto. En el exterior llovía torrencialmente, me acomodé en mi asiento, cerré los ojos y traté de borrar de mi mente los horrores que estaba imaginándome.

La anciana introdujo con delicadeza la llave en la cerradura de la puerta y la abrió hacia su derecha. La gruesa puerta de madera crujió al abrirse, iba cargada con dos bolsas de plástico que contenían leche, huevos, queso, tocino y perejil fresco.

—¿Richie? —gritó la anciana, recorriendo las estancias del silencioso apartamento—. Richie, vamos, despierta. Te he comprado desayuno. Prepararemos una *frittata* y una buena taza de café. Vamos. Sal de esa cama.

La anciana depositó las bolsas sobre la pequeña mesa de la cocina y se dirigió hacia el extremo de aquel piso con forma de vagón de tren donde su único hijo, Richie, pasaba la mayor parte de la mañana, encerrado en su dormitorio, durmiendo después de una noche más de alcohol y drogas. Anna Maria Scarafino había perdido cualquier ilusión respecto a su hijo. Sabía que traficaba con drogas y que trataba con gente que acababa asesinada. Era perfectamente consciente de que los billetes arrugados de veinte dólares que él a menudo deslizaba en los bolsillos delanteros de su delantal eran arrebatados de las manos suplicantes de gente trabajadora. Pero hacía tiempo que se había resignado a aquel destino, desde poco después de que su esposo, Gennaro, se largara media docena de años atrás con una viuda irlandesa de piernas torneadas y pensión de estibador portuario. Desde aquellos días aciagos, tan sólo su hijo Richie la había ayudado a tirar del carro de la compra. Y si el dinero para la comida y el alquiler que le entregaba semanalmente procedían de algún lugar extraño, había aprendido a cerrar los ojos sin mucha inocencia.

Anna Maria extrajo un cigarrillo del bolsillo de la bata, lo encendió y siguió rastreando las aseadas estancias.

—Richie —exclamó por el pasillo, soltando una espesa nube de humo por la nariz y la boca—. ¿Qué te pasa? ¿Te has vuelto sordo?

Viró un recodo del pasillo hasta llegar frente a la puerta del dormitorio de su hijo. Dio la vuelta al pomo de la puerta hasta abrirla. Sus ojos viajaron a toda velocidad desde la cama vacía manchada de sangre hasta la pared. El cigarrillo le cayó de la boca, que se tapó con las manos tratando de evitar tanto un grito como la violenta necesidad de vomitar. Allí estaba Richie Scarafino, su único hijo, nacido prematuro de dos semanas, colgado de manos y pies en la pared de su dormitorio mediante cuatro enormes clavos. Espesos coágulos de sangre brotaban de su gélida piel y recorrían la pintura azul de la pared hasta caer sobre las sábanas blancas. Del lado derecho del tórax colgaba el oscuro extremo de un cuchillo de carnicero de casi

treinta centímetros. Tenía los ojos cerrados de un puñetazo y la cabeza colgando hacia un lado. Anna Maria cayó de rodillas, sacudió la cabeza y lloró sobre el mutilado cuerpo de su niño, Richard Scarafino, un joven que deseaba convertirse en gánster por encima de todo. Permaneció de aquella manera la mañana entera, sus débiles y dolorosos sollozos rebotando contra las frías y descuidadas paredes salpicadas por las manchas de la muerte.

Yo me encontraba de pie junto a Pudge, sujetándonos ambos a la barandilla de la cubierta superior del trasbordador de Circle Line que nos llevaba río Hudson abajo. Contemplaba el paisaje de Nueva Jersey y el agua salada me refrescaba la cara. A nuestro alrededor, las parejas jóvenes hacían manitas, mientras que las viejas permanecían sentadas en los bancos de madera cubriéndose las piernas con mantas de lana.

—Me gusta quedarme en el exterior cuando voy en barco —dijo Pudge.

—Siempre me acordaré de aquel barco que alquilaste el verano pasado para mí y mis amigos —le dije, acercándome a él—. Nos dijiste que sólo pescaríamos cien langostas cada uno.

—Mentí. Pero nos reímos un buen rato.

—Últimamente ya no reímos nunca.

—¿Cómo pensabas que iba a ser una guerra, Gabe? —preguntó Pudge.

—No sabía qué esperar. —Me encogí de hombros—. No pensaba que moriría tanta gente.

—¿Y te importa?

Le respondí con otra pregunta.

—¿Te importa a ti?

—No —dijo Pudge—. Ni ahora que soy viejo, ni cuando era joven y empezaba. Siempre supe que eso formaba parte de lo que yo debía ser. Y estaba conforme con ello.

—A mí me gustaba formar parte de todo esto —dije, tratando de sofocar las ganas de llorar—. Pero ahora estoy más asustado que otra cosa.

—Te gusta el poder —dijo Pudge—. Lo que no te gusta es lo que debe hacerse para mantener ese poder. —Se quedó dudando, no quería equivocarse con sus palabras—. Angelo cree que puedes ser uno de los nuestros. Y hará todo lo posible para que así sea.

—¿Y tú opinas distinto?

No me tomes a mal —dijo Pudge—. Tienes la cabeza necesaria y el respeto necesario. Pero eres demasiado agradable. Y en nuestra vida no hay espacio para la gente agradable.

¿Y qué ocurrirá si Angelo acaba pensando lo mismo?

—Ahí es cuando las cosas se ponen feas —reconoció Pudge.

—¿Y tú respetarás lo que él decida hacer, sea lo que sea? —pregunté.

—Angelo es lo primero, hombrecito. Incluso por encima de ti. —La mirada de

Pudge se había tomado dura, extrañamente distante, incluso. Me dio miedo por vez primera—. Ésa es la guerra que tienes que ganar —susurró—. O perder.

Pudge aparcó el coche bajo el paso elevado de la autopista y se encaminó hacia el muelle, oscuro y abandonado. Los coches que pasaban por encima hacían traquetear el hormigón de una carretera que pedía a gritos, desde hacía varias décadas, una buena reparación. Se encontraba frente a la entrada del muelle, se detuvo y miró a derecha e izquierda tratando de detectar algún signo de actividad. La luz de la luna llena combinada con el reflejo de las luces de los coches que abandonaban apresuradamente la ciudad, iluminaba a destellos el exterior del malecón. Las maltrechas puertas permanecían cerradas y las amarras estaban sueltas y llenas de herrumbre. En sus tiempos de esplendor, aquel mismo muelle era un constante ir y venir de trasatlánticos y cargueros que proporcionaban a Angelo y Pudge un botín de miles de dólares semanales. EL dinero obtenido trabajando los muelles les había proporcionado el capital necesario para ampliar y buscar negocios alternativos. Pudge siguió andando y sacudió la cabeza, entristecido al ver otro vestigio de su juventud reducido a calderilla.

El Mercedes llegó a gran velocidad por su izquierda. Llevaba las luces delanteras apagadas y los neumáticos rechinaban sobre los adoquines. Lo único que Pudge pudo vislumbrar fueron las siluetas de los cuatro hombres sentados en el interior del vehículo. Se puso frente al coche, con la espalda apoyada contra la madera astillada de las puertas delanteras del malecón, los brazos pegados a ambos lados del cuerpo y los dedos de ambas manos acariciando el gatillo de sendas pistolas. Pudge respiró hondo y esperó; el coche estaba lo bastante cerca como para distinguir las facciones del conductor. Relajó el cuerpo y se arrojó al suelo, rodando hacia la derecha, arrodillándose luego para encarar el costado derecho del coche, extendiendo los brazos, levantando las armas y disparando balas sin parar contra los cristales tintados del vehículo. Vio la cabeza del conductor cayendo sobre el volante al mismo tiempo que el Mercedes chocaba contra la puerta del malecón, atravesando con la parte delantera la ajada madera.

Pudge siguió caminando en dirección al automóvil, disparando a cada paso. Cuando se acabó la munición de una de las armas, la arrojó al río que quedaba a sus espaldas, hurgó en la parte trasera del pantalón en busca de una tercera y la cargó con seis balas nuevas. Se detuvo al alcanzar la parte trasera del coche, observó con la calma de un profesional experimentado los cuatro cuerpos del interior, parecían muñecos rotos. Guardó las pistolas en la chaqueta, dio media vuelta y fue entonces cuando Pudge Nichols, un gánster de toda la vida, supo que acababa de cometer un error fatal.

—No estuvo mal para un viejo blanco —dijo Little Ricky Carson, de pie, enfundado en su típica chaqueta larga de motorista. Le flanqueaban tres hombres más.

Pudge se volvió para contemplar los cuatro cadáveres del Mercedes.

—¿Es así cómo tratas a tu gente? —preguntó—. ¿Poniéndolos en un callejón sin salida?

—Espero llegar a viejo siendo tan listo como tú —dijo Little Ricky, hundiendo las manos en los bolsillos de la chaqueta.

—No gastaré mi dinero apostando por ello —dijo Pudge.

Y entonces Pudge abrió la puerta del Mercedes y se lanzó al interior, aterrizando encima de los dos muertos del asiento trasero. Buscó frenéticamente en los bolsillos de sus abrigos hasta encontrar dos pistolas, se volvió y empezó a disparar. Little Ricky se tambaleó ante los disparos y fue a parar contra la puerta de los muelles, asustando con ello a un gato callejero. Los tres hombres armados, de pie con las piernas abiertas y los brazos cruzados, hicieron aparecer del interior de sus abrigos largas unas pistolas semiautomáticas que dispararon una lluvia regular de balas en el interior del Mercedes de color oscuro. Pudge abrazó uno de los muertos para utilizarlo a modo de escudo, disparando salvajemente en dirección hacia donde se encontraban los tres hombres. Sentía el calor y los zumbidos de las balas que pasaban rozando, varias de ellas chocando contra el cristal de la ventanilla a sus espaldas y unas cuantas aterrizando sobre la tapicería de piel. Descartó una pistola, ya vacía, y metió la mano en el bolsillo del muerto que tenía a su lado en busca de un arma cargada. Se apartó del alcance de los tres hombres armados sujetando una bulldog de calibre cuarenta y cuatro e intentó abrir la puerta del otro lado del coche. En el momento en que levantó la manilla, sintió un penetrante quemazón en el hombro que le obligó a abrir la puerta de golpe y a aterrizar de bruces sobre el sucio pavimento. Se acurrucó contra la rueda trasera, la sangre brotaba sin cesar de la herida, espalda abajo, y cuando trataba de comprobar el arma que seguía sujetando, una lluvia de balas llenó de orificios el exterior del Mercedes. Pudge se puso en pie, se volvió y disparó rápidamente tres veces, hiriendo a uno de los tres hombres armados en pleno pecho. Volvió luego su atención al segundo hombre. Cogió el arma, el dolor del hombro se extendía hacia la espalda, presionó el gatillo. Soltó una descarga que fue a parar justo debajo de la mandíbula de su oponente. Pudge le vio caer y se volvió entonces hacia el tercero, que se dirigía hacia él caminando casi en cuclillas, moviendo su arma de derecha a izquierda, buscando el lugar adecuado donde apuntar el disparo final. Pudge cerró los ojos y supo que estaba sólo a una bala de distancia de convertir aquello en una batalla entre él y Little Ricky Carson. A una bala de distancia de salir airoso de una trampa en la que nunca debería haber caído de haber sido lo suficientemente inteligente. Pudge había experimentado demasiados últimos momentos como aquel como para ser consciente de que aquello tenía muy poco que ver con la habilidad personal. Era únicamente cuestión de suerte.

Cuando Pudge Nichols sintió el frío cañón de la pistola en la nuca, supo que su larga racha de suerte había llegado a su fin.

—Se acabó la diversión, viejo —dijo Little Ricky Carson.

Los rayos de sol penetraban a través de los agrietados listones de madera,

subrayando la grasa y las extrañas chabolas amontonadas en los rincones del muelle. Una larga hilera de palomas se mecía sobre las tablazonas más elevadas, sin parar de arrullar. Angelo Vestieri estaba de pie en medio de la vacía entrada del puerto, el agua sucia del río salpicaba sus zapatos nuevos y humedecía las vueltas del pantalón. Contemplaba el cuerpo de Pudge Nichols, atado con cuerdas a un grueso poste de madera. Yo permanecía inmóvil en un rincón, junto a una inestable pared, con la cabeza apoyada contra la madera húmeda, tapándome la cara con las manos, intentando que Angelo no me oyera llorar.

—Nico, dame un cuchillo —dijo Angelo. Se puso en cuclillas y acarició la cara de su amigo, sin sacarle los ojos de encima, con una mirada dura aunque llorosa, las manos temblorosas, todo en las miserables sombras del muelle abandonado. Recorrí lentamente con los dedos todas y cada una de las muchas heridas de Pudge, algunas roídas ya por las ratas que patrullaban por el puerto. Pudge había recibido varios disparos, pero lo que acabo matándole fue el filo de una navaja.

Nico se acercó a Angelo y le entregó el cuchillo, luego regresó a las sombras, dejando a los dos hombres juntos por última vez. Angelo abrió la navaja y se dispuso a cortar la cuerda que sujetaba el cuerpo de Pudge. Lo hizo de arriba abajo, del pecho a los pies y, cuando hubo terminado, cerró la navaja y la arrojó a las turbulentas aguas. Pasó delicadamente los brazos por debajo del cuerpo de Pudge, lo levantó hasta la altura de su pecho, se puso en pie y comenzó a caminar lentamente. Le seguí, y Nico a mi lado. Jamás en mi vida había visto un muerto, menos el de alguien a quien quisiera tanto, pero en aquel momento no sentía otra reacción que el dolor.

Acaricé la cabeza de Pudge, fría y húmeda debido a la larga noche que había pasado flotando en el casco de un puerto al que él dio vida en su día. Deseaba poder haberle dicho que le echaría de menos mucho más de lo que nunca pudiera haberme imaginado. Jamás necesité un hermano, una hermana o una madre mientras Pudge estuvo a mi lado. Consiguió en todo momento ser todo eso para mí, algo que nunca sucedió con Angelo. Y todo había desaparecido.

—Primero nos detendremos en el bar —dijo Angelo—. Le pondremos ropa limpia. Después marcharemos a la granja de Ida y le enterraremos tal y como corresponde.

Yo sabía que ni se daba cuenta de que yo estaba allí. Sabía que estaba solo en la compañía del único hombre del mundo al que podía llamar amigo.

Y también sabía que, después de aquel día, Angelo nunca sería, nunca podría volver a ser el mismo. Su último vínculo con el pasado acababa de deshacerse por completo.

Observaba como Mary mordisqueaba su bocadillo Reuben y secaba la comisura de los labios con una servilleta de tela. Di un largo sorbo al vaso de agua mineral y me encogí de hombros.

—Aquél fue el peor día de mi vida —le dije—. Perder a Pudge de aquella manera es algo de lo que creo que jamás he llegado a recuperarme. Aquello me mostró una



parte de su mundo de la que no quería saber nada en absoluto. Estar con la gente que quieres y poder hacer lo que te venga en gana, no tener que preocuparse por el dinero ni por trabajar, eso era divertido. Pero la realidad es que esos períodos duran poco tiempo. La mayor parte del tiempo transcurre intentando que no te maten a ti ni a las personas que tienes a tu alrededor.

—Pudge no quería ese tipo de vida para ti.

—Mary tenía los codos apoyados en la barra, haciendo caso omiso al humo de cigarrillo procedente de la mesa que quedaba a sus espaldas.

—Tal vez —dije—. Cuando pienso en aquello y recuerdo todo lo que me explicó, creo que sus enseñanzas son más aplicables al mundo exterior que al suyo. Fue su forma de enseñarme que no existían tantas diferencias entre ambos y que yo debía prepararme para afrontar uno de ellos.

—¿Con quién te sentías más unido? ¿Con Angelo o con Pudge? —preguntó Mary, apartando el plato hasta un rincón de la barra.

—Siempre me resultó más fácil hablar con Pudge —le expliqué—. Era el tipo de persona a la que acudir después de una primera cita o de un primer beso o casi después de cualquier cosa. Y le dijeras lo que le dijeras, siempre te hacía sentir bien. Yo quería ser más como Pudge. Pero, interiormente, me sentía más como Angelo. No actuaba como él, ni trataba a la gente como él lo hacía y, Dios bien lo sabe, yo hablaba mucho más que él. Pero yo me sentía mucho más apartado del mundo, un poco como él. Siempre me veía distinto a la gente de mi alrededor, como si estuviera en posesión de un secreto que nadie más pudiera conocer. Tal vez me pegó mucho más de su forma de ser de lo que me imagino.

—Tenía una personalidad más fuerte que Pudge —dijo Mary, recostándose en la silla—. No necesitaba hablar tanto para provocar el impacto que buscaba. Además, con Pudge pasaste menos tiempo. Tú aún eras un chiquillo cuando murió. A Pudge no le importaba la opinión de los demás, siempre y cuando no afectara su forma de vida. Angelo buscaba que los demás opinaran como él. Ahí residía gran parte de su poder y era muy bueno en ello.

—¿Lo dice por experiencia propia? —pregunté, pidiéndole la nota al camarero—. ¿O por pura observación de los hechos?

—Lo digo como víctima —dijo Mary, con la voz algo quebrada—. Igual que tú.

Cootie Turnbill estaba sentado frente a Angelo. Apuró su copa de bourbon y dio una calada larga y profunda al puro. Sus tres lugartenientes estaban sentados junto a él, cada uno con su copa y su puro encendido. Sharpe Baylor era el más joven del trío, un tipo fuerte de treinta y cinco años de edad encargado de controlar las calles de Turnbill. Gil Scully se ocupaba del dinero de la banda; sus manos limpias eran capaces de convertir de la noche a la mañana miles de dólares ilegales en sólidas inversiones. Y finalmente estaba Step, encargado de los bajos fondos de Harlem desde principios de la década de los treinta y socio de Cootie desde la época de Segunda Guerra Mundial. Angelo estaba situado frente a los cuatro, con las manos

descansando sobre la mesa de despacho. Un vaso de leche por empezar seguía sobre un posavasos a su derecha.

—No hay tiempo para pensarlo —les dijo—. Necesito un sí o un no.

—Carson tiene cada día más hombres —dijo Sharpe Baylor—. Con lo de Pudge ha reforzado su presencia en la calle. Los rumores apuntan que todos los jóvenes piensan que él es el mejor. Eso significa, en estos momentos, que nos enfrentamos a una banda de cuatrocientos miembros, tal vez más.

Step se puso en pie y se acercó a la mesa de despacho de Angelo.

—Me duele mucho que Pudge nos haya dejado de esta manera. Si mi voto vale para algo, voto por salir y empezar a cargamos a tiros a esos hijos de puta.

—Antes de votar, me gustaría hacerte una pregunta —dijo Gil Scully. Su voz era, de todas las del grupo, la que menos emoción transparentaba—. Me gustaría saber por qué un jefe como tú tiene que echar mano de una banda de negros.

—Soy un gánster —dijo Angelo—. Y eso es igual que ser negro. Aquí o en otra parte, no le veo ninguna diferencia, y nunca se la he visto.

—¿Cómo quieres que lo repartamos? —preguntó Cootie Tumbill, depositando la copa de whisky vacía en una esquina de la mesa de Angelo.

—No quiero nada de los nuevos territorios que ha ido consiguiendo ni de lo que tenía antes —dijo Angelo—. Todo para ti.

—Aquí necesitaremos también a tus hombres —dijo Gil Scully—. Si vamos solos, estamos casi a la par. Pero con tus chicos reunimos peso suficiente como para echarlos.

—Le he dicho a Nico que te acompañe en cada paso —dijo Angelo, acercándose a la boca el vaso de leche—. Cualquier cosa que necesites... hombres, armas, coches, dinero. Lo tendrás.

—Tú no eres de los que se queda sentado viendo como los otros trabajan por ti —dijo Step—. Me imagino que también querrás tu entrada de primera fila, dime ¿dónde piensas sentarte?

Angelo se quedó mirando fijamente a Step e hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

—Haz lo que quieras con la banda de Little Ricky Carson —dijo en voz baja y muy grave—. Dejo en tus manos cómo mueran y dónde lo hagan. Exceptuando a un tipo. Yo, única y exclusivamente, me encargaré de Little Ricky.

—Caprichos de un viejo amigo —dijo Cootie Tumbill—. ¿Y si nos aprovechamos de la situación? Imagínate que nos sentamos también con Little Ricky y cerramos nuestro propio trato con él. ¿En qué situación te quedas tú?

Angelo empujó la silla hacia atrás y se levantó, dispuesto a afrontar a los cuatro hombres.

—Me quedo solo. Y créeme, sea solo o contigo, te digo ahora que todos los hombres de esa banda, desde Little Ricky hasta el último mono, acabarán muertos.

Cootie tosió para aclararse la garganta.

—Cerremos el trato, entonces, dándonos la mano. No creo que sea necesario ir más lejos. Especialmente entre negros.

El joven y delgado traficante de drogas estaba sentado en la silla de respaldo duro colocada en el centro de una habitación vacía. Iba en camiseta y calzoncillos y temblaba de frío debido al viento que le lanzaban a toda velocidad los ventiladores del techo. Llevaba más de una hora en la habitación, adonde había llegado arrastrado por tres pares de fuertes brazos que le sacaron a rastras de la cama a media noche y le empujaron al asiento trasero de un coche grande.

—Creo que no habéis visto suficientes películas, chicos —les dijo en un momento determinado del recorrido de una hora que discurría entre el centro de la ciudad y el almacén—. De haberlo hecho, sabríais que en casos como éste siempre es obligatorio vendar los ojos. Es la única forma de evitar que pueda dar con vosotros cuando luego venga a pegaros un tiro.

El conductor, un hombre alto y fuerte, sacudió la cabeza.

—Fíjate bien en todo —le dijo al traficante—. Y si tienes una cámara, toma todas las fotos que quieras. No importa. Piensa que todo lo que ves, estás viéndolo por última vez. Así que espabila; si no, conduciré más rápido.

El traficante de drogas dio un salto en la silla en cuanto escuchó que se abría el cerrojo de la puerta. Angelo Vestieri, portando una pistola en la mano derecha, entró por la puerta y se acercó lentamente al traficante. Se detuvo en cuanto lo tuvo enfrente y se quedó mirándole fijamente. Nico, que le seguía, se quedó a un lado.

Desde el acuerdo con Cootie y su banda. Angelo vivía únicamente rodeado de silencio y muerte. Fiel a su palabra, Turnbull había soltado con furia ilimitada su perfectamente organizado grupo, una furia que no se presenciaba desde las grandes guerras de bandas de la década de los treinta que, combinada con lo que quedaba de la banda de Angelo, había infligido graves pérdidas en las filas de Little Ricky Cason. El número de muertos aumentaba de manera alarmante y Carson empezaba a buscar la forma de escapar de la guerra. Mandó a su hermano, Gerald, a reunirse con Cootie con la esperanza de conseguir una tregua. La respuesta la obtuvo cuando uno de los hombres de Sharpe Baylor dejó el cuerpo decapitado de Gerald colgado por los hombros en la puerta electrónica del garaje de Little Ricky, para que éste lo viera en cuanto saliera por la mañana dispuesto a comprobar las ganancias obtenidas en sus negocios la noche anterior.

Angelo apoyó el cañón de la pistola contra la rodilla del traficante de drogas y apretó el gatillo. El sonido de la bala atravesando la carne y el hueso quedó apagado por los gritos del traficante. Permanecía sentado en la silla, balanceándose hacia delante y hacia atrás, levantando la cabeza hacia el techo de aluminio, con la boca llena de saliva y espuma. Se agarraba la pierna con ambas manos, la sangre le manchaba los dedos y se derramaba por los lados.

—Te haré una pregunta —dijo Angelo, esperando hasta ser consciente de haber captado la atención del traficante—. Y quiero una respuesta. Si es la correcta,

únicamente tendrás que preocuparte por una bala más. En caso contrario, será el peor día que jamás podrías haber imaginado en la vida de un hombre. ¿Estás preparado para mi pregunta?

El traficante no hablaba, aunque a través del sudor que le resbalaba por la cara y las lágrimas que le inundaban los ojos, logró verse como realizaba un nervioso movimiento de afirmación. Angelo se acercó un paso más y le agarró por la barbilla.

—Sé que trabajas para Little Ricky —dijo Angelo, con la voz tan gélida como una tumba en invierno—. Sé que te dedicas a vender su droga y que matas a todo aquel que él te encarga que mates. Sé que los dos crecisteis juntos y sois buenos amigos. Sé que le gustas y que confía en ti. Lo que no sé es dónde puedo encontrarlo. Y eso es precisamente lo que quiero preguntarte. ¿Dónde puedo encontrar a Little Ricky Carson?

El traficante tragó saliva, más por miedo que por necesidad. La duda fue suficiente como para que Angelo levantara la pistola y la acercara a la otra pierna del traficante. La presionó contra el muslo y apretó el gatillo. Los gritos del traficante procedían de un lugar recóndito, cobijado entre el dolor y la miseria. Se agitaba violentamente hacia delante y hacia atrás, alternando quejidos dolorosos con chillidos imposibles, mirando a Angelo con ojos como platos buscando compasión. Pero Angelo sacudió la cabeza. No era día de compasiones.

—Gritas fuerte —dijo Angelo—. Habla del mismo modo.

—Está en un edificio de Upper West Side —escupió el traficante. El espacio que quedaba entre sus pies estaba lleno de sangre—. En el piso superior. Es un secreto. No lo sabe apenas nadie. Siempre se oculta allí cuando no quiere que nadie lo encuentre.

—No me hagas imaginarme el número de la calle de ese edificio —dijo Angelo.

—Lo tengo anotado en un pedazo de papel en mi cartera. En los pantalones que me sacaron tus chicos. Ahora no recuerdo bien.

Angelo miró a Nico de reojo, que hizo un movimiento afirmativo con la cabeza y recorrió el almacén en toda su longitud en busca de la ropa del traficante, apilada en un rincón. Nico extrajo una cartera de piel negra del bolsillo trasero de unos pantalones vaqueros, vació el contenido en el suelo y hurgó en él hasta dar con lo que estaba buscando. Sostuvo entre las manos un trozo de papel amarillo doblado.

—Es una dirección —dijo—. Y un número de apartamento.

La mirada muerta de Angelo pasó de Nico al traficante de drogas. La parte superior de su cuerpo no cesaba de temblar, mientras que la inferior aparecía empapada en sangre.

—Te lo he entregado, tal y como me has pedido. Te he entregado lo que querías, ¿no es eso?

Angelo asintió, levantó el arma y la situó junto a la nuca del traficante. Bajó la vista para contemplar los ojos saltones de aquel hombre, los labios moviéndose, aunque incapaces de emitir una sola palabra. Levantó sus dos ensangrentadas manos

y se cogió al traje oscuro de Angelo, intentando apartarle. Angelo apretó el gatillo y voló la parte trasera de la cabeza del traficante, enviándole al suelo donde rebotó como una pelota. Deslizó la pistola en el bolsillo y se dirigió hacia Nico. Extendió la mano y observó el trozo de papel amarillo que Nico le entregaba.

—Vamos —dijo, arrugando el papel y tirándolo al suelo a sus espaldas—. Quiero asegurarme que el mejor amigo de Little Ricky no ha matado a un mentiroso.

Yo iba sentado en el asiento trasero junto a Angelo, Nico atravesaba a toda velocidad las calles contiguas a Washington Heights. Habíamos hablado muy poco desde la muerte de Pudge. Su entierro en la propiedad de Ida el Cisne, en Roscoe, había sido un acto sombrío al que sólo atendieron un puñado de personas. Tanto a Angelo como a Pudge les traían sin cuidado los impresionantes funerales con muchas flores que tan a menudo utilizaban los titulares de los noticiarios para informar de la muerte de un gánster. Ellos eran de la opinión de que esos acontecimientos servían únicamente de cara a la galería como una demostración de fuerza y que privaban a esos momentos de la intimidad que merecían.

—Dime una cosa —solía preguntarme Pudge cuando leía la noticia que informaba del exorbitante funeral de un enemigo—. Si tanto poder tenía ese tipo, ¿cómo es que va en el coche que abre la comitiva apoltronado dentro del ataúd? Atravesábamos a toda velocidad calles llenas de gente, caras jóvenes ilusionadas enfundadas en jerséis y faldas mezclándose con ancianas que arrastraban carritos de la compra llenos con la comida del día. Luego miré a Angelo, tenía la cabeza apoyada en la tapicería de cuero, la mente perdida en el momento, los ojos ignorantes de toda la actividad que se desarrollaba a su alrededor. El peso de la muerte de Pudge se había cobrado su peaje. Angelo percibía que se había convertido en un peligro para cualquiera que se interpusiera en su camino, que estaba condenado a acabar sin piedad con todo aquel que perdiera el tiempo ofreciéndole su amistad. Yo empezaba a sentir que aquellos temores iban dirigidos hacia mi persona.

—Siento que tuvieras que verle morir de aquella manera. —Era la primera vez que Angelo me hablaba de Pudge desde el día de su muerte.

—Sé que es una tontería, pero siempre pensé que era como Superman —le dije con una media sonrisa—. Que nada podía matarle, que nada le detendría nunca.

—Pues ahora ya sabes la verdad —dijo.

No respondí. Pero se equivocaba. Seguía sin saberlo. Seguía pensando lo mismo respecto a él.

Permanecimos sentados en silencio mientras Nico conducía. Entonces, de repente, Angelo empezó a hablar de nuevo. Su voz había perdido la agudeza anterior para ser sustituida por una extraña amabilidad.

—Pudge y yo construimos todo lo que fuimos a partir de cero —dijo Angelo—. Lo conseguimos Gracias a nuestra propia sangre y a la sangre de mucha otra gente. No se puede coger algo así y tirarlo. Forma parte de lo que yo soy y merece conservarse. No debe entregarse a cualquier personaje de una banda amiga que en su

día me hiciera un favor. Lo que construimos debe ir a parar a alguien que siga construyéndolo y lo haga mayor aún.

Observaba sus facciones de perfil, su cabeza moviéndose lentamente, sus ojos escudriñándome la cara, sabedor de que ese alguien a quien estaba refiriéndose era yo.

Se suponía que yo no tenía que haberlo visto. Se suponía que yo no tenía que haber asistido al asalto a media noche de Little Ricky Carson que tuvo lugar en uno de los dormitorios del apartamento de seis habitaciones de Manhattan. Yo debería haber permanecido en casa y no estar allí, con Angelo, contemplando como una máscara de helado terror acababa por siempre con la que fuera sólida confianza de Carson. No debería haber escuchado las únicas palabras que Angelo le dirigió en aquella habitación.

—Jamás le des a un viejo un día adicional que vivir —le dijo Angelo a Carson, de una forma tan fría que sólo oírlo me hizo estremecer. Yo no debería haber estado allí, ni ver nada de lo que siguió. Seguía siendo un niño e incluso Angelo trataba de apartarme del espectáculo de un asesinato. Incluso aunque se tratara del hombre que había matado a Pudge.

—Tengo que venir contigo —le había dicho a Angelo a primera hora de la tarde—. Quiero ser parte de todo esto. Necesito estar allí.

Angelo sacudió la cabeza.

—No —dijo.

—¿Por qué no? —pregunté, tentando la suerte, cuestionando su decisión.

—Esta noche morirá un hombre —dijo Angelo—. Con que un niño sepa esto ya es suficiente.

—Quiero estar contigo —dije, levantándome, temeroso aunque desafiante—. Al menos en esto.

Angelo estaba sentado en un sofá, oculto por las sombras que provocaba su lámpara de despacho, únicamente se oía el áspero sonido del aire saliendo de sus pulmones.

—Salgo en una hora —dijo—. Prepárate.

Apagó entonces la luz, dejando la estancia en una oscuridad total.

Nos hallábamos en el tejado de un edificio de siete pisos en Columbus Avenue. Las estrellas y la luna iluminaban el cielo nocturno. A mi derecha, las luces del Lincoln Center arrojaban su estudiado resplandor sobre manojos de personas exquisitamente vestidas para una noche de música de época y refinada conversación. Les observé, se amontonaban junto a las puertas, con ganas de entrar, intentando evitar que sus zapatos de diseño no acabaran marcados por los pisotones, y me pregunté cuántos de ellos se imaginarían que un hombre estaba a punto de morir a unas cuantas manzanas de distancia de donde se encontraban en aquellos momentos. La puerta que daba acceso a la azotea se abrió de un portazo y Little Ricky Carson cayó de bruces sobre el duro suelo de alquitrán. Aterrizó a cuatro patas y se hirió la

barbilla resbalando por el suelo hasta detenerse.

—Ayúdale a levantarse —le dijo Angelo a Nico—. Y tráelo aquí, junto a la luz.

Nico levantó a Ricky tirando del cuello del batín de seda y lo arrastró hasta donde estaba esperando Angelo. Carson se soltó de Nico, devolvió el batín a su debido lugar y sonrió a Angelo.

—¿Sólo queda esto de tu banda? —preguntó, haciendo todavía gala de cierta bravura—. ¿Un montón de músculos y un niño? Veo que te hice mucho más daño del que me imaginaba.

Angelo se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta, extrajo de él una vieja fotografía en blanco y negro y se la mostró a Little Ricky. Se trataba de una imagen descolorida de dos jóvenes, cogiéndose por los hombros, con los ojos muy abiertos y sonriendo a la cámara. La reconocí incluso en la penumbra, incluso en las sombras procedentes de las escasas bombillas. Era una fotografía de Angelo y Pudge de jóvenes, tomada el día en que se compraron su primer traje. Angelo conservaba dicha fotografía en un pequeño marco dorado encima de su mesa de trabajo, junto a otra con la cara de Isabella y otra de Ida el Cisne. Yo me deslizaba a menudo en esa estancia y contemplaba las fotografías, tratando de imaginarme cómo habría sido el joven Angelo Vestieri.

Angelo hizo un ademán en dirección a Nico, quien se acercó y le entregó un cuchillo de cuatro dedos de largo. Angelo clavó el cuchillo en la fotografía.

—Un regalo —dijo, con voz tan tranquila como aterradora—. De parte de Pudge.

Nico se trasladó entonces detrás de Little Ricky, le cogió por los brazos y tiró de ellos hacia atrás. Angelo clavó el cuchillo, con la foto cara arriba, en lo más profundo del hombro de Little Ricky. Carson echó la cabeza hacia atrás y soltó un alarido de dolor, las piernas le flaquearon y le abandonaron las fuerzas. Angelo se alejó de Carson y me miró.

—Saca las cuerdas de la caja —dijo—. Y dáselas a Nico.

Corrí hacia un extremo de la azotea, busque en el interior de una caja de cartón abierta, extraje una gruesa cuerda enrollada y se la entregué a Nico. Cuando di media vuelta, noté las manos de Angelo reteniéndome por los hombros.

—Ya has hecho tu parte —susurró—. Ahora, baja y espera en el coche.

—He venido a ayudar —dije.

—Ya lo has hecho —dijo Angelo.

Miré a Carson, vi como empezaba a temblar mientras Nico le ataba de pies y manos con la cuerda. Lo que le quedaba de valentía estaba desvaneciéndose por momentos para ser sustituida por el más vulgar miedo humano. Su destino estaba en aquellos instantes en los tribunales del gánster, donde los veredictos se acuerdan rápidamente y donde el castigo suele estar a la par con el crimen cometido.

—Estaré abajo —dije, mirando a Carson con desprecio.

—Lo verás todo mejor desde el coche —dijo Angelo, empujándome en dirección a la puerta que conducía a la escalera principal del edificio—. Confía en mí.

Tomé asiento en la parte delantera y observaba el tejado a través de la ventanilla abierta. Ida me acariciaba con el hocico y escondía la cabeza debajo de mi brazo. Sabía lo bastante como para imaginar que Angelo haría algo más que simplemente matar a Little Ricky Carson. Enviaría con ello un duro mensaje, lo bastante claro y conciso como para que a nadie le pasara por alto. La muerte de Carson no serviría sólo como castigo por lo que le había hecho a Pudge. Representaría también un toque de atención para las otras muchas bandas que se dedicaban a almacenar dinero y poder, anunciándoles que se conformaran con lo que tenían y que permanecieran alejados de las pertenencias de los demás. La muerte de Little Ricky Carson estaba destinada a ser tanto una venganza como un emblema. Y no había ser vivo en el mundo capaz de hacerlo mejor que Angelo Vestieri.

Pegué un brinco al ver el cuerpo ardiendo y colgando de un extremo de la azotea, sostenido por un pedazo de cuerda de unos tres metros de longitud. La antorcha en la que se había convertido el cadáver de Little Ricky se balanceaba de un lado a otro a merced del viento otoñal, iluminando la noche. Angelo y Nico le habían atado un nudo alrededor del cuello, le habían empapado de gasolina y lo habían lanzado al vacío sujeto con la cuerda. Fue Angelo el encargado de lanzar un retal de manga de camisa encendido sobre aquella cabeza y hombros retorciéndose de un lado a otro. Había cortado una manga de la camisa que Pudge llevaba el día de su muerte. Levanté la cabeza y vi a Angelo con medio cuerpo fuera de la azotea, con la cara enrojecida debido al resplandor de las llamas, contemplando a un hombre cuya muerte acabaría finalmente con una larga y agotadora guerra.

En cuestión de minutos, el fuego alcanzó el final de la cuerda, la partió y envió los chamuscados restos de Little Ricky Carson directos al suelo solitario de la calle. El cuerpo mutilado quedó allí chisporroteando. Un griterío asustado y el estrépito de las sirenas de la policía y los coches de bomberos siguieron velozmente la caída. Observé el cadáver de Carson, el humo que desprendían las prendas y la piel quemada. Sus miembros seguían contrayéndose y en la cara quedaban rastros de pequeñas llamas. Estaba estupefacto por lo que acababa de presenciar, horrorizado ante la obligada brutalidad de todo aquello. Y a pesar de ello, me alegraba de haber estado allí y haber constatado que la muerte de Pudge había recibido la venganza que merecía. Aquélla era la parte de la vida del hampa que más apreciaba. Disfrutaba saboreando la venganza y me deleitaba con la sensación espeluznante que dejaba a su paso. Casi todo el mundo sueña con poder ajustar cuentas, pero suele faltar la habilidad o el deseo de hacer realidad ese odio interior. Yo era uno de los afortunados, había sido criado por un hombre que era un maestro de la venganza, que lo único que esperaba de la vida era castigar al enemigo despreciable y vengar lo sucedido.

Y aquel día, me permitió formar parte de todo aquello.

Cuando vi que la multitud empezaba a acercarse, me deslicé en el asiento delantero del acompañante y esperé a que Angelo y Nico llegaran procedentes de la



azotea. Presioné el acelerador, di el contacto y encendí el motor. Abrí la guantera y hurgué entre las cintas de Nico hasta encontrar la que quería, la coloqué en el aparato y subí el volumen. Descansé la cabeza en el asiento y cerré los ojos. Ida se acurrucó a mi lado, escuchando ambos a Benny Goodman y su cuarteto interpretando Sing, Sing, Sing.

*Verano, 1971*

Caminaba por la larga playa de arena blanca, con Nico a mi lado. El cálido sol italiano nos calentaba la espalda, bronceándonos más si cabe. Contemplaba las tranquilas olas acariciando suavemente la orilla, mientras que un ejército de veleros blancos brillaba en la distancia. Llevábamos dos semanas de estancia en la pequeña isla de Procida, alojados en el piso superior del edificio de estuco rosa de tres plantas propiedad de Frederico y Donatella Di Stefano, situado a veinticinco kilómetros de la boca del puerto. Al principio, me horrorizaba la idea de abandonar los Estados Unidos y mi vida de Nueva York pero, en aquellos momentos, paseando junto a Nico, ambos con toallas blancas colgando del cuello, pensaba de verdad que no existía lugar en el mundo mejor que aquél. Era una isla de paz, con gente agradable que disfrutaba de la sencillez de los pequeños momentos diarios. La principal industria era la pesca, seguida por los autobuses locales. Las casas eran de piedra, reseguían la costa por completo y estaban rodeadas de pinos y montes. Las mujeres solían lucir vestidos de algodón estampados de alegres colores y zuecos de madera, chales tejidos a mano arrugados en los cestos de paja para prevenir el frío de las caminatas a primera hora de la mañana. Los hombres llevaban pantalones sencillos, sandalias y camisas de manga corta abiertas hasta el estómago, brazos y cuello aparecían bronceados por el sol y el resto del cuerpo solía ser tan blanco como las sábanas recién almidonadas. Los chicos de la isla, que aparecían siempre en alegres paquetes de seis, dedicaban sus días a nadar y a sestar bajo un sol tan caliente que permitía incluso asar carne, para rematarlos con una parada en el cine al aire libre que cada noche programaba una película distinta, normalmente una cinta americana de importación doblada al italiano. Todos fumaban y mascaban chicle y les chiflaba cualquier producto procedente de los Estados Unidos. Y, naturalmente, estaban obsesionados por las mujeres, su sangre del sur de Italia trabajaba a un punto de ebullición hormonal tan elevado que dejaba en nada los momentos más inoportunos de mis años de adolescencia.

—Esos chavales se tirarían hasta un árbol podrido —me dijo una tarde Nico. Estaba sentado en la terraza de un bar tomando un granizado de café—. Regalarles una mujer y un plato de pasta fresca es como regalarles un millón de dólares. En lo único en que yo pensaba cuando tenía su edad era en que los Dodgers ganaran la liga.

Las mujeres que capturaban la atención de los chicos se dividían en dos categorías. Las *stranieri*, de interés inmediato, bellezas de fuera que llegaban a Procida en verano dispuestas a huir de la vida de las ciudades del norte. Aquellas mujeres, sin importar edad ni estado civil, eran presas valiosísimas perseguidas por

los jóvenes de la isla como sí de tesoros extraños y únicos se tratara. Un romance de verano era el premio más soñado y cualquier adolescente que corriera la suerte de entrar a formar parte de una situación de ese tipo, ganaba el respeto y el orgullo de toda su camarilla. La conquista sexual de una mujer mayor estaba considerada para cualquier chico de la isla como un importante primer paso hacia la virilidad.

Las chicas de la isla se consideraban de forma distinta. Eran adolescentes risueñas que en escasos años se convertirían en jóvenes esposas y madres. Eran tratadas con respeto y su belleza quedaba reconocida mediante susurros y miradas. La mayoría de las chicas de la isla quedaban comprometidas antes de cumplir los dieciséis años de edad y se casaban antes de los veinte.

—Cuidado con las chicas del lugar —me dijo Nico una calurosa noche—. Lo que para ti podría ser un acto inocente, puede ser aquí una bola de fuego. En esta isla se educan por su cuenta y luego puedes atenerte a las consecuencias. Piénsatelo dos veces si te gusta una chica. De lo contrario, puedes convertirte en un hombre casado antes del fin de semana.

Vivir en Procida era como regresar a principios del siglo. El código moral era rígido, inflexible y totalmente a la defensiva. Se suponía que la mujer debía permanecer virgen hasta el día de su matrimonio y necesitaba demostrarlo no sólo a su esposo, sino también a la gente del lugar. A tal efecto, las sábanas de la noche de bodas manchadas de sangre se colgaban en el balcón de la casa al día siguiente. En caso de que el esposo no pudiera completar dicha tarea, el matrimonio podía ser declarado nulo y, de no ser así, colgaba un nubarrón oscuro sobre la pareja capaz de prolongarse durante décadas. La Iglesia católica tenía muchísimo poder, aunque los curas parecían menos formales y mucho más amistosos que sus colegas del otro lado del océano y sus sermones dominicales eran más cuestión de alegría y buen humor que de pesimismo. El párroco y el jefe de la banda eran las dos personas que más confianza despertaban en toda la isla, aquéllos a quienes se recurría para resolver los problemas o cuando debía tomarse una decisión complicada.

—El otro día, el chofer de Frederico, Silvio, me explicó la siguiente historia —me dijo Nico, cerrando los ojos y dejando que el sol le diera en la cara—. Sucedió durante la guerra. Uno de los habitantes de la isla marchó a luchar contra los alemanes, o tal vez serían los ingleses. Es igual contra quien fuera, el caso es que marchó. La isla fue muy castigada durante la guerra, de hecho toda Italia, y era muy difícil conseguir dinero. Su esposa se encontró con tres hijos y sin ingresos y, según sus informaciones, el marido había muerto en algún campo de batalla. Empezó entonces a buscarse la vida para dar de comer a sus hijos.

—¿Se hizo prostituta? —pregunté. El sol me cegó, impidiendo mi intento de mirarle a la cara.

—¿Cómo iba a conseguir dinero, si no? —preguntó—. ¿Convirtiéndose en un matón? Hizo lo que debía para alimentar a su familia. Luego terminó la guerra e ¿imaginas quién apareció de nuevo en casa?

—¿El marido?

—Bingo —dijo Nico—. Estaba a unos quince minutos de la isla cuando un centenar de sus amigos le explicaron a lo que se había dedicado su esposa por las noches durante su ausencia. Comprensiblemente, el tipo quería verla muerta, quería el divorcio. La quería fuera de su vida. ¿Sabes una cosa? Estaba tan cabreado que no sabía ni lo que quería.

—¿Y qué hizo? —pregunté, ansioso por escuchar el resto de la historia.

—Fue a ver al cura del pueblo —dijo Nico, mirándome, evitando con la sombra de la espalda que el sol me diera en los ojos—. Repasaron toda la historia y, cuando hubieron terminado, el cura se recostó en su asiento, encendió un cigarrillo y le puso por el buen camino.

—¿Cómo le puso por el buen camino?

—Le explicó que si abandonaba a su esposa y se dedicaba a buscar otra, ¿cómo demonios iba a saber que la nueva no era también una prostituta? Así que el cura le dijo: «Al menos, en casa ya sabes que tienes una prostituta. ¿Por qué darle la oportunidad a otra que ni conoces?». El chico siguió cabreado durante unos cuantos años más pero se quedó con su mujer.

—¿Siguen juntos? —Había reemprendido el paseo y sentía en los pies el frescor de las olas del mar.

—No sólo siguen juntos, sino que tuvieron otro hijo. Una hermosa chica que ahora tiene tu edad. Ya ves, dos personas que se querían siguieron juntas gracias a que un viejo e inteligente cura supo cuál era la forma más adecuada de pensar. Busca un consejo así en Nueva York, de parte de alguno de esos borrachos irlandeses.

—Y a cambio de nada —dije.

Las mañanas transcurrían en compañía de Frederico Di Stefano. Era un hombre fornido que se acercaba a los setenta, con abundante cabello canoso, bigote blanco daliniano y una cara de cuero, arrugada y envejecida debido a los muchos años de exposición al sol italiano. Nos sentábamos ambos en una mesa a la sombra de las parras. Su villa estaba situada en la cuna de una colina y disfrutaba de una vista impresionante sobre el mar y la bocana del puerto. Detrás de nosotros, una docena de acres, densamente poblados por viñas que descendían alineadas ladera abajo, una tierra trabajada por un silencioso ejército de campesinos. Fue en aquel escenario tranquilo, encantador y majestuoso donde Frederico inició una serie de lecciones cuyo objetivo era prepararme más aún para la vida en los bajos fondos. Llegaba siempre procedente de la puerta trasera de la cocina, cargado con una bandeja de plata llena de tazas, platos, una gran cafetera con café caliente y una cesta de pan recién hecho. Servía una taza de café para los dos, siempre sin azúcar, y tomaba asiento delante de mí en una silla de madera trabajada a mano. Su inglés tenía mucho acento, pero lo hablaba fluido, principalmente gracias a una estancia de dos años en Londres donde libró una temprana batalla con el cáncer a los diez años de edad. Los vestigios que quedaron fueron un riñón enfermo y un profundo cariño hacia todo lo

inglés, exceptuando el té.

—La gente suele decir que los ingleses son muy fríos —me comentó—. Nada que ver con mi experiencia. Aman la vida, la aceptan, la comprenden como muy pocas culturas son capaces de hacerlo. Pero a diferencia de nosotros, los italianos, guardan las distancias y sólo te permiten saber lo que necesitas saber. Y eso es lo que debes aprender a hacer.

—¿Era así la vida de tu padre? —le pregunté, cogiendo la taza con ambas manos y bebiendo el café expreso tal y como me había enseñado, es decir, rápidamente y en menos de cinco sorbos.

—De mi padre y de su padre y, antes que él, de su padre —dijo Frederico, encogiéndose de hombros—. Es la única vida que hemos conocido. La forma de ser de esta isla y la forma de ser de la camorra son la forma de ser de mi familia.

—¿Has deseado alguna vez que eso no fuera verdad? —pregunté, cogiendo un trozo de pan y la mermelada para untar—. ¿Que no te vieras limitado a esta forma de vida?

—Cuando era joven, tendría más o menos tu edad, me sentaba en la orilla del mar y miraba como pasaban los barcos en dirección a Alemania, Francia, América, incluso —dijo, contemplando el azul del mar en el puerto, colina abajo—. En aquellos momentos me preguntaba qué debía sentirse siendo lo bastante libre como para subir a uno de esos barcos y viajar hasta tierras que sólo conocía por lo que había oído contar a los demás.

—¿Por qué no te marchaste? —pregunté—. Ya sabes, cuando fuiste lo bastante mayor como para no tener que pedirle permiso a nadie.

—Esos pensamientos son propiedad exclusiva de los jóvenes —dijo, sirviéndonos una segunda taza de café—. No deben interferir en la forma de vida del hombre. Volver la espalda a eso habría sido traicionar tanto a mi familia como a mí mismo.

—¿Cómo sabré que esta forma de vida es la mía? —Me acerqué a él, mis ojos buscaban la tranquilidad de los suyos, esperando hallar respuestas a mis preguntas, tanto a partir de sus expresiones como de sus palabras—. Desconozco la historia de mi familia. Por lo que sé, soy el primer miembro que ha entrado a formar parte de este tipo de vida y he llegado a él con las manos vacías.

—El momento te encontrará —dijo Frederico, poniéndome en la rodilla su musculosa mano—. Te señalará la dirección que va a tomar tu vida y entonces será cuando debas elegir. Puede que tomes la decisión adecuada o que te equivoques. Eso no lo sabrás nunca, ni cuando tu cabeza descansa sobre tu lecho de muerte.

Reposé la espalda sobre el asiento de madera y eché un vistazo al tranquilo paisaje que nos rodeaba.

—Desde el mismo momento que llegué aquí me siento como en casa —le dije—. No únicamente en tu casa, sino también paseando por las calles, viendo la gente, oyéndoles hablar en otro idioma. Todo me resulta familiar. Es casi como si ya hubiera estado antes aquí.

Frederico levantó la vista hacia el sol, su rostro y su cuello eran una masa entrelazada de curvas y arrugas.

—Eso sólo debería servirte ya para aclarar las dudas que pudieras tener —dijo, levantándose para ir en busca de un pesado palo curvo que utilizaba para caminar mejor y que había dejado colgado de una parra—. Y tal vez las conversaciones que mantenemos a diario sirvan para solucionar el resto.

Depositó de nuevo las tazas y los platos en la bandeja y acompañé a Frederico a pasear por el viñedo, dispuesto a seguir escuchando las lecciones diseñadas con el objetivo de prepararme para una vida de crimen.

—Pensé que estaba enganchado —le dije a Mary, sin apartar la vista de Angelo—. Me olvidé de todo y empecé a pensar que tal vez aquél era el modo de vida que me estaba destinado. Frederico lo pintaba todo tan romántico, era como leer un libro antiguo de historias de aventuras. En esas historias, siempre estaban los buenos, obligados a entrar en acción por culpa de alguna injusticia. Nunca se refería a ello como a un negocio. Sólo lo mencionaba como una forma de vida.

—Todo estaba preparado para mostrarte la imagen que ellos pretendían que vieras. —Mary hablaba con voz dulce, como si cada una de sus palabras fuera envuelta entre algodones—. Era el único objetivo del viaje.

—A menudo me pregunto si lo que ocurrió ese verano fue un acto de traición o una clara señal para mí de que debía buscar otro camino —le dije—. ¿O fue realmente una traición? Podía, simplemente, tratarse de Angelo trabajando detrás del escenario para que todo ocurriera como ocurrió.

—Me gustaría tener una respuesta a tu pregunta —dijo Mary. Pero se trata de un secreto que no compartió con nadie. Ni conmigo.

Nos encontrábamos en una pequeña habitación desprovista de ventanas, con una lámpara colgando del techo, congregados alrededor de una gran mesa de billar con patas de roble. En una esquina, una mesita circular con dos sillas. Nico se inclinó hacia delante y golpeó con el taco las tres bolas, enviándolas rodando hacia un agujero lateral. Se dirigió entonces hacia la mesita, cogió el vaso de Sambuca Romana y lo acabó de un trago.

—Un gran golpe —dijo—. Ya sé que no está bien decirlo.

—Puedes decir todo lo que quieras —dije—. Nadie se llevará las manos a la cabeza por ello.

—Mi dólar contra tus cinco centavos a que meto los próximos tres golpes —dijo Nico, cogiendo de nuevo su taco—. ¿De acuerdo?

—Digamos mejor mil liras contra cien —dije—. No veo una moneda de cinco centavos desde que salimos de ese avión en Roma.

—Bien, vayamos a por la apuesta —dijo Nico, inclinándose sobre la mesa de billar dispuesto a preparar el siguiente golpe.

Me senté detrás de él, apoyando la espalda contra la fría pared aunque percibiendo en la piel la diferencia de temperatura del papel floreado. Cogí el paquete

de cigarrillos Lord de Nico, extraje uno y lo encendí. Él apartó entonces la mirada de la mesa de billar.

—¿Cuándo lo has cogido? —preguntó.

Di una calada larga al cigarrillo inglés.

—Aquí resulta muy difícil no fumar. Todo el mundo anda con el agarro en la mano y un paquete abierto en el bolsillo. ¿Debería habértelo pedido antes?

—No necesitas que te de permiso, Gabe —dijo Nico, frotando la punta del taco con tiza—. Estoy aquí para vigilar y hacer por ti todo lo que necesites. Si alguno de los dos tuviera que pedir permiso para algo, ése sería yo.

—Tú eres mi amigo, Nico —dije, dejando el cigarrillo en un pequeño cenicero de Martini and Rossi—. Debes considerarme bajo ese punto de vista.

—No me mal interpretes —dijo Nico—. Te quiero como si fueras mi hermano pequeño. Pero también conozco mi lugar y mi papel. Y ése no es otro que ser tu sombra y tu guía, garantizar que vuelves a casa igual que cuando saliste de ella. Y así seguiré, hasta que el jefe me diga lo contrario.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —dije, observando la seriedad que empezaba a invadir sus hermosas facciones debido al giro que estaba tomando la conversación—. Si no quieres responder, no tienes por qué hacerlo.

—Pregunta —dijo Nico.

—Imaginemos que esto no funciona —dije, rodeando la mesa de billar—. Que después de tantas lecciones y tantos años con Angelo decido que este tipo de vida no está hecho para mí y le doy la espalda. ¿Qué sucederá si entonces te llama Angelo y te pide que te deshagas de mí? ¿Lo harías?

Nico respiró hondo y soltó el aire lentamente, con la mirada fija en el suelo de madera.

—Sí, lo haría —respondió.

—¿Sin importar lo que pudieras sentir por mí? —dije.

—Lo único que importa son los deseos del jefe —dijo Nico—. El jefe manda hasta que el jefe muere.

Alargué el brazo para coger el taco de Nico y se lo pasé.

—Te toca a ti —dije—. Si lo fallas, pierdes.

Cogió el taco e hizo un movimiento afirmativo con la cabeza. Se inclinó sobre la mesa para preparar la jugada. Yo me dirigí hacia una de las esquinas, me senté y observé el tiro de Nico.

Salía del agua, una última ola me salpicaba la espalda en el mismo momento en que la vi. Estaba a la sombra de un amplio parasol de playa de color azul, bebiendo una Orangina y riendo con una amiga por algún chiste. Llevaba un bikini de color amarillo brillante, su piel estaba tan bronceada como el carbón y la melena castaña le superaba con creces la altura de los hombros. Tenía dieciséis años, ojos claros como la montaña y una sonrisa capaz de iluminar un estadio. Volvió la cabeza para mirarme. Jamás en mi vida había visto una chica tan bonita. Era tímido, me faltaban

aún unos meses para cumplir los diecisiete y la mejor palabra para describir mi comportamiento con las chicas era cobardía. En comparación con las avanzadas actividades sexuales de los chicos de la isla, yo era tan inexperto como inepto. Permanecí junto a la orilla del mar, secándome la cara con las manos y sin apartar los ojos de la chica que seguía bajo el parasol.

Entonces, ella abandonó su lugar en la sombra para acercarse a donde yo estaba, sus largas piernas centelleaban sobre la abundante arena caliente. Se plantó delante de mí y extendió la mano a modo de saludo.

—Me llamo Annarella —dijo en un vacilante y lento inglés. Su voz sonaba tan dulce como el canto de los pájaros que me despertaban por las mañanas—. ¿Cómo lo decís vosotros? ¿Anna? ¿Es así?

—Sí, es así —dije, intentando no tartamudear con mi italiano—. Yo me llamo Gabe. Soy americano.

Ella asintió con la cabeza y sonrió; las manos seguían sin soltarse.

—Lo sé —dijo—. Estás en casa de Don Frederico. Te he visto muchas veces.

—¿Vives cerca de allí? —pregunté, soltándole la mano. De cerca, su cabello castaño estaba recorrido por mechaz doradas, resultado de los meses de exposición al sol.

—No muy lejos —respondió—. De mi casa a la suya hay menos de *cinque* minutos andando.

—Abrió los dedos de la mano derecha y me los mostró.

—Cinco —dije—. *Cinque* es cinco.

—Sí sí, cinco —dijo, mordiéndose un poco el labio inferior—. A veces me olvido. No tengo muchas oportunidades de hablar inglés. Casi todos los turistas que vienen a la isla son alemanes.

—No he visto muchos turistas desde que llegué —dije—. Debe ser un mal año.

Anna ladeó la cabeza y se echó a reír, una risa más característica de una mujer joven que de una adolescente.

—En Procida, todos los años son malos años —dijo.

Me sentía cómodo en su compañía. Poseía la habilidad de Pudge de convertir una persona desconocida cinco minutos antes en un amigo de cinco horas.

—Iba a dar un paseo por la playa —le dije—. ¿Quieres venir conmigo? Si quiere, tu amiga también puede venir.

—Señalé por encima del hombro de Anna en dirección a la chica con la que estaba hablando cuando yo salía del agua.

Anna se volvió y se despidió de su amiga. Luego volvió a mirarme.

—Se llama Claudia —dijo—. Tiene que regresar a trabajar a la panadería, a prepararlo todo para comer. Pero yo sí que puedo acompañarte.

Pasamos casi la mañana entera paseando arriba y abajo de la playa de Procida, con las olas refrescándonos los pies, hablando y riendo, llenando la cálida brisa con la charla inocente de la juventud. Y fue durante aquel largo y lento paseo donde nació



mi primer amor de verano.

Después de aquel día, nos veíamos a diario con Anna. Íbamos al cine al aire libre, donde descubrí que le gustaban tanto como a mí las películas del oeste de Clint Eastwood. Íbamos a nadar después de mis lecciones matutinas con Federico y hacíamos carreras para ver quien llegaba antes a la barca anclada más lejos. Su velocidad me maravillaba; cada vez que levantaba un brazo y daba una patada con la pierna, añadía longitud a su marcha insuperable. Descansábamos junto a la barca, Anna retirándose el pelo de los ojos y yo tratando de llenar de aire fresco mis pulmones vacíos.

—No pienso abandonar la isla hasta que te gane una carrera —le dije una mañana, agarrándome al extremo de un remo como si de un salvavidas se tratara.

—Eso significa que morirás aquí viejo y feliz —dijo Anna.

Nuestra primera cena fue en un restaurante en la playa donde sólo servían pescado. Aquella noche ella llevaba un vestido blanco, por la altura de la rodilla y sin mangas, zapatos oscuros con un centímetro de tacón y una chaqueta azul con botones de punto que su abuela le había tejido para la ocasión. El cabello suelto por encima de los hombros como suaves hebras de hilo. Iba sin maquillar y sus facciones resplandecían a la luz de las dos velas situadas en el centro de la mesa.

—¿Puedes tomar vino? —pregunté. Estaba sentado frente a ella y la carta reposaba sobre la mesa a un lado.

—Estamos en Italia —dijo, con una sonrisa capaz de iluminar una noche sin luna—. Aquí sólo bebemos vino y agua. Bebo vino para cenar desde que llevaba pañales.

—Bien —dije, pasándole la carta de vinos—. Entonces sabrás cuál tenemos que pedir.

A menudo pasábamos el día fuera de la isla, visitando las playas vecinas de Capri e Ischia. Cogíamos el coche e íbamos a la costa de Amalfi, con Nico como guía acompañante. Nos deteníamos a comer sardinas asadas en un pequeño café situado en las afueras de Salerno y pasábamos unas cuantas horas agradables mezclándonos con los turistas alemanes que visitaban las ruinas de la antigua ciudad de Herculano. Subíamos a la cima de Monte Casino, un monumento que los italianos consideraban como lugar sagrado. Era también el escenario de una de las batallas más sangrientas de la Segunda Guerra Mundial.

—Aquí donde nos encontramos murió mucha gente —dijo Anna, sus bellos ojos color aceituna vidriosos—. La mayoría de ellos no mucho mayores que nosotros.

—Eran soldados y tenían que luchar —dije, poniéndole la mano en el hombro.

—Ésa es una razón estúpida para morir —dijo ella, caminando cabizbaja, con el sol dándole en la nuca.

—La verdad es que nunca he oído una razón que no sea estúpida para que muera una persona joven —dije—. Ni aquí ni en América.

Anna se detuvo y se volvió para mirarme.

—¿Cuándo volverás a tu país? —preguntó.

—La primera semana de septiembre —respondí.

—¿Regresarás alguna vez? —Anna no levantaba la cabeza, descansándola sobre mi pecho. Su cuerpo caliente parecía formar tanta parte del mío como mi propio corazón.

—No puedo prometer nada —susurré, acariciándole su melena de seda—. Lo único que puedo hacer es intentarlo.

Anna levantó la cabeza y acercó sus labios a los míos. Fue nuestro primer beso, allí sobre lo que en su día fue un campo de batalla donde murieron tantos jóvenes valientes.

Nico estaba en la cama, tendido a sus anchas, con las manos detrás de la cabeza, contemplando como me vestía para atender a mi primera cena con los padres de Anna.

—¿Estás seguro de que ir de negro es lo más acertado? —pregunté, mirando su imagen reflejada en el espejo.

—La mayoría de la gente de esta isla se viste de negro —dijo Nico—. Cada día de su vida.

—Son todo viudas —dije.

Saltó de la cama, se dirigió hacia mí y me arregló el cuello de la camisa.

—Relájate, se trata sólo de una cena.

—Se trata de una cena con los padres de Anna y quiero que salga bien.

Nico se sentó de nuevo en la cama.

—Mira, no sabía qué esperar cuando llegamos aquí. No tenía ni idea de cómo te llevarías con la gente y cómo aceptarías su forma de vida. Estar en esta isla es como vivir hace varios siglos. Y ahora mira, dos semanas después y eres casi como de aquí. Y además, vas a la playa y acabas con la chica más guapa de la isla en tus brazos. Admítelo, es mejor que trabajar como conductor de autobús en Catskills.

—Es como estar en medio de un sueño que no querías que acabase nunca.

—Esos que siempre recuerdas.

—Necesito que hagas una cosa —dije—. Antes de la cena.

—Ya he pedido flores para su madre, si me ibas a pedir eso —dijo Nico, enfundándose una chaqueta de color marrón.

—Está relacionado con Angelo —dije.

—¿Qué pasa con él?

—He intentado contactar con él a través del teléfono de seguridad —dije—. Pero nadie lo coge. Es la primera vez que me pasa. Siempre hay alguien encargado de responder.

—Tal vez el encargado haya ido a tomarse un café —dijo Nico, encaminándose hacia las puertas de madera que daban acceso al exterior.

—No tienen permiso para abandonar su puesto. Son las reglas de Angelo y tus chicos son los que se ocupan del teléfono.

Nico se quedó ante la puerta abierta.

—No te preocupes por esto, Gabe —dijo—. Haré que lo verifiquen.

—Encárgate de que sea esta noche —le dije.

—Considéralo hecho. —Nic o me puso una mano en el hombro—. No te preocupes por nada ¡sólo de mamá y papá!

Anna estaba sentada delante de mí, con un vestido azul y blanco, el cabello apartado de la cara mediante dos pasadores con forma de ángel, sus facciones hermosas y resplandecientes. Su padre, Eduardo Pasqua, estaba a mi derecha, dirigiendo la gran mesa del comedor. Era un hombre alto, calvo, con barba oscura y tupida, que se comportaba como el exitoso comerciante de vinos en que se había convertido desde que heredó de manos de su padre, Giovann Giuseppe el negocio de la familia. La otra cabeza de mesa estaba reservada para Frederico, que estaba allí en calidad de amigo y para presentarme formalmente al clan Pasqua, del que además formaban parte un tímido hermano mayor, Roberto, y Carla, una precoz niña de seis años de edad que reía siempre que me miraba. Donatella, la esposa de Frederico, se sentaba a mi lado e iba vestida con un sencillo vestido azul que destacaba una belleza envejeciendo a pasos agigantados, su mano caliente rozando mis húmedos y pegajosos nudillos cada vez que yo titubeaba buscando una palabra o chapuceaba una frase en italiano. Nico estaba sentado frente a la madre de Anna, una mujer alta y estupenda, con el cabello negro muy corto y risa fácil. El encanto irresistible de Nico la había hecho sentirse cómoda al instante.

Tal y como dictaban las costumbres, me había presentado ante el padre de Anna con un regalo cuyo objetivo era simbolizar mis buenas intenciones. Tenía que ser un regalo que pudiera utilizar toda la familia; como no tenía ni la más remota idea de qué regalar, dejé una elección tan delicada en manos de Frederico.

—Eduardo es un hombre orgulloso —me explicó una mañana, pocos días antes de la fecha de la cena— y necesitará un regalo que refleje ese orgullo. Por la misma razón, tampoco podemos pasarnos porque sería un insulto para él. Debe ser, por lo tanto, algo que le llegue al corazón.

—Me imagino que de este modo descartamos una docena de rosas y una botella de vino —dije, encogiéndome de hombros.

—El vino le sale por las orejas —dijo Frederico, encendiendo un puro y caminando a mi lado en dirección a sus arboledas—. Su *signora* puede coger todas las flores que le venga en gana de su jardín. Ambas cosas serían todo un detalle, pero ninguna de las dos les dejaría sin respiración por la alegría de recibir las a modo de obsequio.

—¿Tengo que entregarles el regalo sólo llegar? —pregunté, algo superado por la cantidad de reglas que debían seguirse.

—No, tienes que esperar —dijo Frederico, descansando una mano sobre mi hombro—. Hasta después del *secondo piante, come si dice?*

—El segundo plato —dije.

—Sí, el segundo plato —dijo Frederico—. Es entonces cuando deberás

mencionar el regalo.

—¿Y si no les gusta? —pregunté.

—Entonces *mio caro amico*, piensa que como mínimo nos habremos obsequiado con una buena comilona —dijo Frederico—. Tomaremos el café, fumaremos unos puros y marcharemos. Y habremos pasado una noche agradable.

—Me parece que para ser una isla tan pequeña tenéis muchas normas que seguir —dije.

—Tienes razón, tenemos nuestras propias normas de comportamiento —dijo Frederico, mirándome y agitando el dedo para subrayar sus palabras—. Pero el resultado de ello es una vida más fácil. Siempre sabes qué esperar, sea una boda, un funeral o una simple comida veraniega.

—Entonces, mejor que nos aseguremos que el regalo es el adecuado —dije, mirando a Frederico—. Nada que no sea, como mínimo, perfecto.

Frederico se echó a reír, sacudió la cabeza y recuperó el ritmo del paseo.

—Lo es —dijo, caminando algo adelantado—. Confía en mí, *mio caro*, es verdaderamente perfecto.

Corté un grueso trozo de lasaña, intentando comer y digerir varias conversaciones simultáneas a la vez. Eduardo se ocupaba de que mi copa de vino nunca quedara vacía y sonreía cuando hablábamos. Yo miraba a Anna de reojo siempre que me era posible y, de vez en cuando, capturaba una mirada por su parte. Observaba como se acercaba a la mesa con grandes bandejas de comida y regresaba a la cocina con las que ya estaban vacías. El ambiente era festivo y Frederico era, de lejos, el más feliz de la mesa. El severo viejo Don comió hasta quedar saciado y bebió superando con creces la sobriedad, consciente de haber colaborado en conseguir ese regalo tan maravilloso que dejaría a Anna y a su familia mudos de alegría.

Les habíamos regalado un caballo.

Un palomino de primera calidad de dos años de edad al que habíamos bautizado como Annarella. Tenía un brillante pelaje de color dorado, las patas y la cola blancas y una marca piramidal también blanca en la cara. El regalo era tan oportuno para la madre de Anna como para su padre, ya que a ambos les encantaba montar y un animal como aquél era muy difícil de encontrar en esa parte del planeta. Frederico había necesitado una semana para adquirir el caballo, subirlo a un barco y proceder a la entrega, a pesar de haber trabajado silenciosamente, sin necesidad de utilizar el teléfono o el télex, para acelerar el encargo.

—¿Estás seguro de que es lo que quiere su padre? —le pregunté a Frederico estando ambos en el establo, observando como el palomino comía una manzana que yo sostenía en la mano—. Tiene los establos llenos de caballos. ¿Por qué querría uno más?

—Lo que tiene son caballos de trabajo que le sirven para arrastrar hasta la ciudad los carros cargados de vino —dijo Frederico, acariciando con cariño la crin de Annarella—. Ésta es una campeona que le dará toda una familia de campeones.

Todos podrán montarla con orgullo.

—Don Frederico entiende de dinero —dijo Nico, admirando el caballo a lo lejos, observando las patas y lo musculoso de su aspecto—. Si por mí fuese, me habría quedado con dos. Uno para aquí y otro para los Estados Unidos.

—No sabía que te gustase montar —le dije a Nico, dejando que Annarella siguiera frotándose la espalda con el hocico.

—No he montado un caballo en mi vida —dijo Nico—. Dejo que lo hagan los demás. Como los jockeys en las carreras. Un caballo como éste puede darte millones.

—En este caso, ganará los millones dando felicidad a los Pasqua —dijo Frederico—. Has aprendido mucho en el poco tiempo que llevas aquí. Te has tomado las lecciones en serio y has aprendido a respetar nuestra forma de vida. Rezo para que sigan contigo durante toda tu vida. Y si es así, me sentiré feliz de haber completado mi labor.

Me acerqué hacia Don Frederico y le abracé y le besé respetuosamente en ambas mejillas.

—Nunca te olvidaré —dije—. Ni olvidaré este lugar. Siempre recordaré los días que he pasado en tu compañía.

—Entonces los dos hemos tenido el honor de hacer lo que hemos hecho —dijo Don Frederico, bajando la cabeza, cogiendo las riendas de Annarella y tirando de ella para que entrara en el establo.

La cena llegaba a su fin cuando se sirvió en la mesa la última copa de *Strega*.

—Adelante, joven —me dijo Eduardo, después de que yo acabara con aquella amarga bebida—. Tu tiempo entre los viejos se acaba. Estoy seguro de que Anna está esperándote y, si realmente es hija de su padre, me imagino que no demostrará ni un gramo de paciencia.

—Gracias. —Me dispuse a salir de la estancia y acercarme al vestíbulo.

—*Non ce di che* —dijo Eduardo Pasqua, inclinando levemente la cabeza.

—¿Puedo pedir otro pequeño favor? —dije, sujetando el pomo de la puerta—. Si me dijera que sí, sería estupendo para mí.

—Pues pide —dijo Eduardo—. Y haré todo lo que esté en mis manos para que se haga realidad.

—¿Da usted su permiso a Anna para dar su primer paseo con el palomino?

Eduardo Pasqua me miró durante unos instantes que me parecieron interminables y luego sacudió la cabeza lentamente.

—Le gustará —dijo. Casi se le quebraba la voz—. Y a mí todavía más.

Aquella noche, bajo el sonriente resplandor de la luna llena, Anna Pasqua cabalgó sobre el palomino por la arena de una playa solitaria de una pequeña isla de vacaciones situada en pleno mar Mediterráneo. Yo tomé asiento en la arena fresca, sujetándome las rodillas con las manos, y contemplé como pasaba sonriendo y feliz junto a mí. El viento jugaba con su larga melena como lo haría con las velas de un barco, las manos sujetaban las riendas sin tensión alguna, el agua del mar le

salpicaba, mojándole el vestido y las piernas desnudas. Montaba a pelo y se inclinaba de vez en cuando para susurrar palabras al oído del caballo. En aquellos momentos, no importaba nada más ni existía otro lugar en el mundo. A pesar del frío aire de la noche, notaba calor en la cara y los brazos y una sensación de tranquilidad me invadía el cuerpo.

Fue una noche que me habría gustado que no acabara jamás.

Pero la paz se vio sacudida bruscamente a la mañana siguiente. Me revolví en la cama, la luz del sol me calentaba la cara. Abrí los ojos y vi a Don Frederico sentado en una silla de madera, dándome la espalda, contemplando el mar mojando la arena de la playa.

—Vístete y sal a la terraza —dijo, tan pronto como se dio cuenta de que estaba desperezándome.

Salió en silencio del dormitorio en dirección al patio. Me apresuré a hacer lo que acababa de ordenarme, enfundándome un polo y unos pantalones vaqueros limpios.

—¿Qué sucede? —Me situé frente a él. El sol se levantaba y bañaba con su luz las frías tejas de la terracita de mi dormitorio.

—Angelo ha sufrido un atentado —dijo Frederico. Su mirada subrayaba la ira que sentía—. Ha sido traicionado por uno de los suyos.

—¿Está bien? —Notaba como me temblaban las manos y las piernas.

—Angelo tiene muchas vidas. Le dispararon dos veces y ambas balas fallaron su objetivo.

—¿Quién estaba detrás de todo? —pregunté, acercándome al anciano.

—Desconozco el nombre de quien le disparó —dijo Frederico—. Sólo sé quién le ordenó hacerlo.

Sujeté a Don Frederico por las muñecas, tratando de mantenerme en pie ante la avalancha de emociones que sentía en aquellos momentos.

—¿Quién?

—Nico —dijo Frederico.

—No tenía ningún sentido —le expliqué a Mary, mientras paseaba a su lado por los pasillos del hospital—. Estaba pasando unas semanas aprendiendo lecciones sobre honor y lealtad y amistad para descubrir que alguien en quien tanto Angelo como yo confiábamos intenta matarle.

—Para un hombre adulto resultaría también muy difícil de comprender —dijo Mary—. Imagínate para un chico de diecisiete años.

—Yo vivía en un mundo en el que no se permitía ser joven durante mucho tiempo —dije—. Era un niño en pleno primer amor de verano y me vi obligado a tomar una decisión de adulto; se trataba de decidir si Nico debía seguir con vida o morir.

—Podrías haber esperado hasta que Nico y tú estuvierais de regreso en América —dijo Mary—. Y que Angelo decidiera.

—Eso no formaba parte del plan —dije—. Me vi obligado a encargarme de lo de Nico. Se trataba de una lección más que aprender.

—Podrías haberte negado, Gabe —dijo Mary, deteniéndose junto a una fuente de agua e inclinándose para beber un buen trago—. Siempre podías haberte negado.

—Creía no tener otra alternativa que decir que sí. Me habían enseñado así. Me habían educado así. No tenía alternativa.

—La alternativa siempre existe —dijo Mary, desafiante—. Especialmente cuando se trata de decidir sobre la vida de alguien. ¿Pensaste alguna vez, por un momento, que te equivocabas? ¿Que Nico sólo formaba parte de un plan mayor incluso destinado a mantenerte donde ellos querían que siguieras?

—Sí —dije, volviéndome para mirarla—. Pero no estaba seguro del todo, al menos no lo suficiente como para negarme a hacer lo que me pedían que hiciera.

—Era la decisión de un gánster, Gabe —dijo Mary—. No de un chico.

—Yo tenía que ser ambas cosas —dije y di media vuelta y me encaminé lentamente hacia la habitación de Angelo.

Nico salió de la trattoria y se adentró en la mañana lluviosa. Llevaba un café en una mano y un panini en la otra. En el callejón situado junto a la trattoria había un Fiat rojo aparcado en batería de espaldas, con las ruedas traseras aplastadas contra el bordillo. Don Frederico se hallaba sentado junto a dos de sus hombres en un bote de remos amarrado, justo cruzar la calle.

—En una ocasión me dijiste que no habías nacido para jefe —le dije apareciendo frente a la trattoria—. ¿Qué es lo que ha cambiado?

—No veo que haya cambiado nada —dijo Nico, lanzando el pan a la calle—. Tú y yo seguimos los dos en Italia y Angelo sigue siendo el jefe en casa. Me parece que no ha cambiado nada.

Introduje la mano en el bolsillo del impermeable negro y sentí el tacto de la pistola.

—Podrías haberlo hecho personalmente —dije—. Haberte enfrentado a él por tu propia cuenta, en lugar de quedarte aquí sentado y enviar a alguien a hacer una chapuza. Eso es lo que habría hecho un jefe de verdad.

—¿Te hacen creer que acabas de convertirte en eso? —preguntó Nico, encendiendo un cigarrillo—. ¿En jefe? ¿O se trata de una conclusión a la que has llegado por ti mismo?

—Creía que éramos buenos amigos, Nico —dije.

—Trabajo en un negocio donde no hay lugar para los amigos —dijo Nico, cortante—. Súmaselo a las lecciones que te ha enseñado el viejo. Cuando te metes en esto y lo adoptas como una forma de vida, nadie es tu amigo. Y cuando digo nadie, es nadie.

Respiré hondo y tragué saliva. Sujetaba con dedos sudorosos el arma que llevaba en el bolsillo. Nico dejó que el cigarrillo le cayera de la boca y deslizó una mano en el interior de la chaqueta. Me decidí a extraer el arma del bolsillo, me temblaba la mano y en mi cara se mezclaban las gruesas gotas de sudor con las de la lluvia. Nico podía haber acabado conmigo en cualquier momento, no cabía la menor duda, pero

dudaba. No me sacaba los ojos de encima y su pistola de calibre treinta y ocho hizo su aparición mucho más lentamente de lo que debía haberlo hecho. Escuché la primera bala, vi a Nico caer de rodillas y supe enseguida que estaba temblando demasiado como para haber sido yo. Miré a mi derecha y vi uno de los hombres del bote de Don Frederico, armado con un rifle, y disparando ráfaga tras ráfaga contra el cuerpo de Nico.

Me dirigí hacia Nico y le levanté la cabeza. Tenía los ojos vidriosos y un hilillo de sangre brotando de la comisura de los labios. No fue necesario preguntárselo. Con mirarle tenía la respuesta.

—Soy demasiado mayor como para empezar ahora a matar niños —fueron sus últimas palabras.

Me separé de su cuerpo, di media vuelta y crucé la calle. Regresé al bote de remos y tomé asiento junto a Don Frederico. Observé como el hombre armado arrastraba el cuerpo de Nico para retirarlo de la puerta de la trattoria y meterlo en el callejón, lo levantaba y lo depositaba en el asiento delantero del Fiat rojo. Don Frederico se volvió hacia el hombre encargado de los remos y le hizo un ademán con la cabeza. El hombre dejó descansar los remos sobre sus rodillas y cogió un artefacto casero de color negro con un botón verde en el centro. Presionó el botón y volvió la cabeza.

La explosión hizo tambalearse el callejón. El Fiat rojo voló por los aires para caer de nuevo al suelo con un ruido sordo y envuelto en llamas. Los cristales de la trattoria se estremecieron y cayeron sobre la acera en mil pedazos. Estábamos a unos cinco metros de la orilla y cerré los ojos ante el calor de la onda expansiva. Tiré el arma al suelo de la barca y permanecí sentado en silencio junto a Don Frederico.

—Gennaro te llevará al aeropuerto —me dijo por fin, cuando ya casi llegábamos a nuestro destino—. Deberías tener tiempo más que suficiente. —Señaló entonces en dirección al Mercedes azul oscuro que nos esperaba—. Tienes la maleta en el maletero. Los billetes en el asiento trasero. Vuelo siete dieciocho, sale al mediodía.

—Te echaré de menos —dije.

—Seguiremos presentes en los recuerdos de los dos. —Don Frederico me abrazó con cariño—. Tanto en los felices como en los tristes.

Me froté la cara con las manos, tenía la camisa mojada por la lluvia y el agua del mar, los dedos me olían a sangre seca. Me separé del anciano y contemplé el paisaje napolitano, un lugar y una gente que había llegado a amar en un mínimo espacio de tiempo.

Jamás volvería a verlos.

Estaba preparado para convertirme en un criminal profesional. Me habían entrenado adecuadamente y poseía un sentido innato para los negocios. Respetaba a los componentes de la vieja guardia, como Angelo y Don Frederico. Había sido testigo tanto de asesinatos como de traiciones y me estimulaba la venganza.

Pero carecía de las suficientes agallas para todo ello.



No deseaba una vida solitaria y siniestra en la que incluso el amigo más íntimo pudiera convertirse de la noche a la mañana en un enemigo a quien tener que eliminar. De seguir el camino marcado por Angelo, me convertiría en millonario, pero jamás me estaría permitido saborear la felicidad y la alegría que suele acarrear consigo la riqueza. Reinaría sobre un mundo oscuro, un lugar donde siempre tendría a mi lado la traición y el engaño, y nunca llegaría a conocer los placeres sencillos de una vida normal.

Fue durante las nueve horas de vuelo de regreso a Nueva York cuando decidí que quería vivir mi vida alejado del diabólico reino del crimen. Tenía que apartarme tanto de aquel tipo de vida como de Angelo. No sabía cómo él reaccionaría o si yo sería capaz de reunir el coraje suficiente como para enfrentarme a él y explicarle como me sentía. Era lo bastante bueno como para convertirme en gánster, eso lo sabía. Pero lo que no sabía era si era lo bastante duro como para explicarle a Angelo que no quería serlo.

Intenté dormir, pero me sentía demasiado intranquilo. No toqué la comida. Miraba fijamente por la ventanilla el ancho océano desfilando bajo las alas, prometiéndome que no me dejaría engullir por la enérgica personalidad de Angelo y que seguiría convencido de llevar mi decisión hasta el final. Sabía que él me daría todo el tiempo que necesitara para recuperarme de lo sucedido en Italia. Pero también sabía que cada día que dejara pasar serviría para caer sin remedio en la profundidad de su trampa y haría que la huida me resultara luego mucho más difícil.

En medio de mis pensamientos, recordé aquella ocasión en la que, con once años de edad, sufrí una grave infección respiratoria. La fiebre superaba los cuarenta grados y no había mantas suficientes para mantener el calor de mi cuerpo. Una de aquellas noches. Angelo entró en mi habitación, colocó una esterilla eléctrica sobre el montón de mantas y se tendió a mi lado. Me lavó la frente con una toalla empapada en agua fría y me puso una botella de agua caliente sobre el pecho. Me susurró al oído una vieja balada italiana, *Parle me d'amore, Mariu*, hasta que caí dormido. Permaneció a mi lado hasta que la fiebre desapareció.

Aquél era el Angelo que muy pocos gozaban del permiso de conocer. El Angelo que nunca temería y que amaría siempre. El Angelo que yo debía encontrar para explicarle todo lo que sentía mi corazón. Me recosté en el asiento y cerré los ojos, esperando el lento descenso hacia JFK y el regreso a lo que en su día había aceptado como una vida normal.

Angelo se hallaba sentado en la punta de una silla de jardín sosteniendo la caña de pescar con la mano izquierda. El sol de primera hora de la mañana le calentaba la cara y el cuello. Yo estaba de pie detrás de él con la espalda apoyada al mástil de madera. La barca flotaba libremente por las aguas de Long Island Sound. Habían transcurrido tres semanas desde mi regreso y eran los primeros momentos que pasábamos los dos juntos. La ansiedad y el malestar que sentí después de la muerte de Nico y de mi precipitada salida de Italia seguían sin desaparecer. Se suponía que

debía volver a los estudios en menos de un mes, entrar en una universidad a la que podía ir caminando desde el bar. Deseaba que llegara aquel día, pues lo consideraba como mi primer gran paso en dirección a un distanciamiento definitivo del mundo criminal. Angelo se mostraba indiferente respecto a mi decisión de proseguir los estudios. Hubiera preferido no tener que esperar cuatro años más antes de que pudiera empezar a trabajar para él a tiempo completo. Aunque era también consciente de que un jefe del crimen poseedor de una combinación de conocimiento de la calle y un título universitario podía llegar a convertirse en el arma letal más poderosa de la que jamás hubiera soñado disponer. En consecuencia, mantenía la boca callada al respecto.

Permanecí solo a lo largo de aquellas semanas, daba largos paseos después de cenar y rechazaba las ofertas para salir e ir al cine, a jugar a bolos o al teatro. Me encontraba en un período de transición y hallaba consuelo en los momentos de silencio que un período de este tipo me permitía. Angelo mantenía las distancias ofreciéndome, con ello, el campo libre que yo necesitaba. Sentía que no me quitaba los ojos de encima siempre que entraba en el bar. Nos mirábamos de vez en cuando y nos saludábamos con un movimiento de cabeza, miradas rápidas y furtivas destinadas a expresar tanto comprensión como preocupación. Sabía lo que me había afectado la muerte de Nico y que aquellas semanas en Italia me habían cambiado, aunque no precisamente de la forma que él esperaba. Iniciaba un nuevo camino que necesitaba encontrar por mis propios medios. Los años de adolescencia suelen ser complicados. Y los míos lo fueron más, aun teniendo en cuenta la limitación adicional de intentar liberarme de mi adicción a la vida de gánster.

Entró en mi habitación y se quedó a poca distancia de mi mesa de despacho, con las manos en los bolsillos, oculto entre las sombras. Como era habitual, le vi mucho antes que oírle, me miró y comprobó la hora en el reloj situado junto a la lámpara.

—¿Va todo bien? —pregunté. Mis ojos querían dormir más, cansados de tantas horas de lectura y televisión.

—Bien como siempre —dijo Angelo.

—Son casi las dos —dije—. Ni Ida se alegraría de ir a pasear a estas horas.

—Te he dejado algo de ropa en la mesa. Lávate y vístete. Te espero fuera, en el coche.

—¿Dónde vamos? —pregunté, viendo que se disponía a abandonar la habitación.

—Pensé en ir a buscar algo para cenar —dijo.

—No sabía que te gustaba pescar. —Miraba el vacío de Long Island Sound—. Nunca lo habías comentado.

—Nunca había pescado. Y, de hecho, odio lo poco que lo he intentado.

—¿Entonces qué hacemos aquí? Esta barca está llena de cañas de pescar nuevas, aparejos y cebo para un año entero.

—Necesitamos tiempo para hablar —dijo Angelo, tirando la caña a sus pies—. Y lo poco que sé de pesca es que se trata de una actividad tranquila.

—¿Hablar sobre qué? —De pronto me puse a la defensiva.

—Sobre ti —dijo Angelo—. Y sobre lo que paso contigo y Nico en Nápoles.

—Sabes todo lo que hay que saber.

—Pero tú no. O al menos, no estás seguro. Y no me apetece que tengas todo esto hirviendo en tu interior como parece estarlo.

—No necesito saber nada más —dije, encogiéndome de hombros.

—Necesitas aprender a vivir con lo ocurrido.

Metí la mano en la nevera portátil y extraje de ella una lata de Coca-Cola y un botellín de leche. Le pasé la leche a Angelo y tomé asiento en el bancal de madera para abrir el refresco.

—Quería matarme a mí —dijo Angelo—. No a ti.

—No pude matarle —respondí—. Incluso sabiendo lo que dicen que intentó hacer. Ni aun así.

—Eso es porque no creíste que lo de mi atentado fuera cierto. Y sigues sin creerlo.

—¿Cómo sobrevives? —preguté de repente, acercándome a él—. ¿Cómo sobrevives solo cada día, sabiendo que no puedes hablar con nadie, sabiendo que nunca podrás confiar en nadie? ¿Cómo lo consigues sin volverte loco?

—No pienso en ello. —Angelo miraba a lo lejos—. En nada de ello.

—¿Y en qué piensas si no es en eso?

—Pienso en Isabella —dijo. Era la primera vez que le oía mencionar su nombre—. Ella sigue viva para mí, incluso después de tantos años. Ella es quien me mantiene feliz, en mi interior, en lugares que nadie puede ver.

—Si hubiera vivido... —empecé. Él había abierto la puerta y yo estaba ansioso por entrar y preguntar todo lo que él me permitiera. Pero en el momento en que tuve ante mí la oportunidad de hacerlo, no estaba seguro de lo que deseaba preguntar. Sin embargo, como siempre, Angelo sí, lo sabía.

—Si hubiera vivido, yo habría sido un hombre mejor —dijo Angelo, con la voz rota—, aunque nunca un gánster tan bueno.

—¿Cuánto tiempo tardaste en llegar a esta solución? —preguté.

—Sigo trabajando en ella. Ella es la única parte de mí que sigue con vida. Nadie lo ve. Nadie lo sabe. Pero yo lo veo y lo siento. Cada día soy capaz de acariciar esa parte de ella que vive en mí. Hay días en que es más evidente que en otros. Llevas el tiempo suficiente conmigo como para discernir cuando tengo un mal día.

Hice un movimiento afirmativo con la cabeza y miré las olas chocando contra los laterales de la barca.

—¿Te sirvió para algo encargarte de los que le dispararon?

—No —dijo, sacudiendo la cabeza—. Te sientes bien porque están muertos, pero no son más que gatillos sin cabeza. Y lo que se busca no es matar. Sino mantener con vida lo que en su día tuviste entre tus brazos.

—¿La has visto alguna vez? A Isabella. No me refiero a si la has visto como un

fantasma, sino como si fuese real, como si estuviese viva.

—Muchísimas veces. En distintos lugares. La veo en una cara cruzando la calle o en una cabeza cuando voy en coche. A veces la veo en un programa de la tele, entre el público. Y todas esas mujeres tienen exactamente el aspecto que Isabella hubiera tenido de seguir con vida. Bajo mi punto de vista, evidentemente.

—Lo siento —dije, cogiéndole la mano, como si me encontrara agarrado a una barandilla.

—Tienes que tomar una decisión difícil —me dijo Angelo, colocando su otra mano sobre la mía—. Tómate todo el tiempo que necesites hasta encontrar tu equilibrio y el lugar que te corresponde. Acaba los estudios, si lo consideras importante. Con el tiempo, vendrás y me dirás qué quieres hacer.

—Ya lo sé —dije.

Levantó la cabeza hacia, el sol, se secó la frente con un pañuelo de seda e ignoró mi última afirmación.

—Creo que ya es hora de volver a la orilla.

—Dije que ya sé lo que quiero hacer —repetí—. Y tal vez ha llegado el momento de que lo escuches.

Angelo dio un buen trago al botellín de leche y asintió.

—Dímelo entonces —dijo.

—Te quiero por todo lo que has hecho por mí. —Las palabras salían despacio, amortiguadas por el viento reinante—. Por todo lo que me has enseñado. Angelo tiró el botellín vacío en el suelo de la barca y se puso en pie, sus ojos oscuros brillaban reflejados en los míos.

—Dime —dijo, con una voz invadida de peligro.

—Quiero salir —conseguí decir finalmente. Un reguero de sudor me recorría la espalda y me vi obligado a sujetarme al mástil con las manos para no caer—. No puedo ser lo que tú quieres que sea. No quiero pasarme el resto de mi vida vigilando por encima del hombro, esperando una bala que sé a ciencia cierta que acabará llegando. No quiero dirigir ninguna banda sin saber en quien confiar ni quien está planificando alguna maniobra contra mí. Y no quiero acabar convirtiéndome en un viejo sentado en una barca sin nadie en el mundo a quien poder llamar amigo.

—Pensé que eras mi amigo —dijo Angelo, sus palabras impregnadas de veneno.

—Lo soy —dije—. Pero siempre seré también más que eso.

—No si te marchas —soltó—. Tú eliges lo que quieras hacer con tu vida. Pero recuerda, toda elección implica un riesgo. Todos estos años has estado bajo mi protección. Ahora me das la espalda, te marchas solo. Algo que no has probado nunca antes.

—No tengo ni la menor idea de lo que significa vivir en el mundo real —dije—. Lo que sí sé es lo que sería vivir en tu mundo. Y no quiero formar parte de ello.

—Entonces no quieres formar parte de mí. —Estaba titubeando porque me miraba con odio por primera vez en mi vida—. Cuando lleguemos a la orilla, se ha

terminado todo entre nosotros.

De repente me sentí embargado por la necesidad de llorar, percatándome de lo crueles e hirientes que debían haber sonado mis palabras.

—Nunca te traicionaré.

—Acabas de hacerlo —dijo Angelo.

—Acabo de elegir llevar mi propia vida. —Notaba como mi voz estaba recuperando el tono desafiante—. No he hecho otra cosa.

—Y yo voy a permitirte que lo hagas —dijo Angelo—. Ése será tu castigo. Quedarás libre y solo. El mundo que has conocido desde niño va a desaparecer tan fácilmente como apareció.

—No pretendía que acabara así —le dije.

—Pero así ha sido —dijo, dándome la espalda.

Ninguno de los dos abrió la boca durante el recorrido de cinco millas que nos separaba de la costa. Sabía que ninguno de los dos olvidaría jamás lo que había sucedido aquella mañana. Él me acababa de permitir la entrada en una parte de su vida que había mantenido cerrada a cal y canto durante todos esos años y yo le había devuelto su gentileza haciendo trizas su mayor deseo. Después de aquel día, ninguno de los dos volvería a confiar plenamente en el otro. Era consciente de que tendrían que pasar muchos años antes de que volviera a verle, si es que volvía a verle alguna vez, y seguía preguntándome si, a pesar de ello, conseguiría permanecer totalmente fuera de mi vida.

El gánster más peligroso es el que está dispuesto a matar lo que más quiere y no hubo nunca otro más peligroso que Angelo. No tenía otra elección. Era la única forma de vivir que conocía.

—Tal vez no le conociera usted tan bien como cree —le dije a Mary—. Tal vez nunca se diera cuenta de lo que era capaz de llegar a hacer. Y todo en nombre del amor.

Mary soltó el palo que sujetaba el suero intravenoso y se acercó hacia donde yo estaba.

—Te equivocas en eso, Gabe. No hay nada que él hiciera que yo no sepa. Especialmente en lo que a ti respecta.

—¿Qué derecho tiene a saberlo todo sobre mí?

—Todo el derecho del mundo. Eso fue algo que Angelo jamás pudo negarme.

—¿Por qué? —pregunté.

—Una de las razones por las que he venido ha sido para verte y no sólo para explicarte mi historia, sino también para escuchar la tuya. Aún quedan más cosas que contar y necesito oír las de tu boca. Cuando acabemos con esto, te explicaré el final de la mía.

—Espero que merezca la pena —le dije, obligándome a permanecer tranquilo.

—Lo merecerá —dijo Mary—. Eso te lo prometo.

*Verano, 1980*

Cuando ella hizo su entrada, me encontraba en una sala de reuniones, escuchando como mis compañeros de trabajo reían comentando el fin de semana. Llevaba un traje de chaqueta de color gris con la falda varios centímetros por encima de la rodilla, blusa blanca con volantes y zapatos marrones de diez centímetros de tacón. Tenía el cabello castaño claro y ondulado y una encantadora cara de adolescente acompañando un contorneado cuerpo de mujer. Cargaba con un maletín de piel marrón en una mano y una taza de café en la otra, parte del líquido manchando una bolsa de papel de color blanco. Se dirigió directamente hacia mí con cierto aire engreído.

—Soy Janet Wallace —dijo, extendiendo una mano para saludarme.

Le di la mano y señalé en dirección a una de las sillas con tapicería de piel que rodeaban la mesa.

—Toma asiento. Estábamos a punto de empezar. Te presentaré a medida que vayamos avanzando. No somos el grupo de tipos más guapos de la ciudad, pero pagamos el alquiler, lo pasamos bien y, de vez en cuando, sacamos una campaña que gusta y que además recuerda la gente.

Jeff Magnuson, mi director creativo de treinta y un años de edad, tomó asiento a su derecha y le cogió la taza de café.

—¿Qué tal si lo compartimos? —preguntó.

—¿Y qué tal si no? —dijo Janet, cogiendo de nuevo su taza—. Es mi primera taza del día.

Yo estaba sentado delante de los dos y procedí a la presentación del resto de mi equipo.

—Jack Sampson es mi director de arte —dije, señalando en dirección a un hombre obeso y calvo, que había superado los cuarenta con creces y se dedicaba a engullir un panecillo con queso fresco de cebollinos—. Empieza un nuevo régimen... mañana.

—Te ofrecería la mitad del panecillo —dijo Jack—. Pero me parece que no eres del tipo de personas a las que les gusta compartir.

—Tienes razón. —Janet sonrió.

—Y esta rata de gimnasio musculosa que tengo a mis espaldas es Tim Carlin —proseguí—. Se encarga de escribir casi todos los materiales, normalmente mientras hace pesas en el West Side Gym.

Tim levantó una gran botella de plástico de zumo de papaya en dirección a donde ella estaba y Janet hizo un ademán con la cabeza para devolverle el saludo.

—Y conmigo ya has hablado por teléfono —continuó—. Soy Gabe y todos ellos son lo suficientemente amables como para permitirme dirigir este lugar.

—De aquí a dos semanas habrá un cambio de dirección —le dijo Jeff—. Seguramente, yo acabaré encargándome de la agencia. Lo que aún te da tiempo para volver a pensarte lo del café.

—Ya tendré otras oportunidades —dijo Janet, acercándose la taza de café a los labios.

—Debo haberme perdido algún memo —dijo Tim, entrometiéndose—. ¿Qué hace ella aquí?

—Nunca lees los memos —dijo Jack—. Si lo hicieras, sabrías que esta joven señorita es la nueva pringada que Gabe ha sido tan amable de contratar para amenazar nuestro puesto de trabajo.

—Siempre se muestran un poco mal educados antes de comer —expliqué, mirando a Janet—. Andamos un tanto retrasados con Bradshaw. Además, General Motors acaba de pasarnos un trabajo que debemos entregar en menos de dos meses y tenemos que dar un empujón a los anuncios de prensa de Compaq.

—¿Y tú te harás cargo de todo? —preguntó Jeff.

—De todo lo que sea capaz de absorber —respondió Janet.

Me puse cómodo para deleitarme con la marcha acelerada que iban adquiriendo los comentarios burlones entre mi grupo y Janet. Era su forma de darle la bienvenida al equipo. Yo le había ofrecido un trabajo a tiempo completo que había rechazado. Prefería seguir colaborando como *freelance*, saltar de empresa en empresa y decidir libremente cuándo y dónde quería trabajar. Había firmado un contrato de colaboración de tres meses de duración, tiempo suficiente para descargar de la comprimida agenda con la que nos enfrentábamos. Era inteligente, poseía un currículum sobresaliente y parecía encajar perfectamente en el espacio limitado de una agencia muy ocupada.

—¿Por qué soy siempre el último en enterarme de las nuevas adquisiciones? —Era Henry Jacobs, el director de operaciones de la empresa, con las manos en las caderas y solicitando una respuesta.

—Porque siempre dices que no podemos contratar a nadie más —dije.

—Y es porque no podemos. —Henry sacudió la cabeza, frustrado—. Pero tú ni caso y contratas igualmente. ¿Por qué molestarse en tener un director de operaciones si siempre actúas así?

—Eres el único que sabe la sopa del día que toca en Bun'n'Burger —dije—. Y sin esta habilidad me resultaría imposible dirigir la empresa.

Angelo había mantenido su palabra. Me había devuelto mi vida. Salí de la habitación situada encima del bar y me vi obligado a aprender a toda prisa las lecciones relacionadas con la vida en el mundo real: préstamos para estudios, trabajos de media jornada, pequeños apartamentos con alquileres astronómicos, coches baratos y comidas más baratas aún. No había elegido el mejor momento para iniciar

la vida por mi cuenta. El país se encontraba en plena recesión. Las tasas de interés alcanzarían muy pronto un alucinante 21,5%, la inflación alcanzaba el 12,4% y el presidente Jimmy Carter parecía incapaz de detener cualquiera de las dos cosas. Era una lucha, pero una lucha que me gustaba. A pesar de que de vez en cuando echaba de menos la excitación y la sensación de poder de mi existencia anterior ahora podía pasar mis días y mis noches libre de ese mundo de sombras oscuras. Desde muy temprana edad, me habían enseñado a odiar el mundo de los civiles. Me habían explicado que se trataba de un ambiente traidor cuyas reglas no debían seguirse nunca y que la única forma de alcanzar el éxito en aquel lugar era utilizando métodos y medios que echarían atrás al más duro de los criminales.

—Tienes que vigilar todos y cada uno de tus movimientos —me repetía Angelo una y otra vez—. Aquél a quien consideras como amigo es quien salta a la primera para quitarte un puesto de ascenso. Entonces vas tú y te partes la espalda trabajando y llega el pelota *besaculos* de turno que conquista al jefe y se lleva todos los honores.

—Me parece muy similar a lo que tú haces —dije—. No veo tanta diferencia.

—La diferencia estriba en que con nosotros siempre estás a la expectativa. Es lo que se supone que debemos hacer. Pero fuera de aquí, con los diplomas colgados de las paredes y esas preciosas oficinas, se supone que el juego debe desarrollarse de forma distinta. Pero no. Créeme, no hay ninguno mejor que cualquiera de nuestros matones. Y no me importa que venga nadie e intente explicarte todo lo contrario.

Me sentía muy feliz viviendo por mi cuenta, pero echaba en falta a Angelo. Añoraba su compañía y sus palabras de consejo, pero todas las puertas que pudieran abrir de nuevo ese camino permanecían cerradas. Durante el tiempo que permanecí alejado de él intenté verle en distintas ocasiones, pero siempre hubo alguien de su banda que me cerró el paso. Me trataban igual que a cualquier otro civil.

Sabía también que nunca sería completamente libre. Nunca mientras Angelo siguiera con vida. Había vivido en su compañía el tiempo suficiente como para saber que aún le quedaba un movimiento pendiente de realizar. No sabía cuándo llegaría, ni qué dirección tomaría, pero sabía que debía estar preparado para su llegada. No podía permitirme dormirme en los laureles por el hecho de que estuviera envejeciendo o cegarme porque permaneciera en silencio. Jamás debía perder de vista una de las lecciones más importantes que aprendí a lo largo de los años que pasamos juntos: vigila al gánster que quiere hacerte creer que se encuentra debilitado. Es entonces cuando más peligroso es.

Ascendí por los distintos rangos de las agencias y, cuatro años después de salir de la universidad, me había convertido en director de una exitosa agencia compuesta por diez empleados. El dinero inicial no fue un gran problema. La puerta financiera de Angelo permanecía cerrada a cal y canto, pero Pudge me había dejado en herencia un fondo de activos considerable del que podía disponer siempre y cuando demostrara el fin al que destinaba el dinero. Me sentí muy satisfecho de que fuera Pudge, desde el silencio de su tumba, quien me proporcionara el dinero que me ayudó a mantenerme



alejado del alcance de Angelo. El resto del dinero lo conseguí con la ayuda de un préstamo procedente de un banco que por tradición solía a ayudar a las pequeñas empresas en sus inicios. Me atraía la idea de construir un equipo, de perseguir una idea, de crear un concepto a su alrededor, de darle vida, bien fuera en forma de anuncio publicitario de treinta segundos de duración o de página a todo color en una revista de altos vuelos. Contraté hombres y mujeres que no sólo eran buenos en su trabajo, sino que además disfrutaban con él. Quería que los esfuerzos de mis trabajadores fueran sinceros y luché siempre por mantener al mínimo el politiquero y la rumorología en el entorno laboral. Me sentía orgulloso de mi grupo y evolucionamos rápidamente de pequeñas cuentas de ámbito local a contratos de seis cifras con grandes empresas. Era un entorno de trabajo genial y un refugio donde sentirse a salvo de la mirada inquisitiva de Angelo.

Pero siempre sentía su presencia. Hacía años que no le veía y durante aquel espacio de tiempo había pasado de niño a hombre, pero seguía sintiendo su poder, su mirada en todos y cada uno de mis movimientos. Nadie del trabajo conocía nuestra relación. De sonarles de algo, su nombre podría despertar, como mucho, algún vago recuerdo de alguien de quien habían leído algo en los periódicos o en algún documental antiguo. Para ellos no representaba ninguna amenaza, aunque sí para mí. Jamás podría sacarme de encima la sensación de que mis acciones eran controladas, mis actividades registradas, todos mis movimientos documentados y de que él permanecía siempre debidamente informado de todo. Sabía que muy probablemente se trataba más de paranoia que de realidad, pero me habían educado para que lo tuviera todo en cuenta. Cuando iba a un restaurante o a un teatro, recordaba siempre quien se sentaba detrás de mí. En todo momento controlaba la gente que pasaba por mi lado en la calle, mi número de teléfono no aparecía en el listín y jamás decía nada en público que no quisiese escuchar en privado. Eran mis únicas concesiones al mundo que había dejado atrás.

Tenía veintiséis años de edad y había conseguido construir una vida con una estructura segura. Leía constantemente y llenaba los huecos de mi educación con libros que debiera haber leído en mis años de juventud. Iba al teatro una vez al mes y cada semana asistía al estreno de una nueva película, normalmente con algún compañero de trabajo. Empecé a frecuentar galerías de arte e inauguraciones, a comprar cuadros y a colgarlos en las paredes de mi apartamento. Tenía pases de temporada para el Metropolitan y, en ocasiones excepcionales, me aventuraba a asistir a la ópera y al ballet. Era una vida plena y, lo que es más importante, una vida honesta.

Mantenia mi fascinación por el negocio del crimen organizado, una fascinación que, temía, nunca desaparecería por completo. Leía todo lo que podía sobre esa vida, siendo siempre capaz de separar los hechos de la paja que acompañaba la propaganda de venta de los titulares. Los bajos fondos habían cambiado desde los tiempos en que Angelo y Pudge apuntaron por vez primera a una víctima con un arma. Actualmente,

había aún más dinero que ganar y más actividades que realizar. El más listo de los jóvenes gánsteres empezaba a planear plantar las armas y trabajar con ordenadores. Estaban abandonando el juego del asesinato en manos de las nuevas etnias que invadían su universo, desde los matones rusos hasta los asesinos callejeros, ninguno de los cuales comprendía las complejidades del negocio moderno. Esos jóvenes jefes de banda sabían que las agencias de bolsa se dirigían de forma muy similar a las operaciones de préstamos con intereses extorsionadores. Intentaban comprar sin hacer mucho ruido, dejando que otros dieran la cara por ellos, mientras se quedaban con todos los beneficios procedentes de las comisiones y las inversiones. Era una forma mucho más limpia de hacer negocios sin el espectro de tener que pasar treinta años detrás de los barrotes.

La nueva fórmula aceptaba también la teoría de Angelo de que pasar una temporada en la cárcel no resultaba un elemento esencial en la educación de un gánster.

—Había gente que creía que pasar allí una temporada te convertía en mejor criminal —me contó en una ocasión—. Nunca he estado de acuerdo con ello. Pudge y yo éramos matones de categoría y siempre intentábamos no tropezar con la cara de ningún policía y no quemarlos con todo lo que hacíamos. Trabajábamos bajo el radar lo mejor que podíamos. En mi negocio, es mejor ser submarino que destructor. Lo mejor es dejar que los demás capten toda la atención, que hagan ruido, que hablen en los periódicos y ante las cámaras de televisión. Eso sólo conduce a críticas. Y a mí lo único que me importa es obtener beneficios y hacer crecer el negocio.

Muchos días me preguntaba cómo lo habría hecho, si habría tenido éxito haciéndome cargo de la sólida fundación criminal de Angelo y expandiéndola en el nuevo campo de juego. Pero entonces, trataba de volver rápidamente mi atención a la campaña publicitaria que me ocupaba, sabedor de que lo único que debía temer desde mi sillón era perder el momento de mi negocio y equivocarme o que una empresa grande tratara de absorberme. Y encontraba muy gratificante saber que ninguna de las dos cosas podría acabar costándome la vida.

Janet Wallace tenía treinta años y había crecido en un tranquilo barrio de clase alta de Michigan. Había estudiado en Brown University, obtenido excelentes calificaciones y conseguido su primer trabajo en Pittsburg, en una empresa de publicidad que aún seguía pasándole trabajos. Los que no la conocían bien, podían confundir su timidez con frialdad, ya que a causa de ella solía mantener un aire distante. Rápidamente dejó muy claro a todos sus compañeros de trabajo que pasaba totalmente de los líos en la oficina y que estaba allí únicamente para trabajar. Yo desconocía por completo su vida personal, exceptuando los detalles incluidos en su currículum y en su carta de presentación, y tampoco me molesté en preguntarle nada al respecto. Se integró en mi equipo sin problemas y resultó ser una trabajadora tenaz, de palabras claras y conceptos creativos. En las reuniones defendía sus propias posturas, decía lo que pensaba y demostraba un agudo sentido del humor.

Por lo que decía y, lo que es más importante, por lo que no decía, intuía que había una parte de ella que prefería mantener oculta y completamente ajena al público. Por esa razón la envolvía una sensación de misterio que servía para equilibrar su timidez. En todo el tiempo que llevaba trabajando en la agencia, apenas si habíamos cruzado tres palabras, pero sentía como si la conociera tan bien como a algunos de los empleados que llevaban trabajando conmigo desde el día en que la agencia abrió sus puertas. Cuanto más la veía, más me gustaba, haciéndome acercar a un lugar que creía que nunca iba a encontrar.

Llamé a la pared de su cubículo, medio asustándola. Me miró a mí y luego al reloj.

—Faltan todavía diez minutos para la reunión —dijo—. Pretendía terminar el diseño antes de empezar. Quería conocer la opinión de los chicos.

—Me gusta el pescado a la plancha —le dije—. El sushi no me gusta tanto. ¿Y tú?

—Odio cualquier cosa que no esté cocinada —dijo.

—¿Conoces el restaurante donde hacen el mejor pescado a la plancha de la ciudad?

—No —respondió ella.

—Perfecto —dije—. Porque yo sí. Comeremos allí. Quedamos a la una frente al ascensor.

—Me he traído la comida de casa —dijo—. Pensaba comer en la mesa y seguir trabajando.

—Dásela a Jeff —dije—. Se la comerá, sea lo que sea.

—¿Tengo la oportunidad de responder que sí o que no? —preguntó.

—¿Existe la posibilidad de que digas que no?

—Sí —dijo.

—Entonces, no —dije, dando media vuelta.

Pasé las tres semanas siguientes trabajando codo con codo con Janet, ayudando, tanto a ella como a mi equipo, a hacer realidad las tres campañas que tan urgentemente debíamos entregar. Empezábamos a trabajar mientras los demás dormían, viviendo bajo las luces de su mesa de despacho a base de café y pan con mantequilla. Al mediodía comíamos juntos entre las carpetas con diseños y pruebas publicitarias que abarrotaban nuestras mesas. Salíamos de la oficina pasada la medianoche y siempre nos deteníamos a tomar una copa en el primer bar que encontrábamos abierto para seguir hablando de estrategias y buscando las palabras adecuadas que nos ayudaran a vender un viejo producto a nuevos clientes. El trabajo nos consumía.

Entregamos el primer borrador de nuestra cuenta más importante un jueves y concedí al personal un descanso de tres días mientras esperábamos la decisión para seguir adelante.

—¿Tienes algún plan? —me preguntó, mientras caminábamos por Third Avenue

después de salir de un pequeño restaurante lleno de humo que se había convertido rápidamente en nuestra guarida particular—. Para los tres días, me refiero.

—No, no me gusta hacer planes con tanta antelación.

—Sería una buena oportunidad para ponerte al día con tu novia. Para tratar de explicarle por qué pasas tanto tiempo con otra mujer y un puñado de hombres.

—Sería una idea magnífica —le dije—. Si tuviera una novia a quien poder explicárselo.

—Lo siento —dijo—. Apuesto lo que quieras a que serías un buen novio.

—¿Y tú? —pregunté—. ¿A quién le darás explicaciones?

—Voy a Pittsburg. Tengo que terminar los trámites de mi divorcio. Llevo retrasándolo desde que empezamos con el primer borrador.

—No tenía ni idea de que estuvieras casada. —Fui incapaz de disimular la sorpresa—. Es decir, nunca habías mencionado a tu marido.

—Técnicamente, no soy esposa de nadie —dijo—. Y tampoco fue lo que puede considerarse un matrimonio de verdad. Duró menos de seis meses. Pronto nos dimos cuenta los dos de que habíamos cometido un error y decidimos salir de ello tan rápidamente como nos habíamos metido.

—Me imagino que no es fácil —dije, rozándole el codo, notando su piel suave y cálida.

—Como cualquier mujer, pensé que todo sería perfecto —dijo, con la tristeza reflejada en la mirada—. Pero no lo fue. Ni de lejos.

—Encontrarás otra persona, Janet —dije, intentando consolar su evidente dolor—. Enamorarse de alguien como tú es facilísimo.

—Me gusta que lo digas. Porque estoy empezando a pensar que esto no ocurrirá jamás. Tengo la mala costumbre de elegir siempre al chico menos indicado por todos los motivos erróneos que puedas imaginarte. Ya sería hora de romper con esa mala racha.

—Tal vez sea cuestión de los restaurantes donde te gusta comer. —Sujeté la puerta de entrada de la hamburguesería para cederle el paso—. No parece que te pirre la cocina exquisita.

—¿Y qué hay de malo en eso? —preguntó, fingiendo enfadarse—. Aquí se puede fumar, te sirven el vino en jarra y las hamburguesas con queso vienen acompañadas de beicon aunque no lo pidas. Además, los camareros me hacen reír.

—¿Te refieres a los tipos como Frank? —La seguí en dirección a una mesa situada en un rincón, señalando por el camino a un camarero con camisa blanca almidonada—. ¿Le oíste el otro día? ¿Oíste lo que le decía a una mujer sentada en una de las mesas de atrás?

—No, ¿qué le dijo? —Se acerca a la mesa y la mujer le pregunta por qué está sujetando el bistec que le trae con el dedo. A lo que Frank le responde: «Para no volver a tirarlo al suelo». Debo admitir que se trata de un comentario impensable en Twenty-one.

Janet echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada. En aquel instante me descubrí contemplándola como nunca antes había mirado a una mujer. Ella se percató de cómo estaba observándola y me miró también, alargando el brazo por encima de la mesa y rozándome la mano.

—Gracias —dijo con un tono de voz muy cálido—. Me has ayudado a que estas últimas semanas se hayan convertido en algo muy especial para mí.

—¿Y qué sucederá a partir de ahora? —Luchaba contra la necesidad de enlazar mi mano con la suya—. ¿Cuándo acabemos los dos proyectos que nos quedan?

—Eso depende en gran parte de ti —dijo Janet.

Hice un movimiento afirmativo con la cabeza y permanecí en silencio mientras Frank nos servía dos hamburguesas con queso y beicon y me guiñaba el ojo, todo a la vez.

—Sigo sin querer un trabajo a tiempo completo —anunció ella, tan pronto como el camarero hubo desaparecido—. Y creo que no puedo seguir trabajando para ti.

—¿Por qué no? Has contribuido enormemente en el equipo. Por muy buenos que sean mis chicos, ninguno de ellos sería capaz de ofrecer la calidad de trabajo que tú has aportado en un período de tiempo tan limitado.

—No me refiero al trabajo. Eso ha sido estupendo. Pero... me gustas, Gabe. Me gustas mucho. Y si seguimos trabajando juntos, viéndonos tantas horas al día como hasta ahora, no será bueno para ninguno de los dos.

—Eres demasiado mayor para mí, Janet —le dije.

—Y lo único que traen los hombres jóvenes son problemas —dijo ella, sin preocuparse por ocultar su sonrisa.

—Siento algo muy fuerte por ti. —Me quedé sorprendido ante mis propias palabras—. Para serte franco, apenas sé cómo controlarlo. Jamás me había sentido así con nadie.

«Al menos con nadie que no llevara una pistola», pensé para mis adentros.

Janet se limpió la boca con la servilleta, se inclinó sobre la mesa y me cogió ambas manos.

—Este tiempo que hemos pasado juntos también ha sido muy especial para mí, mucho más de lo que te imaginas. Pero hay demasiados obstáculos en el camino.

—Dame un ejemplo —dije.

—La diferencia de edad, por ejemplo.

—Un obstáculo menor —comenté.

—De acuerdo, ¿y qué me dices del hecho de que, a pesar de que yo sea mucho mejor que tú, tú sigas siendo mi jefe?

—Pensé que marchabas.

—De acuerdo, entonces no olvidemos otro pequeño detalle. Aún estoy casada. Al menos ante los ojos de la ley.

Miré por la ventana, caras de prisas volviendo apresuradamente a sus puestos de trabajo o corriendo para dar alcance a un taxi o un autobús que se escapa.

—La verdad es que los ojos de la ley nunca me han preocupado lo más mínimo —dije.

El tiempo que pasábamos juntos era mágico. En Janet encontré alguien que me hacía sentir completo, que me amaba de buena gana a pesar de todas mis aparentes limitaciones en cuanto a dominar la vida en un mundo que ella conocía mucho mejor que yo. Me amaba sin condiciones, pidiendo poco a cambio y dando por sentado que yo seguiría con ella únicamente mientras durara nuestra aventura emocional. Habíamos sido amigos antes que amantes y ello proporcionaba una base sólida a la relación. Nunca antes había conocido a alguien como ella y me daba cuenta de que a ella le sucedía exactamente lo mismo. Confiábamos el uno en el otro y sabía que ninguno de los dos haría nunca nada que pudiera traicionar conscientemente ese vínculo.

Todos luchamos en la vida tratando de hallar en algún lugar la persona que encaje perfectamente con nosotros y la mayoría fracasa en su propósito. Pero en aquel momento, rozando los treinta, encontré esa persona en Janet y decidí no perderla jamás.

La consideraba también como la pieza final de un complicado rompecabezas que rompería por completo los lazos emocionales que pudiera aún seguir manteniendo con la vida de gánster. Había dado la espalda a un poder que tal vez nunca llegara a conocer en el mundo civil y me había adaptado bien a ello. Tampoco consideraba lo hecho como un gran sacrificio por mi parte, sino más bien como una ruptura con algo que reprimía mi vida y que me había permitido sentirme libre y enamorarme de una mujer que hasta aquel momento sólo había vivido en mis sueños. Pero seguía mostrándome cauteloso; había pasado demasiados años en compañía de matones para actuar de otro modo. Me preocupaba, y llevaba años preocupándome, el hecho de que Angelo no se hubiera rendido completamente en su búsqueda. Que las sombras cuya mirada yo sospechaba vislumbrar, controlando cualquiera de mis movimientos, emergieran muy pronto de su escondite, bajo la dirección de su batuta, y cayeran sobre mí en un intento final de unirme a él.

Pero por el momento, yo proseguía mi andadura hacia una vida real, con una mujer en cuya compañía me sentía a gusto, feliz y a salvo. En esos embriagadores primeros días entre los cálidos brazos de Janet y oculto en el útero en que se había convertido su pequeño apartamento, descubrí el secreto que me llevaría hacia una vida completa. Descubrí mi vía de escape en alguien con quien poder compartir mi viaje.

Descubrí a Janet Wallace.

Y descubrí el amor.

*Otoño, 1980*

Janet y yo llevábamos dos meses juntos cuando le conté todo lo relacionado con Angelo y los primeros años de mi vida. Estábamos sentados en una mesa frente a un ventanal desde el que se contemplaba la línea del horizonte de New Jersey, tomando un café. Cuando finalicé mi explicación, ella permaneció un buen rato en silencio y luego me miró.

—¿Corres algún peligro? —preguntó.

—Si él me considerara una amenaza, habría acabado conmigo hace mucho años —dije—. Nunca he tenido que preocuparme por eso.

—Entonces, tal vez no debieras preocuparte por nada de nada —dijo—. Hace años que no le ves. Y según me explicas, nunca, durante todo este tiempo, ha hecho un intento de aproximación o de enfrentarse contigo. Debe haber aceptado tu decisión y decidido dejarlo todo tal y como está.

Cogí la cafetera y llené de nuevo ambas tazas.

—Las únicas decisiones que acepta son las tuyas. Jamás le han importado las de los demás, incluidas las mías.

Janet añadió leche a una y nata a la otra y volvió a acomodarse en su asiento.

—¿A qué tienes miedo? —preguntó, con sus ojos fijos en los míos.

—No creo que nunca me haya abandonado del todo —admití—. Desde el día en que dejé el bar, siento sus manos detrás de cualquier cosa que yo haya podido hacer. Todo ha ido tan bien, tan rápido, que no me creo que haya sido únicamente debido al trabajo duro y a un poco de suerte.

—Eres muy bueno en tu trabajo, Gabe. Eso es todo.

—Hará como un año, estaba participando en un concurso para Nissan —le expliqué—. Había dos empresas finalistas, la mía y la agencia de Tom Hannibal. Dos noches antes de que se cerrara el concurso, llegué a la oficina y me encontré con un paquete. En el interior estaba toda la información relacionada con el proyecto de campaña de Tom. Era exactamente lo que Nissan quería, elaborado de la forma más inteligente, clara y espontánea posible. Era, de largo, el doble de bueno que el mío. Lo tenía todo para quedarse con la cuenta.

—¿Y lo logró?

—No —respondí—. Abandonó la noche antes de que acabara el plazo para entregar las presentaciones. Argumentó que su agencia estaba colapsada de trabajo y que se veía incapaz de manejar más proyectos.

—Y entonces ¿por qué meterse en problemas y trabajar de entrada en la propuesta? —Janet sacudió la cabeza y terminó el café.

Le di la mano por encima de la mesa.

—Te prometo que nunca permitiré que te haga daño alguno —dije.

—¿A mí? —preguntó—. ¿Por qué tendría que hacerme algo a mí?

—Si hace algo, será contra ti. —Era perfectamente consciente de que mis palabras estaban poniéndola nerviosa—. Serás el objetivo para llegar hasta mí.

—¿Cómo puedes estar tan seguro de esto? —Respiró hondo mientras hablaba.

—Porqué conozco a Angelo —dije.

—¿Cuánto tiempo más esperará? —Al miedo se sumaba en aquel momento un poco de rabia.

—Ayer recibí la llamada de uno de sus hombres —le dije—. Angelo quiere verme.

—¿Y qué le dijiste?

—Nada. Escuché, colgué el teléfono y vine a tu casa.

Me levanté para acercarme a la ventana y contemplar el tráfico de la calle. Janet siguió mis pasos y me abrazó.

—¿Cuándo irás? —susurró.

—Mañana por la noche —dije. El conductor, un fornido y joven empleado de nombre Gino, detuvo el coche junto a la boca de incendios situada delante de Duane Reade, en la esquina de Broadway con la 71", y observó como me deslizaba en el asiento del acompañante. Me saludó con un movimiento de cabeza, cambió la posición del cambio de marchas e impulsó del nuevo el oscuro sedán en dirección al tráfico de las calles para iniciar el lento paseo por la ciudad. Yo iba vestido con pantalones y camisa oscuros, prendas que no tocaba en años pero que consideré apropiadas para la reunión. Recosté la cabeza sobre el cuero mullido, dándome cuenta que lo que más me preocupaba era lo desconocido. No sabía con certeza por qué dirección llegaría el ataque final de Angelo. Sabía que no sería fatal, aunque seguía preguntándome si al final sería capaz de escapar intacto de él.

Cualquier gánster puede librarse del enemigo mediante una bala. El de mayor categoría, busca conquistar la mente del oponente además de su cuerpo. En mi caso, mi guerra con Angelo no iba a ser una guerra de territorios, sino de control. Él estaba dispuesto a oponer su voluntad al amor que yo sentía hacia Janet. Se trataba de un encuentro que él había esperado tanto como yo temido.

—¿Cuánto hace que no ves al viejo? —preguntó Gino, abriéndose camino entre el tráfico.

—¿Cuánto tiempo llevas trabajando para él? —pregunté.

—Cinco años, ya va para seis —dijo Gino.

—¿Y me habías visto alguna vez antes?

—Había oído como algunos chicos de la banda hablaban de ti —dijo Gino—. Pero esta noche es la primera vez que te veo.

—¿Eres el chofer de Angelo? —pregunté.

Sacudió la cabeza.



—Entonces, permite que te dé un consejo —dije—. Nunca hables con desconocidos. Especialmente, y si pretendes llegar lejos, lo mejor sería que no hablastes en absoluto. Sobre todo si llevas a Angelo sentado detrás. Esto te permitirá vivir unos cuantos años más.

—Intentaré pensar en ello —dijo Gino, encogiéndose de hombros.

—Puedes empezar a practicar ahora mismo.

—Volví la cabeza y me puse a observar las luces de los edificios vacíos que se alineaban en la calle.

Angelo se hallaba sentado en el sofá, con los pies reposando en un escabel hecho a mano, el omnipresente vaso de leche descansando, medio vacío, en la mesita del café. Había envejecido mucho en el transcurso de los años en los que no le había visto, sus rasgos empezaban a rendirse inevitablemente al avance del tiempo. La mano derecha le temblaba ligeramente y el sonido que emitían sus pulmones había empeorado, las cicatrices de nacimiento le obligaban a menudo a respirar por la boca y a ser cada vez más dependiente del inhalador que le había recetado el médico.

Yo permanecía en pie, en medio de aquel despacho tan bien iluminado. Se trataba de una estancia en la que había pasado muchos días de mi juventud leyendo los libros amontonados en las estanterías, mientras Pudge examinaba la hoja dedicada a las carreras del día y realizaba el seguimiento adecuado de los corredores de apuestas. En un rincón, junto al ventanal, se situaba la mesa de despacho, sepultada por montones de carpetas amarillas. Junto a la lámpara de la mesa había dos paquetes, envueltos y unidos entre sí mediante una cuerda.

Ambos mirábamos hacia una de las esquinas del estudio, observando como un pitbull de apenas dos meses de edad intentaba encerrar en su mandíbula un grueso masticador en forma de hueso.

—¿Tienes otra Ida? —pregunté, haciendo un ademán con la cabeza en dirección al cachorro blanco.

—Esta vez se trata de un Pudge —dijo, apartando la vista del perro para mirarme—. Y va a la suya. Igual que el chico de quien recibe el nombre.

Me quedé con la mirada fija en la taza de café que sostenía con una mano, pensando en Pudge y en cuánto echaba de menos su presencia en mi vida.

—Tiene pinta de ser una buena compañía —dije.

—Has elegido un negocio interesante —empezó Angelo, sin levantar las manos de las piernas—. Es cuestión de dar con las palabras y las imágenes adecuadas para que vaya la gente y compre lo que tú les dices que deben comprar.

—Más o menos.

—A pesar de eso, puede resultar engañoso. Una gran agencia analiza los éxitos de una pequeña y realiza las maniobras necesarias para adquirirla y engullirla. El pequeño acaba con algo de dinero en los bolsillos y su empresa en los bolsillos de otro. Es lo que casi te sucede a ti el año pasado. Ya no recuerdo el nombre de esa agencia que intentó comprarte.

—Dunhill Group —le dije, aun a sabiendas que no era necesario. Era imposible que hubiera olvidado el nombre.

—Efectivamente —dijo, asintiendo con la cabeza—. Son además propietarios de un par de constructoras. No era el momento adecuado para que realizaran la operación. Sufrían algún que otro problema financiero.

—Me habría salido de ello —dije.

—¿Quién dice que no lo habrías hecho? —Angelo aparentaba total indiferencia, pero yo había visto aquella mirada dura muchísimas veces y sabía perfectamente que nunca reflejaba que estuviera de buen humor.

—¿Por qué querías verme?

—Por una mujer conocida tuya —dijo.

—¿Por qué?

—¿Qué significa para ti? —dijo, ignorando mi pregunta.

—Es alguien a quien amo —dije—. Alguien con quien me gustaría casarme.

—¿Qué sabe de ti? ¿Sobre tu vida aquí?

—Le he explicado lo que necesita saber —le conté—. Es lo que considero adecuado antes de que se case conmigo.

—¿Y tú qué sabes de ella?

Miré a mis pies, el cachorro jugueteaba con la punta de mis botas y hundía sus dientecillos en la suela de goma. Me incliné para darle unos golpecitos en la cabeza.

—Que cuando me dice que me quiere lo siente de verdad —dije, mirando a Angelo.

—¿La conoces lo bastante como para confiar en ella? —preguntó.

—Más que cualquier otra persona que yo conozca —dije.

Angelo cogió dos hojas de papel de encima de la mesita del café.

—Se llama Janet Wallace y tiene treinta años de edad —dijo—. Procede de una exitosa familia de clase alta de Dearborn, Michigan. Su padre era el accionista principal de una pequeña empresa dedicada a la contabilidad y murió cuando ella estaba cursando sus estudios en el instituto. Su madre trabaja para el ayuntamiento de la ciudad y participa activamente en distintos grupos sociales. Janet es hija única, se graduó con excelentes notas e ingresa cincuenta y cinco mil dólares en un buen año. Fuma un paquete diario de Marlboro y bebe vino para comer y cenar.

—Todo esto ya lo sabía —dije, sin apartar ni un instante mis ojos de su cara.

—Pues ahora permíteme explicarte lo que no sabes —dijo Angelo.

Sentía el sudor resbalando cuello abajo, mis ojos clavados en las carpetas y en los dos paquetes, de repente la habitación me parecía mucho más pequeña. Tenía la boca seca y la cara me ardía.

—Puedo parar ahora mismo —dijo, dirigiéndose lentamente hacia su mesa de despacho.

Sacudí la cabeza.

—Acáballo.

Se situó detrás de la mesa, cogió una carpeta y la abrió.

—Esta mujer que amas y en la que tanto confías ha tenido muchos amantes antes que tú —dijo—. En estas carpetas encontrarás todos los detalles al respecto. Se trata de hombres de todo tipo. Un escritor, un actor, unos cuantos abogados, un cirujano plástico, un policía, incluso un traficante de drogas. Hace tres años, se quedó embarazada de uno de ellos sin saber exactamente de cuál. Pero solucionó el problema. Anduvo bastante metida en drogas, principalmente hierba y cocaína, y bebía mucho más que ahora. Ese tipo del que acaba de divorciarse es un antiguo alcohólico anónimo que estuvo además enganchado a la cocaína.

Dejó la carpeta para coger los dos paquetes.

—Ha posado desnuda —dijo, mirándome a los ojos—. Uno de sus antiguos novios era muy aficionado a las cámaras. Vendió las fotografías a unos tipos de Michigan; ahí fue donde las conseguí. La mayoría son fotos estándar de desnudos. Las de este paquete van un poco más allá. El otro paquete es un video. Estuvo saliendo con un actor unas cuantas semanas, un tío que trabajó en alguno de sus anuncios. Pasaba las noches en su casa sin enterarse de que él tenía cámaras ocultas en todas las habitaciones. Se ve que le gusta filmarse mientras mantiene relaciones sexuales y luego pasar las películas en fiestas privadas. También las compré. Si quieres todos los detalles, los encontrarás en las carpetas.

Le miré y respiré hondo.

—¿Cómo?

—Ella escribe un diario —dijo—. Algunas de las fotografías estaban incluso allí en una de las librerías. Una vez di con eso, el resto vino rodado.

Miré a Angelo de arriba abajo y me acerqué a su mesa.

—Jamás habrías hecho esto si Pudge siguiera con vida —le dije.

—Ni tú —dijo él.

Angelo se levantó para acercarse.

—Puedes pasar la noche aquí —dijo—. Leer el contenido de las carpetas o tirarlo. Te pertenecen. Por la mañana, puedes elegir entre volver con ella o quedarte aquí, que es donde perteneces. Ella es mala para ti. Ese mundo, todo lo que hay fuera de aquí, es malo para ti. Tu lugar está aquí. Esto es lo correcto. No puedes seguir dándole la espalda.

—Ya estoy en el lugar al que pertenezco —dije.

—¿Te ha dicho esa mujer que te ama alguna vez? —preguntó Angelo.

Hice un movimiento afirmativo con la cabeza.

—¿La crees cuando te lo dice? —preguntó.

Repetí el movimiento.

—¿Piensas que todos esos hombres la creerían también?

—A ti te creí cuando me decías que me querías —dije—. ¿Me equivocaba?

—Nadie te querrá nunca como yo te he querido —dijo Angelo—. ¿Era amor o era tan sólo una cuestión de negocios?

—Si no sabes la respuesta, es que tanto tú como yo hemos desperdiciado un montón de años de nuestra vida —dijo.

—Entonces ¿por qué me haces esto? —pregunté.

—Para salvarte —dijo, bajando la cabeza y encaminándose hacia la puerta.

—¿Y Nico? —Di un paso en su dirección—. ¿Fue así realmente? ¿O fue él una pieza más del plan que urdiste para salvarme y mantenerme a tu lado?

—Él fue lo que tú quieras creer que fue —dijo Angelo, sin sacarme los ojos de encima.

—En mi vida tengo algo que tú no tienes —le dije—. Algo que nunca podrás tener.

—¿Qué? —gruñó.

—Alguien a quien amar —dije—. Y alguien que me ama.

—Lo tuve. —Sus labios apenas se movían cuando hablaba—. Sabes que lo tuve.

—Entonces, permite que también lo tenga yo —supliqué. Permite que Janet sea mi Isabella.

—Jamás podrá serlo —musitó.

—La perdiste. Fuiste tú. Esta vida te ha costado todos los años de su amor. No pienso permitir que a mí me ocurra lo mismo.

—¿Y conseguirás con ello ser un hombre mejor? —preguntó. Sacudí la cabeza y dije:

—No, sólo un hombre con más suerte.

Dio media vuelta para contemplar de nuevo la mesa de despacho atiborrada de carpetas.

—La suerte ha terminado —dijo—. Para todos nosotros.

Angelo abrió la puerta y abandonó la estancia.

Di la vuelta a la mesa y tomé asiento, tenía las manos extendidas sobre las carpetas. Cogí una de ellas y la abrí, la coloqué sobre mi regazo, separé la fotografía en la que salía un hombre de mediana edad con cabello oscuro y barba y empecé a leer la información claramente escrita a doble espacio. Permanecí allí sentado hasta altas horas de la madrugada, leyendo todas las carpetas. Después abrí uno de los paquetes y contemplé las quince fotografías en blanco y negro de tamaño veinte por veinticinco que contenía. A continuación, cogí la cinta de video para introducirla en el reproductor situado bajo el aparato de televisión que había en el despacho. Me acomodé en la silla de cuero con la mirada fija en la pantalla de veinticinco pulgadas y contemplé a Janet haciendo el amor con un hombre delgado de pelo corto y cuerpo de alambre.

Estaba sentado en la silla, en una estancia llena de cálidos recuerdos, delante de una pantalla negra y con las fotos esparcidas por el suelo a mis pies. Me levanté para apagar el televisor. Cogí una de las carpetas abiertas, la miré y la estampé contra la pared que quedaba más lejos. Cogí otra y repetí la operación. Y seguí haciéndolo hasta acabar con la última carpeta, con todas las páginas esparcidas por el suelo y

encima de los muebles. Luego me dirigí hacia una de las estanterías y elegí una de las fotos enmarcadas en las que aparecía Angelo delante de la barra del bar y yo sentado en un taburete a su lado, apoyado en su hombro y con una amplia sonrisa en la cara. En esa foto tenía doce años de edad y llevaría dos años viviendo con él. Me sequé las lágrimas que me resbalaban mejillas abajo, levanté la fotografía y la lancé también contra la pared.

En aquella habitación, escondido detrás de todas esas carpetas y fotografías y el video, Angelo Vestieri había perdido su batalla. Dejando en su estela a un hombre libre.

E incluso entonces, incluso después de la brutalidad de lo que acababa de hacer, no podía evitar preguntarme si todo había formado parte de un plan aún mayor. De que aquélla era su manera de abrir una vía de escape final, convencido de que yo había encontrado un amor que era tan fuerte como lo que él mismo sintió en su día. No habría forma de que yo llegara a conocer la verdad.

Ése es el misterio y el poder de Angelo Vestieri.

Nunca quise que Janet tuviera que defender ante mí las distintas elecciones que había realizado a lo largo de su vida. Al fin y al cabo, el hombre que estaba poniéndola en tela de juicio había matado, robado y vivido de la sangre de los demás casi toda su vida. No podía denunciarla moralmente porque yo, también, había hecho cosas mucho peores que ella. Ella buscaba amor y momentos de romanticismo con los que sofocar sus deseos solitarios mientras que yo, durante muchos años, sólo había buscado venganza y dinero fácil. Ella era además el producto de un mundo que conocía y en el que no había hecho nada malo. Yo era el producto de una sociedad violenta que sometía a los demás a un código de honor imperdonable. Éramos dos personas distintas que se habían encontrado en un punto de sus respectivas vidas en el que cada uno había llegado a llenar el vacío del otro. La hoguera del amor había surgido a partir de una mínima llama de pasión.

Volví con Janet dos noches después y hace dieciséis años que sigo con ella.

Nunca comenté con ella la noche que pasé entre carpetas que contenían su historia privada. La verdad es que nunca tuve la necesidad de hacerlo; era lo bastante inteligente como para, a partir de mi silencio y mis acciones, saber lo que había sucedido. Toda vida posee su punto vulnerable un lugar donde infligir la herida más dolorosa. Angelo encontró el de Janet y lo explotó con la ayuda de todo el arsenal de su poder. Su ataque me dejó debilitado, pero cometió un fallo en un área crucial. No pudo conseguir que saliera dando tumbos de aquella habitación odiando a la mujer que amaba. Nuestros corazones eran lo bastante fuertes como para resistir la furia de un gánster.

Nos casamos seis meses después de la noche que pasé en el piso superior del bar de Angelo. Elegimos el apartamento de un amigo para la ocasión y la breve ceremonia fue presidida por un sacerdote que llegó con treinta minutos de retraso porque venía conduciendo su propio coche procedente de los barrios suburbanos.

Janet estaba bella y feliz, novia por segunda vez en poco más de un año. Yo estaba todavía saliendo del gran agujero emocional en el que me había hundido Angelo, aunque seguro de que jamás volvería a necesitar sus cuidados o sus consejos para hallar mi propio camino.

Janet y yo construimos una vida juntos. Tuvimos dos hijos, ambos muy buenos estudiantes. Por la noche, envueltos bajo el calor de las mantas de sus confortables camas, les contaba a mis dos hijos historias sobre personas que conocí y otras de las que oí hablar. Sus minutos antes de dormirse estaban ocupados por cuentos cuyos protagonistas eran Angus McQueen, Ida el Cisne, Pudge Nichols y una serie de pitbulls con su nombre. Con el paso del tiempo, a medida que fueron creciendo, empecé a explicarles cosas de Angeló Vestieri. Cosas que formaban parte importante de mi vida. Era mi propia historia y ahora también les pertenecía a ellos.

Como en cualquier matrimonio que se prolongue lo suficiente, Janet y yo afrontamos buenas y malas épocas, pero el amor y la pasión que ayudaron a consolidar la unión fueron creciendo con el paso del tiempo. Ella era todo lo que yo esperaba y jamás me arrepentí de darle la espalda a un tipo de vida que en su día parecía tan claramente ser mi único destino. De este modo, Janet Wallace demostró ser mucho más fuerte que Angelo Vestieri.

Disfrutaba de la vida que Paolino Vestieri imaginaba cuando hace tantos años alcanzó las costas de esta tierra. Vivía y prosperaba en la América que él esperaba encontrar. Estaba viviendo su sueño, un sueño que fue incapaz de traspasar a su hijo. Una vida que Angelo jamás se había permitido ver.

Pensaba en muchas ocasiones en aquella noche en el despacho de Angelo. Me había criado en un mundo de silencio y sabía lo importante que era mantener ocultas ese tipo de cosas. Todos tenemos la necesidad de enterrar nuestros propios secretos, especialmente los que más nos importan. Revelarlos no es ni un acto de amor ni de confianza. Más bien es un crimen que borra toda felicidad e inunda de un gélido frío incluso el más cálido de los corazones.

Jamás permitiría que nadie supiera lo sucedido aquella noche. Se trata de una noche que jamás debe ver de nuevo la luz. Una noche destinada a destruir un amor y a hacer daño a una mujer. Una noche pensada para hacerme caer de rodillas y resignarme a llevar la vida de un criminal.

Fue una noche que siempre permanecerá en mi recuerdo.

Una noche que daría origen a mil sueños horribles.

Una noche en la que vi la verdadera cara del gánster.

La cara del demonio.

*Verano, 1996*

Me acerqué a Mary, sentada junto a los marchitos pies de Angelo, tapándose la cara con las manos, los hombros temblando de pena. Le puse delicadamente la mano en la espalda y allí la mantuve mientras observaba fijamente al hombre que tanta alegría y dolor me había proporcionado.

—Y ésa es más o menos mi historia —le dije, mi voz cada vez más ronca después de hablar de aquella noche por primera y única vez en mi vida.

—Desearía haberlo sabido —dijo, todavía con la cabeza agachada, frotándose las mejillas con las manos—. Desearía que alguien me lo hubiese explicado. ¡Tantos años! ¡Nadie me lo dijo, Gabe! Te lo juro, nadie me dijo una palabra.

La miré durante largos segundos y luego le acaricié la mejilla.

—¿Quién es usted? —le pregunté—. ¿Quién es usted para que tuvieran que decírselo?

—Siéntate —me dijo—. Allí. En mi silla. Y después de escuchar lo que tengo que decirte, lo que he venido a decirte, quiero que me hagas un favor.

—¿Cuál? —pregunté.

—Intenta no odiarme —dijo.

Miré de nuevo a Mary fijamente y no respondí.

—Como ya te he dicho al llegar, conocí a Angelo en el barco de mi padre en verano de 1953 —dijo—. Yo de ingenua no tenía nada y sabía perfectamente de quien se trataba. Mi padre solía hacer negocios con gánsteres y ganaba un buen dinero con ello. Nunca pensé que volvería a verle después de aquel día y lo consideré como un breve flirteo. Pero unos meses más tarde, él estaba llamando a mi puerta e invitándome a cenar. Ni se preocupó en llamar. Apareció, así de sencillo.

—Odiaba los teléfonos —dije, conociendo perfectamente las costumbres y manías de Angelo—. En todos los años que viví con él, no recuerdo haberle visto nunca colgado a un teléfono.

—Acepté la invitación —dijo Mary—. Yo estaba medio colada por él desde el día del barco. Y me costó muy poco convertir aquello en una romántica relación.

—¿Estaba casado cuando le conoció? —pregunté, volviendo a la silla y estirando las piernas.

—Lo estábamos los dos —dijo Mary—. Ni Angelo ni yo somos de los que nos gusta buscar líos. Fue algo que simplemente ocurrió entre los dos. Yo era una joven ama de casa sola, casada con un hombre mucho mayor. Y él se sentía tan triste y solo como yo. Encajábamos perfectamente.

—¿Cuánto duró? —pregunté, con un ligero tono de cinismo en la voz—. ¿Ese

gran amor?

—No terminó nunca —dijo Mary, ignorando el comentario—. Nos veíamos unas cuantas veces al año, nos veíamos siempre que nuestras otras vidas nos lo permitían. Siempre fue un gran amigo.

Me di la vuelta para observar a Angelo. Su respiración entrecortada era cada vez más lenta.

—¿La quería? —pregunté.

—Una mujer casada aprende a no preguntar esas cosas a su amante casado —dijo Mary—. Pero me trató siempre como si así fuera y eso es más importante que las palabras.

—¿Y su marido? —pregunté—. ¿Descubrió alguna vez lo que había entre usted y Angelo?

—Debió sospecharlo —dijo Mary—. Pero no lo supo a ciencia cierta hasta que se lo conté.

—¿Qué fue lo que le empujó a contárselo?

—Me quedé embarazada —dijo Mary. Respiró hondo y noté que le temblaban las manos—. Y él necesitaba saber que el hijo que yo llevaba dentro no era suyo.

—¿Tuvo el bebé?

—Todo esto pasó hace mucho tiempo, Gabe. —Mary se puso en pie y rodeó lentamente la cama hasta quedarse frente a la ventana—. Yo era muy joven y en aquellos tiempos, de haberse sabido que estaba embarazada del hijo de otro, habría sido un verdadero escándalo. Era necesario que nadie se enterara. Afortunadamente, mi marido era un hombre educado y comprensivo.

—¿Abortó? —pregunté, perdiendo la dureza de mi tono.

—No, tuve el bebé. Marché una larga temporada de vacaciones, tuve el bebé y lo entregué en adopción. Luego regresé a casa y proseguí con mi vida habitual, sin mencionar nunca el tema a nadie. Y así continuó todo durante los diez años que siguieron.

—¿Jamás sintió curiosidad? —pregunté—. ¿Respecto a lo que pudo haberle ocurrido al niño?

—Cada día de mi vida —dijo Mary—. Me atormentó hasta que no pude soportarlo más. Fue entonces cuando decidí ir a ver a Angelo y pedirle ayuda. Necesitaba que encontrara a nuestro hijo.

—¿Se lo dijo de sopetón, sin haberle comentado nada durante diez años? —Sacudí la cabeza—. Me imagino que no se lo tomaría muy bien.

—Me escuchó y dijo que encontraría al niño —dijo Mary—. Y que se encargaría de que creciera de la forma adecuada. Pero insistió en que el chico nunca supiera quienes eran sus verdaderos padres. Para él era como si le hubiéramos despojado de ello el día en que lo abandoné.

—¿Cómo pudo mostrarse usted de acuerdo con una cosa así? —pregunté—. ¿Sobre todo después de todos los años transcurridos?



—De este modo, al menos sabría dónde estaba mi hijo y con quién —dijo Mary—. Carecía de recursos para encontrarlo por mi propia cuenta. Angelo era la única persona que yo conocía capaz de dar con él. Y yo tenía bastante con saber que mi niño estaría en buenas manos.

—Una búsqueda muy complicada, incluso para alguien con los recursos de Angelo.

—Yo únicamente tenía el formulario que rellené cuando entregué a mi hijo al orfanato —dijo Mary, quebrándosele la voz—. Entregué el formulario a Angelo, le besé en la mejilla y salí del bar.

—Y él encontró al chico.

—Tardó un poco, pero sí lo consiguió. —Se encontraba ahora justo entre la cama de Angelo y mi silla, apoyando su mano en mi hombro—. Había ido saltando de unos padres adoptivos a otros y los períodos intermedios los había pasado en un orfanato estatal. Cuando encontró la pista, Angelo se las arregló para que el chico estuviera con una familia de su propio barrio.

Me levanté y miré a Mary, la cogí por los brazos con todas mis fuerzas.

—No te detengas —dije—. Al cabo de unos cuantos meses, el jovencito abandonó su familia adoptiva y se instaló en el bar de Angelo. Y él le educó como su propio hijo. Porque lo era.

Me faltaba el aire y me sentía mareado, el suelo giraba como un remolino bajo mis pies.

—¿Cómo no me dijo nada? ¿Cómo pudo permanecer callado todos estos años? ¿Y cómo pudiste permitir que esto durara tanto y por qué no me lo dijiste?

—Te educó tan bien como lo habría hecho cualquier padre —dijo Mary—. Y te amó el máximo que él podía amar a alguien. Ésa era su forma de decírtelo. Y por lo que a mí respecta, he cometido bastantes errores en mi vida. Y no decirte que yo era tu madre ha sido, de lejos, el mayor de todos ellos.

—¿Y ahora qué harás? —pregunté—. ¿Desaparecer de nuevo?

—Eso depende de ti —dijo Mary—. He dejado una tarjeta con mi dirección y mi número de teléfono en la mesita de noche. Me gustaría mucho que llegáramos a conocernos el uno al otro, aunque sea tan tarde, no obstante, te comprenderé perfectamente si decides no contactar conmigo nunca más.

Hice un movimiento de afirmación con la cabeza.

—Y hay una última cosa que debes saber —dijo Mary.

Hice esfuerzos para sonreír, pero me costó lo suyo.

—No me digas, por favor, que también tengo un hermano —dije.

Mary sacudió la cabeza.

—Angelo va a repartir su dinero entre todos sus hijos —dijo—. Todos sus hijos. Pero a ti te deja algo más. Algo que pensó que querrías. Algo que amabas tanto como él.

—¿Qué? —pregunté.

—El bar donde te criaste —dijo Mary—. Es el hogar de tus recuerdos. Y ahora te pertenece.

Me quedé mirándola fijamente, demasiado conmocionado como para poder hablar.

—Me alegro de que finalmente nos hayamos conocido —dijo ella—. Has salido adelante en la vida. Ningún padre podría sentirse más orgulloso de su hijo.

Salí al vestíbulo, dejando que la puerta se cerrara lentamente a mis espaldas y permitiendo que mi madre disfrutara de unos momentos de silencio con el hombre que aún seguía amando tanto.

## Epílogo

«Cuando realmente deseas el amor lo encontraras esperándote.»

OSCAR WILDE, *De Profundis*

*Verano, 1996*

La habitación estaba oscura, la única luz provenía del resplandor verde de las máquinas que ayudaban a mantenerle con vida. Yo estaba junto a la cama, mirándolo. Uní mi mano a la suya. Era como si la vida le hubiera abandonado, el pulso de las venas apenas perceptible. Le había dado la espalda durante muchos años, permitiendo que el odio que le había provocado mi elección alimentara mi rabia. Finalmente, viéndole envejecer y aproximarse el último momento, me acerqué a él. No quería que muriese solo, seguía sintiendo un vínculo y un amor que habían ido estableciéndose con el paso de muchos años.

Eché un vistazo a la mesita de noche, sorprendido al encontrarme con un rosario enroscado como una serpiente al lado de la jarra del agua. Cogí el rosario y abrí el cajoncito de la mesa. Junto a unos cuantos formularios del hospital y una caja de pañuelos de papel se encontraba una cartera vieja y hecha jirones. La cogí y encendí la pequeña lamparilla de la mesa. No contenía dinero, ni tarjetas de crédito, ni ningún tipo de identificación. Era la cartera perfecta de un gánster sin pistas que pudieran relacionarse con nadie ni con ningún lugar. Abrí entonces el pequeño departamento de plástico destinado a las fotografías. Había tres en su interior, cada una de ellas perteneciente a una mujer distinta. La primera sabía que era de Isabella. La segunda era Mary de joven, con traje negro y sombrero blanco, sonriendo bajo el resplandor del sol de un lejano atardecer de verano. Di la vuelta al plástico para observar la última foto. Se trataba de una imagen de Janet, mi esposa. Me quedé mirándola fijamente, sus dulces y bellas facciones sonriéndome, y me acordé de algo que Angelo me comentó cenando una semana antes de que ingresara en el hospital.

—Todo gánster comete un error que le cuesta más de lo que esperaba perder —dijo—. Yo cometí ese error contigo. Y fue aquella noche en el despacho del bar. Lo que allí ocurrió no debería haber ocurrido nunca.

Cerré la cartera y la devolví a su lugar. Me volví hacia Angelo y me incliné sobre él. Le besé en la frente y sentí en los labios la frialdad de su piel. Le cogí las manos y reposé mi cabeza contra su mejilla, el calor de su respiración me acariciaba la nuca.

Vine a verle morir.

Se llamaba Angelo Vestieri.

Era mi padre.  
Un gánster.



LORENZO CARCATERRA (Nueva York, 16 de octubre de 1954). Escritor americano conocido por las novelas situadas en su barrio, la *Cocina del Infierno* (*Hell's Kitchen*), uno de los lugares más degradados de Nueva York durante los años 80.

Su obra más conocida es la novela *Sleepers*, que fue adaptada al cine con gran éxito en 1996 por Barry Levinson.

Además, Carcaterra es un colaborador habitual de medios como el *New York Times* o *Picture Week*, siendo consultor y guionista para series de televisión de la CBS, Warner o la NBC, entre otras productoras.

# Notas

[1] Juego parecido al béisbol practicado en la calle, en el que la bola se lanza contra la pared para que rebote en el aire. Los puntos se obtienen según el número de botes que realiza la bola antes de ser capturada por el equipo contrario. (*N. de la T.*) <<

[2] Término peyorativo aplicado a españoles, portugueses e italianos. (*N. de la T.*) <<



[3] Término peyorativo aplicado a irlandeses. (*N. de la T.*) <<

[4] Gopher significa en inglés ardilla de tierra. (*N. de la T.*) <<